

SI  
NO HAY  
UN  
MAÑANA

Jennifer L. Armen

Lectulandia



Lena Wise siempre está mirando hacia el mañana, especialmente al comienzo de su último año de instituto. Está lista para pasar tanto tiempo con amigos como sea posible, para terminar las solicitudes universitarias y, tal vez, para hacerle saber a Sebastian, su mejor amigo desde la infancia, lo que realmente siente por él. Para Lena, el próximo año va a ser épico, un año lleno de oportunidades. Hasta que una elección, un momento, destruye todo. Ahora Lena no está pendiente del mañana. No cuando el tiempo con sus amigos nunca será el mismo. No cuando las solicitudes universitarias se sienten casi imposibles. No cuando Sebastian nunca podría perdonarla por lo que pasó. Por lo que dejó que pasara. Con la culpa creciendo cada día, Lena sabe que su única esperanza es seguir adelante. Pero ¿cómo puede seguir adelante cuando se ha redefinido su existencia y la de sus amigos? ¿Cómo puede seguir adelante cuando el mañana ni siquiera está garantizado?

Jennifer L. Armentrout

# Si no hay un mañana

ePub r1.0

Titivillus 29.07.2019

Título original: *If There's No Tomorrow*  
Jennifer L. Armentrout, 2017  
Traducción: Estíbaliz Montero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



No podía moverme, me dolía todo: sentía la piel demasiado tensa, los músculos me ardían como si estuvieran en llamas y me dolían los huesos hasta lo más profundo de la médula.

La confusión me abrumó. Sentía el cerebro como si estuviera cubierto de niebla y telarañas. Intenté levantar los brazos, pero me pesaban como si estuvieran llenos de plomo y me empujaban hacia abajo.

Creí oír voces y un pitido constante, pero todo parecía estar muy lejos, como si estuviese en el extremo de un túnel y todo lo demás estuviese al otro lado.

No podía hablar. Tenía... tenía algo en la garganta, en el *fondo* de la garganta. Mi brazo dio una sacudida sin previo aviso, y noté un tirón en el dorso de la mano.

¿Por qué no podía abrir los ojos?

El pánico empezó a invadirme. ¿Por qué no podía moverme?

Algo iba mal. Algo iba muy mal. Solo quería abrir los ojos. Quería...

*Te quiero, Lena.*

*Yo también te quiero.*

Las voces resonaron en mi cabeza, una de ellas la mía. Decididamente la mía, y la otra...

—Se está despertando. —Una voz femenina interrumpió mis pensamientos desde algún lugar al otro lado del túnel.

Unos pasos se acercaron y un hombre dijo:

—Voy a suministrarle más analgésicos.

—Es la segunda vez que se despierta —respondió la mujer—. Es toda una luchadora. A su madre le gustará oírlo.

¿Luchadora? No sabía de qué estaban hablando, por qué pensaban que mi madre se alegraría de oírlo...

¿*Tal vez debería conducir yo?*

El calor me inundó las venas, empezando en la base del cráneo y luego desbordándome entera, cayendo en cascada a través de mi cuerpo, y después no hubo sueños, ni pensamientos, ni voces.

*AYER*

# Capítulo 1

JUEVES 10 DE AGOSTO

—Lo único que voy a decir es que casi te acostaste con eso.

Estrujándome la nariz, miré el teléfono que Darynda Jones, Dary para abreviar, me había plantado en la cara cinco segundos después de entrar en el local de Joanna.

El local de Joanna había sido un sitio esencial en el centro de Clearbrook desde que yo era un renacuajo. El restaurante estaba un poco anclado en el pasado, existía de manera extraña en algún punto entre las bandas con melena y el ascenso de Britney Spears, pero era limpio y acogedor, y prácticamente todo lo que salía de la cocina estaba frito. Además, tenía el mejor té dulce de todo el estado de Virginia.

—Eh, oye —murmuré—. ¿Qué diablos está haciendo?

—¿Qué es lo que parece? —Los ojos de Dary se ensancharon tras sus gafas blancas con montura de plástico—. Básicamente está *teniendo sexo* con un delfín hinchable.

Fruncí los labios, porque sí, eso era lo que parecía.

Apartó el teléfono de mi cara y ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿En qué estabas pensando?

—Es guapo. *Era* guapo —expliqué sin convicción mientras miraba por encima de mi hombro. Por suerte, nadie más estaba dentro del radio auditivo—. Y *no* me acosté con él.

Ella puso en blanco sus ojos castaño oscuro.

—Tu boca estaba en su boca, y sus manos...

—Está bien. —Levanté las manos, evitando cualquier cosa que estuviera a punto de añadir—. Lo entiendo. Salir con Cody fue un error. Créeme. Lo sé. Intento borrarlo de mi memoria y no estás ayudando.

Se inclinó sobre el mostrador tras el que yo me encontraba y susurró:

—Nunca te dejaré olvidarlo. —Sonrió cuando entorné los ojos—. Aunque puedo entenderlo. El chico es todo músculo. Es un poco tonto, pero divertido. —Hizo una pausa dramática.

Todo en Dary era dramático, desde las brillantes y horrorosas prendas que se ponía hasta el pelo rizado cortísimo, rapado en los laterales y alborotado en la parte superior. En aquel momento, lo llevaba negro. El mes anterior había sido lavanda. En dos meses probablemente sería rosa.

—Y es amigo de Sebastian.

Sentí que mi estómago se retorció.

—Esto no tiene nada que ver con Sebastian.

—Ajá.

—Tienes mucha suerte de que me caigas bien de verdad —respondí.

—Lo que tú digas. Me adoras. —Golpeó el mostrador con las manos—. Este fin de semana trabajas, ¿no?

—Sí. ¿Por qué? Creía que te ibas con tu familia a Washington este fin de semana.

Ella suspiró.

—¿Un fin de semana? Vamos a Washington *toda la semana*. Nos vamos mañana por la mañana. Mi madre está impaciente. Te juro que tiene un itinerario para nosotros: museos que quiere visitar, el tiempo estimado para cada día, y cuándo almorzaremos y cenaremos.

Me temblaron los labios. Su madre era ridículamente organizada, hasta el punto de etiquetar las cestas donde guardaba los guantes y las bufandas.

—Los museos serán divertidos.

—Cómo no ibas a pensar eso. Eres una nerd.

—No tiene sentido negarlo. Tienes razón. —Y no tenía problema en admitirlo. Quería ir a la universidad y estudiar Antropología. La mayoría de la gente se preguntaba qué iba a hacer con un título en algo así, pero ofrecía muchas más oportunidades de las que parecía, como trabajar en medicina forense, presentaciones corporativas, dar clases y muchas opciones más. Lo que más me atraía era la idea de trabajar en algún museo, así que me habría encantado visitar Washington.

—Sí. Sí. —Dary bajó de un salto del taburete de vinilo rojo que se encontraba junto a la barra—. Tengo que irme antes de que mi madre se enfade. Si llego cinco minutos más tarde de mi toque de queda, llamaré a la policía convencida de que me han secuestrado.

Sonreí.

—Envíame un mensaje luego, ¿sí?

—Lo haré.

Me despedí, levanté el trapo húmedo y lo pasé por el estrecho mostrador. Desde la cocina llegó el eco de las ollas golpeándose entre ellas, lo que



indicaba que se acercaba la hora de cerrar por esa noche.

Estaba impaciente por llegar a casa, ducharme para deshacerme del olor a alitas de pollo fritas y a sopa de tomate quemada, y terminar de leer el último drama en el que se había visto envuelta Feyre en las Cortes Fae. Luego pasaría a la sexy lectura contemporánea de la que todo el mundo hablaba en el club de libros de Facebook por el que merodeaba, algo sobre la realeza y cinco hermanos guapísimos.

Cuenten conmigo.

Podía jurar que la mitad del dinero que ganaba como camarera en el restaurante de Joanna lo empleaba en comprar libros en lugar de llenar mi cuenta de ahorro, pero no podía evitarlo.

Después de limpiar los dispensadores de servilletas, alcé la barbilla y soplé para apartar de mi cara un mechón de pelo castaño que se me había escapado del moño mientras sonaba la campanilla de encima de la puerta y entraba una figura pequeña.

De la sorpresa, dejé caer el trapo con aroma a limón. En ese momento, hasta una pequeña brisa me hubiese tirado al suelo de la impresión.

Por lo general, las raras veces que alguien menor de sesenta años entraba en el local de Joanna solían ser los viernes por la noche después de los partidos de fútbol, y en alguna ocasión los sábados de verano por la noche. Definitivamente, *no* los jueves a esta hora.

El restaurante de Joanna conseguía su sustento gracias a los miembros certificados de la Asociación Americana de Jubilados, lo cual era una de las razones por las que había empezado a trabajar allí como camarera durante el verano. Era fácil y necesitaba el dinero extra.

El hecho de que Skylar Welch estuviera de pie dentro del local, diez minutos antes de la hora de cerrar, fue toda una sorpresa. Nunca iba allí sola. *Nunca.*

Las brillantes farolas perforaban la luz en el exterior. Ella había dejado su BMW en marcha, y yo estaba dispuesta a apostar a que el coche estaba lleno de chicas tan guapas y perfectas como ella.

Pero ni de lejos tan simpáticas.

Llevaba *una eternidad* padeciendo un claro y rabioso caso de celos amargos en lo que se refería a Skylar. Pero lo peor era que ella era genuinamente dulce, por lo que odiarla era un crimen contra la humanidad, los cachorritos y los arcoíris.

Avanzando indecisa, como si esperase que el suelo de linóleo blanco y negro se abriera y se la tragara entera, se colocó el cabello castaño claro y

rubio en las puntas sobre el hombro. Incluso bajo las horribles luces fluorescentes, su bronceado de verano era profundo e impecable.

—Hola, Lena.

—Hola. —Me enderecé, deseando que no pidiera nada. Si quería algo de comer, a Bobby no le haría gracia, y yo tendría que pasar cinco minutos convenciéndolo de que cocinase lo que ella quisiera—. ¿Qué te cuentas?

—No mucho. —Se mordió el labio de color rosa brillante. Se detuvo junto a los taburetes de vinilo rojo de la barra y respiró hondo—. Estás a punto de cerrar, ¿verdad?

Asentí con lentitud.

—En unos diez minutos.

—Lo siento. No tardaré mucho. De hecho, no había planeado parar aquí. —En silencio añadí un «¿de verdad?» sarcástico—. Las chicas y yo íbamos al lago. Algunos chicos están dando una fiesta y hemos pasado por aquí con el coche —explicó—. Se me ha ocurrido parar y ver si... si sabías cuándo vuelve Sebastian a casa.

*Por supuesto.*

Apreté la mandíbula. Debería haberme resultado obvio en el preciso instante en que Skylar había cruzado aquellas puertas que estaba allí por Sebastian, porque ¿por qué otro motivo iba a hablarme? Sí, era dulce como el azúcar, pero en el instituto no nos movíamos en los mismos círculos. La mitad de las veces yo era invisible para ella y sus amigas.

Lo que me parecía bien.

—No lo sé. —Aquello era mentira. Se suponía que Sebastian regresaba de Carolina del Norte el sábado por la mañana. Él y sus padres habían ido a visitar a sus primos durante el verano.

Una punzada me golpeó el pecho, una mezcla de anhelo y pánico, dos sentimientos a los que estaba muy acostumbrada cuando se trataba de Sebastian.

—¿En serio? —La sorpresa impregnaba su tono.

Vací mi cara de toda expresión.

—Supongo que volverá en algún momento del fin de semana. Quizás.

—Sí, supongo. —Centró su mirada en el mostrador mientras jugueteaba con el dobladillo de su ajustada camiseta negra sin mangas—. Él no ha... No he tenido noticias tuyas. Le he escrito y lo he llamado, pero...

Me limpié las manos en los pantalones cortos. No tenía ni idea de qué decir. Aquello era increíblemente incómodo. Una parte de mí quería ser una

completa zorra y señalar que, si Sebastian hubiese querido hablar con ella, habría contestado, pero yo no soy así.

Soy la clase de persona que piensa las cosas, pero nunca las dice.

—Creo que ha estado muy ocupado —dije al final—. Su padre quería que visitara algunas de las universidades de la zona y hacía años que no veía a sus primos.

Alguien en el BMW hizo sonar el claxon y Skylar miró por encima de su hombro. Mis cejas se alzaron mientras rezaba en silencio para que quienquiera que estuviera en el coche se quedara en él. Pasó un momento y Skylar se colocó la melena lisa detrás de la oreja mientras se volvía para mirarme.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

—Claro. —No es como si fuera a negarme, incluso a pesar de que me estaba imaginando que un agujero negro aparecía en la cafetería y me succionaba en su vórtice.

Esbozó una débil sonrisa.

—¿Está con otra persona?

La miré, preguntándome si yo había vivido la historia de Sebastian y Skylar de manera diferente.

Desde el preciso momento en que se había mudado a Clearbrook, con un número de habitantes nada destacable, se había unido a sí misma con Sebastian. Nadie podría culparla. Sebastian había salido del útero de su madre asombrando y encandilando a todo el mundo a su alrededor. Habían empezado a salir en el colegio y habían seguido juntos durante todo el instituto; se habían convertido en el rey y la reina de estar en pareja. Me había resignado al hecho de que tendría que obligarme a asistir a su boda en algún momento del futuro.

Pero luego había sucedido lo de la primavera...

—*Tú rompiste con él* —le recordé tan amablemente como pude—. No intento sonar como una zorra, pero ¿qué te importa si está con otra persona?

Skylar colocó uno de sus esbeltos brazos sobre la cintura.

—Lo sé. Lo sé. Pero me importa. Yo solo... ¿Nunca has cometido un gran error?

—A montones —respondí secamente. La lista era más larga que mi pierna y mi brazo juntos.

—Pues bien, romper con él fue un error para mí. Al menos, eso creo. —Se apartó de la barra—. De todos modos, si lo ves, ¿puedes decirle que me he pasado por aquí?

Eso era lo último que quería hacer, pero asentí porque se lo diría. Porque yo era *esa* persona.

Claro que lo era.

Entonces Skylar sonrió. Fue algo auténtico, y me hizo sentir que debería ser mejor persona o algo así.

—Gracias —me dijo—. ¿Supongo que te veré en el instituto dentro de una semana más o menos? ¿O en una de las fiestas?

—Sí. —Esbocé una sonrisa un tanto frágil y que probablemente parecía medio enloquecida.

Agitando la mano como despedida, Skylar se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Sujetó la manija, pero se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Él sabe lo tuyo?

Las comisuras de mis labios empezaron a bajar. ¿Qué había que saber de mí que Sebastian no supiera ya? Yo era realmente aburrida. Leía más de lo que hablaba con otras personas y estaba obsesionada con el canal de historia y series como *Alienígenas ancestrales*. Jugaba al vóleibol, a pesar de no ser demasiado buena. Para ser sincera, nunca habría empezado a jugar de no haber sido porque Megan me había engañado cuando estábamos en primero. No es que no me divirtiera, pero en fin, era tan estimulante como el pan blanco.

Literalmente no ocultaba nada ni guardaba secretos que descubrir.

Bueno, les tenía un miedo de muerte a las ardillas. Son como ratas con colas tupidas, y son *mezquinas*. Nadie lo sabía, porque me resultaba muy embarazoso. Pero dudaba de que Skylar se estuviera refiriendo a *eso*.

—¿Lena?

Apartada de mis pensamientos, parpadeé.

—¿Qué pasa conmigo?

Ella se quedó callada durante un momento.

—¿Sabe que estás enamorada de él?

Abrí los ojos al mismo tiempo que se me secaba la boca. Sentí cómo mi corazón daba trompicones y luego caía hasta la boca de mi estómago. Los músculos de mi espalda se quedaron rígidos y se me retorcieron las tripas cuando me estrellé contra un muro de pánico. Me obligué a reírme como si fuese una broma.

—No... no estoy enamorada de él. Es como... como el *hermano* que nunca quise.

Skylar sonrió levemente.

—No intento inmiscuirme en tus asuntos.

Pues parecía que sí.

—Me fijé en cómo lo mirabas cuando estábamos juntos. —No había reproche ni juicio en su tono—. O puede que me equivoque.

—Lo siento, te equivocas —le dije. Me dio la impresión de que soné bastante convincente.

Resulta que había algo que creía que nadie sabía sobre mí. Una verdad oculta que era tan embarazosa como mi miedo a las ardillas, solo que sin ninguna relación entre esos miedos.

Y acababa de mentir sobre ello.

## Capítulo 2

Vivía a unos quince minutos del centro de Clearbrook, en un vecindario a poca distancia de la escuela primaria donde solía pasar el tiempo soñando despierta. Las calles eran una mezcla de casas grandes y pequeñas y de todos los tamaños intermedios. Mi madre y yo vivíamos en una de las medianas, una que apenas podíamos permitirnos con su salario de agente de seguros. Podríamos habernos mudado a un sitio más pequeño, sobre todo ahora que Lori se había ido a la universidad y yo haría lo mismo al cabo de un año, pero no creía que mi madre estuviera preparada para dejar la casa. Todos los recuerdos y todo lo que debería haber sido en lugar de lo que era.

Probablemente lo mejor para todas nosotras habría sido mudarnos, pero no lo habíamos hecho, y ya era agua pasada.

Accedí al camino de entrada, pasando junto al viejo Kia que mi madre había aparcado en nuestro lado de la calle. Apagué el motor e inspiré el interior con aroma a coco del Lexus plateado de diez años que había pertenecido a mi padre. Mi madre no lo había querido, y Lori tampoco, así que había acabado siendo mío.

No era lo único que me había dejado mi padre.

Tomé mi bolso del asiento del copiloto y salí del coche antes de cerrar silenciosamente la puerta a mis espaldas. Los grillos cantaban y un perro ladraba en algún lugar de la calle, en su mayoría tranquila, mientras yo miraba la gran casa que había junto a la nuestra. Todas las ventanas estaban a oscuras, y las ramas del grueso arce de delante bailaban y agitaban las hojas.

En un año no estaría allí quieta, contemplando la casa de al lado como una auténtica perdedora. Estaría fuera, en la universidad, con suerte en la de Virginia, mi primera elección. Todavía tenía que bombardear con solicitudes a otras universidades en primavera, por si acaso no entraba en la primera convocatoria, pero, fuera como fuera, me habría ido de allí.

Y eso sería para mejor.

Salir de la ciudad. Alejarme de lo mismo de siempre. Poner una muy necesaria distancia entre la casa de al lado y yo.

Aparté la mirada de la casa, caminé por la acera adoquinada y entré. Mi madre ya estaba acostada, así que intenté ser lo más silenciosa posible

mientras elegía un refresco de la nevera y subía al piso de arriba para darme una ducha rápida en el cuarto de baño del pasillo. Podría haberme trasladado a la habitación de Lori, en la parte posterior de la casa, cuando se fue a la universidad. Era más grande y tenía baño propio, pero en mi habitación disponía de privacidad y de un increíble balcón con escaleras al que no estaba dispuesta a renunciar por un montón de razones.

Razones en las que no quería pensar demasiado.

Una vez dentro de mi habitación, apoyé el refresco en la mesita de noche y luego dejé caer la toalla junto a la puerta. Saqué mi camiseta para dormir favorita de todos los tiempos de la cómoda y me la pasé por la cabeza. Tras encender la lámpara de la mesita e inundar el dormitorio con una suave luz amarilla, alcé el mando, encendí la televisión y sintonicé el canal de historia con el volumen al mínimo.

Eché un vistazo al mapamundi garabateado de la pared que había sobre mi escritorio. El mapa de todos los lugares que planeaba visitar algún día. Los círculos rojos y azules dibujados en todas partes me arrancaron una sonrisa mientras elegía un libro grueso de tapa dura encuadernado en rojo y negro de mi escritorio, que prácticamente ya solo usaba para dejar libros. Al mudarnos allí por primera vez, mi padre había hecho varios estantes que se alienaban en la pared donde estaban la cómoda y la televisión, pero esas estanterías llevaban años desbordadas. Los libros se encontraban apilados en todos los espacios libres de mi habitación, frente a mi mesilla de noche, a ambos lados de la cómoda y en mi armario, ocupando más espacio que la ropa.

Siempre he sido lectora, y leo *mucho*, por lo general libros con algún tipo de historia romántica y el clásico «felices para siempre». Lori solía burlarse de mí sin parar, alegando que tenía un gusto cursi para los libros, pero me daba igual. Al menos no tenía un gusto tan pretencioso en libros como ella, y algunas veces solo quería... no sé, *escapar* de la vida. Ahondar en un mundo que abordaba cuestiones de la vida real para abrir los ojos, o en un mundo diferente, algo totalmente irreal. Uno con faes en guerra o vampiros itinerantes. Quería experimentar cosas nuevas y siempre, *siempre*, llegar a la última página sintiéndome satisfecha.

Porque a veces el «felices para siempre» tan solo existía en los libros que leía.

Sentada al borde de la cama, estaba a punto de abrir el libro cuando escuché un suave golpe que procedía de las puertas del balcón. Durante una fracción de segundo me quedé inmóvil, mientras mi ritmo cardíaco se

disparaba. Entonces me puse de pie de un salto y dejé caer el libro sobre mi cama.

Solo podía ser una persona: *Sebastian*.

Después de retirar el cerrojo, abrí las puertas y no hubo manera de detener la amplia sonrisa que me inundó el rostro. Por lo visto, tampoco había manera de detener a mi cuerpo, porque me impulsé a través del umbral, moviendo brazos y piernas sin pensarlo.

Choqué con un cuerpo más alto y mucho, mucho más duro. Sebastian gruñó mientras yo abrazaba sus anchos hombros y prácticamente me estampaba contra su pecho. Inhalé el familiar aroma fresco del detergente que su madre usaba siempre.

No hubo ni un momento de vacilación mientras Sebastian me rodeaba con los brazos.

Nunca lo había.

—Lena. —Su voz era profunda, más profunda de lo que recordaba, lo que resultaba extraño, porque solo había estado fuera durante un mes. Pero un mes parecía una eternidad cuando veías a alguien casi cada día de tu vida y luego, de repente, no. Habíamos mantenido el contacto durante el verano, nos mandábamos mensajes de texto e incluso nos llamábamos varias veces, pero no era lo mismo que tenerlo allí.

Sebastian me devolvió el abrazo mientras me levantaba para que mis pies quedaran a unos centímetros del suelo antes de volver a bajarme. Bajó la cabeza mientras su pecho se hinchaba bruscamente contra el mío y mandaba una oleada de calor hasta las puntas de mis pies.

—Me has echado de menos de verdad, ¿eh? —dijo con los dedos enredados en los húmedos mechones de mi pelo.

Sí. *Dios*, lo había echado de menos. Lo había echado demasiado de menos.

—No. —Mi voz sonaba amortiguada contra su pecho—. Solo creía que eras el chico sexy al que he atendido esta noche.

—Lo que tú digas. —Se rio contra la parte superior de mi cabeza—. No había ningún chico sexy en el restaurante de Joanna.

—¿Cómo lo sabes?

—Por dos motivos. Primero, soy el único chico sexy que entra alguna vez en ese sitio y no he estado allí —dijo.

—Guau. Muy modesto, Sebastian.

—Solo digo la verdad. —Su tono era ligero, burlón—. Y segundo, si creyeras que era otra persona no seguirías pegada a mí como el velcro.



Buen argumento.

Retrocedí mientras dejaba caer los brazos a los lados.

—Cállate.

Él se rio de nuevo. Siempre me habían encantado sus risitas. Eran contagiosas, incluso si estabas de mal humor. No podías evitar sonreír.

—Creía que no volvías hasta el sábado —dije mientras entraba en mi habitación.

Sebastian me siguió.

—Mi padre decidió que tenía que volver para jugar el amistoso de mañana por la noche, aunque no voy a jugar. Pero él ya lo había hablado todo con el entrenador. Ya sabes cómo es.

Su padre encarnaba el estereotipo de padre obsesionado con el fútbol americano que presionaba, presionaba y *presionaba* a Sebastian en lo referente a jugar al fútbol. Tanto que me había sorprendido francamente que Sebastian anunciara que estarían fuera de la ciudad cuando había entrenamientos de fútbol. Conociendo a su padre, apostaba a que hacía que se levantara al amanecer para salir a correr.

—¿Tu madre está dormida? —preguntó al cerrar las puertas del balcón.

—Sí... —Me giré y le eché un buen vistazo ahora que estaba de pie bajo la luz de mi habitación. Por muy embarazoso que fuese admitirlo, y nunca lo admitiría, perdí completamente el hilo de mis pensamientos.

Sebastian era... Era increíblemente *atractivo*. No era frecuente poder decir eso de un chico... o de nadie, para ser sinceros.

Su pelo era de un tono entre castaño y negro, corto por los lados y algo más largo por arriba, y caía hacia delante en una ola desordenada que casi le rozaba las oscuras cejas. Sus pestañas eran vergonzosamente espesas y enmarcaban unos ojos del color de los vaqueros más oscuros. Su cara estaba plagada de ángulos, con los pómulos altos, una nariz afilada y una mandíbula dura y definida. Una cicatriz le cortaba el labio superior, justo a la derecha de un arco de Cupido bien definido. Se la había hecho durante nuestro segundo curso en un entrenamiento de fútbol, al recibir un golpe que le había arrancado el casco. Sus hombreras le habían golpeado en la boca y le partieron el labio superior.

Pero la cicatriz le quedaba bien.

No pude apartar la mirada de sus pantalones cortos de baloncesto y la camiseta blanca mientras él examinaba mi habitación. Cuando era más joven, en primaria, había sido alto, todo brazos y piernas, pero ahora había ganado peso en todos los sentidos, con músculos y más músculos, y tan esculpidos

que rivalizaría con las estatuas griegas de mármol. Años de jugar al fútbol americano le hacían eso a un cuerpo, imaginaba yo.

Sebastian ya no era simplemente el chico *tierno* que vivía al lado.

Llevábamos *años* haciendo aquello, desde que había descubierto que era más fácil que entrar por la puerta delantera. Salía de su casa por la puerta trasera y entraba en nuestro patio a través de la verja, y luego no había mucha distancia hasta los escalones que conducían hacia mi terraza.

Nuestros padres sabían que podía llegar a mi habitación de aquella forma, pero habíamos crecido juntos. Para ellos, y para Sebastian, éramos como hermanos.

Yo también sospechaba que no sabían que las visitas tenían lugar por la noche. *Aquello* no había empezado hasta que tuvimos trece años, la primera noche después de que mi padre se marchara.

Me apoyé en la puerta y me mordí el interior de la mejilla.

Sebastian Harwell era uno de los chicos más populares del instituto, pero no era sorprendente. No cuando era tan guapo. Talentoso. Gracioso. Inteligente. *Amable*. Jugaba en su propia liga.

También era uno de mis mejores amigos.

Por razones que no quería examinar detenidamente, él hacía que mi habitación pareciera más pequeña cuando estaba en ella, la cama demasiado enana y el aire demasiado espeso.

—¿Qué diablos estás viendo? —preguntó en voz baja mientras observaba la televisión.

Miré la pantalla. Había un tipo con el pelo castaño espeso y con pinta de loco agitando las manos en el aire.

—Mmm... repeticiones de *Alienígenas ancestrales*.

—De acuerdo. Supongo que es menos morboso que la serie de forenses que ves. A veces me preocupa... —La voz de Sebastian se fue apagando mientras me miraba. Ladeó la cabeza—. ¿Esa es mi camiseta?

Oh. Oh, *Dios* mío.

Abrí mucho los ojos al recordar lo que llevaba puesto: su vieja camiseta para entrenar de primer curso. Hacía un par de años se la había dejado allí por alguna razón u otra, y me la había quedado.

Como una acosadora.

Mis mejillas se sonrojaron, y el rubor recorrió la parte delantera de mi cuerpo. Y había mucho cuerpo a la vista. La camiseta se me había resbalado de un hombro, no llevaba sujetador, y luché contra el impulso de tirar del dobladillo de ella.

Me incité a mí misma a no perder los papeles, porque me había visto en bañador más de un millón de veces. Eso no era diferente.

Pero sí que lo era.

—Sí, es mi camiseta. —Las gruesas pestañas se deslizaron hacia abajo, protegiéndole los ojos mientras se sentaba en mi cama—. Me preguntaba a dónde había ido a parar.

No supe qué decir. De repente estaba petrificada, pegada a la puerta. ¿Creía él que dormir con su camiseta puesta era algo raro? Porque sí, era un poco raro. No podía negarlo.

Se tiró sobre mi cama, y luego se incorporó de inmediato.

—Ay. ¿Qué demonios? —Se frotó la espalda y giró sobre la cintura—. Madre mía. —Levantó mi libro y lo sostuvo—. ¿Estás leyendo esto?

Entrecerré los ojos.

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Podría servir como arma. Podrías golpearme en la cabeza con esto, matarme y luego terminar en uno de esos programas que ves en el canal de investigación.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un poco exagerado.

—Como sea. —Lanzó el libro al otro lado de la cama—. ¿Estabas preparándote para irte a dormir?

—Me estaba preparando para leer antes de que me interrumpieran tan groseramente —bromeé. Me obligué a alejarme de la puerta y me deslicé lentamente hacia donde él estaba tendido de lado, acostado allí como si fuera su cama, con la mejilla apoyada en su puño—. Pero alguien, y no miro a nadie, está aquí ocupando mi espacio.

Las comisuras de sus labios se elevaron.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

—Eso me parecía. —Dio palmadas en el sitio que quedaba a su lado—. Ven a hablar conmigo. Cuéntame todo lo que me he perdido.

Mientras me ordenaba a mí misma no actuar como una completa idiota, me senté en la cama, lo que no resultó fácil debido a la camiseta. *En absoluto* quería que me viera nada. O puede que sí que quisiera. Pero él probablemente no.

—No te has perdido mucho —dije, echando un vistazo a la puerta de la habitación. Gracias a Dios que ya la había cerrado—. Keith ha dado un par de fiestas...

—¿Fuiste sin mí? —Colocó la mano sobre su pecho—. Mi corazón. Duele.

Le sonreí mientras estiraba las piernas y las cruzaba por los tobillos.

—Fui con las chicas. No fui sola. Pero ¿y qué si lo hice?

La sonrisa aumentó un poco.

—¿Organizó alguna en el lago?

Negué con la cabeza y tiré del dobladillo de la camiseta mientras movía los dedos de los pies.

—No. Solo en su casa.

—Genial. —Cuando lo miré, pestañeó. Su mano libre descansaba en la cama entre nosotros. Sus dedos eran largos y delgados, con la piel bronceada por pasar tanto tiempo expuesto al sol—. ¿Has hecho algo más? ¿Has salido con alguien?

Dejé de mover los dedos de los pies y volví la cabeza hacia él. Era una pregunta aleatoria.

—No, a decir verdad.

Levantó una ceja al alzar la mirada hacia mí.

Cambié de tema rápidamente.

—Por cierto, adivina quién se ha pasado por el restaurante esta noche y ha preguntado por ti.

—¿Quién no se pasaría a preguntar por mí?

Le lancé una mirada aburrida.

Él sonrió.

—¿Quién?

—Skylar. Por lo visto te ha estado enviando mensajes y has estado ignorándola.

—No la he estado ignorando. —Alargó la mano y se retiró el pelo de la frente—. Simplemente no he contestado.

Fruncí los labios.

—¿Acaso no es lo mismo?

—¿Qué quería? —preguntó en vez de responder.

—Hablar contigo. —Me recosté contra la cabecera y tomé la almohada para colocarla en mi regazo—. Ha dicho... Me ha pedido que te dijera que había preguntado por ti.

—Bueno, mírate, haciendo lo que se te dice. —Hizo una pausa y su sonrisa se volvió más amplia—. Por una vez.

Elegí ignorar ese comentario.

—También ha dicho que cree que romper contigo fue un error.

Él echó la cabeza hacia atrás y la sonrisa se desvaneció.

—¿Eso ha dicho?

El corazón empezó a palparme en el pecho. Sonaba sorprendido. ¿Era una buena o una mala sorpresa? ¿Ella todavía le importaba?

—Sí.

Sebastian no se movió durante un segundo y luego sacudió la cabeza.

—Da igual. —Su mano se movió a la velocidad del rayo y me arrebató la almohada del regazo. Se la puso debajo de la cabeza.

—Sírvete tú mismo —murmuré mientras colocaba la camiseta de nuevo sobre mi hombro.

—Acabo de hacerlo. —Me sonrió—. Tienes otra peca.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él. Desde que tenía memoria, mi cara parecía haber recibido el impacto de un cañón de pecas.

—Como te lo digo. Inclínate. Hasta puedo enseñarte dónde está.

Dudé mientras lo miraba.

—Vamos —me convenció, incitándome con el dedo.

Sin apenas respirar, me incliné hacia él. El pelo se me deslizó por el hombro mientras Sebastian alzaba la mano.

La sonrisa había vuelto, y jugaba con sus labios.

—Justo aquí... —Presionó la yema del dedo en el centro de mi barbilla. Yo inhalé bruscamente. Él bajó las pestañas—. Esta es nueva.

Durante un momento, no pude moverme. Todo lo que pude hacer fue quedarme allí sentada, inclinada hacia él y con su dedo tocándome la barbilla. Era una locura y estúpido, porque solo había sido un roce suave, pero lo sentí en cada célula de mi cuerpo.

Volvió a bajar la mano al hueco que quedaba entre nosotros.

Exhalé temblorosa.

—Eres... Eres muy estúpido.

—Me quieres.

Sí.

*Locamente. Profundamente. Irrevocablemente.* Se me podrían ocurrir cinco adjetivos más. Llevaba enamorada de Sebastian desde, por Dios, desde que él tenía siete años y me había traído una serpiente negra que había encontrado en el jardín como regalo. No sé por qué había pensado que la querría, pero había cargado con ella y la había dejado caer frente a mí como un gato que le lleva un pájaro muerto a su dueño.

Un regalo verdadera y realmente raro, el tipo de regalo que un muchacho le haría a otro muchacho, y eso resumía más o menos nuestra relación. Yo

estaba enamorada de él, de una forma vergonzosa y dolorosa, y él mayormente me trataba como a uno de sus amigos. Siempre lo había hecho y siempre lo haría.

—Apenas te tolero —le dije.

Rodando sobre su espalda, levantó los brazos y se llevó las manos a la cabeza. La camiseta se le subió y reveló su estómago plano y esos dos músculos a ambos lados de sus caderas. No tenía ni idea de cómo los había conseguido.

—Sigue mintiéndote a ti misma —dijo—. Puede que un día llegues a creértelo.

Él no tenía ni idea de cuánto se había acercado a la verdad.

Cuando se trataba de Sebastian y mis sentimientos respecto a él, todo lo que yo hacía era mentir.

Mentir era otro de los regalos que mi padre me había dejado.

Era algo en lo que él también había sido muy, *muy* bueno.

## Capítulo 3

Era demasiado temprano para aquella mierda.

De pie detrás de Megan, esperaba poder fusionarme con la pared y ser olvidada. Entonces, podría tumbarme y echarme una siesta. Sebastian se había quedado hasta las tres de la mañana, y estaba demasiado cansada para hacer algo remotamente físico.

El entrenador Rogers, también conocido como el sargento Rogers o el teniente idiota, se cruzó de brazos. Su cara mostraba un ceño permanente. Jamás lo había visto sonreír. Ni siquiera cuando habíamos llegado al campeonato el año anterior.

También era el entrenador del Cuerpo de Entrenamiento de los Reservistas, por lo que nos trataba como si estuviéramos en un campamento militar. Ese día no iba a ser diferente.

—Hasta las gradas —ordenó—. Diez rondas.

Suspirando, extendí la mano y tiré de mi coleta, apretándola mientras Megan se giraba de un salto para mirarme.

—Quien termine última tiene que comprar a la otra un batido después del entrenamiento.

Las comisuras de mis labios se deslizaron hacia abajo.

—No es justo. Vas a terminar primera.

—Lo sé. —Se rio mientras corría hacia las gradas del interior del gimnasio.

Bajé la mano, tiré de mis pantalones cortos negros para entrenar y luego me resigné a la muerte por grada.

El equipo llegó a los asientos metálicos. El calzado golpeaba el suelo a medida que subíamos. En la fila superior, golpeé la pared como se esperaba que hiciera. Si no lo hacíamos, empezaríamos de nuevo. Volví a bajar, con la mirada centrada en las filas que tenía delante mientras mis rodillas y brazos me impulsaban. Para cuando llegó la quinta ronda, me ardían los músculos de las piernas y los pulmones.

Casi muero.

Más de una vez.

Al acabar, sentía las piernas como gelatina mientras me unía a Megan en la cancha.

—Quiero un batido de plátano y fresa —dijo ella con la cara sonrosada—. Gracias.

—Cállate —murmuré sin aliento mientras miraba hacia las gradas. Al menos no era la última. Me volví hacia ella—. Voy a comprar algo en el McDonald's.

Megan resopló mientras se colocaba bien los pantalones cortos.

—Por supuesto que sí.

—Al menos como huevos —razoné. Probablemente tendría las piernas y el estómago mucho más tonificados si me tomara ese batido en vez del McMuffin de Huevo y las patatas con cebolla a los que tenía pensado hacer cosas muy, muy malas.

Megan arrugó la nariz.

—No creo que ese tipo de huevo cuente.

—Incluso decir eso es sacrílego.

—No creo que sepas lo que significa esa palabra —respondió.

—No creo que sepas cuándo callarte.

Echando la cabeza hacia atrás, Megan se rio. A veces me preguntaba cómo nos habíamos hecho tan buenas amigas. Éramos polos opuestos. Ella no leía a menos que fueran consejos para seducir de la revista *Cosmopolitan* o los horóscopos semanales de otras revistas que su madre tenía en casa. Yo, por supuesto, leía todos los libros que caían en mis manos. Yo iba a solicitar ayuda financiera, y ella tenía un fondo para la universidad. Megan comía comida del McDonald's solo si había estado bebiendo, lo cual no era frecuente, y yo comía tanto McDonald's que me tuteaba con la señora que trabajaba en la ventanilla por la mañana.

Se llamaba Linda.

Megan era más extrovertida que yo, estaba más dispuesta a probar cosas nuevas, mientras que yo siempre sopesaba los pros y los contras antes de hacer algo, y encontraba más de los últimos que de los primeros a casi cualquier actividad. Megan aparentaba menos de diecisiete años, y a menudo actuaba como una gatita hiperactiva escalando las cortinas. Era sumamente ridícula la mitad del tiempo. Pero esa apariencia de despiste solo era la superficie. Era una genio en matemáticas sin siquiera intentarlo. Por fuera, parecía no tomarse nada en serio, pero era tan brillante como ocurrente.

Ambas planeábamos, o esperábamos, entrar en la Universidad de Virginia, rezábamos para que nos alojaran juntas en la misma residencia y nos



esforzábamos para hacérselo pasar mal a Dary, con amor, todos los días de nuestras vidas.

Decidí que pediría dos de patatas y me las comería en su cara, y la adelanté mientras nos acercábamos a donde nos esperaba el entrenador.

El entrenamiento había sido extenuante.

Como era pretemporada y viernes, todo era calistenia. Ejercicios de piernas. Sentadillas. *Sprints* suicidas. Saltos. Nada me hacía sentir menos en forma que ese tipo de entrenamientos. Para cuando terminamos iba arrastrando el trasero, y sudaba por sitios en los que ni siquiera quería pensar.

—Las de último año, necesito que os quedéis unos minutos —dijo el entrenador Rogers—. Todas las demás podéis iros.

Megan me lanzó una mirada mientras nos poníamos en pie. Me dolía un poco el estómago por los abdominales, así que me concentré en no inclinarme y llorar como un bebé al que le están saliendo los dientes.

—Nuestro primer partido es dentro de un par de semanas, al igual que nuestro primer torneo, pero quiero asegurarme de que tengáis en cuenta lo importante que es esta temporada. —El entrenador se colocó bien la gorra, enderezando la visera—. Este no es solo el último año. Es cuando los reclutadores vendrán a los torneos. Muchas de las universidades de Virginia y de los estados vecinos están buscando jugadores de primer año.

Apretando los labios, crucé ligeramente los brazos. Una beca de vóleibol estaría genial. Quería una. Iba a por ella, pero había mejores jugadoras en el equipo, incluida Megan.

Las probabilidades de que ambas acabáramos en la Universidad de Virginia eran escasas.

—Tengo que hacer hincapié en recordaros lo importante que es vuestro rendimiento esta temporada. —Comenzó el discurso del entrenador. Su oscura mirada se demoró sobre mí de una manera que me hizo sentir que había notado lo malos que habían sido mis *sprints*—. No habrá más ocasiones. No habrá una segunda oportunidad para impresionar a los ojeadores. No habrá un próximo año —concluyó el entrenador.

La mirada de Megan se encontró con la mía y sus cejas se alzaron un par de centímetros. Había sido un poquito dramático.

El entrenador siguió y siguió, hablando sobre las buenas decisiones en la vida o algo así, y luego acabó. Cuando pudimos retirarnos, nuestro grupo se dirigió hacia las bolsas de gimnasia color borgoña y blanco que quedaban.

Megan me golpeó el hombro con el suyo mientras agarraba su botella de agua de la parte de arriba de su mochila.

—Hoy lo has hecho fatal.

—Gracias —respondí mientras que me secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Me siento mucho mejor después de oír eso.

Ella sonrió con la boca alrededor de la botella, pero antes de que pudiera responder, el entrenador gritó mi apellido.

—Oh, mierda —susurró Megan abriendo mucho los ojos.

Me tragué un gruñido, giré y corrí hacia donde él estaba de pie, cerca de la red ante la que muchas veces teníamos que saltar repetidamente. Que el entrenador te llamara por el apellido se parecía mucho a cuando tu madre usa tu nombre completo.

La barba cuidadosamente recortada del entrenador Rogers era entrecana, pero el hombre estaba en forma y era bastante intimidante. Podría correr por esas gradas en la mitad de tiempo que Megan, y en aquel momento parecía que quería mandarme a hacer otras diez rondas. Si era eso, QEPD Lena.

—Te he estado observando hoy —dijo.

*Oh, no.*

—No parecía que tuvieras la cabeza en el entrenamiento. —Se cruzó de brazos y supe lo que me esperaba—. ¿Sigues trabajando en el restaurante de Joanna?

Tensa porque ya habíamos mantenido esa conversación antes, asentí.

—Anoche cerré yo.

—Bueno, eso explica muchas cosas. Sabes lo que pienso de que trabajes cuando tienes entrenamiento —dijo.

Sí, lo sabía. El entrenador Rogers creía que nadie que practicara deporte debería trabajar, porque el trabajo era una distracción.

—Es solo durante el verano. —Eso era más bien una mentira, porque tenía pensado trabajar los fines de semana durante el curso escolar. Necesitaba mantener mi fondo para el McDonald's bien provisto, pero él no tenía por qué saber nada de eso—. Lamento lo del entrenamiento. Estoy un poco cansada...

—Muy cansada, por lo que parece —me interrumpió con un suspiro—. Te estabas forzando en cada ronda.

Supongo que no iba a reconocerme ningún mérito por ese esfuerzo.

Levantó la barbilla y me miró por encima de su nariz. El entrenador era una bestia durante los entrenamientos y los partidos, pero la mayoría de los días me gustaba. Se preocupaba por sus jugadores. Se preocupaba de verdad. El año pasado organizó una recaudación de fondos para un estudiante cuya familia lo había perdido todo al incendiarse su casa. Sabía que estaba en

contra de la crueldad hacia los animales, porque lo había visto llevar camisetas de la Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad. Pero en ese momento, en ese preciso instante, el hombre no me gustaba en absoluto.

—Mira —continuó—, sé que vais apuradas en casa, especialmente por lo de tu padre... Bueno, por todo.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y mantuve una expresión neutra. Todos sabían lo de mi padre. Era un asco vivir en una ciudad pequeña.

—Y a ti y a tu madre os vendría bien el dinero extra, eso lo entiendo, pero la verdad es que necesitas ver la situación desde una perspectiva general. Tómate los entrenamientos más en serio, dedícales más tiempo y podrás mejorar tu juego este año. Puede que llames la atención de un reclutador —dijo—. De ese modo obtendrías una beca. Más ayuda. Tienes que concentrarte en eso: tu futuro.

A pesar de que sabía que tenía buenas intenciones, quise decirle que mi madre, mi futuro y yo no éramos asunto suyo. Pero no lo dije. Simplemente cambié el peso de un pie a otro y me imaginé las grasientas patatas de cebolla.

Madre mía, tenía intención de ahogar a esas pequeñas en ketchup.

—Tienes talento.

Parpadeé.

—¿De verdad?

Su expresión se suavizó un poco cuando me puso la mano en el hombro.

—Creo que tienes posibilidades de conseguir una beca. —Apretó suavemente—. Simplemente no pierdas de vista el mañana. Esfuéstrate y nada se interpondrá en tu camino. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Miré hacia donde Megan esperaba—. Una beca sería... Ayudaría mucho.

*Muchísimo.*

Estaría bien no pasar una década o más después de la universidad trabajando para salir del infierno de los préstamos universitarios de los que ya me habían advertido.

—Entonces, haz que suceda, Lena. —El entrenador Rogers dejó caer la mano—. Eres la única que se interpone en tu camino.



—Me da igual lo que digas, ¡Chloe era la mejor bailarina! —chilló Megan, sentada al borde de mi cama. Yo esperaba que su pelo se levantara y se

transformara en serpientes en cualquier momento, para arrancarle los ojos a todo aquel que no estuviera de acuerdo con ella.

Bueno, puede que estuviera leyendo demasiada fantasía últimamente.

—¡No podemos ser amigas si no estás de acuerdo, en serio! —añadió con vehemencia.

—No es cuestión de quién es mejor bailarina, pero personalmente creo que te estás dejando llevar por lo de «las rubias deben permanecer unidas». —Abbi estaba tumbada sobre el estómago encima de mi cama. Su melena era un desastre de rizos apretados y oscuros—. Y sinceramente, soy del equipo Nia.

Megan frunció el ceño a la vez que levantaba las manos.

—Lo que tú digas.

Mi móvil, encima del escritorio, sonó, y cuando vi quién era mandé la llamada al contestador sin pensármelo dos veces.

Hoy no, Satanás.

—La verdad es que creo que deberíais dejar de ver las repeticiones de *Dance Moms*. —Me volví hacia el armario y reinicié la búsqueda de un par de pantalones cortos que ponerme durante mi turno. Sofocando un bostezo, deseé tener tiempo para echarme una siesta, pero Megan había venido después del entrenamiento y solo tenía una hora antes de ir a trabajar.

—Pareces destrozada de la cabeza a los pies —comentó Abbi, y tardé un momento en darme cuenta de que hablaba de mí—. ¿No dormiste anoche?

—Guau. Gracias —respondí, frunciendo el ceño—. Sebastian llegó a casa anoche, así que se pasó por aquí y se quedó un rato —expliqué.

—Ooh, Sebastian —arrulló Megan aplaudiendo—. ¿Te tuvo despierta toda la noche? Porque, si es así, voy a estar molesta por el hecho de que no lo hayas mencionado antes. También voy a querer los detalles. *Todos* los detalles sucios y jugosos.

Abbi resopló.

—Dudo seriamente de que haya detalles jugosos o sucios.

—No sé si debería ofenderme o no por esa afirmación —dije.

—Es solo que no creo que vaya a pasar —respondió Abbi con un encogimiento de hombros.

—No sé cómo pasas tanto tiempo con él y no quieres saltarle encima como un puma rabioso en celo —reflexionó Megan—. Yo no podría controlarme.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Guau. —Mis amigas eran un poco raras. Sobre todo, Megan—. ¿Tú no habías vuelto con Phillip?

—¿Supongo? No es seguro. Lo estamos hablando. —Soltó una risita—. Aunque volviese a estar con él no significa que no pueda apreciar ese pedazo de ejemplar masculino que es tu vecino.

—Adelante —murmuré.

—¿Te has dado cuenta de que la gente que está buena acaba juntándose? Como todos los amigos de Sebastian: Keith, Cody, Phillip. Todos están como un tren. Lo mismo pasa con Skylar y sus amigas. Como si fueran pájaros que migran al sur en invierno —continuó Megan.

Abbi murmuró en voz baja:

—¿Qué mierda?

—De todas maneras, no me avergüenzo de mis no demasiado amigables inclinaciones hacia Sebastian. Todo el mundo está colado por él —dijo Megan—. Yo estoy colada por él. Abbi está colada por él...

—¿Qué? —gritó Abbi—. No estoy colada por él.

—Ah, lo siento. A ti te va más Keith. Fallo mío.

Giré la mitad del cuerpo para ver la reacción de Abbi, y no me decepcionó.

Ella se incorporó sobre los codos y giró la cabeza hacia Megan. Si las miradas pudieran matar, toda la familia de Megan moriría en este momento.

—En serio, puede que te pegue, y dado que pesas, no lo sé, unos treinta y siete kilos mojada y te saco como unos cuarenta y cinco centímetros, voy a romperte como a un KitKat.

Sonreí mientras me volvía hacia mi armario y me dejaba caer sobre las rodillas para hurgar entre la pila de libros y pantalones vaqueros al fondo del estrecho espacio.

—Keith es guapo, Abbi.

—Sí, está bien, pero también es «la moto del instituto» y todo el mundo se ha montado en él —comentó.

—Yo no —dijo Megan.

—Yo tampoco. —Encontré los pantalones cortos, los recogí del suelo y me incorporé—. Keith ha estado intentando llamar tu atención desde que te salieron pechos.

—Que fue como en quinto curso. —Megan rio cuando Abbi le lanzó mi pobre almohada—. ¿Qué? Es la verdad.

Abbi negó con la cabeza.

—Estáis todas locas. No creo que a Keith le gusten las chicas más oscuras que vuestros culos blancos.

Resoplé mientras me dejaba caer en la silla de mi escritorio. El respaldo chocó contra el borde del escritorio, lo cual hizo que la pila de libros se bamboleara.

—Estoy bastante segura de que Keith se interesa por chicas de todos los tonos de piel, formas y tamaños, y por algunas más —le dije mientras me agachaba y recogía los bolígrafos y plumones que se habían caído del escritorio.

Abbi resopló.

—Da lo mismo. No estamos hablando de mi inexistente atracción por Keith.

Me giré hacia Abbi.

—¿Sabéis que Skylar se pasó anoche por el restaurante y me preguntó si Sebastian sabía que estoy enamorada de él? —Forcé una risa despreocupada—. Qué locura, ¿verdad?

Los ojos azules de Megan se abrieron hasta tener el tamaño de un planeta. No Plutón... más bien Júpiter.

—¿Qué?

Abbi también estaba atenta.

—*Detalles*, Lena.

Les conté lo que Skylar me había dicho la noche anterior.

—Fue todo muy raro.

—Bueno, es obvio que quiere volver con él. —Abbi parecía pensativa—. Pero ¿por qué te preguntaría eso? Incluso si fuera cierto, ¿por qué ibas a admitírselo a ella, su exnovia?

—¿Verdad? Antes estaba pensando lo mismo. —Di una vuelta lenta con la silla—. Nos hemos visto mucho porque estuvo saliendo con Sebastian, pero no es que seamos amigas. No le confesaría mis secretos más íntimos.

Abbi inclinó la cabeza hacia un lado, tenía aspecto de querer decir algo, pero permaneció en silencio.

—¡Ah! Casi lo olvido —exclamó Megan mientras ponía los pies en el suelo y pasaba claramente al siguiente tema. El rosa coloreaba su rostro en forma de corazón—. He oído que Cody y Jessica están saliendo de nuevo.

—No me sorprende. —Cody Reece era el pasador estrella. Sebastian era el corredor estrella. Era una amistad forjada en el mismísimo cielo del fútbol americano. Y Jessica era, bueno... No era especialmente la persona más simpática que conocía.

—¿No intentó Cody liarse contigo en la fiesta que dio Keith en julio? —preguntó Abbi, rodando sobre su espalda.

La fulminé con una mirada mortífera y más poderosa que el láser de la Estrella de la Muerte.

—Me había olvidado de eso, así que gracias por volver a sacar el tema.

—De nada —bromeó.

—Me acuerdo de esa fiesta. Cody estaba muy borracho. —Megan empezó a trenzar su pelo, cosa que le encantaba desde que éramos pequeñas—. Probablemente ni siquiera recuerda haber ligado contigo, pero es mejor que Jessica no se entere. Esa chica es territorial. Hará que tu último curso sea un infierno.

Yo no estaba realmente preocupada por Jessica, porque, lógicamente, ¿cómo podía molestarle que Cody ligara conmigo en una fiesta cuando ni siquiera estaban juntos? Eso no tendría ningún sentido.

Megan soltó un improperio y se puso de pie de un salto.

—Se suponía que había quedado con mi madre hace diez minutos. Me lleva de compras para la vuelta al cole, lo que en realidad significa que intentará vestirme como si todavía tuviera cinco años. —Tomó su bolso y luego su bolsa de gimnasia—. Por cierto, es viernes, y no creas que he olvidado mi recordatorio semanal.

Suspiré pesadamente. Allá íbamos...

—Es hora de que consigas un novio. Cualquiera sirve, la verdad, llegados a este punto. Y uno real, además. No uno de algún libro. —Se dirigió a la puerta de la habitación.

Alcé las manos al aire.

—¿Por qué estás tan obsesionada con la idea de que tenga novio?

—¿Por qué estás tan obsesionada conmigo? —imitó Abbi.

La ignoré.

—Recuerdas que tuve uno, ¿verdad?

—Sí. —Levantó la barbilla—. *Tuviste*. En pasado.

—¡Abbi no tiene novio! —Hice notar.

—No estamos hablando de ella. Pero sé por qué no estás interesada en nadie. —Se tocó con el dedo un lado de la cabeza—. Lo sé.

—Por Dios. —Negué con la cabeza.

—Presta atención a mis palabras. Vive un poco. Si no lo haces, cuando tengas treinta, vivas sola con un montón de gatos y cenizas atún, lo lamentarás. Y ni siquiera será atún del *bueno*. Será el de marca blanca que flota en aceite. Todo porque pasas cada minuto despierta leyendo libros cuando podrías estar por ahí conociendo al futuro padre de tus hijos.

—Eso es pasarse un poco —murmuré mirándola de reojo—. ¿Y qué tiene de malo el atún de marca blanca en aceite? —Miré a Abbi—. Sabe mejor que cuando viene empapado en agua.

—Estoy de acuerdo —contestó ella.

—Y lo cierto es que no estoy interesada en conocer al futuro padre de mis hijos —añadí—. Ni siquiera creo que quiera tener hijos. Tengo diecisiete años. Y los niños me incomodan.

—Me decepcionas —dijo Megan—. Pero soy tan buena amiga que te sigo queriendo.

—¿Que haría yo sin ti? —Di un giro en la silla.

—Serías una zorra cualquiera. —Megan me dedicó una sonrisa descarada. Me llevé la mano al corazón.

—Ay.

—Tengo que irme. —Agitó la mano—. Luego te escribo.

Después salió de la habitación con un contoneo. Literalmente. Con la cabeza hacia atrás, agitando los brazos y brincando como un caballo de circo.



—Hablando de una cualquiera. —Abbi negó con la cabeza mientras miraba la puerta despejada.

—Nunca entenderé su fascinación por mi soltería. —Miré a Abbi—. *En absoluto.*

—Cuando se trata de ella, ¿quién sabe? —Abbi hizo una pausa—. Pues... creo que mi madre le pone los cuernos a mi padre.

Me quedé boquiabierta.

—Espera, ¿qué?

Abbi se puso de pie y plantó las manos sobre las caderas.

—Sí. Me has oído bien.

Por un momento no supe qué decir y tardé un par de segundos en hacer que me funcionara la lengua.

—¿Por qué crees eso?

—¿Recuerdas que te conté que ella y mi padre habían estado discutiendo más últimamente? —Se paseó hasta la ventana que daba al patio trasero—. Intentan hacerlo en voz baja, para que mi hermano y yo no los escuchemos, pero son discusiones acaloradas y ahora Kobe está teniendo pesadillas.

El hermano de Abbi tenía solo cinco o seis años. Qué duro.

—Creo que se han estado peleando porque ella trabaja hasta muy tarde en el hospital y, ya sabes, *por qué* está trabajando hasta tan tarde. Y me refiero a



*tarde*, Lena. Por ejemplo, ¿con qué frecuencia llaman a otras enfermeras para que doblen su turno? ¿Es mi padre tan estúpido? —Le dio la espalda a la ventana, volvió a la cama y se sentó en el borde—. Yo todavía estaba despierta cuando llegó a casa el miércoles, cuatro horas después de que acabara su turno, y estaba hecha un desastre. Tenía el pelo revuelto y traía la ropa arrugada, como si hubiera salido rodando de la cama de alguien y hubiera vuelto a casa.

Se me contrajo el pecho.

—Puede que solo tuviera una noche difícil.

Ella me dirigió una mirada afable.

—Oía a colonia, y no era del tipo que usa mi padre.

—Eso no es... bueno. —Me incliné hacia delante en la silla—. ¿Te dijo algo cuando la viste?

—Verás, ahí está la cosa. Ella parecía sentirse culpable. No me miró a los ojos. Le faltó tiempo para salir de la cocina, y lo primero que hizo cuando subió al piso de arriba fue darse una ducha. Y lo de la ducha podría no ser raro, pero cuando lo juntas todo...

—Mierda. No sé qué decir —admití mientras me retorcí los pantalones cortos con las manos—. ¿Vas a decir algo?

—¿Y qué iba a decir? ¿«Ah, oye, papá, creo que mamá te está engañando, así que a lo mejor quieres investigarlo»? No creo que terminase bien. ¿Y qué pasa si, por ínfima que sea la posibilidad, estoy equivocada?

Me encogí.

—Buen punto.

Se frotó los muslos con las manos.

—No sé qué les ha pasado. Eran felices hasta hace un año y ahora todo se ha ido a la mierda. —Se apartó los rizos de la cara y zarandó la cabeza—. Solo necesitaba decírselo a alguien.

Me acerque más a ella con la silla.

—Es comprensible.

Una breve sonrisa apareció en su rostro.

—¿Podemos cambiar de tema? La verdad es que no puedo lidiar con esto más de cinco minutos seguidos.

—Claro. —Yo lo entendía más que nadie—. Como tú quieras.

Ella inspiró profundamente y luego pareció sacudirse de encima todos esos pensamientos.

—Así que... Sebastian ha vuelto antes a casa.

Esa no era necesariamente la conversación a la que quería volver, pero si Abbi quería usarme como distracción, podía ser eso para ella. Me encogí de hombros y dejé caer la cabeza hacia atrás en el mismo momento en que mi corazón dio una pequeña sacudida vertiginosa.

—¿Te alegraste de verlo? —preguntó.

—Claro —respondí con mi habitual tono indiferente para cuando hablaba de Sebastian.

—¿Ahora dónde está?

—En el instituto. Tienen un partido amistoso esta noche. No va a jugar, pero probablemente le estén haciendo entrenar.

—¿Trabajas este fin de semana? —me preguntó.

—Sí, pero este será mi último fin de semana durante una temporada, porque empiezan las clases. ¿Por qué? ¿Quieres hacer algo?

—Por supuesto. Es mejor que estar atrapada en casa como niñera y escuchar a mis padres increparse el uno al otro. —Me dio un golpecito en la pierna con la sandalia—. Sabes que odio incluso señalarlo, pero ¿crees que Skylar podría tener razón al preguntar...?

—¿Sobre mí y Sebastian? No. ¿Qué? Es una estupidez.

Una mirada de duda cruzó por su rostro.

—¿No quieres a Sebastian en absoluto?

El corazón me empezó a palpar en el pecho.

—Por supuesto que lo quiero. Te quiero a ti y también quiero a Dary. Incluso quiero a Megan.

—Pero no querías a Andre...

—No. No lo quería. —Cerrando los ojos, pensé en mi ex a pesar de que en realidad no quería hacerlo. Habíamos salido casi todo el año pasado, y Abbi tenía razón: Andre era increíble y simpático, y me había sentido como una cretina por cortar con él. Pero lo había intentado, lo había intentado de verdad, incluso llevando las cosas al siguiente nivel, *el* nivel, pero sencillamente mi interés no se centraba en él—. No funcionó.

Ella se quedó callada un momento.

—¿Sabes lo que creo?

Dejé caer los brazos a los lados.

—¿Algo sabio e inteligente?

—Esas dos palabras significan lo mismo, idiota. —Me pegó en la pierna otra vez—. Si no vas a ser sincera contigo misma sobre Sebastian, entonces solicitar plaza en la Universidad de Virginia es una buena idea.

—¿Qué tiene que ver él con la universidad?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Estás diciendo que es una coincidencia que la única universidad que no está en su lista sea la única por la que tú estás apostando?

Aquello me aturdió y me dejó en silencio, no estaba segura de qué decir. Abbi nunca antes había insinuado que yo tuviera un interés en Sebastian que fuese más allá de la amistad. Estaba segura de haber mantenido oculto ese embarazoso y ardiente deseo, pero obviamente no lo había hecho tan bien como creía. ¿Primero Skylar, que no me conocía de verdad, y ahora Abbi, que sí me conocía?

—La Universidad de Virginia es un centro impresionante y tiene un departamento de Antropología increíble. —Abrí los ojos y fijé la mirada en el yeso agrietado del techo.

Abbi suavizó la voz.

—No estás... escondiéndote otra vez, ¿no?

La garganta me ardió cuando apreté los labios. Sabía de lo que estaba hablando, y no tenía nada que ver con Sebastian. Tenía todo que ver con la llamada perdida de antes.

—No —le dije—. No lo hago.

Se quedó callada un momento y luego agregó:

—¿De verdad vas a ponerte esos pantalones cortos para trabajar? Con ellos pareces una Daisy Duke barata.



Estoy en casa de Keith. ¿Vas a venir?

El mensaje de Sebastian llegó justo cuando me adentraba en el camino que conducía a mi casa después de mi turno del viernes. Aunque normalmente no dejaba pasar la oportunidad de quedar con Sebastian, me sentía un poco rara después de la conversación con Abbi. Además, estaba agotada, así que me sentía lista para arrastrarme bajo las sábanas y perderme en un libro durante un rato.

Hoy me quedo en casa.

Contesté al mensaje.

Él envió rápidamente el emoji de la caca sonriente.

Sonriendo, respondí con otra caca.

Aparecieron los puntos suspensivos y luego:

¿Estarás despierta más tarde?

Puede que sí.

Salí del coche y me encaminé hacia la puerta principal.

Entonces puede que me pase.

Sentí cómo se me retorció y se me agitaba el estómago. Sabía lo que eso significaba. A veces, Sebastian se pasaba *realmente* tarde, por lo general cuando en su casa estaba pasando algo con lo que no quería lidiar... y normalmente ese algo tenía que ver con su padre.

Y sabía, en el fondo lo sabía, que incluso a pesar de todos los años que había estado saliendo con Skylar, nunca había hecho eso con ella. Cuando algo le molestaba, él me buscaba a *mí*, y sé que eso no debería emocionarme, pero lo hacía. Y guardaba esa información cerca de mi corazón.

Seguí el zumbido de la televisión y atravesé la pequeña entrada repleta de paraguas, calzado de deporte y la mesita donde se amontonaba el correo sin abrir.

El resplandor de la televisión proyectaba una luz suave y parpadeante sobre el sofá. Mi madre estaba acurrucada de lado, con una mano bajo la almohada. Estaba fuera de combate.

Rodeé el sofá de dos plazas, tomé la manta de ganchillo del respaldo y se la eché por encima con cuidado. Al enderezarme, pensé en lo que Abbi me había dicho antes. No tenía ni idea de si su madre estaba engañando a su padre, pero pensé en mi madre y en que ella jamás habría engañado al mío. La mera idea casi me hizo reír, porque lo quería como el mar quiere a la arena. Él había sido su universo, su sol alzándose por la mañana y la luna que dominaba sobre el cielo nocturno. Nos quería a Lori y a mí, pero había querido más a mi padre.

Sin embargo, el amor de mi madre no había sido suficiente. Mi amor y el de mi hermana nunca habían bastado. Al final, mi padre nos había dejado igualmente. A todas nosotras.

Y, que Dios me ayudase, pero yo me parecía mucho a mi padre.

Me parecía a él físicamente, solo que yo era una... versión más corriente. La misma boca. La misma nariz fuerte, que era casi demasiado grande para mi cara. Los mismos ojos color avellana, más marrones que cualquier otro tono interesante. Mi pelo era igual que el suyo, de un castaño que a veces se tornaba rojizo por el sol, y lo llevaba largo, me caía por debajo de los pechos. Mi cuerpo no era ni delgado ni gordo. De alguna manera, estaba atrapada a medio camino. No era ni alta ni baja. Solo era...

*Corriente.*

Sin embargo, mi madre no lo era. Ella era impresionante, todo pelo rubio y piel perfecta. A pesar de que la vida se había vuelto más difícil en los últimos cinco años, ella había perseverado, y eso la hacía más hermosa. Mi madre era fuerte. Nunca se rendía, pasara lo que pasara, incluso aunque hubiera momentos en los que tenía aspecto de querer dejarlo todo.

Para ella, nuestro amor había sido suficiente para seguir adelante.

Lori se había llevado la parte bendita de nuestra genética y se parecía a mi madre. Era una bomba rubia en su máximo exponente, con un montón de curvas y unos labios carnosos para completar el conjunto.

Pero las similitudes iban más allá de lo físico en lo que se refería a mí.

Yo también era de esas personas que salen corriendo, y no de un modo saludable. Cuando las cosas se ponían muy difíciles, me iba, justo como mi padre. Hacía todo un arte de mirar hacia el mañana en vez de centrarme en el presente.

Pero también era como mi madre. Ella era una persona persistente y tenaz. Siempre corriendo detrás de alguien que ni siquiera se daba cuenta de que estaba ahí. Siempre esperando a alguien que nunca volvería.

Era como si me hubiesen tocado las peores cualidades de mis padres.

El abatimiento se instaló en mi pecho cuando subí las escaleras y me preparé para irme a la cama. En este noviembre se cumplen cuatro años desde que mi padre se marchó. No podía creer que ya hubiera pasado tanto tiempo. En muchos sentidos, aún parecía que todo había ocurrido ayer.

Eché para atrás las sábanas de la cama y empecé a meterme dentro, pero me detuve cuando dirigí la mirada hacia las puertas que daban al balcón. Deberían permanecer cerradas. Probablemente Sebastian no se pasaría, y, además, aunque lo hiciera, eso... eso no era bueno.

Puede que aquel fuera el motivo de que no me interesara nadie más.

El porqué de que Andre no hubiera mantenido mi interés.

Frotándome la cara con las manos, suspiré. Puede que solo estuviese siendo un poco tonta. Lo que sentía por Sebastian no podía cambiar nuestra relación. No *debería*. Poner un poco de distancia entre nosotros, establecer algunos límites, no sería una mala idea. Probablemente fuera lo más inteligente y saludable, porque no quería vivir huyendo ni corriendo detrás de nadie.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya estaba bajando de la cama.

Caminé hasta las puertas y descorrí el pestillo con un suave *clic*.

## Capítulo 4

Desperté a medias con el suave susurro de mi nombre y con la sensación de que mi cama se movía.

Rodé sobre un lado e hice una mueca al parpadear para abrir los ojos. Me había quedado dormida con la lámpara encendida y ahora podía sentir los duros contornos del libro clavándose en mi espalda. Aunque en realidad no estaba pensando en el libro.

Sebastian estaba sentado en el borde de mi cama, con la cabeza inclinada hacia un lado y una pequeña sonrisa en sus labios.

—Hola —murmuré, mirándolo con ojos somnolientos—. ¿Qué... qué hora es?

—Un poco más de las tres.

—¿Acabas de llegar a casa?

Sebastian no tenía realmente un toque de queda. Yo sí, durante el año escolar, pero siempre y cuando anotara en los partidos, sus padres prácticamente lo dejaban ir y venir a su antojo.

—Sí. Hemos jugado una locura de partido de *bádminton*. El que perdiera al final de las cinco rondas tendría que lavar los coches.

Me reí.

—¿En serio?

—Claro que sí. —Su sonrisa se hizo más ancha—. Keith y su hermano contra Phillip y yo.

—¿Quién ha ganado?

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —Extendió la mano y me dio un ligero empujón en el brazo—. Phillip y yo, por supuesto. Hemos convertido a ese gallito en nuestra perra.

Puse los ojos en blanco.

—Guau.

—De todos modos, nuestra victoria te involucra.

—¿Eh? —Lo miré de reojo.

—Sí. —Levantó la mano y se apartó un mechón de pelo de la frente—. Planeo dejar el Jeep tan sucio como sea humanamente posible, y me refiero a que quiero que tenga la pinta de uno de esos coches abandonados de *The*

*Walking Dead*. De modo que, ¿qué tal si vamos al lago esta semana y ensuciamos a mi bebé?

Sonreí y apreté la cara contra la almohada. Que Sebastian quisiera que fuera al lago con él no debería significar nada, pero sí que lo hacía. Significaba demasiado.

—Eres terrible.

—Totalmente adorable, ¿verdad?

—Yo no diría tanto —murmuré, y metí el brazo bajo la manta.

Sebastian se inclinó y se tumbó de lado, estirando las piernas por encima de las sábanas.

—¿Qué has hecho con tu noche? ¿Leer?

—Sí.

—Menuda nerd.

—Menudo idiota.

Él se rio entre dientes.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento de hoy?

Arrugué la nariz y gemí.

—¿Tan mal?

—El entrenador cree que no debería trabajar —le conté—. No es que sea la primera vez que ha sacado el tema, pero ha mencionado a mi padre y eso... bueno, ya sabes.

—Sí —respondió en voz baja—. Lo sé.

—Ha dicho que creía que tengo posibilidades de obtener una beca si me centro más en jugar.

Sebastian me sacudió el brazo.

—Te he dicho un millón de veces que tienes talento en el campo.

Puse los ojos en blanco.

—Tienes que decir eso porque eres mi amigo.

—Porque soy tu amigo, te lo diría si fueras un desastre.

Me reí suavemente.

—Sé que no soy pésima, pero no soy tan buena como Megan o la mitad del equipo. No hay forma de que un reclutador me preste atención. Y no pasa nada —añadí rápidamente—. De todas maneras, no cuento con ese tipo de beca.

—Te entiendo. —Su sonrisa empezó a desaparecer. Su expresión se tornó pensativa, y al observarlo, los últimos rastros de somnolencia se desvanecieron.

Agarré los bordes de la manta y la alcé hasta mi barbilla. Aguardé durante un latido.

—¿Qué pasa?

Se pasó una mano por la cara y exhaló pesadamente.

—Mi padre... de verdad quiere que vaya a Chapel Hill.

Gracias a experiencias previas, sabía que había que proceder con cautela en aquella conversación. Él no hablaba mucho de su padre y, cuando lo hacía, llegaba rápidamente al punto en que simplemente desconectaba de todo. Siempre pensé que necesitaba hablar de ello. Y captaba totalmente la ironía en ello, puesto que yo no hablaba de mi padre, pero daba igual.

—Chapel Hill es una escuela realmente buena —empecé—. Y es muy cara, ¿verdad? Si entraras con una beca, eso sería bastante genial. También estarías cerca de tus primos.

—Sí. Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

Rodó hasta quedar sobre la espalda y colocó las manos debajo de la cabeza.

—No quiero ir allí. La verdad es que no tengo una buena razón. El campus es jodidamente increíble, pero no me atrae.

Sabía que Sebastian tenía tan buena relación con Keith y Phillip como con Cody, y pensé que quizá tenía algo que ver con ellos.

—¿A dónde quieren ir los chicos?

—Keith y Phillip esperan ir a la Universidad de Virginia Occidental. Phillip quiere jugar para ellos. Creo que Keith quiere ir allí por las fiestas. —Hizo una pausa—. Cody quiere ir a la Universidad Estatal de Pensilvania.

Durante años, la Universidad de Virginia Occidental había sido la número uno de Estados Unidos en cuanto a fiestas, y estaba segura de que todavía se encontraba entre las cinco primeras, así que sería una gran opción para Keith.

—¿Tú quieres ir allí?

—La verdad es que no.

Me moví hasta estar otra vez tumbada y me puse cómoda.

—¿A dónde quieres ir?

—No lo sé.

—Sebastian —suspiré—. Ya deberías saberlo. Este es nuestro último año. No te queda mucho tiempo. Los reclutadores vendrán a ver los partidos y...

—Y puede que no me interesen los reclutadores.

Cerré la boca, porque allí estaba, lo que había estado sospechando sobre Sebastian durante el último año.



Él giró la cabeza hacia mí.

—¿No tienes nada que decir a eso?

—Estaba esperando a que lo desarrollaras.

Tensó un músculo de la mandíbula mientras me miraba.

—Yo... Dios, incluso en mitad de la noche, en tu habitación, ni siquiera así quiero decirlo. Es como si mi padre fuera a salir del maldito armario y fuera a perder la cabeza. En vez de María la Sanguinaria sería Marty el Sanguinario.

Inspiré profundamente.

—Tú no... no quieres jugar en la universidad, ¿verdad?

Cerró los ojos y transcurrieron varios segundos.

—Es una locura, ¿no? Es decir, *siempre* he jugado al fútbol. Ni siquiera recuerdo alguna ocasión en la que no me llevaran a entrenar o ver a mi madre limpiar manchas de hierba de mis pantalones. Y *me gusta* jugar. Soy bueno —dijo sin una pizca de arrogancia. Era simplemente la verdad. Sebastian tenía un talento innato para jugar al fútbol americano—. Pero cuando pienso en otros cuatro años de levantarme al amanecer y correr y atrapar... otros cuatro años de mi padre basando toda su existencia en cómo me va con el fútbol... quiero ponerme a beber como un loco, puede que incluso consumir *crack* o meta. *Algo*.

—No queremos eso —respondí secamente.

Él esbozó una breve sonrisa que desapareció a continuación. Nuestras miradas se encontraron, y las sostuvimos.

—No quiero hacerlo, Lena —me susurró, un secreto que no podía decir en voz alta—. No quiero pasarme otros cuatro años haciendo esto.

Me quedé sin aliento.

—Sabes que no tienes que hacerlo, ¿verdad? No tienes que ir a la universidad y jugar al fútbol americano. Todavía hay tiempo para conseguir otras becas. Muchísimo tiempo. Puedes hacer lo que quieras. *En serio*.

Él se rio, pero sin pizca de gracia.

—Si decidiera dejar de jugar, a mi padre le daría un infarto.

Me acerqué más para que nuestras caras estuvieran a centímetros de distancia.

—A tu padre no le pasará nada. ¿Sigues queriendo estudiar Ciencias Recreativas?

—Sí, pero no por las razones que cree mi padre. —Se mordió el labio inferior y lo dejó ir lentamente—. Él tiene un plan para mí. Jugar al fútbol en la universidad y que luego me recluten como segunda opción. No como la

primera. Es realista. —Su sonrisa fue irónica mientras su mirada se deslizaba hasta la mía—. Jugaré un par de años y luego pasaré a entrenar o a trabajar con los equipos, dándole uso al título en Ciencias Recreativas. El sueño de todos los americanos.

—¿Y cuál es tu plan?

Tenía los ojos bien abiertos, de un azul sorprendente y vibrante.

—¿Sabes cuánto se puede hacer en ciencias recreativas? Podría trabajar en hospitales, con veterinarios o incluso en psicología. No todo va de lesiones deportivas. Quiero *ayudar* a alguien. Sé que suena estúpido y como un cliché.

—No es estúpido ni un cliché —insistí—. En absoluto.

Él esbozó una media sonrisa. Tras unos instantes, parte de esa luz desapareció de sus ojos y dijo:

—No sé. Se volvería loco. Sería como el fin del mundo.

En el fondo, yo no tenía ninguna duda de que Sebastian estaba en lo cierto con respecto a su suposición.

—Lo superará. Tiene que hacerlo.

Sus pestañas descendieron.

—Seguramente me desheredaría.

—No sé si llegaría a tanto. —Mi mirada se paseó por su rostro—. Es tu vida. No la suya. ¿Por qué ibas a hacer algo que no te interesa de verdad?

—Sí. —Una breve sonrisa apareció en su cara y luego se echó hacia atrás para mirarme—. ¿Tú todavía quieres ir a la de Virginia?

Estaba claro que él había dado por cerrada oficialmente la conversación.

—Sí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Es un poco aleatoria.

Sonreí.

—Tú siempre eres aleatorio.

Él asintió.

—¿Por qué rompisteis Andre y tú?

Parpadeé, no estaba segura de haberle escuchado correctamente. Empecé a responder, pero me reí.

A través de la manta, me dio un empujoncito con su pierna en la mía.

—Te he dicho que era aleatoria.

—Sí. Bueno... No lo sé. —Mierda, no era como si pudiera decirle la verdad. *No funcionó porque estaba enamorada de ti.* Eso no acabaría bien.

Sebastian abrió la boca y luego la cerró. Cuando lo miré, sus labios formaban una línea fina y apretada.

—Él no hizo nada, ¿no? Como engañarte o hacerte daño...

—No. Dios mío, no. Andre era prácticamente perfecto. —Abrí los ojos de par en par cuando en realidad asimilé lo que había dicho—. Espera. ¿Crees que hizo algo?

—No al cien por cien. Si lo supiera, ahora mismo no podría caminar. —Alcé una ceja—. Nunca supe por qué rompisteis. Estabais juntos y de pronto... ya no.

Dejé que la manta me resbalara por los hombros.

—Simplemente no quería estar con él tanto como debería, y me hacía sentir... incómoda.

Su pecho se elevó cuando inhaló profundamente.

—Conozco la sensación.

Lo miré directamente a los ojos.

—Sabes lo que voy a preguntar... ¿Por qué rompió Skylar contigo? Nunca me lo has contado.

—Nunca me lo has preguntado. —Sus ojos volvieron a fijarse en mí—. Lo cierto es que, ahora que lo pienso, en realidad nunca has preguntado nada que tuviera que ver con Skylar.

Abrí la boca, pero no dije nada, porque, pensándolo bien, tenía razón. No preguntaba por Skylar porque simplemente no quería saber nada sobre ella. Apoyarlo no significaba que necesitara saberlo todo sobre su relación.

—Yo... consideraba que no era de mi incumbencia —respondí sin convicción.

Sebastian juntó las cejas mientras las comisuras de sus labios descendían.

—No sabía que hubiera algo entre nosotros que, a estas alturas, no fuera de la incumbencia del otro.

Bueno...

—Skylar rompió conmigo porque sentía que yo no lo estaba dando todo en la relación. Pensaba que me importaba más jugar al fútbol y mis amigos que ella.

—Bueno, es una excusa un poco pobre.

—Es un poco la misma razón por la que tú rompiste con Andre, ¿no? No te gustaba tanto. Probablemente no lo estuvieras dando todo.

Fruncí los labios.

—Lo que sea. Estamos en el instituto. ¿Exactamente cuánto esfuerzo tenemos que dedicar a las relaciones?

—Creo que una relación no consiste en tratar de «hacer un esfuerzo» — respondió él—. Creo que debería ser algo natural.

Arrugué la nariz.

—Mira qué profundo eres, con toda esa experiencia a tus espaldas — bromeé.

—*Tengo* experiencia.

Puse los ojos en blanco y le asesté una patada en la pierna por debajo de la manta.

—¿Era verdad? ¿Que te importaban más tus amigos y el fútbol que ella?

—En parte —respondió al cabo de un instante—. Bueno, sabes que la parte del fútbol no lo era.

Al reflexionar sobre aquello, no supe cómo sentirme al respecto. Dado que yo era amiga suya, ¿estaba diciendo que se preocupaba más por mí? Un segundo después me di cuenta de que era una pregunta estúpida y, en cierto modo, quería pegarme un puñetazo.

—Me quedaré aquí un rato —murmuró, alargando la mano. Levantó un mechón de pelo que reposaba sobre mi mejilla. Mientras me lo colocaba detrás de la oreja, sus dedos se arrastraron sobre mi piel y el aliento se me quedó atascado en la garganta. Una oleada de escalofríos me recorrió la piel mientras retiraba la mano—. ¿Te parece bien?

—Sí —susurré, sabiendo que no había advertido mi reacción. Nunca lo hacía.

Apoyó la mano entre nosotros, se acercó más, y yo sentí su rodilla contra la mía.

—¿Lena?

—¿Qué?

Sebastian vaciló un momento.

—Gracias.

—¿Por qué?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Simplemente por estar aquí ahora mismo.

Cerré los ojos para evitar un repentino torrente de lágrimas y le respondí con la máxima sinceridad que podía:

—¿Dónde más iba a estar?



—Así que mi madre me hizo escribir una lista de las diez cosas más importantes que quiero hacer con mi vida, ya que piensa que es

completamente ridículo que esté a punto de empezar mi último año y que todavía no sepa lo que quiero hacer —dijo Megan mientras se bebía su tercer vaso de té dulce y hurgaba en un cuenco de patatas fritas—. Lo cual es hilarante teniendo en cuenta que mi madre es el tren oficial para el desastre, billete para uno.

—¿No se da cuenta de que no tienes que escoger una especialidad desde el principio? —Abbi dibujaba lo que parecía ser un jardín de rosas en su servilleta—. ¿O que podrías cambiarla más adelante?

—Uno pensaría que debe saberlo, siendo como es una «adulta» —dijo Megan formando comillas en el aire—. También pensaría que le parecería genial, ya que terminé el penúltimo año a medio punto de un 8. Me irá bien en la universidad decida lo que decida estudiar.

Desde detrás de la barra del restaurante, sonreí mientras cruzaba los brazos y me apoyaba en la encimera. Por suerte, el local estaba prácticamente muerto, porque era sábado por la noche. Solo había dos mesas puestas, y ambas habían pagado ya. Bobby estaba en algún lugar de la parte trasera fumándose medio paquete de cigarrillos, y no tenía ni idea de dónde estaba Felicia, la otra camarera.

—¿Así que hiciste una lista?

—Oh, sí. Sí, la hice.

Abbi robó una patata frita.

—Qué ganas de oír esto.

—Era la mejor lista de todos los tiempos. —Se llevó una patata a la boca y se limpió los dedos en una servilleta—. Enumeré carreras increíbles como ser prostituta, hacer *striptease*, traficar con drogas... y no con las blandas. Hablo de heroína. Ah, por cierto, he oído que a Tracey Sims le va el azúcar moreno.

—Vale. —Abbi se giró en el taburete e inclinó el cuerpo hacia Megan—. No sé si estás hablando de la heroína o del azúcar de verdad.

—Heroína. ¿Nunca habías oído esa forma de llamarla?

Negué con la cabeza.

—Yo no, pero ¿dónde has oído eso?

—¿Sabéis que mi primo salió con ella? —Levantó dos patatas e hizo una cruz con ellas—. Él me contó que ella consumía. Por eso rompieron.

Abbi frunció el ceño.

—¿En serio?

Me aparté de la barra.

—Dios, espero que no.

Megan asintió.

—Lo digo en serio.

—Eso es tan... tan triste —murmuré, levantando la vista cuando la puerta se abrió. Casi no podía creerme lo que veía. Era Cody Reece con el equipo, incluido Phillip, que estaba enganchado al móvil que llevaba en la mano. ¿Por qué estaban allí? Ninguno de ellos solía pasarse por el local de Joanna a menos que estuvieran con Sebastian.

—Lo es. Quiero decir, es algo duro —continuó Megan mientras golpeaba la patata contra el borde del cuenco. Algunos granos de sal salpicaron la barra—. Es que no puedo imaginarme agarrar una aguja e inyectarme algo. Y si va a hacer que se me estropee la cara, entonces no me presento voluntaria como tributo.

—Espero que no sea verdad. Tracey es simpática. —Abbi abrió los ojos de par en par al mirar por encima del hombro, justo cuando Phillip divisó a Megan.

Él se llevó un dedo a los labios mientras con aspecto ridículo se deslizaba lentamente hacia delante de puntillas, lo cual le hacía medir metro ochenta y cinco más o menos. Con su piel morena y una sonrisa coqueta que lo había metido en problemas con Megan en más de una ocasión, era tan inteligente como ella. Sonriendo, se detuvo justo detrás de Megan.

—Ahora que lo pienso, hay muchas cosas para las que no me ofrecería voluntaria —continuó ella, dejando caer la cruz de patatas en el cuenco—. Hay muchas cosas que yo no... —Chilló cuando Phillip la rodeó con los brazos.

—Hola, nena. —Apoyó la barbilla en el hombro de ella—. Te he echado de...

—¿Qué estás haciendo aquí? —Megan hizo la pregunta del siglo mientras le daba un codazo lo bastante fuerte para que él gruñera—. ¿En serio? ¿Me estás acechando o algo?

—Quizá. —Él se apartó de ella y se apoyó en la barra mientras nos sonreía—. Oye, si no quieres que te aceche, no publiques cada lugar al que vas.

Yo resoplé.

Ella entrecerró los ojos en su dirección.

—Ahora mismo no te hablo. ¿Recuerdas?

La piel oscura que rodeaba los ojos de Phillip se arrugó cuando sonrió.

—No tuviste ningún problema en hablar conmigo anoche.

—Eso es porque estaba aburrida. —Me miró y se pasó la gruesa trenza por encima del hombro—. ¿No puedes obligarlo a irse?

—No. —Me reí.

Abbi se autoinvitó a otra patata mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Qué dice tu camiseta? —Entrecerró los ojos—. «No hay partido como el partido de George Washington, porque un partido de George Washington no se detiene... hasta que las colonias son libres y el mundo las reconoce como nación soberana». ¿Qué diablos? —Rio y sacudió la cabeza—. ¿De dónde has sacado esa camiseta?

—La encontré en la calle, junto a un contenedor.

Puse los ojos en blanco mientras los otros chicos se sentaban en la mesa de detrás.

—¿Qué quieres beber?

—Vodka.

—Ja, ja —respondí secamente—. ¿Qué bebida apropiada para tu edad quieres?

—Coca-Cola está bien. —Phillip golpeó la barra con la mano antes de centrarse en otra cosa—. Megan, mi amor...

Le lancé una mirada a Abbi, me di la vuelta y tomé su bebida de la zona de refrescos. Luego levanté la jarra de agua helada y me dirigí a la mesa.

No había visto a Cody desde la noche de la fiesta de Keith. El calor ya me reptaba por las mejillas, pero cuadré los hombros.

—Hola, chicos.

Cody fue el primero en levantar la vista. Los otros dos tenían la cabeza gacha y miraban algo en sus teléfonos.

—Hola —dijo.

Le dediqué mi mejor sonrisa y me obligué a no pensar en aquella fiesta. Tenía que admitir que, definitivamente, Cody era guapo, lo que aquella noche me había llevado a tomar muy malas decisiones para mi futuro. Tenía el pelo rubio ondulado y una sonrisa fácil que exhibía con frecuencia; a eso había que sumarle unos dientes rectos, perfectos y cegadoramente blancos y un hoyuelo en la barbilla. Tenía el aspecto de alguien cuyo sitio está en las playas de California, arrastrando una tabla de surf tras de sí, en lugar de en Ninguna Parte, Virginia.

Y Cody *sabía* que era atractivo. Ese conocimiento estaba grabado en la sonrisa que tan libremente mostraba.

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? —pregunté mientras servía el agua.

—¿Haces esa pregunta a todos tus clientes? —Cody colocó su brazo en el respaldo del banco.

—Sí. Siempre. —El hielo tintineó en los vasos—. Es mi versión del estupendo trato al cliente.

—Estamos aburridos. Además, Phillip ha visto que Megan estaba aquí. —Cody arrastró el dedo por el vaso de agua—. Quería verla.

Eché un vistazo a la barra, donde parecía que Phillip les estaba dando una serenata a Abbi y a Megan.

—Y yo quería verte a ti.

Eché la cabeza hacia atrás y levanté una ceja.

—¿Estás drogado?

—Ahora mismo, no. —Me guiñó un ojo—. ¿Por qué es tan difícil de creer? Me gustas, Lena. Y hace mucho que no te veo.

—He estado aquí, trabajando. —Me hice a un lado cuando Phillip se unió a ellos, deslizándose junto a Cody en el banco. Rápidamente tomé nota de las bebidas de los demás—. ¿Necesitáis los menús, chicos?

—Sí. —Cody me dedicó *esa* sonrisa, y mi expresión se suavizó—. Me gusta tener opciones —añadió—. Muchas opciones.

Pensando que aquello sonaba a insinuación sexual realmente pobre, sacudí la cabeza y me alejé.

—Que alguien me mate ahora mismo —les pedí a las chicas mientras buscaba una pila de cartas.

—Eh, no te vayas todavía. —Megan giró sobre el taburete—. Mientras estabas ocupada siendo adulta y yo estaba ocupada ignorando a Phillip, Keith le ha enviado un mensaje a Abbi y la ha invitado a salir.

—Oh, ¿de verdad? —Acuné los menús contra el pecho.

—Para su fiesta de esta noche —aclaró Abbi.

—Quiere liarse contigo —le recordé al tiempo que retrocedía.

Abbi puso los ojos en blanco.

—Él puede querer lo que sea, pero eso no va a pasar nunca.

—Famosas últimas palabras —murmuró Megan, y luego la oí decir—: Deberíamos ir. Hace un par de semanas que no voy a casa de Keith.

—No lo sé. —Abbi contempló la servilleta sobre la que había estado garabateando—. Me da la sensación de que si acepto, me avergonzarás.

—Nunca —jadeó Megan.

—Bueno, solucionadlo vosotras, chicas. —Me di la vuelta y llevé los menús a los chicos, colocando uno frente a cada uno de ellos. Luego les llevé las bebidas que habían pedido—. ¿Sabéis ya qué queréis?



—Sí. —Los ojos castaños de Cody brillaron cuando Phillip se rio, y yo me preparé, sabiendo que no tenía nada que ver con el menú—. ¿Y si quisiera un trozo de ti para la cena?

Incliné la cabeza hacia un lado, no del todo sorprendida. Cody era... Bueno, simplemente *Cody*. Era difícil tomarlo en serio, y él podía ser, como diría mi madre, tan bruto como un arado.

—Esa ha sido la estupidez más grande que he oído en mis diecisiete años de vida, y dudo que logres impresionar a alguien con una ocurrencia así.

—¡*Caray!* —dijo Philip, riéndose.

Cody se inclinó hacia delante, completamente imperturbable.

—Tengo guardadas frases mejores. ¿Quieres oírlas?

—No. No voy lo bastante borracha para eso.

—Vamos —insistió Cody—. Créeme, es un verdadero talento que tengo.

—Bueno, sigue viviendo tu vida lo mejor que puedas y yo seguiré esperando tu pedido.

—Ay. —Se llevó la mano al pecho a la vez que se tiraba hacia atrás en el banco—. Me has hecho daño. ¿Por qué eres tan mala?

—Porque solo quiero tomarte nota para poder volver a fingir que trabajo cuando lo único que hago es leer —respondí con una sonrisa tan dulce como me fue posible.

Cody se rio cuando se inclinó y le quitó el móvil de las manos a uno de sus amigos.

—Bueno, no te impediremos trabajar tan duro.

Los chicos por fin me dijeron lo que querían, y regresé por el corto pasillo, pasé junto a los baños y crucé las puertas dobles de la cocina. Encontré a Bobby en la parte posterior, tirando de una redecilla y aplastando su coleta. Le comuniqué los pedidos y luego di media vuelta para volver a la barra.

—¿Necesitáis algo más, chicas? —les pregunté mientras recogía el cuenco vacío.

Abbi negó con la cabeza.

—No. Creo que me voy a marchar ya.

—¿Vas a volver a casa caminando? —Observando a los chicos por encima del hombro, Megan suspiró mientras miraba a Phillip—. ¿Por qué tiene que ser tan guapo?

—Tienes la capacidad de atención de un mosquito. Me preguntas si voy a ir a casa caminando e inmediatamente empiezas a hablar de Phillip. —Abbi apoyó la cabeza en la barra—. Tu trastorno de déficit de atención e

hiperactividad tiene déficit de atención a su vez. Y sí, tenía pensado volver a casa caminando. Vivo como a cinco manzanas de aquí.

Megan sonrió al enfrentarse a ella.

—Te das cuenta de que realmente tengo TDAH, ¿verdad?

—Lo sé. —Abbi levantó los brazos, pero mantuvo la cabeza gacha—. *Todos lo sabemos. No hay que ser un profesional para saberlo.*

—¿Os he hablado alguna vez de cuando mi madre estaba convencida de que yo era una niña índigo? —Megan levantó su trenza y empezó a jugar con el extremo—. Quería examinarme el aura.

Lentamente, Abbi levantó la cabeza y la miró, con los labios ligeramente entreabiertos.

—¿Qué?

Las dejé con esa conversación y fui a la cocina a llevar el cuenco y comprobar los pedidos de los chicos. Cuando salí al pasillo, vi a Cody allí, apoyado en la pared que quedaba frente a los baños.

Ralentí mis pasos.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes un segundo?

Lo miré con cautela.

—Depende.

Después de pasarse una mano por el pelo rubio enmarañado, dejó caer el brazo.

—Mira, en realidad sí que quería verte.

—¿Para qué? —Me crucé de brazos y cambié el peso de un lado al otro.

—Quería hablar contigo sobre Sebastian.

Levanté las cejas, sorprendida.

—¿Por qué?

—Sebastian y yo somos buenos amigos, pero sé que vosotros dos estáis más unidos. Eres como su hermana o algo así.

*¿Hermana? ¿En serio?*

—En fin, quería preguntarte algo. —Apartó la mirada—. ¿Te ha dicho Sebastian algo sobre no querer jugar al fútbol? Como he dicho, él y yo somos buenos amigos, pero no me contaría algo así.

Me puse rígida durante una fracción de segundo y luego me crucé de brazos. De ninguna manera iba a traicionar la confianza de Sebastian. Ni siquiera ante su amigo.

—¿Por qué crees eso?

En ese momento, él reclinó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra la pared.

—Es solo que... no sé. —Cody dejó caer el brazo con el que se sujetaba la cabeza—. No parece poner el corazón en ello. Como si prefiriera estar en cualquier lugar menos en el entrenamiento. Parece que no le puede importar menos la próxima temporada. Cuando está en el campo, solo lo está a medias. Tiene talento, Lena. El tipo de talento que hace que ni siquiera tenga que esforzarse. Me da la sensación de que va a tirarlo todo por la borda.

Me mordí el interior de la mejilla, busqué algo que decir y finalmente me decidí por:

—Solo es fútbol.

Cody me miró como si me hubiera sacado una tercera mano del centro de la frente y luego se la hubiera arrojado.

—¿Solo fútbol? Quieres decir que solo es su *futuro*.

—A ver, eso suena un poco dramático.

Él alzó una ceja mientras se separaba de la pared.

—A lo mejor solo me estoy imaginando cosas —dijo después de un momento.

—Eso parece —contesté—. Mira, tengo que comprobar vuestro pedido, así que...

Cody me estudió un segundo y luego sacudió un poco la cabeza.

—Así que ya has acabado con la charla. Lo entiendo.

El rubor me invadió las mejillas. ¿Es que era tan transparente como una ventana?

—Te dejaré en paz. —Metió sus manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros, se giró y volvió a la parte de adelante del restaurante, dejándome allí parada y mirándolo. Me limpié las palmas extrañamente húmedas a lo largo de mi delantal mientras dejaba escapar el aire con brusquedad.

Para cuando recogí la comida y se la serví a los chicos, Abbi y Megan estaban listas para irse.

—¿Os vais ya, chicas? —pregunté.

—Sí. —Abbi se colgó el bolso del hombro—. Las amigas no dejan que sus amigas se vayan solas a casa. Especialmente si es probable que dicha amiga se suba al coche de algún desconocido.

Megan puso los ojos en blanco.

—He visto a Cody venir de la parte de atrás. ¿Estabas hablando con él?

Asentí mientras tomaba el trapo de limpiar.

—Quería hablar sobre Sebastian.

—Ajá —murmuró Megan—. ¿Sabes lo que estaba pensando?

La expresión de Abbi translucía que era una incógnita.

Megan alzó ambas cejas y bajó la voz.

—Me pregunto qué pensaría Sebastian si alguna vez descubriera que su mejor amiga se enrolló con su mejor amigo. *Drama*.

Respiré profundamente. Drama total, en efecto. Pero esperaba gustarle a Dios lo suficiente como para no tener que cruzar jamás ese puente.

Las chicas se marcharon y centré mi atención en el libro que había escondido detrás de la barra; elegí no mortificarme con lo que había dicho Megan. Si lo hiciera, probablemente me entrarían sudores fríos o algo así.

Había logrado leer una página antes de sentir que mi móvil me vibraba en el bolsillo trasero.

Eché un vistazo y ya no pensé en Sebastian, en el fútbol americano, en Cody ni en los secretos.

Vi de quién era el mensaje. No leí más. Lo eliminé sin leerlo.

## Capítulo 5

Mamá estaba en la cocina cuando por fin bajé las escaleras después de ducharme, con el pelo todavía húmedo en las puntas. Ella estaba junto a la monótona encimera azul, echándose café en el termo. Llevaba el pelo rubio largo hasta los hombros e impresionantemente recto, liso gracias a la plancha. La blusa blanca que llevaba puesta no tenía ni una sola arruga.

—Buenos días, cariño. —Se giró, una sonrisa débil curvaba sus labios—. Te has levantado temprano.

—No podía dormir. —Había sido una de esas molestas mañanas en las que me despertaba a las 04:00 de la madrugada y empezaba a darle mil vueltas a todo. Cada vez que intentaba volver a dormir, algo más surgía en mi mente, desde llamar la atención de un reclutador de la universidad a lo que Cody había dicho el sábado por la noche. Si Sebastian no quería, ¿realmente lo estaba echando todo por la borda?

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi madre.

—Sí, solo me he desvelado un poco esta mañana. Después tengo entrenamiento, así que he pensado que lo mejor sería levantarme. —Me dirigí a la pequeña despensa, abrí la puerta y examiné los estantes—. ¿Quedan galletas Pop-Tarts?

—No. Compraré en mi hora del almuerzo. Hoy tendrás que desayunar cereales.

Elegí la caja de copos de maíz de marca genérica y me dirigí a la nevera.

—Puedo ir yo a comprar luego.

—No quiero que hagas eso. —Me miró por encima del borde del termo—. No quiero que te gastes el dinero que ganas en Pop-Tarts. Tenemos dinero para comprar comida, cariño. —Me dedicó una media sonrisa—. Eso sí, Pop-Tarts de cualquier marca.

—Sé que tenemos dinero para eso, pero si a ti no te gustan...

—Porque literalmente son una de las peores cosas que puedes llevarte a la boca —me interrumpió, y luego se detuvo y alzó la mirada al techo—. Bueno, hay cosas peores.

—¡Puaj, mamá!

—Pues sí. —Mi madre se acercó a la mesa, pero no se sentó.

Permaneció callada mientras yo comía los cereales. Entonces, levanté la vista y la observé.

Mi madre estaba mirando por la pequeña ventana que había sobre el fregadero, pero sabía que no estaba mirando el patio trasero. No es que hubiera mucho que ver. Solo hierba y muebles de exterior de segunda mano que rara vez usábamos.

Cuando mi padre estaba, se quedaban sentados hasta altas horas de la noche durante todo el verano y hasta que llegaba Halloween, despiertos y charlando. Solíamos tener una hoguera portátil en el patio trasero, pero se había estropeado unos años atrás, y mi madre la había guardado durante un año antes de tirarla.

Ella seguía aferrándose, incluso más allá del punto en el que las cosas estaban podridas y descompuestas.

Lori y yo solíamos sentarnos en el balcón y escuchar a escondidas, pero creo que sabían que escuchábamos, porque solo hablaban de cosas aburridas. Trabajo. Facturas. Vacaciones que se planeaban, pero nunca se llevaban a cabo. Renovar la encimera azul sin brillo de la cocina, lo que nunca pasó.

No obstante, echando la vista atrás, podía señalar el mes en que las cosas habían empezado a cambiar. Era agosto, y yo tenía diez años. Fue cuando sus conversaciones en el patio se convirtieron en silenciosos susurros que terminaban con mi padre entrando, cerrando la puerta corredera tras él, y luego mi madre persiguiéndolo.

Mi madre siempre estaba persiguiendo a mi padre.

Me gustaba más *esta* madre.

Una culpabilidad amarga me engulló de un trago, y bajé la cuchara. Era terrible pensar aquello, pero era cierto. Esta madre hacía la cena cuando podía y preguntaba por el instituto. Bromeaba y pasaba las tardes comiendo helado en el sofá conmigo mientras veía *Dance Moms* o *The Walking Dead*. La madre de antes siempre cenaba afuera con mi padre, y cuando ella estaba en casa, él también, así que ella estaba con él.

La madre de antes solo se centraba en mi padre, cada segundo de cada día.

Ahora la sonrisa se había desvanecido de su rostro, y me preguntaba si estaría pensando en él, pensando en su vida cuando no era una agente de seguros que vivía de paga en paga, cuando no pasaba las noches sola.

Mi cuchara resonó en el cuenco.

—¿Estás bien, mamá?

—¿Qué? —Parpadeó un par de veces—. Sí. Por supuesto. Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

La estudié durante unos segundos, sin saber si debía creerle. Mi madre tenía buen aspecto, igual que el día anterior y el anterior a ese, pero empezaban a percibirse unas líneas tenues alrededor de las comisuras de los labios y de los ojos. Su ceño se arrugaba donde no lo hacía antes, y sus ojos, del mismo color avellana que los míos, pero más verdes, parecían afligidos.

—Pareces triste.

—Triste no. Solo estoy pensando en algunas cosas. —Sujetándome por la nuca, se agachó y me besó en la frente—. Esta noche volveré tarde a casa, pero mañana estaré a la hora de la cena. Estaba pensando en hacer espaguetis.

—¿Y albóndigas? —pregunté, esperanzada ante la posibilidad de esas bolas caseras grasientas y con sustancia.

Ella se alejó, moviendo las cejas.

—Solo si tú lavas la ropa. Hay un montón de toallas que necesitan atención y todo tu amor.

—Hecho. —Salté de mi silla para dejar mi tazón y mi cuchara en el fregadero. Los enjuagué y los coloqué en la encimera, sobre el lavavajillas estropeado—. ¿Necesitas que haga algo más?

—Mmm. —Se dirigió a la sala de estar mientras se colgaba el bolso sobre hombro—. ¿Limpiar los baños?

—Ahora te estás aprovechando de mi amable oferta.

Mi madre me sonrió.

—Tú solo encárgate de las toallas y tendrás albóndigas.

Me entusiasmaban *demasiado* aquellas albóndigas.

—Y te compraré Pop-Tarts bajas en grasa —añadió.

—¡Hazlo y no volveré a hablarte nunca más!

Ella se rio mientras recogía su chaqueta deportiva gris de la barandilla.

—Tienes que hablar conmigo. Soy tu madre. No puedes escapar de mí.

—Encontraré una forma de escapar si cruzas esa puerta con Pop-Tarts bajas en grasa.

Se rio mientras abría la puerta principal.

—Está bien, está bien. Estarán llenas de todo el azúcar y toda la grasa que puedas desear. Te veo esta noche.

—Te quiero. —Me moví para cerrar la puerta, pero me apoyé contra el marco y la vi avanzar con los tacones por el camino de entrada.

Me mordí el labio inferior y cambié el peso de lado, intentando resolver lo de la extraña inquietud que me revolvió la boca del estómago. Mi madre decía que estaba bien, pero yo sabía que no era así. Puede que nunca lo estuviera,

porque, en el fondo, a pesar de que ella estaba allí mismo, su corazón seguía corriendo detrás de mi padre.



Me centré en el juego durante los diferentes ejercicios que tuvimos que hacer y mientras practicábamos técnicas, lo que significa que no recibí un sermón del entrenador Rogers después.

Me fui del entrenamiento sintiéndome mucho mejor que el viernes.

Ya en casa, me duché para eliminar la capa de sudor y luego para almorzar me preparé algo de tocino en el microondas y lo acompañé con otra ronda de cereales. Me dirigía a la sala de estar justo cuando mi teléfono empezó a sonar desde la mesita de café. Gruñí cuando vi quién era. Envié la llamada al buzón de voz sin dudarlo, levanté el mando y puse el canal de investigación.

Con la maratón de *Dangerous Woman* de fondo, me senté en el sofá y elegí un libro. Había terminado el primero de la serie la noche anterior y tan solo había leído los primeros dos capítulos del segundo, pero me moría de ganas de volver al mundo de la Corte de la Noche y los Altos Fae.

Y de Rhysand.

No podría olvidarme de él.

Me acurruqué en la esquina del sofá, decidida a retomar la lectura, cuando llamaron a la puerta. Consideré, durante un minuto, ignorar la llamada y perderme entre las páginas del libro, pero cuando volvieron a llamar suspiré, me levanté y me dirigí a la puerta principal. Miré por la ventana y el estómago se me cayó hasta los pies cuando vi de quién se trataba.

*Sebastian.*

Incapaz de luchar contra la estúpida sonrisa que se extendía por mi cara, abrí la puerta.

—Hola.

—¿Estás ocupada? —Puso una mano en el marco de la puerta y se inclinó hacia delante. El movimiento hizo que la vieja y desteñida camiseta gris se tensara sobre sus bíceps de una manera que atrajo mi mirada.

—En realidad, no. —Di un paso hacia atrás para dejarlo entrar, pero él se quedó en la puerta.

—Perfecto. Tenía intención de ir al lago y dejar mi coche lo más sucio posible. ¿Te apuntas? —Me guiñó el ojo y, maldita sea, me encantaba cuando lo hacía—. Será divertido.

Me había olvidado de su victoria en *bádminton*.



—Claro. Deja que busque mis llaves. —Me calcé unas deportivas viejas y tomé el teléfono y mi bolso antes de seguir a Sebastian fuera—. ¿Qué has planeado?

—¿Conoces las carreteras de tierra que llevan hasta la zona del lago? —preguntó—. Creo que con eso será suficiente.

Me acomodé en el asiento del copiloto mientras él se ponía al volante.

—No estoy segura de cómo se supone que voy a ayudar.

Encogió un hombro mientras hacía girar la llave.

—Solo quería tu compañía.

Aquello me provocó mariposas en el estómago; me acomodé en el asiento, me abroché el cinturón e ignoré desesperadamente esa sensación. La brillante luz del sol atravesaba el parabrisas. Sebastian se inclinó hacia atrás, recogió su gorra de béisbol del suelo y se la puso, bajándose bien la visera, y yo... *suspiré*.

No pude evitarlo.

Los chicos con gorras de béisbol eran mi debilidad, y a Sebastian le quedaba de maravilla. Había algo en esa gorra vieja y desgastada que resaltaba la línea cincelada de su mandíbula.

*Uf.*

Cerré los ojos y me obligué a mí misma a dejar de mirarlo. En general. ¿Puede que durante el resto de mi vida? O al menos durante el siguiente año más o menos. Aquello parecía un plan aceptable.

De verdad que necesitaba controlarme.

Puse los ojos en blanco y bajé el volumen de la radio para distraerme.

—No he ido al lago desde que Keith intentó hacer esquí acuático con unos esquís de nieve.

Sebastian se rio con ganas.

—Dios, ¿cuándo fue eso? ¿En julio? Parece que fue hace mucho tiempo. —Me recosté en el asiento mientras jugueteaba con el dobladillo de mi camiseta.

—Fue justo antes de que te fueras a Carolina del Norte.

—No me puedo creer que no hayas ido allí desde entonces. ¿Es porque ir al lago solo es divertido si yo voy contigo? —bromeó, y alargó la mano para darme un pequeño golpe en el brazo—. Ya sabes que puedes admitirlo.

—Sí. Es justo eso. —Aparté su mano y crucé los pies por los tobillos—. A las chicas no les entusiasma el lago. —Al menos aquello no era una mentira—. Entonces, ¿crees que Megan y Phillip volverán a estar juntos?

—Solo Dios lo sabe. Seguramente. Y luego volverán a romper. Y luego volverán a estar juntos. —Sonrió ampliamente—. Sé que él quiere volver con ella. Es bastante abierto al respecto.

—Eso está bien —murmuré.

Él me miró alzando una ceja.

—La mayoría de los chicos no quieren admitir cosas así ante sus amigos —razoné.

—¿Y lo sabes porque eres un chico?

—Sí. Soy un chico en secreto.

Sebastian me ignoró.

—Creo que cuando a la mayoría de los chicos les gusta de verdad una chica, no les importa quién lo sepa. No se avergüenzan de ello.

Iba a tener que confiar en su palabra.

El lago estaba a unos veinte minutos de la ciudad, cerca de la granja familiar de Keith, al final de una serie de caminos de grava y tierra. Por lo que sabía, en realidad estaba a las afueras de la propiedad, y su familia era la dueña. Pero en realidad no lo vigilaban, por lo que normalmente la gente se paseaba por allí sin ningún problema.

Sebastian giró hacia el camino de acceso privado. El coche dio algunas sacudidas cuando las ruedas pasaron sobre el terreno desigual y el polvo se esparció por el aire, cubriendo el Jeep en unos instantes.

—Keith se va a enfadar mucho contigo —me reí mientras miraba por la ventanilla—. Pero él haría lo mismo, estoy segura.

—Mierda, habría metido el coche en un *lodazal* y luego me lo habría llevado. No me siento mal en absoluto.

Después de conducir por caminos apenas accesibles durante aproximadamente una hora, me dolía el trasero y el Jeep estaba completamente irreconocible. Pensé que empezaríamos a dar la vuelta, pero entonces vislumbré el lago entre los árboles.

El pecho se me incendió de anhelo. Pensé en volver a casa, tan vacía y silenciosa que a menudo me recordaba a un conjunto de huesos sin piel o músculos. Sin relleno.

La culpabilidad me revolvió el estómago. La casa sí tenía relleno. Tenía a mi madre y a mi hermana cuando estaba en casa, y mi madre hacía todo lo posible para que fuera un hogar... pero a veces no se podía negar lo que faltaba.

Mi madre vivía... vivía una vida a medias.

Trabajaba durante todo el día, llegaba a casa, trabajaba un poco más, cenaba y se iba a dormir. Y al día siguiente volvía a repetir la misma rutina. Esa era su media vida.

—¿Podemos quedarnos un rato? —pregunté, colocando las manos entre las rodillas—. ¿O tienes que ir a algún sitio?

—No. No tengo nada más que hacer. Déjame pasar por estos caminos un par de veces más y bajaremos al muelle.

—Genial —murmuré.

Me quedé quieta mientras Sebastian conducía por algunos caminos más antes de aparcar en la cuneta, junto a unos arbustos. Me desabroché el cinturón.

—Quédate quieta un segundo —dijo antes de que pudiera abrir la puerta.

Lo miré con las cejas levantadas mientras se bajaba y trotaba alrededor de la parte delantera del Jeep. Abrió mi puerta e hizo una reverencia con una floritura.

—Milady.

Yo solté una risita.

—¿En serio?

Él me tendió una mano.

—Soy un caballero.

Tomé su mano y dejé que me ayudara a salir del Jeep. Empecé a bajar cuando colocó su otra mano en mi cadera. Sorprendida por el contacto, di un salto y mi pie resbaló en la hierba mojada.

Sebastian me atrapó, su mano abandonó mi cadera y me rodeó por la cintura. Me acercó a él, contra su pecho. El aire abandonó mis pulmones ante aquel movimiento inesperado. Nuestros cuerpos estaban pegados.

Se me secó la garganta en el acto y levanté lentamente la cabeza. No podía ver sus ojos, ya que quedaban escondidos detrás de la visera de la gorra. El corazón me latía tan rápido que me pregunté si él lo notaría.

*Así de cerca estábamos.*

—¿Necesitas ayuda? —Se rio, pero había algo que sonaba fuera de lugar. Su voz era más profunda de lo normal, y su risa me mandó una serie de escalofríos a lo largo de la espina dorsal—. No sé si debo confiar en que llegues hasta el muelle.

—Vamos. —Empecé a dar un paso hacia atrás, necesitaba espacio antes de hacer algo increíblemente estúpido, como, por ejemplo, estirarme, colocar las manos en sus mejillas y acercar su boca a la mía.

A continuación, Sebastian sonrió. Fue su única advertencia.

Se inclinó levemente, pasó su brazo por detrás de mis rodillas, y justo después me alzó en el aire, doblando mi estómago sobre sus hombros. Su brazo se cerró alrededor de mis caderas y me mantuvo quieta. Gritando, agarré la parte de atrás de su camiseta.

—¿Qué estás haciendo?

—Te ayudo a llegar al muelle.

—¡Ay, Dios mío! —grité, sujetándome a él con más firmeza. Mi cabello cayó hacia delante como una gruesa cortina—. ¡Puedo caminar sola!

Él se dio la vuelta y echó a andar.

—No estoy seguro de eso.

—¡Sebastian!

—Si te cayeras y te hicieras daño, nunca me lo perdonaría. —Pasó por encima de una rama de árbol caída—. Y entonces tu madre estaría enfadada conmigo. Tu hermana tendría que volver a casa, y lo cierto es que me da miedo.

—¿Qué? —grité, golpeándole con el puño en la espalda—. ¿Por qué te asusta Lori?

Él aceleró el paso, dando largas e innecesarias zancadas que me hicieron rebotar.

—Es vehemente. Solo con su mirada logra que se encojan partes de mi cuerpo que no quiero ver reducidas.

Levanté la cabeza. Apenas podía ver el Jeep. Le pegué un puñetazo en el riñón, Sebastian gruñó y me devolvió el gesto dando un pequeño salto.

—Eso ha sido muy desconsiderado.

—Si no paras acabaré haciéndote daño.

—No harías nada parecido.

La sombra dio paso a la luz del sol, y el terreno rocoso y lleno de ramitas se convirtió en hierba. El olor a tierra húmeda se volvió más intenso.

—Ya puedes bajarme.

—Solo un segundo más.

—¿Qué...?

De repente, estiró el otro brazo y dio vueltas sobre sí mismo mientras cantaba a voz en grito:

—*I believe I can fly. I believe I can touch the sky...*

—¡Dios mío! —Estallé en risas a pesar de que existía una probabilidad muy alta de que acabara vomitando sobre su espalda.

—*I think about it day and night!*

—¡Eres tan estúpido! —Ahogué otra risa—. ¿Qué demonios te pasa?

—*Spread my wings and something, something away* —Se detuvo de repente, y me resbalé de su hombro. Con una facilidad impresionante, me sostuvo y tiró de mí hacia la parte de delante (*toda* la parte de delante) de su cuerpo.

Me tambaleé hacia atrás y me dejé caer en la hierba suave, plantando las manos sobre las cálidas hojas.

—Tú... tú no estás bien.

—Considero que soy bastante increíble. —Se dejó caer a mi lado—. No todo el mundo tiene ocasión de escuchar mi talento secreto.

—¿Talento? —dije con la voz entrecortada mientras lo miraba—. Parecías un oso polar al que estaban asesinando.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio con tanta fuerza que se le cayó la gorra de béisbol.

—Estás celosa porque no tienes la voz de un ángel.

—¡Estás delirando! —Alargué el brazo hacia él.

Fue increíblemente rápido, y me atrapó la muñeca sin esfuerzo.

—No se pega. *Dios*. Eres como una niña de cinco años.

—¡Te voy a enseñar lo que hace una niña de cinco años! —Intenté liberar mi brazo, pero él se adelantó al mismo tiempo, y perdí el equilibrio. De alguna manera, y no sé ni entenderé nunca cómo, acabé medio encima de él, medio encima de la hierba. Mis piernas se enredaron con las suyas, estaba casi en su regazo y nos encontrábamos casi frente contra frente.

Pero él no me estaba mirando a los ojos.

Al menos no lo parecía. Sentí que su mirada se centraba en mi boca, y noté un vacío en el estómago. El tiempo pareció detenerse y fui consciente de cada parte de él que estaba en contacto con mi cuerpo. Su brazo aún me rodeaba la cintura, y su duro muslo presionaba el mío. Su delgada camiseta reposaba bajo mi palma, y podía notar la dureza de su pecho a través de ella.

—¿Estoy delirando? —preguntó con voz ronca.

Me estremecí.

—Sí.

Levantó la mano, y yo contuve la respiración cuando sostuvo el mechón que tenía sobre el rostro y con cuidado, muy lentamente, me lo apartó de la cara. Dejó la mano enroscada alrededor de mi nuca.

Pasaron unos segundos, solo unos pocos latidos, y él emitió un sonido que nunca antes le había escuchado. Era áspero, bajo y parecía provenir de lo más profundo de su ser. Me moví sin pensar, bajé la cabeza, la boca...

Y besé a Sebastian.

## Capítulo 6

El beso fue tan ligero, como un susurro contra los labios, que casi no creí que hubiera sucedido, pero lo había hecho, y su brazo seguía estando a mi alrededor, su mano todavía en mi nuca, tirando de los mechones de mi cabello.

Su boca todavía estaba cerca de la mía, tan cerca que podía sentir cada aliento que tomaba contra mis labios, y yo no estaba segura de estar respirando, pero mi pulso latía con fuerza. Quería besarlo de nuevo. Quería que me devolviera el beso. Era todo lo que siempre había querido. Pero la sorpresa me mantuvo inmóvil.

Sebastian inclinó la cabeza hacia un lado y su nariz rozó la mía, y entonces supe que estaba respirando, porque inspiré de forma superficial. ¿Iba a besarme? ¿Con más fuerza esta vez? ¿Con más intensidad?

De repente, echó la cabeza hacia atrás, y antes de que supiera qué estaba sucediendo, me encontré sentada sobre la hierba junto a él. Ya no nos estábamos tocando. Empecé a hablar, a decir algo, no lo sé. Mi cerebro había dejado de funcionar por completo.

Y luego me di cuenta de lo que había pasado.

Sebastian no *me* había besado.

Yo lo había besado.

Lo había besado y... durante el momento más corto en la historia de todas las historias... pensé que iba a devolverme el beso. Eso era lo que parecía.

Pero no lo había hecho.

Me *había dejado* sobre la hierba junto a él.

Dios mío, ¿qué había hecho?

El corazón se me atascó en algún lugar de la garganta mientras miles de pensamientos me atravesaban con rapidez, todo a la vez. Abrí la boca a pesar de que no tenía ni idea de qué decir.

Sebastian se puso en pie de un salto, con la cara pálida y la mandíbula tensa.

—*Maldita sea*. Lo siento.

Cerré la boca. ¿Acababa de disculparse por que yo lo hubiera besado a él?

Recogió su gorra del suelo y se la puso en la cabeza. No me miró cuando dio un paso atrás.

—Eso no ha sido... No se suponía que tuviera que pasar, ¿verdad?

Levanté mi mirada hacia la suya despacio. ¿En serio me estaba preguntando aquello? No tenía respuesta, no era como si mis labios se hubieran resbalado y caído sobre los suyos. Inspirando profundamente, lo que hizo que me ardiera la garganta, me centré en la brillante hierba verde. Mis dedos se fueron curvando a medida que comprendía sus palabras.

Una fuerte punzada de dolor me incendió el centro del pecho y se derramó por mi estómago como un espeso vertido de petróleo, cubriendo mis entrañas.

—Yo, eh, había olvidado que había quedado con el entrenador antes de la cena —dijo mientras se giraba—. Tenemos que volver.

Aquello era mentira.

Tenía que serlo.

Estaba buscando la manera de salir de allí, no era estúpida, pero maldita sea, aquello dolía, porque no podía recordar un solo momento en el que él hubiera querido huir de mí.

El dolor en el pecho me subió por la garganta, ahogándome. Un calor punzante me invadió con fuerza la cara cuando una vergüenza profunda y enraizada me invadió.

Oh, Dios.

Quería tirarme al lago de cabeza y hundirme.

Aturdida, me levanté y me sacudí la hierba de los pantalones cortos. No hablamos en el camino de vuelta al Jeep, y *Dios*, cómo quería llorar. Me ardía la parte posterior de la garganta. Me picaban los ojos. Me costó toda mi fuerza de voluntad no romper a llorar allí mismo, y mi corazón dolía de una manera demasiado real como para que no se hubiera partido en dos.

Una vez dentro, me abroché el cinturón y me concentré en respirar de forma profunda y regular. Solo necesitaba mantener la entereza hasta llegar a casa. Era todo lo que necesitaba hacer. Una vez que llegara allí, podría acurrucarme en la cama y sollozar como un bebé enfadado.

Sebastian puso el Jeep en marcha y el motor cobró vida con un ruido sordo. La radio se encendió, un murmullo bajo de palabras que no pude entender.

—Estamos... estamos bien, ¿verdad? —preguntó con voz tensa.

—Sí —dije con voz ronca y me aclaré la garganta—. Por supuesto.

Sebastian no respondió, y durante unos segundos pude sentir su mirada sobre mí. No lo miré. No pude, porque había muchas posibilidades de que me

echara a llorar.

Arrancó el Jeep y se dirigió a la carretera.

¿En qué diablos pensaba? Ni una sola vez había actuado en consecuencia con lo que sentía por Sebastian. En su mayor parte, actuaba como si nada. Pero ahora lo había *besado*.

Quería rebobinar el tiempo.

Quería rebobinar el tiempo para sentir esos breves segundos otra vez, porque nunca podría volver a sentir aquello.

Quería rebobinar el tiempo y no besarlo, porque había sido un gran error.

Sabía que nuestra amistad, nuestra relación, nunca volvería a ser la misma.



El miércoles por la mañana me dolían las sienes y los ojos, pero en realidad todavía no había llorado. Pensaba que lo haría, especialmente cuando apenas había podido tragarme las albóndigas rellenas de pan y cebolla que habíamos cenado la noche anterior. Mi madre lo había notado, pero esquivé sus preguntas diciendo que no me sentía bien después del entrenamiento que había tenido por la mañana temprano. Más tarde ni siquiera pude leer. Me quedé tendida en la cama, acurrucada de lado, y contemplé las puertas del balcón, esperando patéticamente a que él apareciera, que me mandara un mensaje. Algo. Cualquier cosa. Y no hubo nada.

Normalmente, no habría tenido importancia. Durante el verano no hablábamos todos los días. Pero ¿después de lo que había sucedido en el lago? Era diferente.

El ardor en mi garganta y el escozor en mis ojos seguían allí, pero no conseguí derramar ni una lágrima. En algún momento en mitad de la noche me di cuenta de que no había llorado desde... desde todo lo que había sucedido con mi padre. De alguna manera, aquello me hizo querer llorar todavía más. ¿Por qué no podía permitirme llorar?

Todo lo que conseguí fue provocarme un dolor de cabeza horrible.

Gracias a Dios no tenía entrenamiento el jueves, porque habría acabado recibiendo otro bien merecido sermón. Después de que mi madre se marchara, volví a la cama y me quedé mirando el techo agrietado, reproduciendo todo lo sucedido en el lago, justo hasta el momento en el que las cosas se torcieron.

El momento en el que besé a Sebastian.

Una parte de mí solo quería fingir que no había pasado. Me había funcionado antes.



Aún fingía que mi padre no existía.

Pero cuando me levanté el jueves por la mañana después de no recibir una visita nocturna de Sebastian ni ningún mensaje, supe que tenía que hablar con alguien. No sabía qué hacer o cómo manejar aquello, y no era probable que se me ocurriera de repente. Así que les envié un mensaje a las chicas diciendo que necesitaba hablar con ellas. Sabía que entenderían la urgencia cuando vieran que no les daba un motivo.

Abbi y Megan llegaron tan rápido como pudieron, y yo sabía que Dary también lo habría hecho si hubiera estado en la ciudad.

Megan se sentó en mi cama, con sus largas piernas debajo de ella y su pelo rubio suelto, cayendo sobre sus hombros. Abbi estaba en la silla de mi escritorio, con el mismo aspecto que yo, como si acabara de salir de la cama y hubiera elegido unos pantalones de chándal y una camiseta sin mangas.

Ya les había hecho un resumen de lo que había pasado, ayudada por el paquete de Oreos que había traído Megan. Puede que me comiera tres o cinco mientras hablaba. De acuerdo, diez. Aun así, todavía planeaba asaltar los restos de espagueti y albóndigas después de que se fueran.

—Solo quiero decir que siempre he sabido que estabas enamorada de Sebastian —anunció Megan.

Abrí la boca, insegura sobre cómo su charla semanal sobre encontrar al futuro padre de mis hijos podía tener algo que ver con que yo estuviera enamorada de Sebastian.

Megan continuó:

—Como sospechaba que estabas muy obsesionada con él desde hace ya algún tiempo, seguía dándote mi charla semanal con la esperanza de que lo admitieras.

No entendí su razonamiento. En absoluto.

—Obviamente, yo también me lo imaginaba —dijo Abbi—. Es decir, la última vez que hablamos incluso te comenté algo al respecto.

—No fue una gran sorpresa que rompieras con Andre —añadió Megan—. Tenías muchas, muchas ganas de que te gustara Andre, pero no podía ser porque en realidad te gustaba mucho, mucho Sebastian.

Era cierto. Había querido de verdad que me gustara Andre, y me había gustado. Solo que... no puse mi corazón en ello. Probablemente, acostarme con él para afianzar ese sentimiento había sido una estupidez, pero pensé que si llevábamos nuestra relación al siguiente nivel, entonces tal vez cambiaría la forma en la que me sentía. No lo hizo, y aquello me hizo entender que lo mejor era terminar con la relación.

Empecé a caminar de un lado a otro frente al armario.

—¿Por qué ninguna dijo nada, si era tan obvio?

—Supuse que no querías hablar del tema —respondió Megan encogiéndose de hombros.

Abbi asintió.

—En realidad, no te gusta hablar de nada.

Quería negarlo, pero... era cierto. Muy cierto. Me comportaba igual con Sebastian. Yo escuchaba, no hablaba. Podía pasarme horas pensando en algo, pero nunca dar voz a ninguno de esos pensamientos.

—Pero dejemos eso de lado por ahora. Estoy muy confundida —continuó Megan—. Has dicho que él hizo un ruido, y sé de qué tipo de ruido estás hablando. Y que te abrazó. Suena a que le estaba gustando.

Abrí y cerré las manos a ambos lados de mi cuerpo. Rebosando inquietud, continué paseándome frente a mi cama.

—Yo tampoco lo entiendo. Es decir, realmente no sé en qué estaba pensando. Todo iba bien. Él se comportaba con normalidad y estábamos divirtiéndonos...

—¿Divirtiéndooos? —preguntó Megan, y cuando la fulminé con la mirada, levantó las manos—. Mira, solo intento asegurarme de tener todos los detalles.

—No de la forma que estás pensando —le respondí mientras me masajeara las sienes—. Fui a pegarle en el brazo, ya sabes, de broma, y él me atrapó por la muñeca. Lo siguiente que supe fue que estaba en su regazo y solo estábamos... mirándonos el uno al otro.

—¿Y fue entonces cuando le besaste? —Abbi cruzó las piernas—. ¿Solo un beso?

Me cubrí la cara con las manos y asentí.

—Fue solo un beso rápido en los labios. No estoy segura ni de que pueda considerarse un beso real.

—Rápido o no, un beso es un beso —dijo Abbi.

—No estoy segura de eso. —Megan sacó una Oreo del paquete que había a su lado—. Hay diferentes niveles de besos. Está el pico rápido en los labios, y luego está el que es más largo con la boca cerrada, y luego está... Espera, ¿por qué os estoy explicando las diferentes clases de besos que existen a vosotras dos? Nadie en esta habitación es miembro del desfile del himen. Ya conocéis los distintos tipos de beso.

—Oh, por Dios —gemí, dejando caer los brazos.

Abbi puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—No puedo contigo la mayor parte del tiempo, pero ¿el desfile del himen? Eso es... No tengo palabras.

Después de meterse la galleta entera en la boca, Megan volvió al tema inicial.

—Entonces, ¿lo besaste brevemente, sin lengua, y luego te asustaste?

Empecé a caminar otra vez.

—Sí. Eso es todo.

Ella recogió su servilleta y se limpió el pequeño rastro de galleta que le quedaba en los labios.

—¿Te devolvió el beso?

—No —susurré—. Creí que iba a hacerlo, pero no lo hizo.

Abbi alzó las cejas.

—¿Qué hizo? ¿Simplemente se quedó ahí? ¿Mientras estabas en su regazo?

Avergonzada, asentí de nuevo.

—Básicamente.

Las chicas intercambiaron miradas, y Megan tomó otra galleta.

—No me sorprende que lo besaras. No cuando has estado deseándolo desde que te diste cuenta de que los chicos tienen un pe...

—Sé en qué momento empezó a gustarme como algo más que un amigo —interrumpí—. Ni siquiera sé qué pasó exactamente.

—Probablemente porque estabas catalogando cada segundo en vez de experimentarlo realmente. —Abbi se reclinó en mi silla—. Eso es lo que haces normalmente. Pensar en exceso y obsesionarte mientras sucede algo increíble.

También quise negar aquello, pero tenía razón. Lo hacía. Mucho.

—Puede que pasara eso, pero en serio, ¿podemos elegir otro momento para señalar todos mis defectos?

Abbi esbozó una breve sonrisa.

—Por supuesto.

—Quizá lo tomaste desprevenido —dijo Megan—. Puede que se asustase por esa razón.

—¿Crees que es eso?

—Tal vez. O sea, habéis sido solo amigos toda la vida. Incluso si le gustas, probablemente lo tomó por sorpresa. —Se retiró el pelo del hombro—. ¿Le dijiste algo después? Espera, ni siquiera respondas a eso. Ya lo sé. No dijiste nada.

Fruncí los labios.

Ella levantó las manos.

—No intento ser bruta. Solo intento señalar que si no hiciste o dijiste nada, existe la posibilidad de que crea que cometiste un error. —Miró a Abbi—. ¿A que sí?

—Bueno... —Abbi se apoyó en el reposabrazos de la silla del ordenador—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Oh, aquello estaba tomando una dirección que no me iba a gustar.

—¿Sí?

—Tan solo voy a dejar caer algo. Solo algo que tener en cuenta —dijo, claramente eligiendo sus palabras con mucho cuidado—. Besaste a Sebastian. Supongamos que fue más que un beso amistoso. En plan, vamos a dejar los besos en la boca a las personas interesadas en ser más que amigos.

—Estoy de acuerdo —intervino Megan—. Porque eso sería demasiado confuso.

—Así que lo besaste y él sabe que no es porque te guste como amigo. Hay dos posibilidades. Una de ellas, lo que ha dicho Megan: lo tomaste desprevenido, simplemente no supo cómo reaccionar y ahora prefiere mantenerse escondido en algún rincón.

No podía imaginar a Sebastian escondido en algún rincón por ningún motivo.

—La segunda opción es que lo besaste y no sintió que estuviera bien. Y cuando se volvió incómodo, huyó lo más rápido posible. Ahora espera que te olvides de ello.

Ay.

Caminé hacia las puertas del balcón.

—¿Como si deseara que no lo hubiera hecho?

—Bueno, es decir... —Se mordió el labio inferior—. Él no está con nadie. Tú tampoco. —La voz de Abbi era suave mientras proseguía—. Ambos tenéis muchísimo en común. Los dos sois atractivos...

—Yo estaría contigo —comentó Megan.

—Gracias —dije con una risa ronca.

—Y los dos sabéis mucho el uno del otro. Yo solo creo que si lo besaste y se hubiera dado cuenta de que le gustaba y que quería eso, te habría devuelto el beso. O habría dicho algo más aparte de que no debería haber pasado.

Con un nudo en el pecho, aparté la cortina y miré hacia fuera. Una brisa sacudió las ramas del antiguo arce.

Abbi tenía razón. Sebastian sí que había dicho que no debería haber pasado.

—Porque en realidad no hay razón para que no estéis juntos —añadió—. Y pienso que si le gustaras... no habría dicho que no debería haber pasado.

Mi estómago se convirtió en ácido y el dolor se me extendió por dentro. ¿Cómo podía parecer tan real, como si mi pecho estuviera abierto de par en par? Respiré de forma temblorosa.

—¿Qué debería hacer? —Dejé que la cortina volviera a su sitio y me enfrenté a ellas.

Megan levantó sus cejas rubias.

—Yo ya le habría mandado un mensaje y le habría preguntado qué diablos pasa.

La inquietud me estalló en las entrañas al considerar hacerlo.

—Puede que yo sea demasiado cobarde para esa táctica.

—No eres una cobarde, Lena —me tranquilizó Abbi—. Entiendo por qué no lo has hecho. Es uno de tus mejores amigos. Esto es algo muy complicado.

*Complicado* ni siquiera empezaba a definirlo.

—Creo que sería inteligente decir algo —continuó Abbi—. Quizá escribirle y preguntarle si todo va bien. Eso es bastante discreto.

Incluso la idea de hacerlo me hizo querer vomitar.

—Me siento como una idiota.

Megan frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque... porque ni siquiera debería estar centrándome en esto. —Me acerqué a la cama y me detuve junto a Megan. Tomé otra galleta, pero tenía la garganta espesa y volvía a arderme—. Es decir, hay cosas más importantes por las que podría estresarme.

—¿Como qué? —Me retó Megan—. ¿La paz mundial? ¿Política? ¿La deuda de la nación? No sé. Estoy segura de que hay más cosas. Tú ves las noticias. Yo ni siquiera sé en qué canal las televisan.

Con una sonrisa débil, negué con la cabeza.

—Debería estar pensando en mi último curso. Casi todas mis clases son de nivel avanzado este año y nuestro horario de vóleybol va a ser brutal. Necesito conseguir alguna beca...

—¿Sabes qué? Eso es una idiotez. —Megan se giró hacia mí, con las mejillas rojas—. ¿Y qué? Estás pensando en un chico y hablando con nosotras sobre un chico. Sé que piensas en otras cosas. Abbi lo sabe. No necesitas ir por ahí todo el día hablando de todas las cosas serias e importantes en las que debes pensar para demostrar que no estás loca. Y a la mierda todo ese rollo de

«Dios mío, está loca por un chico», porque no podemos ganar. Las chicas. No podemos.

—Oh, no. —Abbi sonrió—. Alguien está a punto de explotar.

—Pues claro que sí. Mira, si pensamos en chicos, otras personas (por lo general otras chicas, porque, seamos sinceras, las chicas pueden ser unas zorras) dirán que somos superficiales. No estamos completas, signifique lo que signifique eso. Y si decimos que no nos preocupamos por un chico que nos gusta, entonces se nos acusa de mentir. O de ser raras. Y si nos centramos en otras cosas, entonces somos pretenciosas. Literalmente *no podemos ganar*. Es como si no se nos permitiera tener sentimientos o pensar sobre ellos. Es una mierda.

—No digo esto a menudo —comentó Abbi con seriedad—. Pero tiene razón.

—¡Por supuesto que sí! —Levantó las manos—. Y todo lo que aún podría decirse sobre chicas a las que les gustan otras chicas. Solo cambia «loca por un chico» por «loca por una chica». Es un lío. Piensas en lo que está pasando con Sebastian porque es importante para ti, pero también lo es el instituto y el vóleibol, y también lo es el trabajo y, sí, incluso la deuda de la nación.

Me reí.

Megan respiró profundamente.

—A mí me gusta pensar en chicos, Phillip en particular, y en realidad soy más inteligente que la mayoría de la gente, especialmente que las personas que me llaman loca. Puedo pensar en chicos todo lo que quiera y además tener una vida al margen de ello, así que a la mierda. No te desanimes si, por ahora, te centras en lo que es importante para ti en este momento de tu vida. Resulta que es un chico. Mañana podría ser otra cosa.

Mirándola fijamente, algo sorprendida, empecé a sonreír.

—Guau, Megan. Me gustaría que repitas ese discurso y grabarte.

Ella puso los ojos en blanco.

—No lo hagas, porque no estará tan bien la segunda vez.

Abbi hizo rodar su silla hacia nosotras.

—Voy a repetirlo, Megan tiene razón.

Me desplomé hacia atrás en la cama, y casi aterrizo sobre el paquete de Oreos. Miré hacia el techo mientras la tensión en mi pecho disminuía un poco. La tristeza aún permanecía como una sombra, como también lo hacía la preocupación por lo de Sebastian, pero había disminuido. Gracias a ellas. A mis amigas.

—Chicas —dije—, la verdad es que me siento un poco mejor. Eso significa que puede que no me coma las siete albóndigas que sobraron mientras me acurruco sollozando en el sofá.

Abbi tosió una carcajada.

—Es bueno oírlo.

—¿Puedo comerme yo una albóndiga? —preguntó Megan, dándome un suave empujón en el brazo con la mano—. Siento que me vendría bien algo de carne con todo el azúcar que acabo de ingerir.

Abbi suspiró.

—Está bien. Estoy a punto de sonar muy cursi —advertí sin moverme—. Pero vamos a ser mejores amigas para siempre, ¿verdad? Porque me da la sensación de que este no será mi único episodio de estupidez pura y sin censura.

Megan soltó una risita.

—Eso ha sido cursi, pero sí, sí, lo seremos.

—No te olvides de Dary —dijo Abbi, haciendo chocar su pie con el mío—. Nosotras cuatro siempre seremos nosotras cuatro. Pase lo que pase.

## Capítulo 7

Después de que las chicas se fueran, busqué mi móvil y salí al balcón. Me incliné sobre la barandilla y observé la casa de Sebastian. Pude ver a su madre en el patio, de rodillas, cavando en la tierra. Llevaba puesto uno de esos sombreros de paja caídos, y tan solo se le veían algunos mechones de cabello castaño.

Todo su cuerpo temblaba mientras clavaba la pala en la tierra que rodeaba su patio. Varias peonías azules y rojas brillantes seguían en cajas junto a ella. Desvié la mirada a la zona del patio de ladrillos, en mitad del cual se encontraba la hoguera. La suya aún se mantenía en pie, no como la nuestra.

La madre de Sebastian era una mujer reservada. Durante todos los años que hacía que lo conocía a él, y todas las veces que había entrado y salido de su casa, más de mil veces, seguro, probablemente solo había tenido unas pocas conversaciones con su madre.

Siempre era amable, siempre saludaba, me preguntaba cómo estábamos mi madre y yo, o cómo le iba a Lori en la universidad, pero eso era todo.

El padre de Sebastian, sin embargo, era más extrovertido.

Exhalé con fuerza y bajé la vista a mi teléfono. Todo aquel tiempo, Abbi y Megan habían sospechado que lo que sentía por Sebastian era más que amistad. Sabía que seguramente Dary también lo sospechaba. El hecho de que se lo hubieran guardado para sí mismas y no me hubieran presionado era enorme. Me conocían demasiado bien.

Me alejé de la barandilla y me dejé caer en mi silla, plantando los pies al borde del asiento. Con el móvil en las manos, consideré mis opciones.

Podía ignorarlo y fingir que no había pasado. Ese había sido siempre mi *modus operandi*. Me juraba a mí misma que me haría cargo de las cosas al día siguiente. Pero sabía cómo funcionaba. El mañana siempre tenía potencial y estaba lleno de posibilidades para mí, pero cuando llegaba, retrasaba las cosas otro día más.

No podía hacer eso.

Mordiéndome el labio, abrí mis mensajes y encontré el último de Sebastian, del viernes anterior. Mi estómago dio un vuelco mientras escribía las palabras:



¿Va todo bien entre nosotros?

Pasó un rato antes de que reuniera el valor de presionar «Enviar», y cuando lo hice, casi de inmediato deseé no haberlo hecho. Sin embargo, no podía retractarme, así que miré mi mensaje durante el doble de tiempo. Sabía que el entrenamiento de fútbol había terminado. A veces él salía con sus amigos después. Otras veces iba directo a casa.

Cuando no respondió de inmediato, reposé la frente sobre las rodillas.

Todavía estaba un poco sorprendida de que le hubiera enviado un mensaje.

Mi respuesta natural habría sido no hacer nada, dejar que Sebastian acabara por venir a mí o dejar que se solucionara solo. Pero sencillamente no pude hacerlo.

Me planteé ir a la casa de al lado para ver si estaba allí, pero *acababa* de enviarle un mensaje de texto, así que tal vez fuera un poco demasiado. Incapaz de permanecer sentada, me levanté, salí al balcón y empecé a bajar los escalones. Me detuve a mitad de camino, insegura de lo que estaba haciendo.

Miré hacia el jardín de Sebastian de nuevo. Su madre ya casi había terminado con las flores. Solo las de un rosa brillante seguían en las cajas. Me di la vuelta, volví a subir las escaleras, entré y me dirigí al piso de abajo para calentar las albóndigas. Me comí cuatro sentada en el reposabrazos del sofá mientras veía las noticias.

Cuando acabé, Sebastian todavía no me había contestado.

De vuelta en mi cuarto, con el estómago dolorosamente lleno, me paré en medio de la habitación con el teléfono en la mano. Estaba demasiado inquieta como para sentarme a leer. Quizá podría limpiar algo.

*Así de desesperada estaba por distraerme.*

Dejé mi teléfono en la mesita de noche y me acerqué al armario. Había pantalones vaqueros y libros dispersos por todas partes. La mitad de las camisetas y los jerséis colgaban medio fuera de sus perchas.

Bueno, no estaba tan desesperada.

Cerré la puerta y me giré para tumbarme boca abajo en la cama, lo que no ayudó para nada a mi estómago.

Gruñí y murmuré contra mis sábanas:

«Soy un asco».

Mi teléfono sonó y me puse de rodillas. En un instante, levanté de un tirón el móvil de la mesita de noche. El aire estaba atrapado en mis pulmones. Sebastian había respondido. *Por fin.*

Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

«¿Por qué?», susurré cuando lo que realmente quería hacer era gritar a pleno pulmón: «¿A qué te refieres con *por qué?*». Empecé a responder exactamente eso, pero me detuve, mis dedos vacilando sobre la pantalla. Mi corazón estaba acelerado, como si estuviera haciendo *sprints*.

Podía ser sincera e indicar exactamente por qué planteaba aquella pregunta. Podía decir un millón de cosas, la verdad. Preguntarle qué pensaba sobre que lo hubiera besado, o preguntarle por qué se había asustado. Podía preguntarle si deseaba que nunca lo hubiera hecho. Incluso podía enviarle un mensaje y decirle que al besarlo me había sentido como si volviera a casa.

No escribí ninguna de esas cosas.

Mi teléfono sonó de nuevo.

Por tu parte está todo bien, ¿verdad?

No. No lo estaba.

Había estado enamorada de él desde que tenía memoria, y ahora me aterraba arruinar nuestra amistad y que en adelante todo fuera terriblemente incómodo.

Tampoco escribí ninguna de esas cosas.

En cambio, escribí:

Sí. Por supuesto.

Luego arrojé mi teléfono sobre la almohada. Gimiendo de nuevo, caí hacia atrás sobre la cama.

*Soy una cobarde.*



Estaba más que preparada para que Feyre pateara unos cuantos traseros.

Cerré las portadas duras del libro y apoyé la frente en la cubierta lisa. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Los últimos cinco capítulos habían sido un ataque cardíaco continuo, y recé para que el tercer libro ya hubiera salido. En caso contrario, me tiraría por el balcón.

Bajé el libro hasta mi regazo y redistribuí mi peso en la vieja silla de jardín Adirondack. No era exactamente la más cómoda, pero con la almohada debajo del trasero y las piernas apoyadas en la barandilla era un lugar perfecto para leer.

Una brisa cálida recorrió el balcón, desplazándose sobre mis piernas desnudas y levantándome los finos mechones de pelo alrededor de la nuca. Otro libro descansaba en el suelo junto a mi silla. Aquel era el contemporáneo.

No había mejor manera de pasar el sábado previo a que comenzaran las clases que no hacer otra cosa que no fuera leer y comer.

Cambié el libro de tapa dura por el de bolsillo con una corona dorada brillante y lo dejé en mi regazo mientras revisaba rápidamente Facebook en mi móvil. No había mensajes privados. Había recibido algunas notificaciones de Snapchat, así que observé a uno de los jugadores de fútbol caerse borracho en una acera la noche anterior. Otro se había sacado una foto a sí mismo desayunando. Había una foto de Dary en el Monumento de Washington, seguida de una serie de carteles. Tenía una fijación con los carteles.

Pasé a Instagram, mirando sin pensar las selfies y las típicas fotografías que se hacen al final del verano. Estaba a punto de cerrar la aplicación cuando empecé a reconocer un patrón en las fotos recientes de todos. Todas las chicas iban en bañador. Los chicos también. Todos sostenían vasos rojos de plástico. Y en todas las fotos era de noche.

*Keith.*

Debía de haber celebrado una fiesta la noche anterior.

Mi pulgar dejó de moverse cuando vi la foto que había colgado Skylar.

El corazón se me cayó a los pies, y todo lo que pude pensar es que yo era estúpida, muy estúpida.

Ella estaba sentada al borde de una de esas tumbonas de mimbre, con las manos apoyadas detrás de ella. Llevaba un biquini de color azul real que mostraba su cuerpo escultural. Sentado frente a ella estaba Sebastian. Estaba sonriendo. *Ambos* estaban sonriendo. Ellos... parecían estar de maravilla los dos juntos.

Contemplé la foto durante Dios sabe cuánto tiempo. Demasiado tiempo.

¿Por qué, oh, por qué la seguía?

Sabía la respuesta. Empecé a seguirla años atrás porque estaba saliendo con Sebastian y por lo visto me iba el autocastigo. Incluso les daba «me gusta» a sus fotos solo para demostrar que no era una arpía celosa.

Pero era una arpía celosa del más alto nivel.

No pude evitar lo que hice a continuación. Rápidamente fui a la cuenta de Sebastian para ver si había alguna foto de la noche anterior, pero la última publicación era de hacía tres semanas. No era muy activo en las redes sociales, aparecía y desaparecía esporádicamente.

Ahora quería tirarme por el balcón por una razón totalmente diferente.

Sebastian me había escrito varios mensajes desde el jueves, pero no lo había visto desde el beso. No había forma de engañarme a mí misma. Las cosas habían cambiado. Cuando Sebastian estaba en casa, incluso cuando salía con Skylar, lo veía casi todos los días, si no todos los días. La única vez que no nos veíamos era cuando él no estaba en casa.

Así que me estaba evitando.

Maldije por lo bajo, salí de la aplicación y dejé mi móvil sobre el libro que estaba en el suelo. Una ansiedad nerviosa me agitó el estómago, y sacudí la cabeza mientras miraba el gran arce del patio trasero.

¿Había vuelto con Skylar, unos pocos días después de que yo le hubiera besado? ¿Importaba siquiera?

No debería, pero lo hacía.

Disgustada conmigo misma, abrí el libro de tapa rústica, necesitaba perderme en algo que no estuviera relacionado conmigo.

Llevaba un par de páginas cuando escuché pasos en las escaleras que conducían al balcón. Levanté la barbilla y me quedé helada al ver la parte superior de la cabeza de Sebastian, dividida entre querer volver a mi habitación y hacer que se apresurara para recibirlo con los brazos abiertos.

No hice ninguna de las dos cosas.

Con el corazón laténdome con fuerza en el pecho, cerré el libro despacio mientras él daba el último paso. Todo el aire se escapó de mis pulmones.

*Oh, vamos.*

Sebastian iba sin camiseta. No era la primera vez que lo veía a medio vestir, pero cada vez era como la primera.

El pecho definido, el estómago cincelado como si fuera de mármol y las caderas esbeltas. No era demasiado musculoso. Ah no, él solo era un excelente ejemplo de cómo el fútbol americano podía sentarle bien a un cuerpo. Y llevaba una gorra de béisbol. Hacia atrás.

Me derretía con solo mirarlo.

Lo odiaba.

Una de sus comisuras se arqueó mientras se pavoneaba por el pequeño balcón.

—Hola, nerd.

Por un momento, no pude responder. Volví al lago, yo en su regazo y su boca brevemente sobre la mía. El calor hizo enrojecer mis mejillas y se extendió hacia más abajo. Mucho más abajo.

Dios mío.

Tenía que controlarme y actuar como si no hubiera pasado nada. Eso era lo que él estaba haciendo. Yo también podía hacerlo. Tenía que hacerlo, porque si no, ¿cómo podríamos ser amigos?

Él levantó la vista y su mirada se encontró con la mía durante un segundo antes de que la desviara. Me pareció ver que sus mejillas se teñían de un rosa pálido. ¿Se estaba sonrojando? Puede que no fuera tan bueno fingiendo como yo creía.

Me aclaré la garganta y acuné el libro contra mi pecho.

—Oye, idiota, ¿se te ha olvidado vestirme antes de salir de casa?

Sus ojos brillaron al moverse hacia mí. Sus hombros se relajaron.

—Estaba tan emocionado por venir a verte que no he querido perder tiempo buscando una camiseta limpia.

—Ajá.

—He pensado en mandarte un mensaje. —Se apoyó contra la barandilla, junto a mis pies—. Pero me he imaginado que estarías aquí.

—¿Tan predecible soy?

—Sí.

—Bueno, pues bien —murmuré, buscando algo que decir—. ¿Has... has tenido entrenamiento esta mañana?

Sebastian asintió.

—Sí. Hasta las doce. Luego me he echado una siesta al volver a casa.

—¿Trasnochaste? —pregunté haciéndome la inocente, pero se me aceleró el pulso.

Él encogió uno de sus anchos hombros.

—En realidad, no —respondió, e intenté determinar si ese era el código para volver con Skylar o salir con otra persona.

Pero la verdad es que solo eran tres palabras que no significaban nada.

—Keith terminó como una cuba y encendió un puñado de fuegos artificiales. —Se cruzó de brazos, atrayendo innecesariamente la atención hacia su pecho—. Todavía estoy sorprendido de que no haya perdido un par de dedos. O una mano.

—Lo cierto es que yo también.

—De todas maneras, estoy aquí por una razón. Hoy va a hacer una barbacoa. En realidad, la hace su hermano mayor. Irá poca gente —dijo—. Deberías venir conmigo.

Mi corazón empezó a bailar de un lado al otro, gritando: «¡Sí, sí, sí!». Mi cerebro retrocedió e inmediatamente le dijo a mi corazón que se callara, porque mi corazón era estúpido y me hacía hacer cosas estúpidas.

—No lo sé...

—Vamos. —Me agarró de un pie. Intenté apartarlo, pero él lo aferró con fuerza, envolviendo mi tobillo con sus dedos. Me negué a leer entre líneas—. No hemos tenido oportunidad de vernos en el último par de días y justo volví el fin de semana.

*Sí, y te besé y obviamente no estabas interesado.* Aunque él estaba actuando con normalidad, con total normalidad. Tanto que casi me pregunté si lo del lago había sido una alucinación.

—Pasa tiempo conmigo. Tiempo de calidad que implique hamburguesas con queso a la parrilla.

Dejé caer el libro en mi regazo y me sujeté a los reposabrazos de la silla.

—No tengo hambre.

—¿Rechazas hamburguesas con queso a la parrilla? Ahora sé que solo te estás haciendo la dura.

Entrecerré los ojos mientras volvía a intentar liberar mi pierna.

Sebastian bajó la barbilla.

—Yo conduciré y tú te divertirás. Lo único que tienes que hacer es levantar tu bonito trasero de esa silla y yo me encargaré de lo demás.

Me quedé inmóvil, con los ojos abiertos como platos.

¿Pensaba él que yo tenía un trasero bonito?

La sonrisa de su cara se ensanchó, y un segundo después sus dedos danzaron por la planta de mi pie. Chillé en el acto:

—¡Para! ¡Para!

Sus dedos quedaron suspendidos sobre mi pie mientras él levantaba las cejas.

—¿Vas a venir conmigo?

Yo respiraba pesadamente, paranoica por si empezaba a hacerme cosquillas otra vez.

—No estás jugando limpio.

—¿Por qué jugar limpio cuando puedo convencerte de que hagas lo que quiero a base de cosquillas? —respondió, colocando un dedo en el centro de mi pie. Toda mi pierna dio una sacudida.

—Así que, ¿qué va a ser, Lenita?

—¿*Lenita*? —grité, clavando los dedos en los reposabrazos de la silla. ¿Cuándo había sido la última vez que me había llamado así? ¿Antes de necesitar un sujetador?—. No tengo diez años, Sebastian.

Sus pestañas bajaron, protegiéndole los ojos.

—Sé que ya no tienes diez años. —Su voz se volvió más profunda—. Créeme.

Mis labios se entreabrieron mientras repetía sus palabras en mi cabeza. Su mirada se dirigió hacia arriba y se encontró con la mía. Mi corazón no bailaba, solo era un latido salvaje que sentía en cada parte de mi cuerpo.

*¿Por qué no me devolviste el beso?*

—Ven conmigo —repitió—. ¿Por favor?

Cerré los ojos. Quería ir, pero... si lo hacía, necesitaba refuerzos.

—¿Puedo ver si Megan y Abbi quieren ir?

—Dios, claro —respondió—. A Keith le hará feliz oír eso. Sabes que él...

—Intenta conquistar a Abbi. Sí. —Respiré profundamente, abrí los ojos, y a continuación asentí—. Está bien.

—Perfecto. —Me dedicó una amplia sonrisa y luego bajó mi pierna hasta la barandilla. Sus dedos vacilaron unos segundos y luego me soltó—. Sabía que no podías resistirte a mí.

Decidí fingir que no le había oído decir eso, dejé caer las piernas al suelo y recogí mis libros y mi teléfono.

—Dame unos minutos. —Me levanté y me acerqué a la puerta, sintiendo que me ardían las mejillas—. Tengo que decírselo a mi madre.

—Lleva un bañador —me ordenó, alejándose de la barandilla y dejándose caer en mi silla.

Pensé en Skylar en biquini y decidí que iba a olvidar accidentalmente el mío.

Tras dejar mis libros en la cama, rápidamente envié un mensaje a Abbi y Megan y luego metí el móvil en mi bolso.

En el piso de abajo, encontré a mi madre en la cocina. Había papeles extendidos frente a ella, algunos sueltos y otros grapados. Su pelo rubio estaba recogido en una coleta alta y llevaba las gafas para leer apoyadas en la punta de la nariz.

—¿Qué haces? —pregunté mientras me detenía frente a la silla que había a su lado.

—Repaso las nuevas leyes de suscripción. —Mi madre levantó la vista—. Básicamente paso mi sábado de la manera más aburrida posible. ¿Qué hay de ti? No trabajas este fin de semana, ¿verdad?

—No. —Pasé las palmas por el respaldo de la silla—. Estaba pensando en ir a una barbacoa con Sebastian.

—Eso suena divertido. —Mi madre apoyó la barbilla en su palma mientras me miraba—. Suena como una cita.

—Mamá —le advertí.

—¿Qué? —Ella abrió mucho los ojos—. Apostaría al cien por cien que...

—Dios mío —gemí al tiempo que levantaba las manos y miraba hacia las escaleras, rezando para que Sebastian decidiera darse a conocer—. No es así. Lo sabes.

—Una madre puede tener esperanzas y sueños —respondió ella—. Es un buen chico, Lena.

—Seguramente Abbi y Megan estarán allí. También habrá más gente. —Me alejé de la silla—. Siento arruinar tu sueño.

—Maldita sea —suspiró ella de forma lastimera—. Estaba pensando en tejer botitas de bebé para el primer hijo que tuvieras con Sebastian.

—Madre mía. —La miré boquiabierta, horrorizada, pero no sorprendida. A veces a mi madre se le iba la cabeza—. Eres ridícula y estoy rodeada de gente ridícula.

—¿Por qué rodearse de alguien que no lo sea? —Sonrió mientras fijaba la mirada en la masa de papeles que había frente a ella, y yo sacudí la cabeza—. ¿Cuándo crees que volverás a casa?

—No antes de la cena. ¿Puede que a última hora de la noche?

—A mí me suena bien. Al menos no tendré que hacer la cena esta noche. —Aquella era mi madre, siempre buscando el lado positivo de las cosas, incluso cuando era imposible—. Por cierto —dijo, levantando la vista otra vez, inmovilizándome con esa mirada de madre que solo veía cuando iba a decirme algo que sabía que yo no quería escuchar. Imaginaba que sería sobre mi padre. Me tensé—. Tienes que empezar a contestar al teléfono, Lena. Esto ya duró demasiado.

Crucé los brazos sobre el pecho e inspiré por la nariz.

—No lo suficiente.

—Lena —advirtió—. Eres preciosa, leal hasta la muerte, pero lo que pasó entre tu...

—Mamá, prometo que contestaré al teléfono. ¿De acuerdo? —No quería tener aquella conversación en ese momento—. Pero tengo que irme. Sebastian me está esperando.

Parecía que quería decir algo más, pero echó la cabeza hacia atrás.

—Bueno, diviértete, pero ten cuidado.

Me incliné y le di un beso en la frente.

—Siempre.





—Lo único que digo es que es una cuestión de doble moral. —Tenía los pies sobre el cálido salpicadero del Jeep de Sebastian. El aire acondicionado estaba alto, pero a duras penas disipaba el calor del interior—. Tú puedes conducir sin camiseta, pero si una chica llevara un top de bikini sin una camiseta encima, la gente perdería su siempre bien pensada cabeza.

—Y lo único que yo digo es que apoyaría al cien por cien la idea de que las chicas conduzcan en bikini —respondió, con una mano sobre el volante y la otra en el respaldo de mi asiento. La gorra de béisbol estaba vuelta hacia delante, bloqueando el sol, y todavía sin camiseta, llevaba un bañador y unas sandalias Nike.

Detrás de mis gafas de sol, puse los ojos en blanco.

—Por supuesto.

—Mira, a los chicos no les importan este tipo de cosas. No nos pondríamos en contra de la igualdad de oportunidades en cuanto a la desnudez. Nunca. —Redució la velocidad cuando nos acercamos a la salida de la interestatal—. Eso lo hacen las chicas que odian al resto de las chicas.

Giré la cabeza lentamente en su dirección, pero él estaba concentrado en la carretera.

—Es fácil ver a una chica que llama «puta» a otra chica por conducir su coche con la parte de arriba del bikini y luego decirle a un chico que lo hace sin camiseta que es sexy.

Sebastian tenía razón, pero el infierno se congelaría antes de que yo lo admitiera. Quité los pies del salpicadero y me moví en mi asiento mientras veía pasar los árboles borrosos. Abbi y Megan vendrían en el coche de Chris, el primo de Megan, que jugaba al fútbol con Sebastian.

Me daba la sensación de que la pequeña barbacoa se convertiría en una gran fiesta antes de que terminara la noche. No sería la primera ni la última en pasar de una reunión pequeña a algo gloriosamente descontrolado en pocas horas. Especialmente si Keith estaba involucrado.

La luz del sol se filtraba a través de los árboles que se apiñaban en la estrecha carretera secundaria con curvas. Quien hubiera construido aquella carretera parecía que lo hubiera hecho persiguiendo a una serpiente o algo así.

Apoyé la cabeza en el asiento y contemplé la manera en que los arces y los helechos más altos daban paso a los huertos de manzanos. Los había hasta donde alcanzaba la vista, alineados en filas, en cada una de las colinas, y la familia de Keith era propietaria de la mayoría de ellos.

Había pasado infinidad de veces por aquella carretera con Sebastian y mis amigos, y se me ocurrió que aquel era el último sábado antes de nuestro

último año en el instituto. No volvería a tener otro sábado como este nunca más y, en un año, Sebastian y yo no estaríamos atravesando esta carretera en su Jeep. Él no aparecería inesperadamente en mi balcón, y Dary no aparecería en el restaurante para restregarme por la cara mis malas decisiones en la vida.

Inspiré temblorosa mientras me ardía el pecho.

Oh, Dios, de repente quería llorar como un bebé. Y no debería llorar, porque todo lo que iba a cambiar era bueno. Me iría por mi cuenta, y si tenía suerte, a Megan y a mí nos aceptarían en la Universidad de Virginia, y ella seguiría recordándome todos los viernes que envejecería sola, rodeada de gatos y comiendo atún en lata barato. Dary me señalaría todas mis terribles elecciones futuras a través de FaceTime. Abbi iría a una universidad no muy lejana y podríamos vernos los fines de semana.

Sebastian iría a cualquier universidad que le ofreciera una beca completa para jugar si decidía seguir con el fútbol, y había que ser sinceros, lo haría. Y nos mantendríamos en contacto. Nos llamaríamos el uno al otro y esas llamadas al final darían paso a mensajes de texto, y esos mensajes se volverían más esporádicos hasta que solo hablaríamos cuando ambos estuviéramos en casa por vacaciones.

Nos haríamos mayores y nos distanciaríamos, y eso era aterrador, pero por ahora, justo en ese momento, teníamos el mañana. Teníamos la próxima semana. Teníamos el curso entero. Era prácticamente un «para siempre», me dije.

Aún no tenía que enfrentarme a lo inevitable.

Sebastian repiqueteó con los dedos sobre mi rodilla, sorprendiéndome. Lo miré.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dije con voz ronca. Me aclaré la garganta.

Una expresión de preocupación se asentó en sus rasgos.

—¿En qué estabas pensando?

Me encogí de hombros.

—Estaba pensando en que el año que viene por estas fechas ambos estaremos en la universidad. Que este es el último verano antes del instituto, ¿sabes?

Sebastian no contestó. Estaba mirando la carretera, y su mandíbula se perfilaba en una línea dura. Se ponía así cuando se enfadaba o cuando tenía que decir algo que estaba manteniendo en secreto.

Empecé a preguntarle en qué estaba pensando, pero él dijo:

—Siempre vas a ser parte de mi vida, lo sabes, ¿verdad?

Como no esperaba esa declaración, no supe qué responder.

—Incluso si acabamos en diferentes universidades —continuó, como si existiera la posibilidad de que estuviéramos en el mismo lugar al cabo de un año—. No nos convertiremos en extraños. —Era casi como si pudiera leerme la mente. Pero solo era que me conocía muy bien. Demasiado bien—. Eso nunca va a pasarnos a nosotros.

Quise decirle que eso les pasaba a todos, aunque tuvieran las mejores intenciones. Mi hermana juró que se mantendría en contacto con todos los amigos que fueron a universidades diferentes, pero ahora estaba en su tercer curso y tenía amigos nuevos y un novio nuevo.

Cuando la gente te deja y no te ve todos los días, dejan de querer verte. Yo, más que nadie, sabía que esa era la verdad.

Incluso si decían que te querían.

—Siempre seremos amigos. —Sus ojos buscaron brevemente mi rostro—. Pase lo que pase.

Mierda, ¿acababa de relegarme a la *friend-zone*?

Sí. Así sonaba.

Respirando a través de la desazón, ignoré el dolor hueco de mi pecho mientras alisaba mis pantalones cortos con las manos.

—Sí, capitán.

Sus labios se crisparon en una pequeña sonrisa.

—¿Va a venir Skylar a casa de Keith? —Lamenté haberlo preguntado en cuanto las palabras salieron de mi boca.

—No lo sé. —La respuesta fue breve, lo cual no era propio de Sebastian.

Me mordí el labio inferior mientras él reducía la velocidad y giraba a la derecha por el camino que conducía a la enorme casa de Keith, adyacente a kilómetros y kilómetros de huertos. La propiedad formaba parte de una gran granja, y era el tipo de casa que nadie necesitaba, salvo en caso de poligamia y de tener cincuenta hijos.

Su familia tenía dinero. Habían trabajado los huertos durante generaciones, y me imaginaba que Keith se haría cargo del negocio familiar en algún momento, aunque sabía que planeaba ir a la universidad y jugar al fútbol como Sebastian. Por lo que había oído, ya lo habían aceptado en la Universidad de Virginia Occidental. Tenía el tamaño para jugar de defensa a nivel universitario.

El camino pavimentado ya estaba lleno de coches, algunos de los cuales reconocí. No vi el BMW de Skylar ni, gracias a Dios, el todoterreno de Cody.

—¿Una fiesta pequeña?

Sebastian se rio entre dientes.

—Sí, ese era el plan.

—Todo bien, entonces.

Aparcó el Jeep detrás de un Honda, dejando suficiente espacio entre los vehículos para salir luego. Levanté mi bolso del suelo y luego me bajé. Fuimos a pie el resto del camino, pasando por alto las puertas dobles de cristal y siguiendo el camino de piedras de río que bordeaba el lateral de la casa. Con cada paso, el sonido de la risa y los gritos aumentaba, así como el de salpicaduras de agua. Podía oler la carne a la parrilla, y mi estómago vacío gruñó de felicidad.

Sebastian tenía razón: yo nunca rechazaría una hamburguesa con queso a la parrilla.

—Oye. —Sebastian me dio un codazo en el brazo—. Cuando quieras marcharte, avísame, ¿sí? No te vayas con cualquiera.

—Estoy bastante segura de que puedo volver a casa con alguien. No tienes que preocuparte.

—No me preocupo. Simplemente te llevaré a casa cuando quieras.

Se colgó la camiseta de un hombro. Supuse que ponérsela requería demasiado esfuerzo.

A un desconocido, Sebastian podría parecerle mandón, pero era el tipo de persona que no llevaba a alguien a una fiesta y luego dejaba que se las apañara para volver a casa.

—Puede que no quiera volver a casa contigo. —Balanceé mi bolso—. Estoy segura de que hay un montón de gente que me llevaría.

—¿No sería estúpido considerando que vivimos el uno al lado del otro?

—No cuestiones mi lógica. —Rodeé a Sebastian y caminé por delante de él—. Y en serio, no quiero estar fuera hasta muy tarde.

—Yo tampoco...

—¡Mierda! —grité cuando me dio una patada en la parte inferior del pie mientras lo levantaba. Me giré y le pegué con el bolso.

Riendo, bloqueó el golpe con los brazos.

—Vigila por dónde pisas.

—Idiota —murmuré dándome la vuelta.

—Yo tampoco tengo pensado quedarme hasta muy tarde —continuó—. He quedado con el entrenador mañana por la mañana para un entrenamiento personal. —Hizo una pausa—. Y con mi padre.

Me encogí por él.

—¿Cómo está tu padre?

—No hay suficientes horas en el día para esa conversación —respondió, y antes de que yo pudiera proseguir con el tema, sujetó mi mano e hizo que parara mi camino. Lo miré de frente—. No me voy a quedar hasta tarde por el entrenamiento y porque... —Sus vívidos ojos azules estaban fijos en mí—. Necesito hablar contigo.

Mi corazón dio un vuelco. Quería soltarme de su mano y correr hacia los huertos mientras gritaba... pero eso sería raro.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté, a pesar de que sabía de qué se trataba.

—Cosas.

Arqueeé una ceja.

—¿No podemos hablar ahora?

—No. Más tarde —dijo. Me soltó la mano y me adelantó—. Después de que haya bebido algo.

## Capítulo 8

—¡Hombre!

Keith saltó desde el piso de arriba y aterrizó frente a nosotros como Tarzán, si Tarzán llevara... madre mía, ¿un bañador *slip* de Speedo? Keith era un tipo grande, tan grande como un oso, ancho de hombros y alto. Los *slips* no deberían estar en el mismo código postal que él.

—¡Has traído a Lena!

Sebastian se paró delante de mí.

—¿Qué demonios llevas puesto?

Intenté no mirar hacia abajo, pero era como si me obligara una magia oscura y no pude evitarlo. Vi... vi *demasiado*. Retrocedí un paso, pero ya era demasiado tarde. Keith esquivó a Sebastian, y un segundo después, mis pies se alzaron del suelo y me estrujó hasta que chillé como un juguete para morder.

—Hace una eternidad que no te veo. —Keith movió los hombros, haciendo que mis piernas se balancearan de un lado al otro—. ¿Cuánto tiempo ha sido? —preguntó, y pude oler la cerveza evaporándose a través de sus poros.

—No lo sé —jadeé, con los brazos inmovilizados—. ¿Más o menos un mes?

—¡Nooo! —Alargó su respuesta—. Tiene que haber sido más que eso.

—Bájala —ladró Sebastian—. Dios, estás prácticamente desnudo, hombre.

Keith inclinó la cabeza hacia atrás, se echó a reír y luego se dio la vuelta, haciendo que yo también girara. Sin previo aviso, me soltó y yo tropecé. Las manos de Sebastian aterrizaron en mis hombros y me estabilizaron.

—¿Os gusta mi bañador corto? —Colocó las manos en las caderas y abrió el pecho, y ¡madre mía! Mis retinas ardieron—. Puedo moverme con más libertad y creo que me hace un trasero increíble. Además, el verde va a juego con mis ojos, ¿no os parece?

—Sí —susurré sacudiendo lentamente la cabeza.

Sebastian se levantó la visera de la gorra y se frotó la frente.

—Estoy oficialmente traumatizado de por vida.

—Lo que estás es bendecido. Ambos estáis oficialmente *bendecidos* de por vida. —Keith colocó con fuerza las manos sobre nuestros hombros. Nos condujo a través de la puerta abierta—. Las hamburguesas ya están casi listas. Estamos a punto de echar algunos perritos calientes a la parrilla. Las bebidas están en las neveras.

Las fiestas siempre se celebraban en casa de Keith. Desde otoño hasta primavera se encendían hogueras cada fin de semana, en los campos más allá de sus jardines bien cuidados, y durante el verano todo el mundo se reunía alrededor de la piscina, que era tan grande como el primer piso de mi casa. Y eso no incluía el patio de ladrillo de color arena que la rodeaba. Una docena de tumbonas estaban repartidas por toda la zona, la mayoría estaban ocupadas por caras que reconocí del instituto. Algunos nos saludaron al vernos.

Sus padres debían de haberse gastado una cantidad importante de dinero en el patio trasero, del tipo que podría haber pagado la hipoteca de mi madre. Además de la piscina y el patio, había jardines con flores y bancos por todas partes, un hoyo para jugar a la herradura detrás de la casa de la piscina, que era más grande que los pisos de algunas personas, y una red de *bádminton* colgada.

No había vuelto allí desde la fiesta de julio.

—Oye. —Keith se pasó una mano por su ebria cabeza, y llamó mi atención—. ¿Va a venir tu amiga Abbi?

—Sí. —Me imaginé la cara de Abbi cuando viera lo que Keith llevaba puesto y casi estallé en carcajadas—. Llegará dentro de poco y se alegrará mucho de verte.

Seguro que iba a matarme.

—Genial —respondió, con aspecto de estar un poco demasiado complacido con la idea—. Me alegra que hayas venido. Empezaba a pensar que ya no querías ser mi amiga.

Negué con la cabeza.

—Te sigo queriendo, Keith. Solo he estado ocupada.

—Nunca deberías estar demasiado ocupada para mí. —Keith empezó a andar hacia atrás, acercándose a su hermano mayor, Jimmy, que estaba de pie ante la parrilla.

Su hermano lo miró y luego se echó a reír a carcajadas.

—Diablos, te lo has puesto.

Keith se bajó el bañador por detrás y sacudió el trasero delante de su hermano.

—Creo que nunca me lo quitaré.

—Que Dios nos ayude —murmuró Sebastian.

Mientras me limpiaba las gotas de sudor de la frente con la palma de la mano, miré a Sebastian. Hacía tanto calor que ya empezaba a arrepentirme de no haber traído el bañador.

—Es *tu* amigo.

—Sí. —Riéndose entre dientes, rodeó una de las coloridas plantas.

Eché un vistazo a las puertas dobles de cristal que conducían a la parte posterior de la casa y me pareció ver movimiento dentro.

—¿Crees que los padres de Keith están aquí?

—Dios, eso espero. —Sebastian observó el estanque—. No hay nada más hilarante que su padre saliendo y desafiándonos a todos a un torneo de herradura.

Dejé caer mi bolso junto a otros y dije:

—No puedo creer que a sus padres les parezcan bien estas fiestas. Es decir, mi madre es bastante genial, pero tampoco me permitiría organizar fiestas todos los fines de semana.

—Supongo que Keith y Jimmy tuvieron suerte en lo que a padres se refiere. —Se inclinó hacia mí. La gorra ocultaba la mitad superior de su cara—. Antes de que nos interrumpiera la perturbadora visión de Keith, yo...

—¡Eh, Seb! —Por encima de su hombro, vi a Phillip en una de las tumbonas, con su piel oscura brillando a la luz del sol—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace apenas unos segundos —respondió Sebastian al tiempo que se daba la vuelta.

Phillip se acercó a nosotros. Le dio una palmada en el hombro a Sebastian y asintió en mi dirección. Lo saludé con la mano.

Los dos empezaron a hablar sobre el amistoso y sobre el primer partido de la temporada, que se jugaría el viernes de la próxima semana, mientras yo estaba allí cantando *Un mundo pequeño* en mi cabeza. Al cabo de un rato, Keith volvió para poner un vaso rojo de plástico en mi mano y otro en la de Sebastian.

—Solo una —dijo, sorbiendo la espuma—. Tengo que conducir de vuelta esta noche.

Keith resopló.

—Serás flojo.

—Lo que tú digas. —Sin molestarse, Sebastian encontró algunos platos y nos pusimos a comer hamburguesas con queso.

—¿Has visto al pasador del equipo de Wood? Puede lanzar...



Volví a alejarme de la conversación, bebiendo mi cerveza a sorbos hasta que vi a Chris llegar desde la esquina de la casa. Me alejé de los chicos y me encontré con Megan y Abbi en la puerta.

—Gracias a Dios que estáis aquí —dije—. Están hablando de fútbol. De nada más que fútbol. Eso es todo. *Solo fútbol.*

—¿No llevas bañador? —Fue lo primero que salió de la boca de Megan. Ella llevaba unos pantalones cortos y la parte de arriba del biquini. La mitad de su cara quedaba cubierta por unas gafas de sol negras muy grandes—. Tú y Abbi no tenéis ni idea de cómo vestiros para una fiesta en la que hay una piscina.

Los rizos de Abbi estaban separados en dos coletas.

—Te aviso que ha estado maldiciendo todo el viaje, por todo y por todos.

—Ha sido un largo día. —Me arrebató el vaso de la mano y se lo llevó a la boca, bebiéndose al menos la mitad de un trago impresionante—. En primer lugar, ese idiota de allí —dijo, extendiendo un dedo, el dedo corazón, en la dirección de Phillip—, no me envió ningún mensaje anoche, y sé que estaba aquí y que también estaba Meg, y ya sabes lo obsesionada que ha estado Meg con él durante, digamos, dos años.

Fruncí los labios. No creía que Meg Carr hubiera estado obsesionada con nadie, pero permanecí en silencio sabiamente. Abbi no lo hizo.

—¿Tengo que recordarte que en realidad habéis roto? Es decir, dijiste que estabais hablando, pero eso no significa nada. —Abbi se inclinó hacia mí, apoyando su brazo en mi hombro—. Así que, ¿qué sentido tiene?

—Hay un sentido. Estoy llegando a eso. —Le dio otro trago profundo a mi bebida—. Él dice que quiere volver conmigo, y me atrae la idea. Pero si quiere volver conmigo, al menos debería contestar a mis mensajes de texto.

Abbi me miró.

Yo guardé silencio.

—Luego el idiota de mi primo, el de allí —giró su dedo corazón hacia Chris, que estaba con Sebastian y los chicos—, eso sí, al que quiero con locura, estaba enviándole mensajes a Mandi como un loco cuando veníamos hacia aquí. Y estoy bastante segura de que ya está medio borracho. Pensaba que íbamos a morir todos de una forma horrible.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. Mandi era amiga de Skylar. Si Mandi estaba saliendo con Chris, eso significaba que iría a la fiesta. Y también Skylar, porque esas chicas iban en manada.

También yo, pero daba igual.

—Lo último es verdad —confirmó Abbi—. Yo también he creído que íbamos a morir.

—Por último, mi madre quería que fuera a cenar con su nuevo novio esta noche. Quien, por cierto, es quizás solo diez años mayor que yo, y eso es asqueroso.

Eché un vistazo a Abbi. Sonreía ligeramente, a pesar de lo que sospechaba que estaba pasando en su familia.

—Así que he tenido que explicarle que este era mi último fin de semana antes de mi último curso y lo último que quería era pasarlo con ella y con un tipo al que reemplazará por una versión más nueva y brillante el mes que viene.

—Oh, oh —murmuré.

Ella levantó mi vaso otra vez.

—Eso no ha acabado bien, pero estoy aquí, así que gano yo. —Alzó el vaso en un brindis y luego me lo ofreció.

—Puedes quedártelo. —Lo aparté con la mano—. Parece que lo necesitas más que yo.

—Gracias. —Megan dio un paso adelante y me besó en la mejilla—. Eres mi mejor amiga.

Abbi ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa conmigo?

—Acabas de decir que estaba renegando. Has sido degradada al segundo lugar —respondió Megan por encima del borde del vaso.

Me reí.

—¿Así que Dary está en tercer lugar?

—¿Cuándo vuelve Dary? —preguntó Megan, mirando a su alrededor.

—Mañana —le recordó Abbi.

Se desanimó.

—La echo de menos. Deberíamos sacarnos un montón de selfies y bombardearla continuamente con ellos.

Volví a reírme.

—Estoy segura de que lo apreciaría.

—Pero primero, ¿cómo van las cosas con Sebastian? —preguntó Abbi, señalando con la cabeza en su dirección.

—Bien —respondí rápidamente—. Hablaremos de ello más tarde. ¿Está bien?

Abbi tenía aspecto de querer protestar, pero lo dejó. Quería divertirme un poco antes de empezar a estresarme con aquello sobre lo que Sebastian quería

hablar.

Pasamos demasiado tiempo sacándonos selfies casuales con todos los que estaban en la piscina y por toda la propiedad, y se los enviamos a Dary desde todos nuestros móviles. Sus respuestas iniciales habían sido divertidas, pero ya habían cesado, y conociéndola, seguramente a la vigésima selfie ya estaría bastante molesta, lo que lo hizo aún más entretenido.

Más tarde, Keith levantó e hizo girar a Abbi, que parecía horrorizada por su atuendo, pero me di cuenta de que, a regañadientes, también se divertía. Se liberó de su agarre, gimiendo acerca de lo idiota que era mientras sonreía. Al cabo de un rato, Megan se alejó, y se unió a Phillip y a otro chico en el otro extremo de la piscina.

—¿Realmente está pensando en volver con él? —le pregunté a Abbi.

—¿Quién sabe? —suspiró—. Dios, espero que no. Son la Selena Gómez y el Justin Bieber de Clearbrook.

—¿Excepto porque nadie quiere que vuelvan a estar juntos?

Una fuerte risa surgió de Abbi.

—Muy cierto.

Echando un vistazo al patio trasero, diciéndome a mí misma que no buscaba a Sebastian, vi a Cody junto a la parrilla con un vaso en la mano y rodeado del resto de chicos.

—¿Cuándo ha llegado?

—¿Quién? Ah. Ni idea. —Abbi enderezó sus gafas de sol de color rosa—. Acaba de aparecer mucha gente de golpe. Es una locura.

Fuimos hasta la nevera. Abbi eligió un refresco mientras yo me decantaba por una botella de agua.

—Pues Sebastian dice que quiere hablar luego conmigo.

—¿Sobre qué? —preguntó mientras abría su lata.

—No tengo ni idea. Por lo general, no es tan evasivo. Pero asumo que se trata de lo obvio, ¿sabes?

Abbi permaneció en silencio por un momento y luego dijo:

—Has visto la publicación que ha colgado Skylar en Instagram anoche, ¿no?

Los nudos inundaron mi estómago.

—Sí.

—Puede que tenga en mente volver con Skylar —dijo, y yo suspiré—. Quizás quiere decirte que van a volver a estar juntos. Odio decirlo, pero después de todo el tema del beso seguramente piense que debería decirte algo al respecto —agregó, levantando sus gafas cuando una nube cubrió el sol.

—Bueno, él y Skylar son la pareja perfecta. —Miré a los chicos. Keith estaba moviendo las caderas y dando un golpe al aire con una mano.

—Tú y Sebastian haríais una pareja perfecta.

De repente quise tirarme debajo de los arbustos.

—No quiero pensar más en esto. Es molesto, me estoy haciendo daño a mí misma. En serio. —Me volví hacia Abbi—. Me estoy volviendo loca, literalmente.

—Entonces, deberías encontrar a algún chico bueno con el que pasar el tiempo hasta que te vayas a la universidad.

—Ahora sueñas como Megan —dije—. Pero puede que encuentre a alguien con quien pasar el tiempo. Preferiblemente un chico bueno al que le guste leer y al que le interese la historia.

—Eso suena a relación seria. Yo hablaba de relajarse viendo Netflix. —Su tono era seco—. No nos adelantemos.

Me reí mientras bebía un poco de agua.

Abbi se dio la vuelta mientras Megan se acercaba bailoteando adonde estábamos. Se detuvo frente a nosotras y se levantó las gafas de sol.

—Chicas, no vais a creer lo que acabo de escuchar.

—¿Qué? —pregunté, feliz por la distracción.

La voz de Megan zumbó de emoción.

—Griffith y Christie acaban de marcharse, al parecer han quedado con unos tipos en la ciudad para comprar coca.

Bajé la botella de agua. No me esperaba en absoluto que aquello fuera lo que nos iba a contar.

—No me sorprende —murmuró Abbi—. ¿No hicieron lo mismo en julio? Christie causó todo tipo de problemas. Keith casi llamó al 911.

Megan se quedó boquiabierta.

—¿Tú lo sabías? ¿Es algo que hacen normalmente?

—Con la suficiente regularidad como para ir ahora a comprar, por lo visto —respondió ella.

Yo todavía estaba impactada por lo de marcharse casualmente a comprar coca, como si fueran a la tienda a por patatas fritas y alguna salsa.

Cielos, aquello parecía muy duro.

Yo no era una ingenua, pero me sorprendió que fueran ellos los que fueran a buscar el material. La verdad es que no me esperaba que alguien a quien conociera estuviera metido en temas de drogas.

—Bueno, al demonio. —Megan miró su vaso rojo. Lo había rellenado—. Phillip está pensando en probar un poco esta noche. Casi se ha ido con ellos.

¿Podéis creerlo?

Abbi hizo una mueca.

—Idiota.

—¿Verdad? —Megan le dio un trago largo a su bebida—. Voy a ir a gritarle. Luego vuelvo.

Mis cejas se levantaron cuando la vi alejarse de nuevo.

—Eso es... guau.

—¿Crees que Keith también lo hace?

Me coloqué el pelo detrás de la oreja.

—Ni siquiera sabía que ellos lo habían hecho, así que no tengo ni idea.

—Bueno, eso explicaría el *slip* —dijo con un profundo suspiro—. Habría que estar bastante drogado como para pensar que es una buena idea.

Solté una risita.

—Muy cierto.

—Eh. —La voz de Sebastian sonó cerca de mi oído un segundo antes de que su brazo se enroscara alrededor de mis hombros. Dejé escapar una bocanada de aire.

Su pecho, cálido y duro, presionaba contra mi espalda. Una tensa oleada de escalofríos me recorrió la espina dorsal mientras el calor me inundaba la cara de golpe.

—¿Dónde has estado?

Abbi me miró fijamente con las cejas arqueadas.

Rápidamente, me centré en la piscina.

—He estado aquí mismo. ¿Dónde has estado tú?

—En todas partes —respondió, y me dio la vuelta. Volvía a llevar la gorra de béisbol hacia atrás. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia, casi tan cerca como habíamos estado en el lago. Tan cerca que podía oler el leve rastro de cerveza en su aliento—. Verás, tengo una idea. Tiene que ver conmigo. Y tiene que ver contigo... mojada.

Me quedé boquiabierta mientras mi mente pensaba en cosas sucias. Oh, Dios mío.

—¿De verdad? —gorjeó Abbi—. Qué ganas tengo de saber más sobre esa idea.

Oh. Dios. Mío.

Sebastian sonrió cuando se acercó y me quitó las gafas de sol de la cara. Se las puso en la cabeza.

—Bueno, soy el tipo de persona que prefiere actuar en lugar de hablar.

Lo único que pude hacer fue quedarme allí y mirarlo fijamente, porque sentía que había entrado en una realidad alternativa, la que existía en los libros de romántica más adultos que leía, en los que abundaban las declaraciones públicas de amor y se prometían finales felices. No podía apartar la mirada de sus ojos de párpados gruesos, tan azules que casi parecían irreales. Estábamos tan cerca que podía ver la pequeña peca que tenía bajo el ojo derecho.

—¿Qué estás...? —susurré, perdiendo por completo la voz.

Sebastian bajó la barbilla mientras deslizaba sus brazos por mi espalda y me rodeaba la cintura. Me acercó a él, y mi corazón latió a un ritmo casi mortal.

Estaba pasando de verdad. Rodeados de nuestros amigos, estaba *pasando* de verdad.

Ladeó la cabeza y nuestras bocas quedaron alineadas.

—Lena, Lena, Lena.

Mis ojos se cerraron, y sentí su cálido aliento en mis labios. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Me quedé sin aliento por la anticipación, el deseo y la necesidad.

Estaba pasando, y esta vez acabaría de un modo diferente.

## Capítulo 9

Coloqué las manos sobre su pecho y las deslicé hacia sus hombros. Los gritos, risas y el ritmo de la música sonaban a kilómetros de distancia. Sebastian se movió contra mí, agachándose y deslizando un brazo por debajo de mis piernas. Me levantó y abrió los ojos.

Me dio un beso en la punta de la nariz.

A continuación, me encontré volando por los aires, tan repentinamente que estaba demasiado sorprendida para gritar.

Caí de trasero al agua helada y mis pulmones se bloquearon mientras me deslizaba bajo la superficie con los brazos extendidos. Me hundí como un búfalo de agua. Mis pies chocaron con el fondo de la piscina, y me quedé allí durante un segundo, incrédula.

¿Qué acababa de pasar? Dios mío.

Había creído que iba a besarme, pero solo había sido un juego. Algo que Sebastian le haría a su *amiga*. Él solo estaba haciendo el tonto, como si nada hubiera pasado entre nosotros el lunes, y yo... había sido una completa idiota.

Y sabía lo que debía de haberles parecido a todos los que nos rodeaban. Yo con los ojos cerrados y las manos sobre sus hombros.

Era rematadamente *tonta*.

Y me iba a ahogar.

Con los pulmones ardiendo, me impulsé en el suelo de la piscina y salí a la superficie, escupiendo agua mientras maldecía.

—¡Eres un *idiota*!

—Eh, que solo te estaba ayudando. —Sebastian estaba de pie al borde de la piscina, con una sonrisa petulante en su impresionante rostro—. Parecía que necesitabas refrescarte.

—Creo que Lena esperaba mojarse de otra manera —respondió secamente Abbi.

La cabeza de Sebastian giró en su dirección, y Megan, que había aparecido junto a Abbi mientras yo me ahogaba en mi propio estupor, se atragantó con su bebida, se dio la vuelta y se alejó de la piscina. Se llevó la mano a la cara.

Volví a hundirme bajo la superficie al tiempo que me imaginaba estrangulando a Abbi. Iba a matarla.

Más avergonzada de lo que me había sentido en mucho, mucho tiempo, nadé hasta la parte poco profunda y luego me impulsé hacia arriba, arrastrándome fuera del agua. Sebastian bordeó la piscina, toalla de playa en mano.

—Estás tan linda mojada —dijo.

—Cállate. —Subí los amplios escalones.

—Me gustas así.

Me doblé por la cintura, me puse el cabello sobre un hombro y lo estrujé. Gruesas gotas de agua cayeron y salpicaron mis chanclas ya empapadas.

—Tengo ganas de pegarte.

—Eres muy agresiva.

Tiré de mi camiseta, pero no sirvió de nada. Se me pegó a la parte superior del cuerpo. Todo por lo que podía dar gracias era que mi camiseta no era blanca y mis pantalones cortos no me quedaban lo bastante sueltos como para que se me bajaran.

—Estoy a punto de ser realmente agresiva con tu cara.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas.

—Puede que me guste.

—No te va a gustar. —Me estiré, arranqué mis gafas de sol de su cabeza y me las puse—. Créeme.

Keith pasó a nuestro lado.

—Sí que sabes dejar mojada a una chica, Seb.

Se me encendió la cara mientras apretaba las manos en puños.

—Ya, ninguno de los dos tiene ni *idea* —respondió Abbi.

Las oscuras cejas de Keith salieron disparadas hacia arriba.

—Oh, cariño, me pondría de rodillas aquí y ahora si me permitieras demostrarte lo bueno que soy dejando a las chicas...

—No necesito escuchar nada más para saber que no tienes ni idea de lo que haces. —Abbi levantó la mano y lo silenció—. Si la tuvieras, no necesitarías anunciarlo.

—Tiene algo de razón —comentó Sebastian.

Keith se rio mientras extendía la mano y tiraba de la coleta de Abbi.

—Puedo demostrarte que estás equivocada. Dame cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —resopló ella.

Le arrebaté la toalla de la mano a Sebastian, pasé junto a él y caminé hacia donde el patio conducía a la casa de la piscina y al hoyo para jugar a la



herradura, tratando de evitar hacer algo como, por ejemplo, pegarle en la garganta.

—Eso ha sido un poco estúpido, ¿no?

Me giré y vi a Cody de pie allí, con una botella en la mano. ¿Por qué no podía esconderme en una esquina y regodearme en mi estupidez a solas? ¿Era demasiado pedir?

—Sí —murmuré.

—Pareces bastante enfadada —comentó.

Respiré hondo y alcé la mirada.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres muy observador?

Se rio suavemente y levantó la botella.

—Oye, no soy yo quien te ha tirado a la piscina como si fueras una pelota de baloncesto.

Me envolví los hombros con la toalla y conté mentalmente hasta diez. Cody no había hecho nada malo.

—Y, ¿qué estás haciendo?

—Nada, en realidad. —Bebió un trago de la botella antes de responder—. Intento decidir si me siento con ganas de quedarme aquí o me voy a otro lado.

Si bien no estaba de humor para conversar, no tenía otra cosa que hacer. Abbi todavía estaba discutiendo con Keith, y Sebastian se había quedado con Phillip y Megan junto a las tumbonas.

—¿Qué más tienes planeado?

—Ni idea. Es solo que hoy no me siento con ánimos, ¿sabes? —Cruzó las piernas por los tobillos, se apoyó contra un lateral de la casa y miró hacia la piscina—. Os falta una amiga, ¿verdad?

Asentí.

—Dary. Está con la familia en Washington.

—Suena divertido. —No parecía creerlo—. ¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte aquí?

El crepúsculo se estaba asentando, así que sabía que tenían que ser las ocho pasadas.

Ya llevaba allí más tiempo del que había previsto.

—No mucho más. —Prácticamente solo quería irme a casa y comerme las Pop-Tarts que mi madre me había comprado.

—Obviamente tampoco te sientes con ánimos. —Inclinó su cuerpo hacia el mío—. Podríamos robarle las llaves a Sebastian e ir a dar una vuelta.

Me tragué un bufido.

—Ya, no creo que eso sea inteligente.

—¿Por? —Una sonrisa juguetona asomó en sus labios—. Sería divertido.

—Lo que tú digas. —Me quité las chanclas, esperando que el camino de piedra tuviera suficiente calor acumulado como para que se secaran—. Para empezar, estoy bastante segura de que no podrás robar las llaves que ahora mismo lleva en el bolsillo de sus pantalones.

—Tienes muy poca fe en mí —respondió—. Tengo dedos furtivos.

—Seguro que sí, pero dado que he oído que has vuelto con Jessica, dudo seriamente que le guste enterarse de que robamos juntos el coche de Sebastian —le dije—. Y la verdad es que no quiero verme envuelta en ese tipo de drama.

—Rayos, las noticias vuelan rápido, ¿eh? —Cody negó con la cabeza—. Jessica puede ser... peleadora.

—Esa es una descripción demasiado suave sobre Jessica —le dije, riendo un poco—. No intento ser mala ni nada.

—Nah, te entiendo. —Me dio un ligero empujón en el brazo—. Estamos a punto de tener compañía.

No tuve la oportunidad de mirar por encima de mi hombro.

—Hola —dijo Sebastian detrás de mí—. ¿Interrumpo algo?

Tensa, me negué a darle la vuelta y a mirarle.

—Cody y yo estamos hablando.

—Ya lo veo. —Sebastian se movió para ponerse a mi lado, tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo—. ¿Sobre qué?

—Estamos tramando cosas nefastas.

Sebastian soltó una risita.

—¿Acaso sabes lo que significa *nefasto*?

—Maldita sea, Seb. —Cody tosió una carcajada. Haciéndose a un lado, inclinó la botella hacia mí—. Diviértete con todo eso. —Luego señaló a Sebastian con la boca de la botella. Él sonrió—. Me alegra saber que mañana tienes una sesión extra con el entrenador. Has estado fuera todo el mes. No queremos que el equipo se quede atrás.

—No tienes que preocuparte de que yo haga que alguien se quede atrás —contestó Sebastian.

—Claro, claro —dijo Cody mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Le eché una mirada a Sebastian.

—Eso ha sido un poco grosero, ¿no crees?

—La verdad es que no. Mi intención era salvarte de que te vieras atrapada en una conversación con él.

—No recuerdo haber enviado una señal de SOS.

—Guau. —Se puso frente a mí justo a la vez que las luces que colgaban a lo largo de los árboles parpadearon y se encendieron—. Eso ha sido un poco...

—Yo que tú procedería con cautela con lo que vas a decir —le advertí, mirándolo fijamente—. Elige tus palabras sabiamente.

Él abrió la boca y luego la cerró. Se giró un poco, se quitó la gorra de béisbol y se pasó los dedos por el pelo antes de volver a ponerse la gorra.

—¿Estás enfadada por haberos interrumpido?

Oh. Sí. *Esa* era la razón. Pude sentir el calor de mis mejillas, y me sentí agradecida de que las luces exteriores no iluminaran demasiado. La frustración me recorrió la piel como un ejército de hormigas de fuego.

—Da igual.

—Espera. —Se rio, pero sonó ronco—. ¿Estás *interesada* en Cody?

—¿Qué?

—¿Te gusta Cody? —repitió.

Me envolví más en la toalla. No debía de haberle oído bien. ¿Lo había besado y él me preguntaba aquello?

—¿Qué importaría si fuera así?

Él tenía pinta de que yo hubiera confesado que iba a dejar los estudios para perseguir una carrera como artista callejera profesional.

—A Cody le gusta jugar, Lena. Ha estado con la mitad del instituto. Ha vuelto con...

—Sé cómo es, pero lo que no sé es por qué te importa —respondí, luchando por no alzar la voz.

Sebastian me miró, la incredulidad grabada en su cara.

—Nunca has estado interesada en él. Nunca. ¿Y ahora lo estás?

No estaba interesada en Cody en absoluto, pero aquella conversación era ridícula.

—¿Por qué estamos hablando de esto? ¿No estabas tú con Skylar ayer por la noche?

Sebastian movió la barbilla a un lado.

—¿Qué tiene eso que ver con la conversación que estamos teniendo?

La bocanada de aire que respiré me quemó como un agujero en el pecho, y pude saborear la amargura metálica y los celos rancios, sentimientos que habían existido bajo la superficie demasiado tiempo. Sentimientos que había escondido y fingido que no existían durante años. Pero ahora era como si me hubiera quedado desnuda, con la piel desollada, y ya no hubiera más sitio donde pudiera esconderme.

Él se frotó el pecho con la palma de la mano, justo sobre su corazón.

—De hecho, no puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

Di una sacudida.

—¿No puedes creer que estemos teniendo esta conversación? Has empezado tú, pero ¿sabes qué? Ahora mismo no quiero hablar. Estoy enfadada contigo.

—¿Enfadada conmigo? —Arqueó las cejas—. ¿Por qué?

Dejé caer la toalla y me miré deliberadamente. Un pequeño charco de agua se había formado a mis pies. En el fondo, sabía que estar enfadada con él por haberme tirado a la piscina no tenía nada que ver con la verdadera razón. Maldita sea, ya me lo había hecho antes. Y en realidad yo también lo había empujado a él a la piscina de Keith varias veces. Pero quería estar enfadada, porque estarlo era mejor que sentirse avergonzada, herida y *decepcionada*.

—¿En serio estás enfadada conmigo por eso? —Retrocedió un paso—. ¿Qué rayos? ¿Estás...?

—¡Te besé! —En el mismo instante en que dije esas palabras se me formó un nudo en el fondo de la garganta.

Su mandíbula se tensó cuando bajó la cabeza hacia la mía.

—¿Qué?

—El lunes te besé, y yo... no quería hacerlo. Sucedió, y antes... antes de que pudiera decir *algo*, prácticamente huíste. Y pensaba que ibas a besarme cuando me has tirado a la piscina —dije, respirando pesadamente y sintiéndome un poco enferma—. Eso es lo que creía que estabas haciendo.

Bajo la luz menguante, sus ojos parecían el océano por la noche, de un azul oscuro profundo y sin fin.

—Lena, creía...

—¡Sebastian!

Retrocedió bruscamente ante el sonido de la voz de Skylar, y luego miró por encima de su hombro, con el pecho subiéndole y bajándole de forma violenta.

Oh, por el amor de Dios.

Ella estaba bajando por el camino, con un vestido sin tirantes que rozaba la parte superior de sus muslos. Caminaba tan rápido que su pelo volaba por detrás de sus hombros. Parecía que estaba desfilando por una pasarela.

—Ahí estás. Te he estado buscando por todas partes.

Apreté los labios y resistí el impulso de señalar que no estábamos exactamente escondidos y que no era difícil encontrarnos, así que en realidad no necesitaba buscar *por todas partes*.

Skylar tenía esa sonrisa de Miss América en la cara mientras caminaba hacia nosotros. Colocó la mano sobre el brazo de Sebastian y yo me concentré en el suelo.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó ella.

Cerré los ojos un instante, sabiendo que él iba a decirle que sí y que era hora de acabar aquella conversación antes de que causara un daño más serio. Metí los pies en las chanclas.

—Tengo que irme... allí.

Sebastian se volvió hacia mí.

—Lena...

—Te veo en un rato —interrumpí, y meforcé a dedicarle una sonrisa a Skylar.

Ella me devolvió la sonrisa, y creo que dijo algo, pero no la escuché a causa del rugido en mis oídos mientras corría hacia la piscina y buscaba a Abbi de inmediato.

—¿Estás bien? —Estaba sentada al borde de una tumbona. Keith estaba recostado en ella, y en algún momento debía de haber decidido que tenía que quitarse el *slip*, porque ahora llevaba pantalones cortos y una camiseta. Definitivamente, era una mejora.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Totalmente bien.

Ella pareció dudar mientras miraba hacia la casa de la piscina. Abrió la boca, pero la interrumpí.

—Hablaemos mañana.

—Está bien. —Palmeó el sitio que había junto a ella—. Siéntate conmigo.

Me senté al borde de la tumbona, de espaldas a la casa de la piscina, y no miré por encima de mi hombro. Y mientras estaba sentada allí, escuchando a Keith y Abbi compitiendo para ver quién de los dos era más listo, me dije que todo lo que había pasado con Sebastian no importaba. Aquella noche era una mierda. Pero al día siguiente todo sería mejor.

Tenía que serlo.

*HOY*

## Capítulo 10

DOMINGO 20 DE AGOSTO

No podía moverme, me dolía todo: sentía la piel demasiado tensa, los músculos me ardían como si estuvieran en llamas, y me dolían los huesos hasta lo más profundo de la médula. Jamás había sentido un dolor parecido. Apenas podía respirar.

Sentía el cerebro como si estuviera cubierto de niebla y de telarañas. Intenté levantar los brazos, pero me pesaban como si estuvieran llenos de plomo y me empujaban hacia abajo. La confusión me abrumó.

Me parecía oír voces y un pitido constante, pero todo parecía estar muy lejos, como si estuviese en el extremo de un túnel y todo lo demás estuviese al otro lado. No podía hablar. Tenía... tenía algo en la garganta, en el fondo de la garganta. Mi brazo dio una sacudida sin previo aviso, y noté un tirón en el dorso de la mano.

¿Por qué no se me abrían los ojos?

El pánico empezó a invadirme. ¿Por qué no podía moverme? Algo iba mal. Algo iba *muy* mal. Solo quería abrir los ojos. Quería...

*Te quiero, Lena.*

*Yo también te quiero.*

Las voces resonaron en mi cabeza, una de ellas la mía. Decididamente la mía, y la otra...

—Se está despertando. —Una voz femenina interrumpió mis pensamientos desde algún lugar al otro lado del túnel.

Unos pasos se acercaron y un hombre dijo:

—Voy a suministrarle más analgésicos.

—Es la segunda vez que se despierta —respondió la mujer—. Es toda una luchadora. A su madre le gustará oírlo.

¿Luchadora? No sabía de qué estaban hablando, por qué pensaban que mi madre se alegraría de oírlo...

*¿Tal vez debería conducir yo?*

Esa voz otra vez en mi cabeza, y era mía. Estaba segura de que era mía.

El calor me inundó las venas, empezando en la base del cráneo y luego desbordándome entera, cayendo en cascada a través de mi cuerpo, y después no hubo sueños, ni pensamientos, ni voces.

## MARTES 22 DE AGOSTO

Las náuseas me revolvían el estómago.

Fue lo primero que noté cuando la completa y sofocante oscuridad que me envolvía empezó a disminuir de nuevo. Sentía el estómago revuelto, como si fuera a vomitar, como si realmente tuviese algo allí dentro.

Me dolía *todo*.

Me palpitaba la cabeza, y la mandíbula también, pero el peor dolor procedía de mi pecho. Cada respiración me quemaba los pulmones y no parecía estar haciendo realmente nada por mí. Tenía que respirar más veces para obtener el oxígeno suficiente. Sentía una tensión antinatural, como si tuviera gomas elásticas estiradas alrededor de mi pecho.

Luchando para dar sentido a lo que estaba pasando con mi cuerpo, deseé abrir los ojos. Al principio no sucedió nada, como si estuvieran cosidos, pero me esforcé y me esforcé hasta que los abrí.

Una luz brillante me cegó, obligándome a deshacer todo el progreso y a cerrar los ojos de nuevo. Quería alejarme de ella. Me moví un poco, y luego me quedé quieta cuando el dolor me atravesó todo el cuerpo de arriba abajo.

¿Qué me pasaba?

—¿Lena? —La voz se acercó—. Lena, ¿estás despierta?

Conocía aquella voz, pertenecía a mi hermana. Pero eso no tenía sentido, porque ella debería estar en Radford. En la universidad. Eso creía.

No tenía ni idea de qué día era. ¿Sábado? ¿Domingo?

Unos dedos fríos me tocaron el brazo.

—¿Lena?

Esforzándome de nuevo, abrí los ojos, esta vez preparada para la luz. La visión se me aclaró, y vi un techo falso, como el que había en mi clase. Bajando la mirada, miré hacia la derecha y vi a Lori sentada en una de las dos sillas que había junto a mí.

Era ella.

Pero no lo era.

Mi hermana tenía un aspecto horrible, y ella nunca tenía mal aspecto. Estaba genéticamente predeterminada para estar siempre increíble, incluso



por las mañanas, pero en aquel momento su pelo parecía sucio y lo llevaba recogido en un moño caótico. Tenía los ojos inyectados en sangre y la piel de debajo hinchada y rosada. La camiseta gris de la Universidad de Radford estaba arrugada.

—Hola —susurró con una sonrisa, pero había algo raro en ella. Era débil y tensa—. Estás despierta, dormilona.

¿Había estado durmiendo mucho tiempo? Me sentía como si así fuera. Pero aquellas no eran ni mi cama ni mi habitación. Me humedecí los labios. Los tenía secos, igual que la boca y la garganta.

—¿Qué...? —Me quedé sin aire, y fue difícil pronunciar las palabras—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué está pasando? —repitió, y luego cerró los ojos con fuerza. La piel se le arrugó en las esquinas—. Estás en la unidad de cuidados intensivos de Fairfax —dijo en voz baja, abriendo los ojos y mirando hacia la puerta.

—No... no lo entiendo —susurré con voz ronca.

Su mirada volvió a encontrarse con la mía.

—¿El qué?

Emitir las palabras fue agotador:

—¿Por qué estoy... en la UCI?

Los ojos de Lori escrutaron los míos.

—Tuviste un accidente de tráfico, Lena. Un... —Se le cortó la respiración e inspiró hondo—. Un accidente muy grave con el coche.

¿Un accidente de tráfico? La miré un momento y luego desvié la mirada, de vuelta al techo y a las luces demasiado brillantes. Pasó un segundo y giré la cabeza ligeramente, haciendo una mueca cuando el dolor punzante rebotó de una sien a otra. Las paredes eran blancas, y había cajas y contenedores alineados y marcados como material peligroso.

La sensación de tirón en la parte superior de la mano tenía más sentido ahora. Era una vía intravenosa. Decididamente estaba en un hospital, pero ¿un accidente con el coche? Rebusqué en mi cabeza, sin embargo... estaba llena de sombras y los recuerdos se ocultaban tras ellas.

—Yo... no recuerdo ningún accidente...

—Cielos —murmuró Lori.

La puerta se abrió y vi a mi madre. Un hombre alto y delgado la seguía, llevaba una bata blanca de laboratorio. Mi madre se detuvo casi de inmediato, juntando las manos contra su pecho. Tenía tan mal aspecto como Lori.

—Oh, cariño —sollozó mi madre, y luego se tambaleó hacia delante, corriendo hacia mi cama.

Un recuerdo flotó hasta la superficie. Palabras. Palabras que me habían dicho. *¿Me quieres lo suficiente para entrar en mi casa llevándome en brazos, pasar por delante de mi madre y meterme en la cama?*

Alguien me había dicho aquello... fuera, en el camino de entrada de la casa de Keith. La voz salió de la oscuridad, inquietantemente familiar. *Pero solo después de que paremos en el McDonald's para que compre nuggets de pollo.*

*¿Nuggets de pollo?*

El recuerdo desapareció tan pronto como se había formado, y no pude ubicar la voz ni distinguir si era real o solo parte de un sueño.

—Gracias a Dios. —Mi madre se inclinó y me besó con cuidado en la frente, y luego en la nariz y luego en la barbilla—. Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios. —Me besó en la frente otra vez—. *¿Cómo te encuentras?*

—Confundida —dije, forzando las palabras a salir. Real y extraordinariamente confundida.

—No lo recuerda. —Lori se levantó, apoyando las manos en las caderas—. No recuerda nada del accidente.

—Eso es bastante común en este tipo de lesiones y por la fuerte sedación —explicó el hombre de la bata blanca—. Lo más probable es que su memoria regrese por completo una vez que todo salga de su sistema, aunque podría quedar alguna laguna de lo ocurrido.

*¿Fuerte sedación?*

Mi madre ocupó el lugar de Lori y se sentó lo más cerca posible de la cama. Levantó mi mano, la que tenía la vía intravenosa.

—Este es el doctor Arnold. Él fue quien... —Bajó la barbilla y negó con la cabeza mientras respiraba entrecortadamente.

Supe que lo que no podía decir era bastante serio, y mientras la miraba, la visalicé en mi cabeza, sentada en la mesa de la cocina, leyendo atentamente unos contratos. Llevaba puestas las gafas para leer, y me había dicho que cuando mi teléfono volviera a sonar, tenía que responder. Había dicho algo más.

*Ten cuidado.*

*Siempre.*

*¿Cuándo había sido aquello? El sábado. El sábado antes...*

El doctor Arnold se sentó al borde de la cama, cruzando una rodilla sobre la otra.

—Eres una joven muy afortunada.

Me centré en él y decidí que iba a tener que tomarle la palabra, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Mi madre me apretó la mano, y cuando la miré parecía como si estuviera al borde de las lágrimas. Sus ojos estaban tan hinchados y rojos como los de Lori.

El médico se acercó al cabecero de la cama y levantó una historia médica.

—Aparte de cansada, ¿cómo te encuentras?

Tragué saliva y noté la garganta como papel de lija.

—Cansada. Y yo... no me encuentro bien.

—Es probable que sea a causa de los restos de la sedación —dijo, pasando los dedos por el centro del historial—. Ahora mismo tienes puestos unos analgésicos muy fuertes, y eso también puede hacerte sentir náuseas. Dicho esto, ¿cómo va el dolor?

—Pues... me duele la cabeza. —Miré a mi madre y ella sonrió de forma tranquilizadora—. Me duele el pecho. Me duele todo.

—Te llevaste una buena paliza —respondió el doctor Arnold, y mis ojos se abrieron como platos. ¿Una paliza? Creía que había tenido un accidente con el coche. Antes de que pudiera preguntar, continuó—: Has sufrido una conmoción cerebral, pero no hay indicios de inflamación cerebral. Mientras eso siga así, no hay peligro en esa zona. —Eché un vistazo al historial—. Puede que hayas notado que tienes el brazo izquierdo fracturado. Tendrás que llevar la escayola entre tres y seis semanas.

Parpadeé lentamente. ¿Una escayola?

Pero mi brazo *no podía* estar fracturado. Tenía que entrenar y los partidos empezarían pronto.

Levanté el brazo izquierdo y me palpitó con un dolor sordo. Sí. Definitivamente había una escayola envolviéndome el antebrazo. Desvié la mirada hacia el médico. Nada de aquello parecía real.

—Yo... no puedo llevar escayola. Juego al vóleybol.

—Cariño. —Mi madre me dio otro apretón en la mano—. No hay necesidad de preocuparse por el vóleybol en este momento. Eso es lo último por lo que deberías estresarte ahora mismo.

¿Cómo no iba a estresarme? Era mi último año. El entrenador creía que podría llamar la atención de un reclutador, y Megan se enfadaría si no podía jugar.

El doctor Arnold cerró el historial.

—Has sufrido algunas lesiones muy graves, Lena, incluyendo un traumatismo en el pecho, el cual causó un neumotórax bilateral.

Lo miré sin comprender. ¿Neumo qué?

Su sonrisa fue débil, obviamente leía mi confusión.

—Básicamente significa que tenías aire en una cavidad del pecho que ejercía presión sobre el pulmón e impedía que se expandiera. A menudo es unilateral y el pinchazo tan pequeño que lo único que tenemos que hacer es sacar el aire.

Tenía la sensación, basada en que mis costados parecían estar recubiertos de vendajes, de que ese no era mi caso.

—En tu caso, te rompiste las costillas de ambos lados, y punzaron el tórax por ambos lados, por lo que se colapsaron los dos pulmones y no pudieron compensarlo. Necesito que comprendas cómo de seria es una situación así. Cuando ninguno de los pulmones funciona, a menudo no tenemos luego esta conversación con el paciente.

Mi madre levantó su otra mano y se la pasó por la cara. Se quedó quieta con los dedos cubriéndole la boca.

El médico se colocó un brazo sobre la rodilla.

—Tuvimos que operar en ambos lados. —Señaló la zona en su cuerpo—. Para eliminar el aire y sellar las fugas.

Santo.

Cielo.

—Queríamos darles tiempo a tus pulmones para que se recuperaran, así que te hemos tenido fuertemente sedada y hemos dejado que las máquinas respiren por ti, pero no has tenido que estar así mucho tiempo. Ayer estabas lista para despertarte. —El doctor Arnold sonrió de nuevo.

Tuve un vago recuerdo de escuchar a unas personas hablar sobre que me estaba despertando, pero había algo más que existía en la periferia. Otras personas hablando. Alguien gritando... No, los gritos no eran del hospital.

—Como he dicho, eres una joven muy afortunada. Hemos podido retirar el tubo de ventilación, pero vamos a dejarte en la UCI uno o dos días más, porque tienes la presión arterial un poco baja. Queremos vigilarla.

Entendí lo que me estaba diciendo y tenía sentido, pero gran parte de mí no quería creerlo.

—Cuando nos parezca que estás lista, te llevaremos a recuperación para poder controlar la infección y la inflamación. Te haremos empezar a hacer ejercicios de respiración hoy mismo, un poco más tarde, y mañana te sacaremos de esta cama y caminarás un poco.

Apenas podía procesar aquello.

—Si todo va bien, que creo que sí, volverás a casa a principios de la semana que viene.

¿Principios de la semana que viene?

—Vas a estar magullada y dolorida algún tiempo, y creo que tendrás que descartar el vóleibol durante una buena temporada.

Mi corazón se hundió. No. Tenía que jugar. Podría...

—Pero lo cierto es que deberías recuperarte completamente y no padecer efectos secundarios a largo plazo, salvo excepciones razonables. Pero abordaremos ese tema más adelante. —El doctor Arnold se levantó, y me pregunté a qué se refería con *excepciones razonables*—. El cinturón de seguridad te salvó la vida. Si los otros se lo hubieran...

—Gracias —intervino mi madre rápidamente—. Muchas gracias, doctor Arnold. No puedo expresar lo agradecida que estoy, lo agradecidas que estamos, por todo lo que ha hecho.

Un segundo. Había algo que faltaba. Algo más importante que el vóleibol y los tubos en el pecho. ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué había pasado?

—¿Otros? —Jadeé mirando a Lori.

Mi hermana palideció cuando se dejó caer en la silla que estaba al lado de la de mi madre.

La cara del doctor Arnold se tornó inexpresiva, como si se hubiera puesto una máscara. Dijo algo sobre cuánto tiempo era de esperar que permaneciera en el hospital y luego salió corriendo de allí.

Dirigí mi mirada hacia mi madre.

—¿Qué ha querido decir con lo de los otros?

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó mi hermana cuando mi madre no respondió.

Ella la miró con brusquedad.

—Ahora no, Lori.

—Sí. —Respiré superficialmente—. Sí. Ahora. —Intenté filtrar los huecos y las partes vacías. Recordaba haber hablado con mi madre el sábado, y decirle que...—. Fui a la fiesta de Keith. —Cerré los ojos e ignoré el dolor punzante de mi cabeza—. Recuerdo...

—¿Qué recuerdas? —susurró mi madre, volviendo a sentarse lentamente.

Me dolió la mandíbula cuando cerré los dientes. La fiesta de la piscina. Sebastian. Pensar que me iba a besar otra vez. Que me tiró a la piscina. Hablar, no, *discutir*, con él después, y luego...

—Recuerdo haberme sentado con... con Abbi junto a la piscina y... no recuerdo nada más.

*Te quiero, Lena.*

*Yo también te quiero.*

¿Quién había dicho aquello? ¿Abbi? ¿Megan? Había sido una de ellas. Levanté la mano por la frustración, e hice una mueca cuando la vía intravenosa tiró de mi mano.

Mi madre me sujetó la mano, llevándosela con cuidado hasta los labios. Depositó un beso en mis nudillos.

—Ahora mismo acabas de recibir mucha información. Deberías descansar para que podamos sacarte de aquí y llevarte a casa. Podemos hablar de esto más tarde.

¿Qué había dicho el médico? El cinturón de seguridad me había salvado la vida, pero a los *otros*... Había sonado como si los otros no... *Dios mío*. Había más gente en el coche conmigo.

—No. —El pitido de las máquinas se aceleró, igualando mi ritmo cardíaco. Intenté sentarme, pero sentí que me hundía en la cama—. Quiero saber... qué pasó... Quiero saber qué pasó... ahora mismo.

Las lágrimas inundaron los ojos de mi madre.

—Cariño, no creo que debamos hablar sobre esto ahora.

*Alguien gritó. ¿Megan?*

—Sí —rechiné—. Sí, debemos.

Mi madre cerró los ojos un momento.

—No sé cómo decirte esto.

—Solo dilo —supliqué mientras mi corazón latía tan rápido que creí que me rompería el pecho. ¿Había sido Megan? No. ¿Abbi? No podía respirar. ¿Sebastian? Oh, Dios, Sebastian me había llevado a la fiesta en su Jeep. Oh, Dios.

Eché la cabeza hacia atrás, luchando por llevar suficiente aire a mis pulmones.

Mi madre bajó con cuidado mi brazo.

—No estabas sola en el coche.

Oh, Dios. Oh, Dios.

La presión me bajó cuando desvié la mirada de mi madre hacia Lori. Mi hermana miró por la pequeña ventana, cerrando con fuerza los ojos.

—Ibas en el coche con Megan y... y su primo Chris. Phillip y Cody también estaban allí. —Lori parpadeó cuando se giró hacia mí, y luego las vi, las lágrimas corriéndole mejillas abajo—. Lo siento, Lena. Ellos... ellos no sobrevivieron.

## Capítulo 11

—No —susurré, mirando a Lori—. No. Eso... eso no es verdad.

Ella bajó la cabeza y se llevó las manos a la cara. Una sacudida recorrió sus hombros y un temblor me atravesó el cuerpo. Se me aceleró el corazón mientras luchaba por conseguir que el aire entrara de nuevo en mis pulmones.

—No —dije de nuevo.

—Lo siento —respondió ella.

Me limité a mirar a mi madre.

—Se equivoca, ¿verdad? Mamá, ella... ella tiene que estar equivocada.

—No, cariño. —Aún sostenía mi mano, la sostenía con fuerza—. Ellos... están muertos.

Sacudiendo la cabeza lentamente, liberé mi mano de la suya. Alcé mi brazo izquierdo. Una aguda sensación punzante me irradió hasta el hombro.

—No... lo entiendo.

Mi madre inspiró profundamente varias veces y pareció recobrar la compostura. El brillo de las lágrimas centelleó en sus ojos mientras se inclinaba, y luego apoyó las manos junto a mi cadera.

—¿No recuerdas nada del accidente?

Lo intenté en aquel momento, lo intenté de verdad, pero todo lo que pude recuperar fueron conversaciones. Algo sobre unos *nuggets* de pollo, y yo... podía, si me esforzaba mucho, recordar estar de pie en el camino de la entrada a la casa de Keith, mirando a Cody y pensando algo y diciendo...

*¿Tal vez debería conducir yo?*

Esa había sido yo. Yo había hecho aquella pregunta. Sabía que lo había hecho. Resurgió el sentimiento de inquietud, de vacilación y preocupación. Me vi deteniéndome junto a la puerta trasera de un todoterreno, del todoterreno de Chris. *¿Tal vez debería conducir yo?*

No. No.

Cerré los ojos con fuerza cuando un nudo de emoción me apretó el pecho. No lo entendía. Había estado sentada con Abbi. Sebastian me había llevado a la fiesta. ¿Cómo había terminado en el coche con ellos? ¿Cómo había Megan...?

No podía pensar en eso. Simplemente no podía.

—¿Qué pasó? —pregunté en voz baja—. Cuéntamelo todo.

Pasaron varios segundos.

—La policía... un agente llamó al timbre a las once en punto. Todavía estaba despierta. Estaba en la cocina, y cuando miré fuera y lo vi, supe que había pasado algo. La policía no aparece... —Mi madre se interrumpió y abrió los ojos. Le temblaban los labios—. Me dijo que habías tenido un accidente muy grave con el coche y que habían realizado una evacuación médica. Que tenía que ir al hospital de inmediato.

—Me llamó en cuanto salió. Conduje hasta aquí, toda la noche. —Lori se pasó una mano por la frente—. Al principio no nos dijeron nada. Escuchamos que habían llegado dos pacientes. Ambos estaban en el quirófano.

Moví las piernas bajo la fina manta.

—¿Dos? ¿Es...?

—Era Cody —dijo Lori, sacudiendo la cabeza mientras miraba al techo—. Falleció anoche.

¿Anoche? ¿El domingo?

—¿Cómo?

—No lo sabemos exactamente. No he hablado con sus padres desde que los llamaron a la habitación de Cody —contestó mi madre, su mirada buscando la mía—. Todo lo que sé es que tenía un traumatismo craneoencefálico severo. No creo... —Dejó escapar el aire bruscamente—. No creo que esperaran que se despertara nunca.

No. No podía haber muerto. Recordé haber hablado con él en casa de Keith. Había bromeado con robar las llaves de Sebastian y salir a dar una vuelta. No había forma de que él estuviera... estuviera muerto. Cody era... era pasador en el equipo de fútbol. Jugaría el partido del viernes por la noche con Chris y Phillip. Se rumoreaba que Cody jugaría para la Universidad Estatal de Pensilvania. Él solo estaba hablando conmigo, ¿no? Bromeando y haciendo el tonto.

Pero si Chris y Phillip iban con nosotros también, eso significaba... significaba que ellos no...

Moví la boca, pero no pude encontrar las palabras. No pude hallar el coraje en mí para preguntar lo que necesitaba. No podía enfrentarme a lo que quería saber. Se me formó un nudo en el fondo de la garganta mientras seguía moviendo los labios, pero no emití sonido alguno.

Mi madre me tocó el brazo izquierdo, fue una presión ligera, y dejó escapar un suspiro tembloroso.



—Megan y los demás murieron... Creen que murieron en el acto. Ninguno de ellos llevaba puesto el cinturón.

—¿Cómo? —pregunté, y ni siquiera sabía por qué preguntaba. Disponía de suficientes respuestas para entender lo que estaba diciendo. Cody se había ido. Phillip y sus estúpidas camisetas se habían ido. También Chris.

Y Megan... Íbamos a ir juntas a la universidad. Tal vez incluso a jugar al vóleibol. Era una de mis amigas más íntimas, mi amiga más ruidosa y espontánea. No podía haberse ido. Así no era cómo debían ser las cosas.

Pero se había ido.

Todos se habían ido.

Las lágrimas se acumularon bajo mis ojos.

—¿Cómo? —repetí.

Mi madre no respondió. Lori sí, y lo hizo sin mirarme.

—En las noticias dijeron que salieron expulsados del coche. El todoterreno chocó contra un árbol y luego dio un par de vueltas de campana.

¿Las noticias? ¿Había salido en las *noticias*?

No sabía qué pensar, excepto que aquello no podía ser real. Presioné la cabeza contra la almohada e ignoré el intenso dolor que me recorrió la espalda. Quería salir de la cama. Quería salir de aquella habitación, alejarme de Lori y de mi madre.

Quería volver a casa, donde todo era normal y correcto. Donde el mundo todavía giraba y todo estaba bien. Y todos estaban vivos.

Mi madre dijo algo, pero no la escuché mientras cerraba los ojos nublados. Lori respondió, pero sus palabras no tenían sentido para mí. Conté hasta diez, diciéndome a mí misma que cuando abriera los ojos estaría en mi cama, en casa, y aquello, todo aquello, sería una pesadilla. Porque no podía ser real. No podía haber sucedido.

Megan seguía viva. Todos estaban vivos.

—¿Lena? —Se abrió paso la voz de mi madre.

Nadie había muerto. Megan estaba bien. Y todos los demás también.

Me despertaría y todo iría bien y sería como siempre.

Mi madre habló de nuevo, y no importaba cuánto lo intentara, no me estaba despertando.

Aquello no era una pesadilla de la que podría despertarme.

—No quiero... hablar más —dije, con la voz temblorosa—. No... quiero.

Recibí silencio.

Así que me quedé allí tumbada, y cerré los ojos con fuerza mientras me repetía una y otra vez que aquello no era real. Nada de aquello era real.

Aquello no podía habernos pasado a nosotros, porque ellos no se lo merecían.

De ninguna manera.

Pasó un segundo, tal vez dos, y yo... Me hice añicos, como si estuviera hecha de lana de vidrio. Se escuchó un sonido que me recordó a un animal herido y moribundo, y me llevó un momento darme cuenta de que era yo la que lo estaba emitiendo. Era yo la que lloraba tanto que no podía recuperar el aliento, no podía respirar por el dolor que sepultaba todos mis sentidos. Las lágrimas me agujonearon zonas de la cara que tenía en carne viva y me obstruyeron la garganta, y no pude parar.

—Cielo. Cariño —dijo mi madre, sus manos sobre mí—. Tienes que calmarte. Tienes que respirar profunda y regularmente.

Pero no podía, porque estaban muertos, y fue como si una violenta tormenta de verano entrara en erupción dentro de mí, impredecible e intensa. Las lágrimas siguieron acudiendo a mis ojos y no se detuvieron hasta que escuché en la habitación unas voces extrañas seguidas de un calor punzante en mis venas, y luego ya no hubo más lágrimas.

No hubo nada.



Mucho después, mi madre me tocó el brazo otra vez, y cuando abrí los ojos, todavía estaba en la UCI. El olor a antiséptico seguía obstruyéndome la nariz. Las máquinas todavía pitaban. Yo estaba allí, y no había forma de escapar de lo que eso significaba.

Mi madre me estaba mirando, sus ojos ya no rebosaban lágrimas. No creí que ella o mi hermana se hubieran movido de sus sitios mientras yo yacía en aquella cama. El sedante o lo que fuera que me hubieran suministrado a través de la vía intravenosa, empezó a abandonar mi cuerpo lentamente.

—Necesito preguntarte algo —dijo mi madre después de un par de segundos.

Lori se levantó de la silla y caminó hasta situarse al pie de la cama.

—Ahora no, mamá.

Mi madre la ignoró mientras se concentraba en mí.

—Dicen que el accidente se podría haber producido a causa del alcohol. Que el conductor... que Cody posiblemente estaba borracho.

Mis cejas se juntaron cuando las fruncí. ¿Conducía Cody? Eso no tenía sentido. No creía que hubiera conducido hasta la fiesta de Keith, porque había hablado de usar el Jeep de Sebastian, a menos que...

—¿De quién era el coche en el que estábamos?

—De Chris —respondió Lori. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y... y Cody conducía su coche? —Nada de aquello tenía sentido.

Ella asintió.

—En las noticias dijeron que se sospechaba que habíais consumido alcohol. Incluso mencionaron la fiesta en casa de Keith. Al parecer, la policía fue allí esa noche. Ha sido...

¿A casa de Keith? Levanté mi brazo bueno y la vía tiró de mí. Lo dejé caer de nuevo sobre la cama. ¿Por qué conducía él el coche de Chris?

Entonces recordé lo que Abbi y Megan habían dicho cuando llegaron a la fiesta. Creían que Chris ya había estado bebiendo, y yo no... Ni siquiera había pensado en ello. Ni siquiera había demostrado una mínima preocupación o había preguntado qué rayos hacía al conducir así hasta casa de Keith. Había estado... más preocupada por lo que estaba pasando con Sebastian.

—¿Habían bebido? —preguntó mi madre.

Había visto a Cody con una bebida, un vaso rojo de plástico y una botella. Recordé... recordé haber pensado...

*No estaba tan segura de que estuviese bien, pero los chicos me estaban mirando y Megan me estaba presionando, hablando sin cesar sobre la caja de diez nuggets que iba a devorar. Quizás podría hablar con Abbi y volver a casa con quien la llevara a ella, pero estaba teniendo una conversación bastante profunda con Keith, por extraño que pareciera, y tenía la sensación de que no tenía pensado irse pronto. Había una vocecilla en la parte posterior de mi cabeza, que procedía del centro de mi estómago, pero yo... fui estúpida.*

Me había subido al coche.

—Mamá, no recuerda nada del accidente. ¿Cómo va a responder a esa pregunta? —señaló Lori, pero ¿de verdad no me acordaba?

Mi madre me miró, el pecho le subía y le bajaba rápidamente, y simplemente perdió el control. Su cara se quedó blanca, sin color, y empezó a ponerse de pie, pero de inmediato se sentó, o se cayó, en la silla.

—¿En qué estabas pensando, Lena?

Abrí la boca, la mente me iba a un millón de kilómetros por minuto. No sabía en qué había estado pensando. No lo entendía. Dios, aquello no podía estar pasando. No debería haber pasado.

—Mamá —dijo Lori, rodeando la cama.

—Te subiste a ese coche. Eso es lo que pasó. Te subiste a ese coche, y ese chico, dicen que iba bebido. La policía dijo que todos olíais a alcohol. Y tú, tú

podrías haber muerto. *Ellos* murieron. —Mi madre se levantó de repente y esta vez permaneció de pie, golpeándose el pecho con un puño—. Te quiero y doy gracias a todas las estrellas del cielo que estés viva, pero estoy muy decepcionada. Te crié... tu padre y yo te criamos para que nunca, nunca te pusieras al volante después de beber ni te subieras al coche de alguien que hubiera estado bebiendo.

—Mamá —susurró Lori, con las mejillas húmedas de nuevo. También lo estaban las mías.

—¿Sabías que estaba borracho? —exigió saber mi madre con voz temblorosa.

*¿Tal vez debería conducir yo?*

—No lo sé. —Me tembló la voz cuando otro recuerdo se abrió paso. *En serio. Estoy bien. He conducido por esta carretera un millón de veces.* Conocía aquella voz. Ese era Cody, no, ese *había sido* Cody. Pero no podía ser, porque él no habría conducido borracho con nosotros en el coche, porque, ¿quién haría eso? *Chris lo había hecho antes y a ti ni siquiera te importó,* susurró una vocecilla en el fondo de mi cabeza. Pero eso era diferente. Yo no me habría subido al coche. Sabía que no lo habría hecho. Y no le habría dejado conducir.

Esa no era yo.

No era ese tipo de persona.

*No lo era.*

## Capítulo 12

La policía apareció el martes por la noche.

Y así fue cómo me di cuenta de que era martes, tres días después del sábado. Tres días desde que mis amigos... habían muerto y yo había estado dormida. Viva y dormida.

Los policías entraron en mi habitación del hospital, eran dos, y un miedo helado se me acumuló en el estómago. Me quedé paralizada, y mi mirada salvaje vagó entre mi madre y los dos hombres vestidos de azul claro con gorras raras. Había una enfermera con ellos, y antes de que pudieran presentarse, ella advirtió:

—Tienen entre diez y quince minutos antes de que necesite que le administremos otra ronda de medicación. Lo último que necesita en estos momentos es que la molesten.

El agente mayor se quitó la gorra y asintió, revelando un cabello de color arena que empezaba a encanecer.

—No tardaremos mucho.

La enfermera les lanzó otra mirada severa antes de salir de la habitación.

Tragué saliva cuando el hombre mayor se nos presentó a mí y a mi madre.

—Soy el agente Daniels. Este es el agente Allen. —Hizo un gesto al hombre más joven y de piel oscura, que también se había quitado la gorra—. Estamos investigando el accidente del sábado por la noche y tenemos algunas preguntas, si cree que puede contestarlas.

—No sé si está preparada. —Mi madre me miró, cansada—. Justo se ha despertado esta mañana y ha descubierto que sus amigos...

El agente Allen inclinó la cabeza.

—Sentimos mucho su pérdida. —Sostuvo su gorra a la altura de la cintura, justo debajo de su ombligo—. Tenemos algunas preguntas que esperamos que pueda responder para que podamos rellenar algunas lagunas.

No quería hacerlo. Las lágrimas volvieron reptando a mí, pero me aclaré la garganta. No creía que realmente tuviera otra alternativa.

—De acuerdo.

—De acuerdo. —El agente Daniels se movió hasta situarse junto a mi cama—. Necesitamos saber todo lo que recuerde. ¿Cree que puede hacerlo?

Cerré los ojos y deseé estar en cualquier otro lugar; no quería hablar de lo que estaba empezando a recordar, pero se trataba de la *policía*.

Así que lo hice.

Mientras hablaba, empecé a llorar otra vez, porque la expresión de mi madre hablaba a gritos de su decepción y su dolor. Los policías mostraron poca o ninguna reacción mientras me acribillaban con preguntas rápidas.

«¿Se sirvió alcohol en la fiesta?».

«¿Estaban los padres de Keith en casa y sabían que ustedes estaban bebiendo?».

«¿Recuerda haber visto beber a Cody?».

«¿Estaba Chris demasiado ebrio para conducir su propio vehículo?».

«¿Cuánto bebió usted?».

Sospeché que ya conocían las respuestas a algunas de aquellas preguntas, pero estaban verificando mis respuestas para ver si coincidían. Cuando pararon, sentí que tenía que decir algo. Las palabras me estaban trepando por la garganta.

—Nosotros... No pensé que pudiera pasar algo —susurré, sintiendo la voz y el alma y el corazón y todo lo que había en mí deshilachado y roto—. No pensamos.

—La gente rara vez lo hace hoy en día —respondió el agente Daniels—. Especialmente los chicos de su edad. Lo vemos demasiado a menudo.

Y eso fue... *todo*.

*Especialmente los chicos de su edad*. Como si, al final del día, no fuera nada. Salieron de la habitación, y todo lo que pude hacer fue mirarlos. La habitación quedó en silencio. Ese horrible silencio que crispa los nervios. Cerré los ojos, porque no podía soportar mirar a mi madre, ver lo que sabía que estaba pensando.

Yo era *esa* persona.

Temeraria.

Irresponsable.

Culpable en todo el sentido de la palabra.



La medicación que me administraron por vía intravenosa lo hacía todo... más fácil y me permitía estar allí tumbada sin más. No me dolía. No tenía que hablar. Lori y mi madre permanecían en silencio, sentadas en sus sillas, viendo las repeticiones de algún programa.

Mi cerebro no se apagó mientras yacía allí.

Pero no pensé en aquella noche.

No podía pensar en eso.

Mientras estaba allí tumbada, sintiendo que flotaba a medio metro de la cama, recordé una noche diferente.

La última vez que habíamos estado todos en el lago, en julio.

Era el fin de semana del Cuatro de Julio, y todos estábamos juntos. Todos nosotros. Alguien había llevado una vieja parrilla, Sebastian tenía abierto el maletero del Jeep y la música sonaba bastante alta.

Yo estaba sentada con Abbi, Dary y Megan mientras Keith intentaba usar esquís para la nieve en el lago. Todos reían, excepto Abbi. Sus ojos... sus ojos estaban abiertos de par en par mientras murmuraba una y otra vez:

«Se va a matar. Estamos a punto de verlo morir».

Pero Keith no había muerto.

Se había caído y había gritado que se había roto el trasero o algo así. Se había arrastrado fuera del lago, sosteniendo su bañador. Phillip y Chris lo estaban esperando. No recordaba haber visto a Cody por allí.

En mi recuerdo, yo había estado ocupada mirando a Sebastian, que se encontraba en el muelle, hablando con otro chico. Aquella noche lo había mirado mucho, porque sabía que se marcharía pronto, así que no podía parar de mirarlo.

Quería cambiar lo que había hecho aquella noche. Quería apartar la mirada de él. Quería observar a Phillip y a Chris. Quería girar la cabeza hacia la derecha y mirar a Megan. Ojalá hubiera prestado más atención a lo que me estaba contando, porque ahora no podía recordarlo. Pero sabía que parecía feliz y que estaba sonriendo.

Y cuando se levantó para unirse a Phillip en la orilla del lago, quise llamarla. Y quise seguirlos, mantenerlos para siempre de pie uno al lado del otro, pero no lo hice. Me quedé donde estaba mientras alguien al otro lado del lago lanzaba fuegos artificiales.

Intenté cambiar mi recuerdo.

Pero Sebastian seguía estando en él. Cuando el cielo se iluminó y el aire se hizo eco, él me pasó un brazo por los hombros. Otro fuego artificial surcó el aire con un suave silbido y explotó en una lluvia de brillantes chispas rojas. Todo el lateral derecho de mi cuerpo estaba tibio y se presionaba contra Sebastian. Había apoyado la mejilla en el hueco de su hombro cuando el cielo brilló, porque no había nada incómodo entre nosotros, y recordé haber pensado que... la vida no podía ser mejor que en aquel preciso momento.

Y no tenía ni idea de cuánta razón tenía.



El miércoles por la mañana, mi madre me dio la noticia.

—Tu padre está de camino.

—¿Por qué? —pregunté mientras miraba al techo.

—Es tu padre —respondió, y sonó cansada.

No es que fuera una gran explicación. Era mi padre, pero no había actuado demasiado como tal. ¿Por qué empezar ahora?

Un horrible pensamiento cobró forma: si había estado en el hospital desde la noche del sábado, en la UCI, y ya era miércoles, ¿acababa de ponerse en camino?

Sonaba tan típico de mi padre que quise reírme, pero no pude.

—Viene conduciendo desde Seattle —me explicó, obviamente pensando lo mismo que yo—. Ya sabes cómo es. Se niega a volar. Debería llegar esta noche, mañana por la mañana como muy tarde.

Yo ya no conocía a mi padre, y ahora mismo no tenía cabeza para tratar de entenderlo. No quería verlo, pero no podía decir nada al respecto.

Tan solo quería que me dejaran a solas con mis recuerdos en lugar de con todo lo que había cambiado. No quería que esos nuevos recuerdos lo borrarán todo.

Mi madre y Lori se estaban turnando para quedarse conmigo. Una conducía los cuarenta y tantos minutos de vuelta a casa, comprobaba que todo estuviera bien, se duchaba y se cambiaba de ropa. La otra se quedaba. Mi madre no mencionó lo que habíamos hablado con la policía.

Durante uno de los viajes de mi madre a casa, Lori me dijo que el accidente había tenido lugar a solo cinco kilómetros de la casa de los padres de Keith. Ni siquiera habíamos llegado a la autopista, lo cual constituía una retorcida bendición. La carretera con curvas que conducía a la granja raramente la transitaba alguien que no fuera a casa de Keith. Si hubiéramos llegado a la autopista, podríamos haber chocado contra alguien.

Podríamos haber matado a más personas.

Podríamos haber matado a más personas aparte de a nosotros.

A lo largo de esas horas, cuando Lori o mi madre permanecían calladas, o cuando las enfermeras comprobaban mis signos vitales, los pensamientos sobre Megan y los chicos me consumían, a pesar de que intentaba cerrarme a ellos. Yo quería hacer preguntas. *¿Cómo estaba Abbi? ¿Alguien había llamado a Dary o había vuelto el domingo a casa y se había encontrado con aquello? ¿Qué pensaba Sebastian? ¿Cómo estaba el entrenador... cómo estaba el entrenador afrontando la pérdida de Megan?* Yo era reemplazable



para el equipo. Megan no lo era. El instituto había empezado el día en que yo me había despertado. ¿Cómo estaban todos los demás?

En la UCI solo permitían visitas de familiares. Eso cambiaría cuando me trasladaran al ala de recuperación. Por lo que había oído, el hospital tenía una política de visitantes abierta. La gente podía acudir a cualquier hora, incluso por la noche. Pero, por ahora, me sentía agradecida de que solo estuvieran allí mi madre y Lori.

Ver a mis amigos me haría pensar en lo que había pasado, más allá de un nivel superficial. Y no podía. Hacerlo provocaría que fuese demasiado real, demasiado doloroso, y mientras me encontraba en el hospital, lejos de esa vida, intentaba fingir que estaba allí por una razón diferente a la realidad.

—El señor Miller se ha portado increíblemente bien con mamá —dijo Lori el miércoles a última hora de la tarde mientras mi madre estaba en la cafetería, dondequiera que esta estuviese. El señor Miller era su jefe, el dueño de la agencia de seguros—. Le ha dado esta semana y la que viene libres sin quitárselas de las vacaciones. Se lo ha descontado del tiempo por enfermedad que no ha utilizado.

—Eso es muy amable —murmuré, mirando por la pequeña ventana cuadrada. Lo cierto es que solo podía ver el cielo.

Lori estaba sentada al otro lado de la cama, con los brazos apoyados en el colchón, junto a mis piernas, que en ese momento estaban envueltas en una especie de extraños puntos de presión. Algo relacionado con la circulación y la prevención de coágulos sanguíneos.

—Sebastian me ha mandado un mensaje de texto —anunció ella.

Cerré los ojos.

—Ha estado preguntando por ti. Todos los días. —Se rio roncamente—. ¿Sabes?, cuando fui a casa el lunes por primera vez, te juro que debía de estar esperando junto a la ventana a que llegásemos mamá o yo. Salió disparado por la puerta incluso antes de que saliera del coche. Está muy preocupado por ti. Igual que Abbi y Dary.

Sentí una presión en el pecho. No quería pensar en ellos. No quería pensar en Sebastian o en Abbi y Dary preocupándose por mí cuando Megan estaba muerta. Cuando sus amigos, sus amigos íntimos, también habían muerto. No quería *pensar*.

Lori soltó aire, exhausta, y se produjo un momento de silencio.

—El funeral de Megan y Chris es mañana. Sus familias han decidido celebrar ambos a la vez.

Se me cortó la respiración.

¿*Su funeral* era mañana? Parecía muy rápido. Como si ya hubiera terminado, antes incluso de que comenzara. Y su familia no solo... no solo la iban a enterrar a ella, también iban a enterrar a Chris. Yo ni siquiera podía... Sencillamente *no podía*.

—El funeral de Phillip es el viernes y el de Cody es el domingo. Les está llevando más tiempo porque... —Se detuvo.

Yo abrí los ojos. El cielo era de un tono intenso de azul. Era casi de noche.

—¿Por qué? —grazné.

Lori suspiró de nuevo.

—Tuvieron que hacerle una... una autopsia, porque era quien conducía. No se la hicieron a los demás. No fue necesario más allá de tomar muestras de sangre.

Autopsias y muestras de sangre.

¿*Eso era todo lo que eran ahora?*

—El instituto permite que los estudiantes asistan a los funerales si así lo desean. No les contará como ausencia.

Eso era... muy amable por parte del instituto. Me imaginaba que asistiría mucha gente a los funerales. Los chicos eran muy populares. También Megan. Un estúpido pensamiento titiló en mi cabeza: ¿*cómo jugarían al fútbol el viernes por la noche?* Era su primer partido. Faltarían tres... tres jugadores titulares.

Me apostaba algo a que había un equipo de psicólogos en el instituto. Un estudiante de segundo año había muerto el año pasado de cáncer y habían traído psicólogos extra.

—Mamá irá mañana al funeral de Megan —dijo Lori, y me puse rígida—. No sé si te lo dirá antes de ir. No quería que te hablara de los funerales, pero he pensado que deberías saberlo.

No dije nada.

Pasaron varios minutos. Parecieron una eternidad, pero no lo bastante larga.

—No tienes que hablar de ello ahora. Ni siquiera tienes que pensar en ello —agregó mi hermana en voz baja—. Pero tendrás que hacerlo, Lena. En algún momento, vas a tener que enfrentarte a lo que ha ocurrido. Solo que no tienes que hacerlo ahora.



El jueves por la mañana me trasladaron al ala de recuperación. Las máquinas de aquella habitación tenían un aspecto menos serio, y había más sillas. En mi nuevo cuarto, la parte superior de la cama estaba inclinada hacia delante para ayudarme con la respiración, y después de pasar por varias rondas de tratamientos respiratorios me hicieron levantarme y caminar arriba y abajo por el pasillo. La enfermera caminó a mi lado, manteniendo cerrada la parte trasera de mi bata.

Caminar era agotador.

Según el médico, no estaría completamente recuperada hasta al cabo de dos semanas, y durante ese período me cansaría con facilidad, pero tenía que seguir moviéndome para asegurarme de que no se me acumulara líquido en los pulmones ni se formara un coágulo sanguíneo.

Antes del accidente, me habría asustado mortalmente lo del líquido en los pulmones o el coágulo sanguíneo. Habría creído que cada dolor en la pierna o cada medio aliento era el heraldo de la muerte. Estaría buscando los síntomas en Google sin parar.

*¿Ahora?*

Sencillamente... no me importaba.

Mientras arrastraba los pies pasillo abajo, pensé en lo rápido que sería un coágulo. ¿No? En el preciso instante en que se liberara, todo habría terminado.

Justo igual que cuando el coche chocó contra el árbol. Todo había acabado para Megan, Chris y Phillip. Un instante estaban ahí, y al siguiente ya no.

Lori regresaría a Radford ese fin de semana, ya que el doctor Arnold estaba bastante seguro de que me darían el alta el domingo, el lunes como muy tarde.

La vida volvería a la normalidad en su mayor parte.

Excepto que no lo haría.

La vida nunca volvería a ser normal.

Mi madre me dijo que había ido al funeral de Megan.

—Fue precioso, la forma en que lo hicieron todo con ella y con Chris. — Hizo una pausa—. Cuando estés lista, podemos visitar su lugar de descanso.

Eso fue todo lo que dijo al respecto.

Ahora estaba sentada en la silla que había junto a la ventana. El cristal tenía manchas, como si no lo hubieran limpiado en una temporada, y por alguna razón eso me fascinó. Era un hospital. ¿Cómo podía haber moscas muertas en el alféizar de la ventana?

Mi madre no me había preguntado en qué estaba pensando cuando me subí al coche. Después del estallido en la UCI, había sido un pilar de fuerza. Llevaba el pelo rubio y liso sujeto en una coleta bien peinada. Pantalones negros de yoga. Sin embargo, la hinchazón de sus ojos no había disminuido, y yo tenía la profunda sospecha de que cuando estaba en casa o cuando yo dormía, ella dejaba que el autocontrol se esfumara.

Estaba llorando mucho.

Como había hecho en los meses siguientes a que mi padre nos dejara.

—Me he puesto en contacto con el instituto de camino hacia aquí —me dijo, cerrando la revista que había estado hojeando—. Están al tanto de que no te incorporarás hasta la tercera semana. —Guardó la revista en el bolso—. Estoy segura de que estás preparada para volver.

No me importaba volver al instituto. ¿Cómo se suponía que iba a importarme si Megan no iba a volver? ¿Si Cody, Phillip y Chris tampoco estaban ya? Nada de aquello parecía justo.

Nada del accidente lo era.

Por ejemplo... ¿cómo había sobrevivido yo? Porque, de entre todos, no debería haber sido yo.

—Los profesores se han portado muy bien —continuó—. Han estado recopilando los deberes. Creo que Sebastian los traerá mañana a casa.

*Sebastian.*

¿Cómo podría volver a verlo?

¿Cómo podría volver a ver a Abbi o a Dary? Porque sabía... recordaba lo suficiente para saber que... No debería haber subido al coche. No debería haber dejado que Megan se subiera. Debería haber...

Cambié de postura en la cama, miré hacia el techo y parpadeé rápidamente. Las lágrimas se acumularon en mis ojos. ¿Cómo se suponía que debía volver al instituto si todos los demás estaban muertos? ¿Si Megan no me estaría esperando en mi taquilla para ir al entrenamiento de vóleybol? ¿Si no me daría su charla semanal de los viernes del modo más desagradable posible?

Cuando no respondí, mi madre echó un vistazo a los libros que Lori me había traído. Estaban colocados en la pequeña mesita de noche.

—¿Ya los has leído? —preguntó—. Si me das una lista, puedo traerte alguno más de los que no hayas leído.

No había tocado la pila de libros. No estaba segura de si los leería o no. Respirando superficialmente, me centré en la televisión. Mi madre había sintonizado un canal de noticias.

—Estos libros están bien.

No respondió durante un largo minuto.

—Ahora ya puedes tener visitas. Sé que...

—No quiero visitas.

Mi madre frunció el ceño.

—Lena.

—No quiero... a nadie aquí —repetí.

—Lena, sé que Abbi y Dary están planeando venir a verte. Sebastian también. —Se movió hacia delante y mantuvo su voz baja—. Han estado esperando hasta que...

—No quiero verlos. —Giré la cabeza hacia ella—. Simplemente no quiero.

Abrió mucho los ojos.

—Creo que te haría bien verlos, especialmente después de...

—¿Después de que Megan muriese? ¿Después de que Cody y los chicos muriesen? —espeté mientras se me aceleraba el pulso. El estúpido monitor cardíaco coincidía en el tempo—. ¿Crees que me haría bien ver a mis amigos, sabiendo... que dejé que todos subieran al coche y murieran?

—Lena. —Mi madre se levantó y se acercó a la cama. Colocó la mano en el cabecero y se inclinó sobre mí—. No eras la única persona responsable aquella noche. Sí, tomaste una muy mala decisión, pero no eres la única...

—No bebí —le dije, y observé cómo la sangre huía del rostro de mi madre—. Eso lo recuerdo. Bebí... unos sorbos al principio de la noche. Si me hubieran hecho la prueba cuando me ingresaron, habrían visto que... no estaba borracha. Así que yo... estaba sobria. Podría haber conducido. —Se me quebró la voz—. *Debería* haber conducido.

Mi madre se apartó lentamente de la cama y se sentó pesadamente en la silla.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —Su voz era espesa.

—No lo sé. —Aferré el borde de la manta, lo cual hizo que me doliera el brazo izquierdo—. Creo que... no quería...

—¿No querías qué, Lena?

La siguiente respiración me dolió.

—No quería... ser la persona que hace una montaña de un grano de arena.

—Oh. Ay, cariño. —Mi madre se llevó la mano a la boca y luego cerró los ojos—. No sé qué decir.

Probablemente, porque no había nada que decir.

Ahora recordaba haberme detenido fuera del coche. Recordaba haber visto a Cody intentar sujetar la manilla de la puerta y fallar. Y recordaba haberle preguntado si estaba bien y luego ceder ante la presión que me rodeaba.

Lo recordaba.

Un golpe nos interrumpió. Mi madre se puso tensa y dejó caer su mano. Miré hacia la puerta y yo... no sentí nada y lo sentí todo en un solo instante.

Mi padre estaba en la puerta.

## Capítulo 13

No había visto a mi padre en cuatro años.

La última vez había sido en la cocina, sentado a la mesa. Él y mi madre habían estado esperando a que Lori y yo llegáramos a casa del colegio, y creo que supe lo que estaba pasando en el preciso instante en que entré en la cocina. Mi madre tenía los ojos rojos.

Lori no lo había visto venir.

Ahora, mi padre parecía... Parecía más mayor, pero estaba bien. Había más líneas alrededor de sus ojos y de la comisura de su boca, su pelo más entrecano que castaño, pero parecía como si la vida transcurriera sin problemas para él en Seattle.

Mi padre solía ser promotor inmobiliario. Su empresa, Industrias Hogar Inteligente, era responsable de más de la mitad de las casas construidas en las últimas dos décadas. Luego el mercado de la vivienda entró en crisis y se hundió, y mi padre tuvo que hacer recortes, los proyectos se ralentizaron antes de paralizarse y al final tuvo que cerrar el negocio. El dinero dejó de llegar. Las cosas se pusieron difíciles.

Y él no pudo hacerles frente.

Nos dejó tiradas a las tres y decidió mudarse a Seattle para encontrarse a sí mismo o no sé qué mierda. Lo último que supe fue que había empezado a trabajar para una empresa de publicidad.

Pensaba que sentiría algo más fuerte que un ligero enfado o sorpresa. Me había pasado años ignorando sus llamadas. Años enojada con él. Y ahora solo me sentía vacía. Posiblemente tuviera algo que ver con los analgésicos que bombeaban a través de mi sistema circulatorio.

Sus ojos de color avellana se movieron hacia mi madre antes de dirigirse hacia mí. Una sonrisa torcida se le formó en la cara mientras se acercaba a la cama arrastrando los pies. Se aclaró la garganta mientras me miraba.

—Pareces... Pareces...

¿Haber sufrido un accidente de tráfico? ¿Tener dos pulmones colapsados, la mandíbula y la cara hinchadas y un brazo fracturado? ¿Haber ido a una fiesta y haber tomado una serie de decisiones que ni siquiera podía empezar a

desenmarañar en mi cabeza? ¿Haber dejado morir a mis amigos, básicamente?

Exactamente, ¿qué parecía?

Se detuvo junto a mi cama, su postura rígida y antinatural.

—Me alegro de verte.

¿Qué se suponía que debía responder a eso?

Mi madre se levantó de su asiento, se inclinó y me besó en la frente.

—Voy a comer algo. —Se enderezó al tiempo que le dirigía una mirada intencionada a mi padre—. Volveré en un rato.

Una parte de mí quería exigir que se quedara porque era *ella* quien quería a mi padre allí, no yo, pero dejé que se marchara. Tener que tratar con mi padre ni se acercaba al castigo que merecía por todo lo que había sucedido.

Él asintió con la cabeza y luego rodeó la cama para sentarse en la silla donde había estado mi madre. Si Lori estuviera aquí, estaría que no cabría en sí de la emoción de verlo. Ellos todavía hablaban. No a menudo, pero lo hacían.

Bajó sus manos entrelazadas hasta las rodillas mientras me observaba detenidamente. Pasaron varios segundos.

—¿Cómo te sientes?

Empecé a encogerme de hombros, pero mis costillas protestaron.

—Bien, supongo.

—Es un poco difícil imaginar que te encuentras bien después de algo así —dijo, señalando lo obvio—. Tu madre ha dicho que lo más probable es que puedas volver a casa este fin de semana y que el médico espera que te recuperes sin complicaciones.

—Eso es... lo que ha dicho el médico. —Deslicé un dedo bajo la escayola, intentando rascarme.

Él se quedó callado durante un rato.

—No sé por dónde empezar, Lena. Recibir esa llamada de tu madre fue una... fue una de las peores cosas que podrían haber ocurrido. Sé que has pasado por mucho y no quiero empeorarlo.

—Pues no lo hagas —respondí en voz baja y ronca.

—Pero se podía haber evitado lo que pasó —continuó, como si yo no hubiera hablado, y tenía razón, mucha razón, pero no quería escucharlo—. Esto no ha sido solo un accidente. Vosotros, chicos, hicisteis algo...

—¿En serio vas a sermonearme? —Tosí una carcajada y luego hice una mueca—. ¿De verdad?

Con los hombros tensos, inspiró profundamente.



—Lo entiendo. Lo entiendo, Lena. No he estado aquí, pero te he estado llamando. He intentado...

—Te fuiste y no tuvimos noticias tuyas en *dos años*. —¿Cómo podía obviar ese pequeño detalle? ¿Y volver a mi vida como quien no quiere la cosa con una llamada telefónica?

—Lo siento —dijo rápidamente, y tal vez incluso lo decía de verdad, pero en aquel momento, y ahora mismo, la disculpa estaba tan vacía como nuestra casa—. Pero sigo siendo tu padre, Lena.

—Sí, eres mi padre, pero dejé de pensar en ti de esa manera... desde el momento en que saliste por la puerta principal y desapareciste durante dos años. —Me dolían las costillas con cada palabra—. ¿Cómo... puedes hablarme?

Sus mejillas se sonrojaron.

—Lena...

—No quiero... hacer esto ahora mismo —le dije, cerrando los ojos con fuerza y deseando, no, *rezando*, para que desapareciera. Que todo aquello simplemente desapareciera. Que pudiera salir andando de la habitación y desaparecer—. No quiero hablar. Estoy... cansada y yo... solo quiero estar sola.

Mi padre no respondió, y yo giré la mejilla hacia el otro lado, manteniendo los ojos cerrados hasta que oí sus pasos, hasta que estuve segura de que había salido de la habitación, como sabía que haría.

Y sabía que no volvería a verlo.



Me había quedado dormida después de que mi padre se marchara y los medicamentos que me habían programado hicieran efecto. No tenía ni idea de si mi madre o Lori habían vuelto a la habitación después de eso o si habían pasado tiempo con él. Casi podía garantizar que Lori lo había hecho, y a pesar de mis propios problemas personales con él, no se lo recriminaba. El hecho de que nuestra relación se hubiera roto en pedazos no significaba que la suya tuviera que terminar.

No tenía la menor idea de cuánto había dormido. Sabía que no mucho. Dormir en un hospital era casi imposible. Había mucho ruido. Máquinas encendiéndose y apagándose. Pasos en el pasillo. Conversaciones lejanas. Códigos comunicados a gritos. Solo había dormido unas pocas horas, y cuando me desperté, me vino a la cabeza aquella vez en la que Megan había

intentado recrear en mi sala de estar una rutina que había visto interpretar en *Dance Moms*.

Se había torcido el tobillo.

Y había roto el jarrón de la mesita de café.

El entrenador se había enfadado mucho. Ella no había podido jugar varios partidos, y yo apenas había sido capaz de mantenerme seria mientras él le gritaba.

Megan era una idiota.

En el centro del pecho se me instaló una pesadumbre que nada tenía que ver con mis fastidiados pulmones o mis costillas doloridas. Pasaron unos segundos mientras yacía allí, y poco a poco me di cuenta de que no estaba sola.

Por encima del olor de los productos de limpieza y el extraño olor antiséptico de hospital, olí algo más fresco. No el perfume de vainilla de mi madre ni la loción de frambuesa que usaba Lori. Olía a aire fresco, como a pino y madera de cedro.

El aire se me atascó en la garganta y mis ojos se abrieron. Giré la cabeza lo poco que mi cuello me lo permitió, y allí estaba él, sentado en la silla junto a la ventana sucia.

Sebastian tenía la cara girada. Miraba por la ventana, y todo cuanto podía ver era su perfil, pero era suficiente para ver cómo estaba. Una barba incipiente cubría la dura línea de su mandíbula. Su codo estaba apoyado en el brazo de la silla, su barbilla en la palma de su mano. Estaba más pálido de lo que estaba acostumbrada a verlo. Su pelo era un desastre, le caía sobre la frente.

*¿Qué estaba haciendo él allí?*

Le había dicho a mi madre que no quería visitas. No estaba lista para verlo, o a Abbi o a Dary o a cualquiera, en realidad.

No emití ningún sonido, pero él volvió la cabeza en mi dirección. Había profundas sombras talladas en la piel que quedaba bajo sus hermosos ojos del color del cielo nocturno, y esos ojos estaban desbordados. Parecían atormentados.

Nuestras miradas se encontraron y las sostuvimos. Durante un segundo, no se movió. Ni siquiera estaba segura de que él estuviera respirando. Tan solo me miró como si hubiera esperado no volver a hacerlo nunca... y supuse que así había sido, durante unos días.

Sebastian desvió la mirada, buscando por mi rostro, deteniéndose en el lado hinchado y magullado. Abrió la boca, pero no hubo palabras. No habló

durante un largo rato, y casi deseé que no lo hiciera. Que se mantuviera callado, porque escuchar su voz me recordaría al ayer, a todas las cosas estúpidas que me habían preocupado hasta el sábado por la noche. Me recordaría cada estúpido momento que había desperdiciado. Me recordaría por qué me fui de aquella fiesta.

—¿Qué estás... haciendo aquí? —susurré.

Cerró los ojos, y sus rasgos se tensaron como si estuviera sufriendo. Pasó un momento antes de que abriera los ojos, y había una crudeza en ellos que nunca antes había visto.

—Dios —dijo con voz ronca—. Parte de mí quiere preguntarte a qué demonios viene esa pregunta, pero solo puedo pensar que estás hablando de verdad. Que todavía estás aquí.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Un dolor sordo incendió mis costillas.

—Yo... le dije a mi madre que no quería ver a nadie.

—Lo sé. —Sebastian se inclinó hacia delante y se agarró por las rodillas—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repetí, incrédula.

—¿Cómo has podido pensar siquiera por un segundo que no vendría en cuanto pudiera? Puede que Abbi y Dary te dejen en paz, pero no hay forma de que, después de lo que ha pasado, yo no esté aquí. —Se deslizó hasta el borde de la silla—. Quería, no, *necesitaba* verlo por mí mismo, la prueba de que realmente estás viva. Que vas a ponerte bien.

Se me empezó a acelerar el pulso.

—Sabes que estoy bien. Soy la única que está bien.

—¿Bien? —Su cara se contorsionó y luego se suavizó—. No te has dado un golpe en el dedo del pie, Lena. Colapsaron tus dos pulmones. Tienes el brazo roto. Tienes un aspecto terrible y tú... —Se le quebró la voz—. Podrías haber muerto. En lugar de haber ido hoy al funeral de una chica que conocía desde hace años, podría haber ido a *tu* funeral.

Sus palabras me hicieron callar.

—Hoy he visto cómo enterraban a un amigo. Mañana tendré que ver cómo entierran a uno de mis mejores amigos —continuó, con la voz espesa y los labios tensos—. El domingo veré cómo entierran a otro amigo más. Dentro de tres días, habré visto cómo entierran a cuatro de mis amigos.

Oh, Dios.

—Nunca volveré a escuchar a Megan ni intentaré averiguar por qué demonios está despotricando —dijo, y mi garganta se contrajo—. Nunca

volveré a escuchar a Cody molestándome sobre jugar al fútbol. Nunca volveré a sentarme en clase ni veré a Chris copiar en los exámenes, ni me preguntaré cómo es que nunca lo atrapan. Ya no podré relajarme con Phillip y jugar al *Madden*. —Su voz tembló, y yo quería que parase—. Nunca llegué a despedirme de ninguno de ellos el sábado. No pude despedirme de ti aquella noche.

*Oh, Dios.*

—¿Sabes qué? Perderlos es algo que ni siquiera puedo procesar en este momento. Qué rayos, no sé si alguna vez podré. Pero ¿perderte a ti? —Enderezó la espalda y tensó la mandíbula—. Nunca lo superaría.

Cerré los ojos con fuerza y respiré intentando sortear el afilado nudo de mi garganta.

—No puedo hacer esto.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Tú... —Respiré de forma entrecortada—. Lo que pasó es... es culpa mía.

—¿Qué? —Sonaba estupefacto. Santo Dios, estaba verdaderamente sorprendido—. Tú no eras la que conducía, Lena. No te pusiste al volante borracha.

—Eso no... importa —le respondí en un susurro.

—Lena...

—No lo entiendes. —Levanté mi brazo bueno y me puse la mano sobre los ojos. No quería llorar delante de él. No quería ponerme a llorar de nuevo—. No... quiero hablar más.

Pasaron un par de minutos y él dijo:

—No tenemos que hacerlo.

Me removí, inquieta. Había algo que crecía dentro de mí. Algo feo y desordenado y demasiado crudo, demasiado poderoso.

—¿No puedes simplemente irte? —pregunté, supliqué, en realidad—. ¿Por favor?

Me sostuvo la mirada un momento, y luego se levantó, y yo quise hundirme en la cama, hundirme en la nada.

Sin embargo, Sebastian no se fue.

Él no era mi padre.

Él no era yo.

Tomó la silla, la levantó, la plantó junto al cabecero de mi cama y luego se sentó. Mi corazón latía con fuerza. Apoyó su brazo derecho en la cama junto al mío y luego se inclinó, alargando su brazo izquierdo para levantar

mechones de mi cabello con sus dedos, apartándomelos de la cara mientras decía:

—No me voy. Puedes enfadarte, pero me quedo aquí, porque te des cuenta o no, no deberías estar sola. No me voy a ninguna parte.

## Capítulo 14

Sebastian se quedó a pesar de que no hablamos. Encendió la televisión y vio las noticias. Yo no lo miré, pero de vez en cuando podía sentir su mirada sobre mí. Esperé a que dijera algo, a que hiciera preguntas, pero no las hizo. Y seguía allí cuando las enfermeras entraron a la habitación y me obligaron a salir de la cama para caminar.

Horrorizada de que estuviera a punto de presenciar el titánico esfuerzo que era salir de la cama solo para enseñar el trasero a quienquiera que estuviera en la habitación, me cerré en banda cuando la enfermera me ayudó a sentarme.

Un ceño fruncido adornó la frente de la enfermera cuando no me moví.

—¿Te duele?

Con la boca cerrada, sacudí la cabeza rápidamente. Podía sentir la mirada de Sebastian taladrándome la espalda.

La enfermera parecía saber qué era lo que me detenía.

—¿Te importa ir a control de enfermería, al final del pasillo, y traernos un vaso con hielo? —le preguntó a Sebastian.

—Sin problema. —Él se levantó, y yo miré al suelo hasta que le oí salir de la habitación.

—Gracias —susurré.

—No tienes que darme las gracias —respondió ella, sujetándome con firmeza el brazo sano—. ¿Es tu novio?

Negué con la cabeza al tiempo que salía de la cama.

—Solo... solo es un amigo.

Normalmente me dolía tener que decir aquello. La gente a menudo daba por sentado que estábamos juntos, algo que siempre me complacía en secreto, pero no sentí nada cuando metí los pies en las pantuflas y empecé a caminar. No había emoción. Ni la dulce anticipación que generalmente se tornaba amarga. No había tristeza porque no fuera verdad.

Estaba... vacía.

La enfermera mantuvo mi bata cerrada mientras caminábamos por el pasillo. Tras un par de pasos, mis rodillas ya no estaban tan temblorosas, y

decididamente respiraba mejor que antes. Podría haber seguido, pero la enfermera me acompañó de vuelta a la habitación.

Sebastian aún se encontraba allí, sentado en la silla. Se levantó mientras me acercaba a la cama, con un vaso amarillo pálido de plástico en la mano.

—Tengo el hielo.

—Perfecto —respondió la enfermera, todavía sujetando la parte de atrás de mi bata—. ¿Puedes ponerlo sobre la mesa?

Cuando Sebastian se giró para hacerlo, la enfermera me sujetó la bata y me metí en la cama. Estaba inclinada, así que me quedé sentada. Mientras mantenía mi atención centrada en las manos, pude sentir que él se acercaba al tiempo que la enfermera sacaba los inhaladores para el tratamiento.

Sebastian también se quedó a eso. Después de que la enfermera se marchara, él siguió allí hasta que mi madre volvió. Me hice la dormida mientras hablaban en voz baja sobre cosas sin importancia. Al final me quedé dormida, escuchando voces que deberían haberme resultado tan familiares como respirar, pero que ahora sonaban desconocidas.



El viernes por la tarde me enteré de que no había ningún partido de fútbol, cuando Sebastian se presentó alrededor de una hora después de que acabara el instituto.

A diferencia del día anterior, había una pequeña chispa de algo dentro de mí cuando mi madre miró hacia la puerta y vi a Sebastian. Supuse que era una mejora respecto a no sentir nada en absoluto.

Él tenía mejor aspecto.

Todavía no se había afeitado, pero las profundas sombras bajo sus ojos habían menguado y había más color en su piel.

Él fue el único que habló, sobre el instituto y las dos clases que compartíamos ese año, sobre Abbi y Dary. Habló de todo excepto del accidente o los funerales. Yo no hablé mucho. Me quedé allí tumbada, mirando fijamente la televisión.

Regresó de nuevo el sábado por la tarde, y hubo otra chispa, una calidez en mi pecho a la que quise aferrarme, pero... no parecía correcto hacerlo.

Puede que, en total, yo dijera unas cinco frases.

No encontraba en mi interior la fuerza para hablar, para poner voz a todo lo que había dentro de mi cabeza o a lo que sentía... y lo que no.

Sebastian también se presentó el domingo, recién afeitado, con pantalones negros y una camisa blanca. Llevaba las mangas remangadas y traía una bolsa

de papel madera. Yo sabía de dónde venía.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo, y se sentó en la silla junto a la ventana. La bolsa de papel colgaba entre sus rodillas—. ¿Dónde está tu madre?

Respiré de forma superficial e irregular.

—En casa. Vendrá... vendrá pronto.

—Genial. —Sus ojos azules capturaron los míos por un momento—. ¿Crees que saldrás mañana?

Cambiando de postura en la cama inclinada, asentí.

Sus gruesas pestañas descendieron mientras levantaba la bolsa.

—Tenía la intención de darte esto ayer. Me lo olvidé en el Jeep. —Buscó en la bolsa y sacó un gran cuadrado que rápidamente identifiqué como una tarjeta gigante.

Entreabrí los labios secos.

—¿Qué... qué es eso?

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Es una tarjeta. Estoy bastante seguro de que la ha firmado todo el instituto.

Una tarjeta.

Una tarjeta para mí.

Levanté la mirada y la concentré en Sebastian. Me la estaba tendiendo, pero no podía moverme. No podía soportarlo. No estaba bien. Por Dios, no estaba bien.

Sebastian me contempló un momento. El silencio se extendió, y luego su pecho se elevó en una respiración profunda. Colocó la bolsa de papel en el alféizar de la ventana y se acercó a la cama.

—Todos han estado pensando en ti. —Abrió con cuidado la colosal tarjeta y la sostuvo frente a mí—. Te echan de menos.

Mi mirada revoloteó sobre la tarjeta. Pude ver firmas estampadas en toda la superficie, debajo de corazones garabateados y alegres mensajes de «Recupérate pronto». Vi «Te queremos» escrito en cursiva y mayúsculas. El estómago se me revolvió por la culpa, llenándome las venas de ácido de batería.

¿No lo sabían?

—Yo te echo de menos —añadió Sebastian en voz baja.

Lentamente, levanté mis ojos hacia él, y la emoción me atascó la garganta. Me echaban de menos y querían que mejorara, pero no sabían que yo podría, debería, haber cambiado lo sucedido.



Sebastian cerró la tarjeta y se aclaró la garganta mientras daba un paso atrás.

—Voy a dejarla en tu mesita, ¿de acuerdo? —Sin esperar mi respuesta, la dejó apoyada en la mesa que había junto a mi cama.

Lo miré. Se mantuvo callado mientras acercaba la silla a mi cama y se sentaba, apoyando los brazos en las piernas. Por su expresión pude ver que no sabía qué decir o hacer y que estaba intentando descubrirlo.

—Tú... no tienes que quedarte aquí —le dije, volviendo a mirarme las manos—. Sé que no soy la mejor compañía.

—No quiero irme —respondió, y luego exhaló con brusquedad—. ¿Quieres... quieres hablar de ello?

Todo mi cuerpo se puso rígido.

—No.

Sebastian volvió a guardar silencio durante un largo rato.

—Dary y Abbi te echan mucho de menos. Intentan darte espacio, pero...

—Lo sé —lo interrumpí—. Es solo que... no quiero que tengan que venir aquí. Los hospitales son un asco.

—No les importaría.

Sabía que no.

—No importa. Lo más probable es que pueda volver a casa mañana.

Se removió en la silla y se recostó hacia atrás.

—El funeral de Cody ha sido hoy. Lo han celebrado en la iglesia grande que hay saliendo de la ruta 11. ¿Sabes cuál es? Donde solíamos ir a hacer lo de truco o trato —explicó—. Estaba a reborar. Solo quedaba sitio para que la gente estuviera de pie. Es decir, todos... todos los funerales han sido así, pero ya sabes cómo era Cody. —Se rio roncamemente—. A él le hubiera encantado. Ya sabes, toda esa gente.

Apreté los labios y asentí. Cody se habría... se habría deleitado con toda esa atención.

—Sus padres... —Sebastian se detuvo y carraspeó—. Conoces a su hermano pequeño, ¿verdad? ¿Toby? ¿Cuántos años tiene? ¿Doce? ¿Trece? Dios. Es el vivo retrato de Cody. Y estaba... parecía bastante triste. Han tenido que llevárselo fuera a mitad del servicio. Va a estar...

Apreté los puños y miré a Sebastian. Él observaba el espacio que había frente a la cama, con la mandíbula apretada y la boca tensa.

—¿Cómo va a estar?

Su pecho se elevó cuando respiró de forma audible.

—Se recuperará. Con el tiempo.

No respondí, a pesar de que quería estar de acuerdo. Quería que Toby se recuperara, pero ¿cómo podíamos saber si eso sucedería? Había perdido a su hermano mayor. ¿Cómo supera uno eso? ¿Cómo disminuye ese dolor, incluso al cabo de los años? ¿Cómo puede ese hueco en tu vida, el lugar que pertenecía a una persona, llenarse de nuevo?

*¿Cómo sigues adelante?*

## Capítulo 15

Traspasar la puerta de mi habitación el lunes por la mañana fue más difícil de lo que podía haberme imaginado.

Mi madre ya estaba dentro, ahuecando varias almohadas extra que había comprado y construyendo con ellas un fuerte en la cama. Según las órdenes del médico, se suponía que debía dormir en un sillón reclinable los primeros tres días, ya que mi respiración no había vuelto exactamente a la normalidad, pero como no teníamos un sillón reclinable, tendría que conformarme con el fuerte de almohadas.

Yo sabía que ella había podido usar los días por enfermedad para compensar el tiempo que llevaba sin ir a trabajar, pero no teníamos mucho dinero extra para gastar en almohadas. Me había ofrecido a pagarlas del pequeño fondo que tenía ahorrado, pero ella se había negado. El doctor Arnold había dicho que podría volver a ser camarera una vez que mi médico de cabecera me diera el visto bueno, pero que el vóleibol tendría que posponerlo durante algún tiempo por la lesión en el brazo, obviamente.

No estaba segura de cómo iba a volver al restaurante.

No estaba segura de cómo iba a volver a jugar al vóleibol.

No estaba segura de cómo se suponía que iba a volver a *nada*.

Mi madre se enderezó y miró por encima del hombro.

—¿Estás bien?

No.

Me había quedado en la puerta, mientras paseaba la mirada por la habitación. Todo estaba como antes, excepto que en mi escritorio había una pila de libros de texto y carpetas. Sebastian debía de habérmelos traído. Tendría el resto de la semana para ponerme al día de lo que serían dos semanas de clases perdidas.

No estaba segura de poder volver a entrar allí.

Mi habitación seguía siendo la misma, pero nada más lo era, y no me sentí bien al entrar, no cuando todavía podía ver a Megan la última vez que había estado allí, sentada en mi cama con las piernas cruzadas, retorciendo su largo cabello rubio entre las manos o lanzando una pelota de vóleibol contra la pared mientras hablaba de Phillip. Podía remontarme más atrás en el tiempo,

verla cuando tenía trece años, revisando mis pilas de libros, hojeando los libros adultos, buscando las escenas más subidas de tono para leérselas en voz alta a Dary, cuya cara se ponía completamente roja. Podía oír a Megan y Abbi discutiendo sobre qué bailarina de *Dance Moms* era mejor o sobre a qué madre escogerían para ganar una pelea callejera. Las comisuras de mis labios empezaron a elevarse.

Ni siquiera había podido ir al funeral de Megan.

Cerré los ojos y apoyé la mano derecha en el marco de la puerta mientras me balanceaba un poco.

—¿Lena?

—Sí —respondí, tragando—. Solo estoy...

Ya no sabía cómo estaba.

Estaba en casa. Estaba viva y estaba en casa.

Nadie más que estuviera en el coche lo estaba.

Todos estaban bajo tierra.

—Seguro te encuentras exhausta. Necesitas descansar, no estar de pie. — Mi madre tiró del edredón de mi cama—. Ven. Aquí es donde debes estar.

Se preocupó en exceso por mí hasta que llegué a la cama y me tapó las piernas con las sábanas. Luego se preocupó un poco más, trayéndome un vaso de agua y un refresco junto con un cuenco de patatas fritas. Solamente cuando me tuvo rodeada de todo lo que podría necesitar, salió de la habitación y volvió con algo más en la mano.

—No quería llevarte esto al hospital, sobre todo porque no estabas dispuesta a ver a nadie. —Se acercó a la cama y me tendió la mano—. La policía lo trajo el miércoles, cuando ninguna... ninguna de las otras familias lo reclamó.

Era mi móvil.

—Te lo he cargado. Creo que tienes bastantes mensajes. —Lo miró—. No tengo ni idea de cómo está en una sola pieza.

Despacio, tomé mi teléfono de su mano y lo giré, poniendo la pantalla hacia arriba. ¿Cómo había sobrevivido mi móvil al accidente? El coche había dado vueltas, y yo... sostenía el teléfono cuando Cody chocó contra el árbol.

Lo recordaba.

Le estaba escribiendo un mensaje a Abbi.

Miré mi teléfono, apenas consciente de que mi madre decía que iba a bajar a hacer algunas llamadas. El móvil no estaba roto en absoluto. Ni una sola grieta en la pantalla, nada. ¿Cómo era eso posible?

Vi los mensajes sin leer, las llamadas perdidas y las notificaciones de redes sociales. Había muchas cosas, demasiadas. Lo ignoré todo, abrí los mensajes y busqué hasta que vi el nombre de Abbi. No leí sus mensajes. Me concentré en la barra para escribir, en el mensaje a medio escribir.

Me he ido con Megan. No quería molestar.

«Dios mío», susurré, dejando caer mi móvil en la cama como si fuera una bomba a punto de estallar.

Mi mensaje seguía allí, esperando a ser enviado. Un pensamiento abandonado sin terminar. Un mensaje que nunca llegó a su destinataria. Aquello podría haber sido lo último que hubiese escrito. Probablemente debería haberlo sido, pero llevar puesto el cinturón de seguridad me había salvado la vida.

Me pasé la mano por el pelo, apartándome los mechones de la cara. Me quedé allí sentada varios minutos, sin moverme. Pronto necesitaría hacer mis ejercicios de respiración. El inhalador reposaba sobre la mesita de noche. Aparté las sábanas de mis piernas y salí con cuidado de la cama. Ponerme de pie hizo que sintiera como si alguien me agarrase con fuerza por las costillas, pero ignoré el dolor mientras recorría la corta distancia hasta mi escritorio y tomaba el portátil.

De vuelta en la cama, lo abrí y fui directamente a Google para escribir el nombre del periódico local. Apareció la web, y no tardé mucho en encontrar lo que estaba buscando.

Artículos sobre el accidente.

El primero, del día después del accidente, mostraba una foto del todoterreno. Me llevé la mano a la boca mientras miraba la imagen. La habían tomado aquella noche. Había un brillo azul y rojo en la foto.

¿Cómo podían publicar algo así?

El coche había quedado destrozado hasta el punto de estar casi irreconocible. El techo se había hundido, las puertas estaban arrancadas. Las ventanillas, rotas. Un lado parecía estar abierto. Una lona amarilla cubría parte del parabrisas.

Chris iba sentado delante.

Retiré la mano del portátil y me quedé sentada allí un segundo, preguntándome cómo había sobrevivido al impacto. ¿Cómo me había salvado el cinturón de seguridad de *aquello*?

En ese artículo no se publicaron los nombres. Las familias todavía aguardaban a que sus vidas se hicieran pedazos. Habían trasladado a dos

pacientes por vía aérea al hospital. Se sospechaba que el alcohol había sido la causa del accidente.

Retrocedí a la página principal, revisé titulares y me detuve en el que rezaba: «Cuatro estudiantes locales mueren en un accidente a causa del alcohol». Era del martes.

Leí el artículo aturrida, como si estuviera leyendo sobre unos desconocidos en lugar de sobre mis amigos. Los llamaban por sus nombres. Cody Reece, de dieciocho años. Chris Byrd, de dieciocho años. Megan Byrd, de diecisiete años. Phillip Johnson, de dieciocho años. Mi nombre no aparecía en la lista. Me mencionaban como una menor de diecisiete años que se hallaba en estado crítico, pero estable.

Todos menos uno habían salido expulsados del vehículo y otro lo había sido solo en parte. Pensé en la lona sobre el lado del copiloto... y no quise pensar más en ello.

Seguí desplazándome por la página y continué leyendo. Los informes preliminares de toxicología indicaban que el conductor, Cody, tenía un nivel de alcohol en sangre dos veces superior al límite legal. El martes, hacía casi una semana, habían estado esperando el informe de toxicología completo, y yo... vi a Cody en mi cabeza, intentando alcanzar la manilla de la puerta y fallar. Le oí decir claramente, como si estuviera sentado a mi lado: «Dios. ¿En serio? Solo he tomado una copa». Y no quería leer más, pero no pude parar.

Leí por encima el artículo que anunciaba que el instituto Clearbrook había renunciado al partido contra Hadley el viernes anterior por respeto a la gran pérdida que había sufrido el equipo de fútbol americano. Hablaba sobre los chicos, sobre sus marcas en el campo. Sobre cómo Cody esperaba ir a la Universidad de Pensilvania y Phillip planeaba ir a la Universidad de Virginia Occidental, al igual que Chris.

El día anterior se había publicado otro artículo, que comunicaba que aquel viernes por la noche se celebraría una vigilia en el instituto Clearbrook, después del partido de fútbol, en el que darían comienzo a su temporada «agridulce». Pero ese artículo mencionaba algo más: cargos.

Cargos contra... Ay, Dios. Leí aquellas líneas dos veces, aturrida y con náuseas.

«En este momento, hay una investigación del accidente en curso. Las autoridades locales han revelado que todos los ocupantes del vehículo eran menores de edad y que habían abandonado la residencia de Albert y Rhonda Scott. Por ahora se cree que ambos adultos estaban en casa mientras se celebraba

la fiesta en su residencia. Si se presentan cargos contra ellos podrían ser declarados culpables de poner en peligro a menores, suministrar alcohol a menores, imprudencia y negligencia criminal».

Santo cielo.

Se trataba de los padres de Keith, y yo sabía que habían estado en casa. Los había visto dentro, en la cocina. Y aquella no era la primera fiesta de la que habían tenido conocimiento.

Aturdida, llegué al final del artículo... e hice algo que sabía que no debía hacer, pero lo hice de todos modos. Empecé a leer los comentarios del artículo en el que habían publicado sus nombres. El primer comentario simplemente decía: «En mis oraciones». El segundo decía: «Qué desperdicio de potencial. QEPD». El tercero decía: «Vi jugar al chico de los Reece. Qué desperdicio. Seguramente habría llegado a la Liga Nacional».

«Por esta razón no se bebe y se conduce. Qué vergüenza».

«Conducir sobrio por esa carretera asusta, pero ¿borracho? Menudos idiotas».

Los comentarios simplemente... simplemente empeoraban desde aquel punto. La gente, completos extraños, lo comentaban como si nos conociesen. Extraños que decían cosas realmente horribles, como si no les importara que los amigos de Cody y Phillip, o la familia de Megan y Chris, pudieran estar leyendo aquello.

«Tomaron decisiones estúpidas. Murieron. Fin de la historia».

«¿Por qué vamos a celebrar una vigilia por cuatro idiotas que se pusieron al volante de un coche borrachos?».

«Bueno, cuatro personas menos por las que no tenemos que preocuparnos, no repoblarán la Tierra».

«¡Los padres del anfitrión de la fiesta deberían ser acusados de asesinato!».

«¿Soy una mala persona si me siento agradecido de que no mataran a nadie más?».

«Gracias a Dios que no mataron a nadie más. Malditos idiotas».

Y los comentarios seguían y seguían, cientos de ellos. Cientos de extraños opinando, sus comentarios entre las «oraciones» y los «pobres padres».

—¿Lena? —Mi madre apareció en la puerta—. ¿Qué estás haciendo? — Su mirada viajó de mi cara hacia el portátil. Se acercó rápidamente a la cama y miró la pantalla. Se abalanzó hacia delante, me arrebató el ordenador del regazo y lo cerró mientras retrocedía.

La miré, temblando. Todo mi cuerpo daba sacudidas. Tenía la cara mojada. No me había dado cuenta de que había empezado a llorar.

—¿Has estado leyendo los comentarios? —le pregunté.

—No. —Dejó mi portátil sobre el escritorio—. He visto algunos fugazmente y no necesito leer más.

—¿Sabes... lo que han estado diciendo?

—No importa. —Se sentó al borde de la cama, a mi lado—. No lo hace...

—¡Eso es lo que piensan de ellos! —Señalé mi portátil, me costaba respirar hondo y de manera constante. Sabía que necesitaba calmarme—. Así serán recordados, ¿no?

—No. Así no es cómo se les recordará. —Mi madre me pasó el brazo por los hombros—. Porque no es así cómo los recordarás tú o cómo los recordarán sus familias.

Pero eso no era cierto, porque el mundo entero los vería siempre de manera diferente. Eso era todo lo que Megan, Cody, Phillip y Chris eran ahora. Cuatro vidas reducidas al nivel de alcohol en su sangre y sus malas elecciones. Eso era lo que eran ahora.

Ni estrellas de fútbol.

Ni estudiantes universitarios indecisos.

Ni una jugadora fantástica en el campo de vóleybol.

Ni una amiga que lo había dejado todo para escuchar tus quejas sobre un chico.

Ni un chico que se preocupaba lo suficiente por el futuro de su amigo como para hacer preguntas.

Ni un chico con el peor gusto en camisetas.

Ni el tipo de gente que siempre podía hacerte reír, en cualquier situación.

En vez de eso, eran una tasa de alcoholemia que duplicaba la legal.

Eran imprudentes e irresponsables.

Eran personas que se habían retirado a sí mismas del patrimonio genético.

Se lo habían buscado ellos mismos.

Eran chicos estúpidos que habían tomado decisiones estúpidas y habían muerto.

Eran una lección para otros.

Eso era todo lo que eran ahora.

Sus vidas enteras eran ahora un maldito programa especial para adolescentes sobre los peligros de beber y conducir.

Eso era todo.

Y lo odiaba.



Porque era cierto.

## Capítulo 16

Las oí abajo, aproximadamente treinta minutos después de salir del instituto. Sus voces subieron desde la planta baja. No pude entender lo que estaban diciendo, pero sabía que mi madre no las iba a detener.

Presa del pánico, me levanté de la cama y miré hacia las puertas del balcón. ¿Podría correr hasta allí? Aquello era una tontería. Las costillas se me saldrían del cuerpo si intentaba correr, y, ¿a dónde iba a ir? Estaba atrapada.

Abbi y Dary estaban subiendo.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó mientras el resonar de sus pasos subía por la escalera. El dolor me atravesó las costillas, ya no me lo amortiguaban los potentes analgésicos que me administraban en el hospital. Me habían extendido una receta, pero todavía no los había comprado.

Dejé a un lado la carpeta llena de deberes y tareas para ponerme al día mientras la presión en mi pecho aumentaba.

Abbi fue la primera en cruzar el umbral. Se detuvo nada más entrar en mi habitación. Dary estaba justo tras ella, pero Abbi no se movió durante lo que me pareció una eternidad. Como si no pudiera entrar en mi habitación, porque esta representaba todo lo que ya no estaba allí. Igual que me había sentido yo.

Sus rizos se estiraban en una coleta alta y tirante. La piel oscura bajo sus ojos estaba hinchada. Al final, Dary la rodeó y entró a la habitación; parecía tan... destrozada.

Llevaba su salvaje pelo negro engominado hacia atrás. Sus gafas de montura blanca no podían ocultar la hinchazón de sus ojos. Normalmente, Dary llevaba algo estrambótico. Aquel día solo llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa holgada con cuello de pico. Sin colores brillantes. Sin vestidos a la moda o tirantes.

—Estás hecha una mierda —dijo finalmente Abbi con la voz ronca.

Yo tenía la boca seca.

—Me siento como una mierda.

Dary me puso mala cara y avanzó para sentarse en mi cama. Abbi se dejó caer en la silla mientras Dary se inclinaba sobre mis piernas, apoyaba los codos en mi cama y escondía la cara entre las manos. Le temblaban los hombros, y yo quería decir algo, ofrecer consuelo.

—Lo siento. —La voz de Dary sonó amortiguada—. Le había dicho a Abbi que mantendría la compostura.

—Pues sí. —Abbi levantó las piernas y se envolvió las rodillas con los brazos—. Me lo había prometido.

—Es solo que... te he echado de menos. —Se subió las gafas a la cabeza y se enjugó los ojos mientras se enderezaba—. Y cuando tu madre dijo que no querías visitas, tuve que esperar para verte, para asegurarme de que estabas bien.

—Y yo estoy intentando no enfadarme por eso —dijo Abbi, apoyando la barbilla sobre las rodillas—. Pero es un verdadero asco tener que recibir noticias tuyas a través de Sebastian.

—Lo siento. —Me recliné hacia atrás, con cuidado de no dejar que las almohadas se resbalaran demasiado hacia abajo—. Digamos que Sebastian... se empeñó en estar.

—Querías espacio, intento entenderlo, pero... —Dary se pasó el dorso de la mano por debajo de los ojos—. Fue realmente duro. —Hubo una pausa—. Todo ha sido realmente duro.

—Lo ha sido —admití con suavidad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al tiempo que dejaba caer las manos y se sentaba derecha.

—Mejor. Dolorida.

Ella se volvió a poner las gafas.

—¿Qué hay de tu pecho? ¿Tus pulmones? ¿Para eso es el inhalador? —Miró hacia donde este reposaba junto a la pila de libros de texto.

Asentí.

—Sí. El médico cree que todo se curará bien, pero tengo que usar el inhalador un par de veces al día durante la próxima semana.

—¿Qué hay del brazo? —preguntó Abbi.

Alcé el brazo izquierdo e hice una mueca.

—Debería curarse bien. Con suerte, me quitarán la escayola en un par de semanas.

Abbi me miró el brazo.

—Entonces... ¿qué va a pasar con el vóleibol?

—No lo sé. —Me recosté en las almohadas—. Lo cierto es que no lo he pensado.

—Cuando me rompí el brazo, llevé escayola como seis semanas. —Dary frunció el ceño—. Dios, recuerdo que de alguna manera se me coló hiedra venenosa bajo el yeso aquel verano. Uf. Fue una tortura.

Eché un vistazo a Abbi. Ya no estaba mirando mi escayola, sino a los pies de la cama.

—¿Estáis... estáis bien, chicas?

Abbi se rio, pero sin humor.

—No sé lo que significa esa pregunta.

—Es solo... —Dary cerró los ojos y meneó la cabeza—. Megan estaba loca, loca de la mejor manera posible. Es tan extraño no tenerla aquí, no escuchar su voz o ver cómo se emociona al ver un gato en el jardín o algo así. Es solo... Nada es igual.

—¿Recuerdas algo del accidente? —preguntó Abbi de repente.

Un temblor se abrió paso por mi cuerpo.

—Solo un poco. Como fragmentos de conversaciones.

—Tu madre dijo que sufriste una conmoción cerebral y que tenías problemas para recordarlo —dijo Dary.

Asentí.

—¿De modo que no recuerdas nada? —preguntó Abbi de nuevo, y mi mirada se encontró con la suya un breve instante.

—No mucho —respondí, y me odié por ello—. Pero... recuerdo que iba a mandarte un mensaje para decirte que... me iba.

—No recibí el mensaje. —Abbi bajó los pies al suelo.

—No tuve... la oportunidad de enviarlo.

Dary cerró los ojos.

—Sé que no lo recuerdas, pero ¿crees que... que sufrieron?

Alisé el edredón con las manos y dejé escapar un suspiro tembloroso.

—No lo creo. Tampoco creo que Cody sufriera.

—Nunca se despertó —declaró Abbi en voz baja.

Sacudí la cabeza, sin saber qué decir mientras las miraba a ambas. La ausencia de Megan era pesada, tangible en la habitación.

Se quedaron un rato, Dary sentada en mi cama, Abbi en la silla del ordenador. Hablaron sobre el instituto y sobre Megan, sobre las canciones que habían sonado en su funeral. Hablaron sobre los cargos a los que podrían enfrentarse los padres de Keith y cómo lo estaba llevando todo él. Dary fue quien llevó el peso de la conversación.

Yo hice los movimientos adecuados, asentía y respondía cuando era necesario, pero no estaba allí, no de verdad. Mi cabeza se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. Se acercaba la hora de la cena cuando se levantaron para irse y Dary me dio un abrazo de despedida.

Abbi me abrazó con el mismo cuidado que Dary.

—Sé que necesitas algo de tiempo, algo de espacio —dijo, presionando su frente contra un lado de mi cabeza. Su voz era lo suficientemente baja como para que solo la oyera yo—. Sé que esto ha sido difícil para ti, pero también lo ha sido para nosotras. No lo olvides. En estos momentos, nos necesitas. — Se le quebró la voz, y por encima de su hombro, vi a Dary inclinar la cabeza—. Y nosotras te necesitamos a ti.



Oí cómo el pomo giraba y miré en esa dirección. Había una sombra al otro lado de las puertas del balcón. Dejé el inhalador a un lado y mi corazón dio un vuelco. La puerta se abrió y entró Sebastian, que volvió a cerrarla tras él.

Iba vestido como para irse a la cama, con pantalones de franela y una camiseta blanca sin mangas. Tenía buen aspecto. Siempre lo tenía, pero casi no quise admitirlo. Como si ya no debiera poder hacerlo.

Como si hubiera perdido ese derecho.

—No te he mandado un mensaje —dijo mientras caminaba hasta la cama y se sentaba—. Pensé que no responderías.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba.

—Sabes por qué.

Levanté una ceja. Antes de que pudiera responder, comenzó a moverse. Poniéndose de lado, se deslizó por la cama y se recostó sobre la espalda. Estábamos hombro con hombro. Cadera con cadera.

Experimenté la aguda sensación de conciencia que siempre acompañaba a ese tipo de cercanía. Una oleada de escalofríos se propagó por mi piel. No parecía... *no parecía correcto*. Ser consciente de ello. Como si no debiera sentir esas cosas después de lo que había sucedido. No estaba bien.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Ponerme cómodo —respondió con una sonrisa—. Tengo pensado quedarme aquí un rato.

Me quedé boquiabierta.

—No estoy segura de si te das cuenta de esto o no, pero ahora me canso con mucha facilidad. Se supone que tengo que descansar...

—¿Recuerdas cuando a los once años tuviste mononucleosis? —preguntó de repente.

Fruncí el ceño. Por supuesto que lo recordaba. Para mí, la fiebre había sido la peor parte. Había sentido que la cabeza me iba a explotar. Estaba bastante segura de que me la había contagiado Dary.

—Nuestros padres querían que nos mantuviéramos alejados el uno del otro. Mi padre tenía miedo de que me contagiara y me perdiera los entrenamientos de las ligas menores. —Se rio en voz baja—. En fin, te disgustaba estar sola y fuiste una quejosa al respecto...

—No fui una quejosa —discutí—. Estuve confinada en mi habitación durante días y, a no ser que durmiera, me aburría.

—Estabas enferma y no querías estar sola. —Hizo una pausa, esperando a que lo mirara—. Me querías a mí.

Alcé las cejas cuando el calor me invadió la cara. ¿Estaba drogado?

—No te quería a ti *per se*. Solo quería a alguien...

—Siempre me has querido a mí —me cortó, su mirada encontró la mía—. No a cualquiera, sino a *mí*.

Con los labios entreabiertos, durante unos segundos solo pude mirarlo fijamente. La noche de la fiesta regresó a mi cabeza. Nosotros junto a la piscina. Yo creyendo que iba a besarme. Nosotros discutiendo aquella noche. Y pensé en el lunes anterior a aquella noche, en el lago. Lo había besado, pero no me había permitido a mí misma pensar en nada de eso, porque no parecía justo.

—Así que, lo de no quererme aquí no tiene nada que ver con que estés cansada. Sé por qué lo haces. O al menos creo que lo entiendo en parte, y más tarde hablaremos de eso de que me quieres a mí —respondió él, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero por ahora quiero saber cómo han ido las cosas con Abbi y Dary.

¿Íbamos a hablar más tarde de la parte en la que yo lo quería a él? Ese era un «más tarde» que me aseguraría de no estar ahí para presenciar.

—No me voy a ir. —Me dio un golpecito en la rodilla con la suya—. Empieza a hablar.

Al cabo de unos segundos, desvié la mirada hacia la televisión. En el fondo, sabía que podía hacer que se fuera. Si le dijera que realmente no lo quería allí, se iría. No le haría ninguna gracia, pero se iría. Sin embargo, mientras contemplaba la televisión, sabía que no quería que se fuera. No quería estar sola. Quería a mis amigos.

Lo quería a él.

—Ha estado bien verlas —admití con voz ronca—. ¿Cómo sabes que han venido? ¿Has estado controlando mi casa?

—Tal vez. —Se rio de nuevo—. No, me han dicho hoy en el instituto que iban a venir y que entrarían a la fuerza si era necesario. Te han echado mucho de menos, Lena. La semana pasada fue muy dura para ellas.

—Lo sé.

Él se quedó en silencio unos instantes.

—Megan también era su amiga.

La culpa era como una serpiente que me retorció las entrañas.

—Eso también lo sé.

—Sé que sí, pero tienes algo en la cabeza.

Pasé la mano por el edredón, sintiendo que había mucho que quería decir pero que no sabía cómo hacerlo.

—Tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—Es comprensible —murmuró—. Ahora mismo yo tengo muchas cosas en la cabeza. Es raro. Me despierto pensando en algo que Cody me dijo. O en algo estúpido e ignorante que le dije.

Cerré los ojos, sintiendo que me ardía la garganta.

—Hoy, en clase, alguien ha dicho algo gracioso, y lo primero que he pensado es que no podía esperar para contárselo a Phillip. Que le encantaría la broma. Luego he recordado que no podía decírselo —me contó Sebastian—. Ayer entré en el comedor buscándote.

No sabía qué decir.

—Los echo de menos, Lena. —Me presionó ligeramente el hombro con el suyo—. Te echo de menos.

Abrí los ojos y me permití apoyarme en él.

—Sin embargo estoy aquí.

—¿De verdad lo estás?

Parpadeé.

—Sí.

Sebastian se quedó callado durante un momento muy largo.

—Es bueno hablar de ellos, ¿sabes? Al menos eso es lo que los psicólogos nos han estado diciendo.

Hablar de Megan y de los chicos dolía como una bala en el pecho, así que no podía imaginarme cómo podría ser bueno.

Cuando no respondí, me hizo la misma pregunta que Abbi:

—¿Recuerdas algo del accidente?

Le di la misma respuesta que les había dado a las chicas.

—Solo unos pocos fragmentos.

Él asintió lentamente.

—¿Tú... sabes por qué te fuiste con ellos sin venir a decírmelo?

Un sexto sentido me dijo que quería hablarme sobre algo... sobre algo que yo había estado evitando a toda costa. No estaba segura de cómo

responder a esa pregunta. Ahora, mi razonamiento parecía muy estúpido. Increíblemente tonto. Pero estaba cansada de decir «no lo sé» y agotada de contar medias verdades y mentiras.

—Estabas con Skylar y yo... es solo que no quería molestarte. —Cuando le eché una mirada, vi que él me estaba mirando como si no tuviera ni idea de lo que yo estaba diciendo—. No volví a verte después de que ella apareciera. No quería ir a buscarte. Pensé que querías... algo de tiempo a solas con ella o algo así.

Una emoción que no pude acabar de identificar parpadeó en su rostro y giró la cabeza. Tensó un músculo de la mandíbula.

—Mierda —murmuró, pasándose la mano por el pelo. Sus dedos crujieron—. No sé por qué crees que Skylar y yo necesitábamos tiempo a solas, pero habría apreciado la interrupción. Pensé que tú simplemente te estabas divirtiendo.

Bajo las sábanas, crucé los tobillos.

—Bueno.

—No. En serio. —Dejó caer la mano y el cabello volvió a caerle sobre la frente—. Skylar quería hablar conmigo sobre... sobre volver a estar juntos. Pasé todo ese tiempo con ella intentando explicarle que eso no iba a pasar, que no íbamos a volver. Ella estaba muy desilusionada. Incluso se echó a llorar.

La sorpresa me recorrió entera.

—¿No has vuelto con Skylar?

—No. —Se rio—. Se acabó la pasada primavera cuando cortamos. No tengo intención de volver con ella. No tengo nada en su contra, todavía me preocupo por ella, pero simplemente no va a pasar.

Había una parte de mí, la parte antigua, que quería analizar cada palabra que él acababa de pronunciar. Todo lo que había estado diciendo. Esa vieja parte de mí quería averiguar si estaba diciendo la verdad o minimizando lo que había pasado para no herir mis sentimientos.

La nueva yo ya no hacía esas cosas.

Sebastian no tenía ninguna razón para mentir sobre aquello.

—Cuando estaba hablando con ella, recibí un mensaje de texto de Abbi, que estaba buscándote a ti y a Megan. —Esta vez se frotó la mandíbula con la mano—. Algunas personas que se habían ido de la fiesta vieron el accidente, reconocieron el todoterreno de Chris y volvieron, porque la carretera estaba bloqueada. Fue entonces cuando supe que había pasado algo. Intenté llamarte. Mandarte un mensaje.



Las llamadas perdidas y los mensajes de texto que se habían quedado sin leer y sin revisar en mi teléfono.

Él exhaló ásperamente. Se produjo una pausa de varios latidos.

—¿Cómo estás en realidad?

Esa pregunta tan simple me atravesó, se estrelló contra mis muros y abrió una pequeña grieta.

—No quiero ir al instituto la semana que viene —susurré—. No sé si puedo ver a todos cuando yo...

—¿Cuándo tú qué?

*Cuando soy responsable de la muerte de mis amigos.*

Al pensar esas palabras, mi corazón dio un vuelco y mi garganta se cerró. No estaba lista para volver al instituto. Y no estaba lista para hablar sobre la agonía y el dolor, y sobre toda la *culpa*. No estaba lista para expresar esas emociones revueltas y amargas con palabras. No sabía cómo admitir ante los amigos que tanto quería, ante el chico del que llevaba enamorada toda la vida, que podría haber impedido lo sucedido. Que podría haberlo hecho mejor.

—Está bien —dijo—. No tenemos que seguir hablando.

Se me formó un nudo.

—Gracias.

—Las cosas mejorarán con el tiempo. —Recorriendo el espacio entre nosotros, encontró mi mano izquierda y entrelazó cuidadosamente sus dedos con los míos—. ¿Sabes cómo lo sé?

—¿Cómo? —Los párpados me pesaban demasiado para mantener los ojos abiertos.

Me apretó los dedos.

—Has dejado la puerta del balcón abierta.

## Capítulo 17

El martes por la tarde me senté en medio de la cama, mirando fijamente mi móvil. Mi madre estaba abajo, intentando encargarse de las pocas cuentas a las que podía acceder desde casa. Me había dicho por la mañana que había hablado con mi padre. Era la primera vez que ella lo mencionaba desde que había estado en el hospital.

Me había dicho que él iba a hacer un esfuerzo por estar más *presente*, sea lo que sea que eso significara.

Yo no esperaba que nada fuera diferente. Mi padre llamaría esporádicamente y yo no respondería. Estar a punto de morir había cambiado muchas cosas, pero no aquella.

Mirando el espacio que había junto a mí en la cama, pensé en la noche anterior. No tenía ni idea de a qué hora se había ido Sebastian porque para ese entonces me había quedado dormida. Todo lo que sabía era que, al despertarme aquella mañana, ya no estaba.

*Las cosas mejorarán con el tiempo.*

¿Lo harían? Nada más despertarme, antes de que la neblina del sueño se disipara por completo, casi había podido creer que lo harían. Hasta que, al cambiar de postura, el dolor me había atravesado el pecho.

Había pensado que tal vez las cosas mejorarían, hasta que recordé que mis amigos estaban muertos.

Hasta que recordé que yo podría haberlos mantenido con vida.

Respiré profundamente, e hice una mueca cuando una sensación de ardor trazó un arco sobre mis costillas. Tragué saliva, preocupada e inquieta.

El entrenador Rogers había llamado por la mañana. No había sabido que se trataba de él hasta que mi madre me había traído el teléfono, y a esas alturas no había manera de que pudiera rechazar la llamada.

Lo había sostenido con la mano temblorosa, el estómago encogido de miedo. Era un hombre estricto. Había expulsado a chicas del equipo por mucho menos que aquello en lo que yo había estado involucrada.

Me froté la frente con la mano. El entrenador me había preguntado cómo estaba y le había dicho que iba mejorando. Me había preguntado por mi brazo

y le había respondido que podrían pasar varias semanas hasta que me quitaran la escayola.

Él estaba al tanto de mi situación, y me sorprendió que me dijera que esperaba verme pronto de nuevo jugando y en los entrenamientos. Me sorprendió que me dijera que todavía tenía un lugar en el equipo.

No era así cómo había esperado que se desarrollara la llamada.

El entrenador había seleccionado a una de las jugadoras de tercero e iba a ver sobre la marcha qué pasaba. Creo recordar que le había contestado que estaba de acuerdo.

Él no había preguntado por Megan o los chicos.

Una parte de mí se preguntaba si mi madre le había dicho algo, porque, ¿cómo había podido no mencionar a Megan? Ella era un miembro muy importante del equipo, mejor que nuestra capitana. Megan iba a conseguir un puesto en el equipo universitario.

*Habría conseguido.*

Megan habría conseguido un puesto. La llamada había terminado con el entrenador diciéndome que me cuidara y que esperaba verme la próxima semana. Cuando colgué, mi madre se llevó el teléfono y yo me senté, mirando mi propio móvil, sabiendo que tenía mensajes de texto sin abrir y mensajes de voz que no había escuchado. Pero no podía pensar en eso, solo podía pensar en lo que había hablado recién.

Él me quería en el equipo, pero yo... no podía imaginarme volviendo. Viajar con el equipo y estar sentada en el banquillo, fingiendo que no había empezado a jugar al vóley por Megan. Fingiendo que estaba bien que ella ya no estuviera allí.

Mi mirada buscó las rodilleras que había en mi armario, y, en ese momento, lo supe. Me deslicé de la cama y me acerqué a ellas arrastrando los pies. Apoyé el brazo malo contra las costillas mientras me agachaba y las recogía del suelo. Las arrojé hacia el fondo del armario, más allá de los libros y los pantalones vaqueros. Cerré la puerta y di un paso atrás.

No iba a volver a necesitarlas.



El sábado por la mañana, Lori se sentó en la mesa de la cocina, con los pies sobre el asiento de una silla. Si mi madre hubiera estado en casa, se habría vuelto loca, pero estaba haciendo mil recados. Normalmente, Lori no venía a casa los fines de semana, ya que Radford y Clearbrook quedaban un poco

lejos, pero mi madre no quería dejarme sola, ya que temía que mis pulmones se deshincharan o algo así.

Dos semanas después de sufrir una lesión mortal, en su mayoría, mi cuerpo empezaba a recuperar la normalidad. Me faltaba el aliento, me dolían las costillas y el brazo casi cada segundo del día, pero los hematomas de mi cara se habían desvanecido y la mandíbula ya no me dolía.

Y estaba viva.

En aquel momento me encontraba caminando en círculos alrededor de la mesa de la cocina, en parte porque se suponía que debía levantarme y moverme y en parte porque estaba teniendo problemas para quedarme sentada. Caminar hizo que me temblaran las costillas, pero era el tipo de dolor al que me estaba acostumbrando.

Lori estaba pelando una naranja, y el aroma cítrico impregnaba la cocina.

—Pues, ¿sabes que papá sigue en la ciudad?

Me detuve a medio camino entre la nevera y el fregadero. Mi madre había mencionado que había hablado con él, no que todavía estuviera en la ciudad. Yo había asumido que había regresado a Seattle.

—¿Cómo?

—Sí. —Dejó caer la cáscara de la naranja sobre una servilleta de papel que tenía al lado—. Está alojado en uno de los hoteles que tienen *suites*. Ya sabes, de las que están pensadas para, digamos, estancias prolongadas y cosas así.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

Encogió los hombros.

—No lo sé. He quedado para cenar con él esta noche. Deberías venir.

Me reí e inmediatamente me arrepentí. Reír me dolió.

—Paso. Gracias.

Lori puso los ojos en blanco mientras separaba un gajo.

—Eso no es muy amable.

Reanudé mis pasos e ignoré ese comentario.

—¿Cómo puede permitirse quedarse en un hotel? Eso tiene que ser costoso.

—Le va bien —respondió ella—. Y ha estado ahorrando dinero. Lo sabrías si hablaras de verdad con él.

—Ah, ¿de modo que le va lo bastante bien para quedarse en un hotel durante un largo período? —Irritada, me detuve en la nevera y tomé un refresco—. Eso es *genial*.

Lori se metió el último gajo de naranja en la boca y me miró.

—Y a mamá tampoco le está yendo mal.

—No ha sido fácil —respondí—. Tú lo sabes.

Entré en la sala de estar y encendí la televisión. Me acomodé en el sofá y empecé a pasar los canales. Lori me siguió, pero antes de que pudiera sentarse, alguien llamó a la puerta principal.

—Ya voy yo. —Dio la vuelta y desapareció en el pequeño vestíbulo.

No podía ser Sebastian. Venía todas las noches, todas y cada una, desde el lunes, pero aún debía de estar en el entrenamiento de fútbol. Cada. Noche.

—Está aquí. —Oí decir a Lori.

Un segundo después, Dary traspasó el umbral de la sala de estar.

—Hola —saludó—. Me aburro.

Mis labios se crisparon en una pequeña sonrisa que resultó extraña, y me di cuenta de que no había sonreído desde... desde aquel sábado por la noche.

—¿Así que has decidido venir?

—Sí. —Se sentó en el sillón—. Estoy tan aburrida que he pensado en venir y... —miró la televisión con los ojos entrecerrados—, ver la batalla de Antietam contigo.

Lori resopló mientras se sentaba en el sofá.

—Vas a desear haberte quedado en casa.

—No lo creo. —Dary encogió las piernas debajo de ella—. Mi madre quiere organizar los armarios. Podrías pensar que estoy exagerando, pero no, no lo hago. Estaba esperándome con una *lista* cuando he llegado a casa. Así que he mentido y le he dicho que tenía que ayudarte con los deberes. He venido caminando hasta aquí, que, por cierto, ¿por qué hace tanto calor en otoño?

—Calentamiento global. —Lori levantó el mando y le quitó el volumen a la televisión—. ¿Dónde está Abbi?

Hice una mueca. Desde el lunes, Abbi solo se había pasado una vez, el miércoles. No se había quedado mucho tiempo, y había dejado a Dary aquí. No había mandado mensajes ni había llamado.

—Está con sus padres —dijo Dary—. Hoy iban a hacer algo.

No dije nada porque sabía que era mentira. Su madre siempre trabajaba en el hospital los sábados, y por la forma en que las cosas les iban a sus padres, dudaba de que estuvieran teniendo un día en familia.

El plátano que me había comido antes se agrió en mi estómago. Abbi no quería verme y había muchas razones por las que probablemente se sentía así. No podía culparla por ninguna de ellas.

—¿Vuelves al instituto el lunes o el martes? —preguntó Dary.

—Tuve visita con el médico ayer. Quiere volver a verme el lunes por la mañana, y si todo va tan bien como cree, empezaré el martes.

Dary se pasó una mano por su pelo corto.

—Apuesto a que estás lista para volver a clase.

—La verdad es que no —murmuré. Una bola de terror se formó en mi interior.

Ella frunció el ceño.

—¿De verdad? A estas alturas yo ya me habría vuelto loca, y a ti en realidad te gusta el instituto.

Sí que me estaba volviendo un poco loca y sí que me gustaba el instituto, pero ir al instituto significaba que tendría que enfrentarme a todos y...

—Todo el mundo tiene ganas de verte —continuó, obviamente leyendo mi vacilación—. Mucha gente ha estado preguntando cómo estás. Muchos han estado pensando en ti.

Bebí un sorbo de mi refresco mientras pensaba en la tarjeta que Sebastian me había traído. Todavía estaba en mi escritorio, en su bolsa de papel.

—Simplemente no... No será lo mismo sin ellos allí —admití, una pequeña verdad de entre todo lo que había estado pensando. Como había hecho con Sebastian el lunes por la noche al decirle que no quería volver al instituto.

Dary bajó la mirada y sus hombros se alzaron en una respiración profunda.

—No lo es. Lo cierto es que no lo es, pero... empieza a ser más fácil.

¿Era eso cierto?

Ella respiró de nuevo, y cuando habló, su voz tembló:

—Por cierto, ¿ya te has puesto al día con los deberes?

Dando la bienvenida al cambio de tema, me relajé.

—Más o menos. La mayoría son lecturas y deberes rápidos.

—Eso es bueno. Al menos no tienes que sentirte abrumada por intentar ponerte al día. —Apoyó el codo en la silla—. Entonces, ¿cómo van las cosas con Sebastian?

Lori resopló una vez más.

—Ahora prácticamente vive aquí.

Le lancé una mirada amenazadora.

—No, no lo hace.

—Yo pensaba que antes ya era malo —continuó mi hermana, ignorándome—. Como tener un maldito hermano en la casa. Pero ahora está aquí a todas horas.

Dary se rio.

—Tú ni siquiera estás aquí todo el tiempo. —Hice notar—. No sabes de lo que estás hablando.

—¿No es hora de que uses tu inhalador? —bromeó con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—Ni siquiera sé por qué me preguntas cómo van las cosas con Sebastian.

Fue Dary la que resopló en aquella ocasión.

—Vamos, Lena. Solo porque no estuve en casa durante una semana no significa que no sepa lo del beso y la discusión en la... —Se detuvo un segundo, y yo me puse rígida. Ella se recuperó sacudiendo la cabeza—. Abbi me lo ha contado.

Probablemente fuese mejor que Abbi no estuviera allí, porque tenía ganas de darle un golpe en la cabeza.

—Espera. —Lori se inclinó hacia delante y me miró—. ¿Besaste a Sebastian?

Abrí la boca.

—Sí —respondió Dary por mí—. En el lago, supuestamente.

—Ya era hora. —Lori se echó hacia atrás, sonriendo—. Dios mío, espera a que lo vuelva a ver. Estoy tan...

—No le digas nada. Por favor, Lori. Fue un... no lo sé. No se suponía que tuviera que pasar. Él no me besó. Solo fue algo fortuito que simplemente sucedió...

—Besar a alguien no es algo que simplemente sucede, ¿sabes? —Lori inclinó la cabeza hacia un lado—. Estoy bastante segura de que eso lo sabes.

—Abbi dijo que vosotros dos tuvisteis una conversación sobre ello después de que él te tirara a la piscina o algo así. Se suponía que ibas a contárselo más tarde. —Dary apoyó la mejilla en su puño—. ¿De qué hablasteis? Y vamos, sé que le confesaste a Abbi y... y Megan que él *te gusta*, aunque eso ya lo sabíamos todas.

—De nada, en realidad. —Suspiré, mirando por la habitación en busca de una manera de escapar. Me sentía rara, incluso mal, hablando de Sebastian después de lo sucedido. Pero ambas me miraban y esperaban, como si para ellas no fuera raro en absoluto.

»Cuando me tiró a la piscina, creí que me iba a besar. Me enfadé y me alejé. Estuve hablando con... con Cody —dije, perdiendo el aliento a causa de la aguda punzada de dolor en el pecho—. Y él vino y ni siquiera sé cómo empezamos a discutir. Él dijo algo. Yo dije algo a mi vez y admití que había

creído que iba a besarme, pero luego Skylar se acercó y yo me fui. —Hice una pausa mientras miraba a Dary—. Me ha dicho que no ha vuelto con ella.

—No lo he visto con ella en el instituto. Así que no creo que hayan vuelto —dijo, mirando al techo. Frunció los labios—. Aunque he visto que ella se le acerca. Él no parece muy interesado, ¿sabes? Como si fuera cortés, pero necesitara desesperadamente que su mejor amiga para siempre, también conocida como Lena, irrumpiera y lo rescatara.

Ella sonrió cuando meneé la cabeza.

—Espera un segundo. Retrocedamos un segundo. Lo besaste, ¿verdad? —preguntó Lori—. ¿Lo sabe mamá? Porque si crees que no sabe que se cuele en tu habitación a la una de la madrugada, replantéatelo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Sabe eso?

Lori se rio como si pensara que necesitaba que me dieran unas palmaditas en la cabeza.

—Creo que tiene sus sospechas.

Oh.

Probablemente aquello no fuera bueno.

—Te casarás con él algún día y será tan adorable que dará asco —anunció Dary.

—No estoy tan segura —protesté, levantando mi brazo bueno—. ¿Podemos no hablar de esto?

—Hay otra razón por la que he venido. —Dary se ajustó las gafas—. Me preguntaba si querías ir al cementerio... Puedo conducir tu coche. —Miró a mi hermana—. ¿O quizás Lori pueda llevarnos?

Palidecí cuando la presión se apoderó de mi pecho. ¿Ir al cementerio? ¿Para ver las tumbas de Cody y Phillip? ¿Las de Megan y Chris? La tierra todavía estaría removida. La hierba no habría crecido por encima.

—No lo sé. —Lori me estaba observando—. Hace mucho calor fuera y es un paseo largo una vez en el cementerio. No creo que esté preparada para todo eso.

Dary pareció aceptar la excusa, que al menos era verdad en parte.

Se quedó un par de horas más y luego se marchó, con la promesa de enviarme un mensaje luego.

—Gracias —le dije a Lori después de que cerrara la puerta—. Por lo del cementerio.

Ella asintió distraídamente, con la expresión tensa.

—No estás lista para eso, y no estoy hablando solo de físicamente.



Levanté una almohada y la estrujé contra mi pecho. Sabía que ella tenía razón.

—Ni siquiera hablas de Megan o de los chicos. —Se acercó al sofá—. No hablas del accidente ni de nada. Sabía que no querías ir a ver sus tumbas.

*Tumbas.* Odiaba aquella palabra. Era fría y árida.

—Sabes que tendrás que hacerlo, con el tiempo. —Lori se sentó a mi lado y colocó sus pies descalzos sobre la mesita de café—. Tienes que hacerlo. Para cerrarlo. O algo así.

Asentí.

—Lo sé. Yo solo... —Un nudo se retorció en lo más profundo de mi estómago—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Crees que lo que pasó fue realmente un accidente?

Ella arrugó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Es difícil de explicar, pero... ¿fue realmente un accidente? Quiero decir, Cody iba... Iba borracho y condujo. —Apreté más la almohada contra mi cuerpo—. Si hubiese sobrevivido, ¿no podría ser acusado de homicidio involuntario o algo así?

—Supongo.

—Entonces ¿cómo puede ser realmente un accidente? —*¿Y no deberían acusarme a mí de algo porque no estaba borracha?* Eso no lo dije—. Para mí, un accidente es algo que no se puede prevenir. Esto se podría haber prevenido.

Lori reclinó la cabeza contra el cojín.

—Entiendo de qué hablas, pero yo... no sé qué decir. Él no tenía la intención de perder el control y chocar. No pretendía matar a nadie ni hacerte daño, pero lo hizo. Las acciones tienen consecuencias, ¿no?

—También la inacción —murmuré.

Ella se quedó callada un momento.

—Mamá me lo contó.

Me tensé.

Transcurrió un latido.

—Me contó que comprobaron tu nivel de alcohol en sangre cuando llegaste al hospital, cuando te hicieron el resto de pruebas. Los médicos dijeron que no estabas borracha. Que no había nada en tu sistema.

Cerré los ojos y tragué saliva.

—¿Qué pasó, Lena? —Se giró hacia mí, levantando una pierna—. Sabes que puedes hablar conmigo. No voy a juzgarte. Hablar te ayudará.

Abrí la boca. El deseo de contárselo era casi abrumador. Pero me juzgaría. *Tenía* que hacerlo.

Así que no dije nada.

## Capítulo 18

Sebastian arrastró una de las viejas sillas de plástico fuera del cobertizo de sus padres y la colocó junto a la mía en el balcón el sábado por la noche.

Estábamos sentados uno al lado del otro. Sus pies reposaban sobre la barandilla, y los míos estaban en el suelo porque suponía una gran presión para mis costillas levantarlos tanto.

Había hecho calor durante el día, casi como si aún estuviéramos justo en mitad del verano, pero por la noche había refrescado de forma significativa. Así era cómo funcionaba el clima allí. Un día era como si el verano rehusara irse, el viento caliente y el aire húmedo, y más tarde, por la noche, el otoño avanzaba a un ritmo constante, trayendo consigo un viento más frío y hojas moribundas, tornando el mundo en naranja y rojo. A finales de mes, las calabazas empezarían a aparecer en los porches delanteros. En dos meses, las charlas sobre Acción de Gracias y Navidad llenarían el aire. La vida, al fin, estaba avanzando, no a paso de tortuga, sino tan rápido que parecía lento.

—¿No tienes nada más interesante que hacer esta noche? —pregunté. Se había presentado hacía aproximadamente media hora. Un mes antes habría estado en casa de Keith un sábado por la noche. O en el lago con Phillip y Cody. Pero estaba allí, sentado en mi balcón.

—La verdad es que no.

Moví la almohada en la que me recostaba.

—Supongo que ahora mismo no se celebran muchas fiestas.

—Hay algunas. No en casa de Keith, obviamente. —Dirigió la mirada a la botella de agua que tenía entre las rodillas—. Pero es aquí donde quiero estar.

Mi corazón se hinchó en respuesta, pero ignoré el agradable trinar que la sensación me inducía y cavé un agujero en él.

—¿Cómo va todo con Keith?

—Ha sido duro. En realidad él no habla de ello. No creo que pueda. Probablemente es lo que los abogados de sus padres les habrán aconsejado. —Bebió un trago de su botella—. No sé qué van a hacer. Se habla de que la familia de Phillip planea demandar a la de Keith. Que han estado hablando con las otras familias. No me sorprendería que acabes recibiendo una llamada telefónica suya.

Contemplando las hojas caer de las ramas, acunadas por la brisa nocturna, sacudí la cabeza.

—No quiero formar parte de eso.

—Nunca he pensado que quisieras. Sé que Keith se siente como una mierda por lo que pasó. Se siente responsable.

Jugué con la anilla de mi lata.

—Pero ¿son responsables? Es decir, sus padres sabían lo de las fiestas que daba. Todos sabemos eso. Nunca tuvieron problemas con ello. Pero no hicieron que nadie condujera borracho. —Me detuve, preguntándome por qué estaba diciendo aquello. Probablemente intentaba sentirme mejor—. No sé lo que estoy diciendo. Solo estoy pensando en voz alta.

Lo cierto era que, un mes atrás, nunca hubiera pensado en nada de eso. Ir a fiestas, beber una copa o dos y marcharse era la norma. Nunca había pensado que aquello sucedería, y sabía lo estúpido que sonaba. Lo increíblemente ingenua que era esa creencia. Lo trágica, en última instancia.

Sebastian no respondió en un buen rato, así que lo miré. Él estaba contemplando el oscuro cielo nocturno cubierto de estrellas.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué? —susurré, casi con miedo de saberlo.

Él inclinó la cabeza en mi dirección.

—Creo que todos somos responsables.

Girando la cabeza hacia él, me quedé quieta y fui incapaz de apartar la mirada.

—Es algo en lo que he estado pensando mucho últimamente. Yo fui a aquella fiesta. Bebí y planeaba traerte de vuelta a casa en coche. No pensé que te estaría poniendo en peligro, o en que me ponía en peligro a mí mismo.

—Sin embargo, no te emborrachaste —señalé—. Nunca te he visto completamente borracho e intentando conducir luego.

—No, pero ¿realmente hay diferencia? —preguntó—. ¿Dos cervezas? ¿Tres? Solo porque parezca que estoy bien y que actúo con normalidad no significa que no me haya afectado y que no me haya dado cuenta. No es por sonar como un maldito anuncio, pero solo se necesitan un par de segundos, ¿no?

—Correcto —murmuré.

—Y apuesto a que Cody pensó que iba bien. Que no pensó ni por un segundo que ponerse al volante acabaría como acabó.

No lo hizo.

El dolor me atravesó el pecho y no tenía nada que ver con mis heridas. Cody había creído que estaba bien para conducir. También lo habían creído Chris, Megan y Phillip.

—Él está bien. Vamos. —Megan me tomó de la mano y se inclinó para susurrarme al oído—. Quiero *nuggets* de pollo y salsa agri dulce.

Tragando saliva, dejé que el recuerdo se desvaneciera, pero el significado persistió. Ninguno de ellos había pensado ni por un segundo que sería un problema que Cody condujera, porque todos habían estado bebiendo. Pero ¿yo? Yo lo había sabido mejor.

Aunque Sebastian tenía razón en parte. Todos éramos responsables, en diversos grados. Todos habíamos sido increíblemente descuidados, una y otra vez. Sencillamente, nadie había pensado en ese tipo de cosas hasta que ocurrió, hasta que fue demasiado tarde. Pero en última instancia, yo era tan responsable como Cody. Puede que no ante la ley. Pero sí a nivel moral.

Y no sabía cómo vivir con eso.

—Dary me ha mandado un mensaje de texto antes.

Levanté una ceja.

—¿Por qué? Ha estado aquí hoy.

—Lo sé. —Sebastian dejó la botella entre sus rodillas—. Pero está preocupada por ti.

—No debería estarlo. —Me incliné hacia un lado mientras la sensación punzante en las costillas aumentaba—. Estoy bien.

Sebastian se rio suavemente en voz baja.

—Estás lejos de estar bien, Lena.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que fingir que estás bien delante de la gente no implica que realmente lo estés.

Apartándome el pelo de la cara, vi una estrella desaparecer tras las nubes.

—¿Estás pensando en estudiar psicología o algo así?

En esa ocasión, se rio entre dientes.

—Puede. Creo que se me da bastante bien.

Me reí.

—Lo que tú digas.

Se estiró, tomó un mechón de mi cabello y me dio un tirón suave.

—¿Vas a poder conducir hasta el instituto esta semana? —preguntó—. He estado hablando con mi padre al respecto, y me ha contado que a uno de los tipos que conoce de la fábrica le colapsó un pulmón. Solo uno. No querían que condujese hasta que estuviera totalmente recuperado.

—Ya, todavía no había llegado tan lejos en mi planificación. Espero que les parezca bien que conduzca.

—Sin embargo, ¿qué pasa con el brazo? Solo es el brazo izquierdo, pero si le sumas lo de los pulmones, tal vez no deberías hacerlo. —Dejó caer el brazo y elevó la mirada al cielo—. Vivo justo al lado, puedo llevarte en coche hasta que estés completamente recuperada.

—No es necesario. Estoy segura de que...

—No sé si es necesario o no, pero quiero llevarte yo hasta que estés al cien por cien.

Lo miré. Nuestros ojos se encontraron y nos sostuvimos la mirada.

—Estoy bien. Puedo conducir.

—O quizás no lo estés. Quizás tus reflejos sean lentos porque tus costillas te están matando. O quizás podrías tener problemas para respirar y acabar teniendo un accidente. —Se movió hacia mí, y aunque estábamos en sillas separadas, de repente había muy poco espacio entre nosotros—. Casi te pierdo una vez. No quiero que vuelva a pasar.

Me quedé sin aliento y no tuvo nada que ver con el estado actual de mis destrozados pulmones.

—Pero ¿cómo voy a volver a casa? ¿No tienes entrenamiento de fútbol? Yo no tengo entrenamiento de vóleybol —añadí, levantando el brazo escayolado—. No puedo jugar.

—Tengo casi una hora entre que se acaban las clases y empieza el entrenamiento. —Sebastian no cuestionó el tema del vóleybol. Y probablemente el entrenador esperaba verme el martes, pero eso no iba a pasar—. Tengo tiempo para traerte a casa. Quiero hacerlo —agregó, bajando la voz—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Si la situación fuera al revés, tú insistirías en llevarme.

Tenía razón, pero nunca sería al revés, porque él no era tan estúpido como yo. Sin embargo, discutir sobre aquello era una tontería. Él vivía al lado. Todavía era, sin importar lo que pasara, mi... mi mejor amigo. Aunque tal vez ya no lo sería una vez supiera el papel que yo había jugado en el accidente.

De repente hizo aquello que me volvía loca: morderse el labio inferior y luego dejarlo ir lentamente.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿Lo hay? —Yo estaba mirando su boca, pensando en la sensación de sus labios contra los míos.

Él ladeó la cabeza.

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.  
Claro.  
Cosas en las que estaba segura de no querer ahondar.  
Me alejé y me recosté con cuidado en la silla.  
—Estoy muy cansada y...  
—No lo hagas —exigió en voz baja—. No me apartes.  
Mi corazón dio un vuelco.  
—No te estoy apartando.  
—Sí. Estás apartando a Abbi y a Dary, y la única razón por la que a mí no me has apartado por completo es porque no te lo estoy permitiendo.  
—Eres un poco molesto —admití en un murmullo.  
Él dejó caer los pies al suelo y colocó su botella junto a su silla.  
—Tengo algo que decirte. No tienes que responder. No tienes que decirme nada. Lo único que tienes que hacer es escuchar mientras yo aclaro algo.  
—Voy a ser sincera en este momento —le dije, encarándolo—. No tengo ni idea de a dónde vas con todo esto.  
Él esbozó una sonrisa torcida.  
—Lo entenderás en unos instantes.  
Esperé.  
Su mirada no se apartaba de la mía.  
—¿Cuándo nos conocimos? ¿A los seis años? ¿A los siete?  
—A los ocho —respondí, preguntándome qué tenía que ver eso—. Nos mudamos a esta casa cuando yo tenía ocho años, y tú estabas fuera, haciendo pases de fútbol americano con tu padre en el patio trasero.  
—Sí, es verdad. —Las comisuras de sus labios se curvaron—. Estabas en este balcón observándome.  
Lo miré boquiabierto.  
—¿Me viste? —Nunca habíamos hablado de ello. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Así que no tenía ni idea de que me hubiera visto. Él había aparecido al día siguiente, preguntándome si quería ir a montar en bici con él.  
—Te vi. —Extendió la mano y me dio golpecitos con el dedo en el brazo—. También oí a tu padre diciéndote que entraras en casa y empezaras a deshacer las maletas. Creo que respondiste diciéndole que vaciar cajas vulneraba las leyes del trabajo infantil.  
No pude luchar contra mi sonrisa.  
—Puede que dijera algo así.  
—Ahí fue cuando me enamoré de ti.  
Con una ligera sacudida, parpadeé una vez, y luego dos.

—¿Q-qué?

Sus pestañas se deslizaron hacia abajo, protegiéndole los ojos de la tenue luz del techo, que era tan solo una bombilla desnuda que empezaba a fundirse.

—Me tomaste por sorpresa cuando me besaste en el lago.

Abrí los ojos como platos. ¿Qué era lo que estaba pasando?

—No me arrepentí. No me disgustó. Nunca pensé que yo... que te gustara de esa manera. —Él se rio de nuevo, pero esta vez de forma tímida, insegura—. Bueno, eso es mentira. A veces me lo planteaba. Ojalá no me hubiera asustado después. Ojalá te hubiera devuelto el beso. Ojalá... ojalá te hubiera besado yo en la piscina. —Cuadró los hombros y levantó la mirada—. Porque hace tiempo que quiero hacerlo.

—¿Qué? —repetí como una tonta.

Sebastian no apartó la mirada.

—No sé cuándo pasó, cuándo empecé verte, a verte *de verdad*. En realidad, ¿sabes qué? Eso es una mentira descarada. Sí que lo sé. Me enamoré de ti en el preciso instante en que te oí decirle aquello tan ridículo a tu padre. Simplemente no supe lo que significaba, lo que sentía. Y me llevó años entenderlo. No lo descubrí hasta que empezaste a salir con Andre. Yo no era... Mierda, no era feliz. Él no me gustaba. Pensaba que podías encontrar a alguien mejor. No me gustaba que siempre te estuviera tocando.

Todo lo que podía hacer era mirarlo fijamente.

—Me engañé a mí mismo durante mucho tiempo. Me dije que estaba siendo duro con él porque eras mi mejor amiga. Pero no se trataba solo de eso. Cada vez que veía que te besaba, quería pegarle una paliza. Cuando veía que estaba en tu casa, quería interrumpir. Asegurarme de que no tuvierais tiempo a solas. —Se rio una vez más—. En realidad, lo hice bastantes veces.

Él *había* hecho aquello. Muchas, muchas veces había cruzado la puerta del balcón sin previo aviso, y muchas veces había sido muy, muy incómodo. Andre solía enfadarse mucho, especialmente cuando Sebastian dejaba caer su trasero en mi cama y no se iba.

—Pero cuando rompiste con él, no solo me sentí aliviado. En absoluto. Me hizo *feliz*. Cuando te oí hablar con Abbi aquí fuera sobre romper con él, recuerdo haberme dicho: «Esta es mi oportunidad».

Todo en mí se quedó paralizado. *Todo*.

—Pero... pero estabas con Skylar...

—Por eso rompí con ella. Tenía razón sobre que yo me preocupaba más por mis amigos que por ella, pero no era como ella creía. Era porque me



preocupaba más por ti —dijo—. Pensaba en ti como debería haber estado pensando en ella.

Entreabrí los labios.

—Pero nunca creí, ni por un instante, que tú sintieras lo mismo. No quería arriesgarme a arruinar nuestra amistad. —Sebastian se inclinó de nuevo, su cabeza no muy lejos de la mía—. Cuando me besaste, yo... Mierda, me entró el pánico. Ahora me siento como un cobarde. Debería haberte dicho algo. No puedo retroceder y cambiarlo, pero quiero que sepas que no me arrepiento. Lo que lamento es no haber sido yo quien lo hiciera.

Respiró profundamente.

—Quería hablar contigo sobre esto aquella noche. Por eso fue que te dije que necesitaba hablar contigo. Y, echando la vista atrás, debería haberle dicho a Skylar que esperara. Dios, desearía más que nada haber hecho eso, porque... porque no creo que hubieras estado en ese coche. ¿Quién sabe qué habría pasado? Pero me gustas, Lena. Eso lo sabes. —Esa risa tímida otra vez—. Yo, bueno, me gustas *de verdad* y ojalá te hubiera besado en aquella piscina. Desearía haberte contado... —Se aclaró la garganta—... lo mucho que quiero besarte desde hace tiempo. Que no te veo solo como a una amiga más.

¿Era un sueño? Tenía que serlo, porque parecía uno. Esas eran las palabras que llevaba esperando oír lo que parecía una vida entera.

—Creo... creo que sé cómo te sientes tú, pero no espero que digas nada ahora mismo —dijo, sus ojos encontrándose de nuevo con los míos y buscando en ellos atentamente—. Solo necesitaba que lo supieras.

Lo miré fijamente, incapaz de procesar por completo lo que estaba diciendo.

Es decir, lo entendía. Sí que lo hacía. Me estaba diciendo que quería besarme. Que había querido hacerlo. Que yo le *gustaba*. Desde hacía tiempo. Estaba estupefacta, aturdida en mi silencio. Me había tocado el premio gordo de las fantasías que se hacían realidad, pero ¿ahora? ¿Ahora? ¿Cuando no me merecía que me entregaran en bandeja de plata lo que tanto quería? ¿Ahora, cuando una de mis mejores amigas estaba muerta, y otros tres amigos con ella, porque yo... no los había detenido?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué... por qué ahora? ¿Por qué querías...? —Se me quebró la voz—. ¿Por qué ibas a esperar hasta después de aquello, después de todo lo sucedido, para contarme esto?

—No debería haber esperado.

—Pero ahora es como el peor momento de la historia. —Bajé los pies al suelo y me puse de pie, necesitaba poner espacio entre los dos. El movimiento brusco me provocó un dolor lacerante en las costillas—. Es un muy mal momento, Sebastian.

—O es el mejor momento —replicó él mientras me observaba rodear la silla—. ¿Y sabes qué? Esperar es demasiado arriesgado. Nunca es un mal momento para decirle a alguien que lo quieres.

Sebastian me quería. ¿Me *quería* de verdad? ¿Como *amor*? No podía ser. No me estaba pasando ahora. No cuando debería haber pasado *antes*.

Comencé a retroceder hacia mi puerta mientras él se levantaba y me seguía. Mi espalda tocó la pared. Extendí la mano detrás de mí, pero me quedé inmóvil cuando rodeó la silla.

Se detuvo frente a mí y colocó una mano junto a mi cabeza.

—El mejor momento para decírtelo habría sido cuando me di cuenta de que me sentía así —dijo, bajando la cabeza hacia la mía. Mi corazón se convirtió en un martillo neumático—. He tenido un millón de ocasiones desde entonces.

—No puedo procesar esto ahora. —Mi voz estaba espesa, mis ojos bien abiertos cuando lo miré.

—No tienes que hacerlo. Yo solo necesitaba sacarlo. —Sebastian se inclinó y presionó su boca contra mi sien. Mi corazón retumbó cuando cerré los ojos—. ¿De qué sirve esperar? A ninguno de nosotros se nos promete un mañana. Hemos aprendido eso, ¿no? No siempre disponemos de un luego. —Volvió a besarme en la sien y luego retrocedió mirándome a los ojos—. Estoy harto de vivir como lo hacemos.

## Capítulo 19

Normalmente me habría puesto al teléfono con mis amigas inmediatamente. La conversación con Sebastian era una emergencia de incendio de nivel cinco que necesitaba debatir hasta que me repitiera una y otra vez y hablara en círculos.

Pero las cosas ya no eran normales.

Quería llamar a Abbi y a Dary. Había estado a punto de hacerlo el domingo por la mañana, pero mientras miraba fijamente mi teléfono hasta que se me nubló la vista, no pude reunir el coraje para hacerlo. No me parecía algo que debiera hacer. Dudaba seriamente de que quisieran escuchar mis dramas sobre chicos, o lo que fuera que había pasado con Sebastian.

Sentada en mi cama el lunes por la noche, mordisqueándome una uña como si fuera la hora de cenar, tenía otras cosas en la cabeza.

Me habían dado permiso para volver al instituto al día siguiente. No se podía evitar, aunque sabía que si le decía a mi madre que no estaba lista, ella llamaría al centro. Pero eso significaría que ella no podría ir a trabajar. De ninguna manera me iba a dejar sola en casa en esos momentos, y Lori había vuelto a Radford. Eso dejaba a mi padre, dondequiera que estuviera, pero ella sabía que yo no estaría de acuerdo con eso. Su jefe se estaba portando de maravilla con todo el asunto, pero yo no quería que su puesto peligrara. Así que iría a clase. Vería a todos. No me escondería más.

Sebastian me llevaría en coche por la mañana y, ay Dios, no quería pensar en él, porque al hacerlo pensaba en lo que me había dicho el sábado por la noche.

*Ahí fue cuando me enamoré de ti.*

Mi corazón se saltó un latido.

No puedo pensar en eso. Intenté dejar de lado lo que Sebastian había dicho, pero tuve tanto éxito como si bajara las escaleras con los tobillos atados. Un escalofrío me recorrió la espalda. Me di la vuelta para mirar el mapamundi que había sobre mi escritorio. Varios años atrás, había tomado un rotulador azul y había rodeado todos los lugares que quería visitar algún día. Sebastian había elegido un rotulador rojo y se había unido. Muchos de los lugares coincidían. Teníamos trece o catorce años por aquel entonces.

*¿Llevaba enamorado de mí todo aquel tiempo?*

Cerré los ojos con fuerza y, durante unos segundos, solo durante un par de latidos, dejé que aquellas palabras que él había pronunciado me calaran la piel, invadieran mis músculos y me tatuaran los huesos. Mi mano derecha se apoyó en mi pecho y mi estómago se hundió como si estuviera en una montaña rusa. Durante esos instantes, visualicé lo que se suponía que pasaría, lo que se suponía que pasaría en mi vida.

Sebastian me diría que me quería. Nos daríamos un beso, esta vez más profundo e intenso que antes. Yo le devolvería el beso, y puede que nos quedáramos atrapados para siempre en ese instante. Tal vez las cosas irían más lejos, y sería glorioso y perfecto. Tendríamos citas. Nos daríamos la mano en el instituto. Iríamos juntos a las fiestas. Todos sonreirían y se susurrarían unos a otros: «Ya era hora». No podríamos mantener nuestras manos alejadas el uno del otro y...

Alcé la mano y la pasé por debajo de mis ojos, limpiando la humedad acumulada en mis mejillas. Me acerqué al extremo de la cama y puse los pies en el suelo. Pasaron unos segundos y luego abrí los ojos y me puse de pie. Una punzada de dolor me recorrió la caja torácica y me devolvió a la realidad. Respiré de forma temblorosa.

La culpa se me instaló con fuerza en el pecho.

¿Cómo podía siquiera pensar en ese tipo de cosas? Parecía, no sé, egocéntrico. Incorrecto. No sabía cómo se suponía que debía sentirme, cómo se suponía que debía seguir adelante a partir de ese punto, pero sabía que no merecía algo tan bueno como aquello.

No ahora.

Tal vez al cabo de cien mañanas.

Pero no ahora.



—¿Estás segura de que estás lista para hacer esto hoy?

Levanté la vista de la mesa de la cocina y me sacudí las migas de Pop-Tarts de las puntas de los dedos. No tenía hambre, pero me había obligado a comer. El azucarado desayuno me recubría la garganta como serrín.

—Sí.

Mi madre se encontraba junto al fregadero, vestida para el trabajo con una blusa celeste y pantalones negros. Todo en ella parecía estar bien por fuera, pero sus ojos mostraban agotamiento.

—Si por alguna razón empiezas a sentirte enferma o cansada, llámame inmediatamente. Iré a recogerte.

—Estaré bien. —Me puse de pie, arrugué la servilleta de papel y la arrojé a la basura—. No te pases todo el día preocupada por mí.

—Soy tu madre. Es mi trabajo hacerlo.

Una leve sonrisa se formó en mis labios.

—Pero estaré bien. El médico ha dicho que me estoy recuperando y que no cree que vaya a haber ninguna complicación.

—Lo sé. Estaba allí. Pero también nos advirtió de que hasta un cincuenta por ciento de las personas que han sufrido un colapso pulmonar pueden tener una recaída.

—Mamá. —Suspiré, pero antes de que pudiera añadir algo más, alguien llamó a la puerta principal. Un segundo después, oímos que se abría. Con el corazón palpitándome con fuerza, me giré hacia la entrada.

—Hola —saludó Sebastian—. Soy yo.

Mi madre sonrió como si el sol acabara de entrar en la casa. Los pasos se acercaron a la cocina y a continuación Sebastian estaba de pie en el umbral, con el pelo húmedo y la raída camisa de algodón adherida a sus anchos hombros.

Tenía buen aspecto, realmente bueno.

Me alisé los pantalones vaqueros con las manos, repentinamente nerviosa por razones que no tenían nada que ver con ir al instituto. Sebastian había venido el domingo y no había mencionado la conversación que habíamos mantenido el sábado por la noche, pero estaba ahí cuando me miraba, en cada roce de su mano o cada vez que presionaba su pierna contra la mía.

—Buenos días —saludó mientras entraba dando zancadas en la cocina—. ¿Estás lista?

Asintiendo, me obligué a mí misma a recomponerme.

—Quiero que me hagas un favor —le dijo mi madre mientras caminaba hasta donde yo estaba petrificada frente al fregadero—. Échale un ojo a Lena.

—Mamá —gemí esta vez.

Me ignoró.

—No quiero que se sobrecargue. Hoy va a ser un día largo para ella.

Mis ojos se abrieron ligeramente cuando él me cubrió los hombros con su brazo. El peso era mínimo y lo había hecho un millón de veces antes, pero me estremecí en respuesta. Sebastian lo notó. Sabía que sí, porque conjuró esa media sonrisa al bajar la vista para mirarme.

—No se preocupe, señora Wise. No pienso despegar mis ojos de ella.

Ay, Dios.

El ansia de apoyarme en Sebastian, de presionar mi mejilla contra su pecho fue difícil de resistir, pero me alejé de él un paso y recogí mi mochila. Colocármela en el hombro me provocó malestar, tendría que recordarlo la próxima vez.

—Será mejor que nos pongamos en marcha para no llegar tarde.

—Tienes el mundo a tus pies. —Sebastian levantó el montón de libros que iba a necesitar guardar en mi taquilla.

Mi madre nos siguió por la puerta principal y me detuvo antes de que bajara los escalones. Me colocó las manos sobre las mejillas.

—Te quiero —susurró con fervor—. Hoy va a ser un largo día. —Sus ojos buscaron los míos—. Por muchas razones.

—Lo sé. —Un nudo ardiente de lágrimas histéricas volvió a instalarse dentro de mí.

Retirando las manos de mis mejillas, ella se giró y miró a Sebastian.

—La dejo en tus manos.

¿En sus manos? Hice una mueca, pero ninguno de los dos me vio.

—La tengo —prometió, y esas palabras encerraban un gran significado, como si estuviera haciendo algún tipo de reclamo, aceptando la responsabilidad tácita.

—Gracias —dijo mi madre mientras le daba una palmada en el hombro.

Apenas me detuve a poner los ojos en blanco cuando salí al camino de entrada.

—Deberíamos irnos —reiteré.

Riéndose entre dientes, Sebastian bajó los escalones para reunirse conmigo. Me despedí de mi madre y empecé a recorrer el camino de la entrada, a través de los altos setos, hacia la casa de Sebastian.

—¿Sabes? —dije, cambiando la mochila de hombro—, no «me tienes», sea lo que sea que eso signifique.

El ritmo de las piernas largas de Sebastian hizo que se situara delante de mí.

—Sí, lo hago. —Se pasó la carga al otro brazo, abrió la puerta trasera del Jeep y colocó los libros dentro—. Te he tenido durante más tiempo del que me he dado cuenta.

Hice una mueca mientras lo miraba.

—Ni siquiera sé qué decir a eso.

—No tienes que decir nada. —Sus dedos se deslizaron bajo la correa de mi mochila. Apenas respiré cuando me la quitó del hombro—. Hoy tienes

buen aspecto.

No me esperaba eso, así que parpadeé y me miré. Llevaba una camiseta vieja, unos pantalones vaqueros y unas chanclas que estaban a unos días de romperse.

—¿De verdad?

—Sí. —Dejó mi mochila en la parte de atrás y cerró la puerta. Se acomodó frente a mí una vez más y avanzó hasta que sus pies casi tocaron los míos. Eché la cabeza hacia atrás mientras él miraba hacia abajo—. Los magullones han desaparecido.

Casi ni entendí lo que estaba diciendo.

—La mayoría ya se habían desvanecido, pero tenías un rastro aquí. —Su pulgar rozó el lado izquierdo de mi mandíbula, y provocó que se me acelerara la respiración. Sus profundos ojos azul medianoche se concentraron en los míos—. Ahora ya no está —añadió.

—¿No? —logré decir.

—No. —Su pulgar recorrió la línea de mi mandíbula—. Era solo una tenue sombra azulada, pero yo me di cuenta de que la tenías.

Me estremecí.

Su pulgar rozó mi barbilla y se deslizó por mi labio inferior. Su cabeza descendió.

—Hoy va a ser un día difícil —dijo con voz ronca y más profunda de lo normal—. Te vas a cansar físicamente... —Su pulgar realizó de nuevo el recorrido—. Te vas a agotar emocionalmente. El primer día para mí... No hay palabras.

Todo lo que había dentro de mí, cada célula y músculo, se tensó y se relajó a la vez. Era difícil prestar atención a lo que estaba diciendo cuando me tocaba así. De una manera en la que nunca antes me había tocado. De una forma en la que yo siempre había querido que me tocara.

—Parece... parece como si hubieras estado leyendo sobre psicología otra vez —me obligué a decir, sonando entrecortada.

Él esbozó una media sonrisa de lado.

—O he estado hablando y escuchando.

Incliné la cabeza hacia un lado y fruncí las cejas. Empecé a preguntar qué significaba eso, pero de repente presionó sus labios contra la comisura de los míos. Fue breve, más breve que el beso del lago, pero me sacudió hasta la médula.

—¿Qué estás haciendo? —Jadeé.

Dio un paso atrás; su intensa mirada de ojos entrecerrados me recorrió entera.

—Estoy haciendo lo que dije que iba a hacer.



Una nota me esperaba cuando entré al aula. Ni siquiera llegué a mi asiento antes de que la profesora me saludara y me entregara un justificante. En su cara, plagada de arrugas, había una mirada compasiva.

—Tienes que ir al despacho del director, cielo.

¿Cielo? Estaba segura de que nunca me habían llamado así en todos mis años de secundaria, pero asentí, tomé mi justificante y salí de la clase.

Mantuve la cabeza gacha, al entrar y al salir, en el pasillo e incluso en mi taquilla, donde Sebastian me había ayudado a dejar mis libros y colocarlo todo antes de besarme de nuevo, esta vez en la mejilla, para luego dirigirse a su clase.

Todos me miraban fijamente, susurraban, y cuando cometí el error de despegar mi vista de la taquilla mientras la cerraba, una chica con la que nunca había hablado en toda mi vida había acudido corriendo a mi lado, me había abrazado con torpeza y había soltado un discurso inconexo sobre lo mucho que lo sentía por mí y lo contenta que estaba de que estuviera bien. Yo no tenía ni idea de cómo se llamaba. Y estaba bastante segura de que ella no tenía ni idea de quién era yo antes del accidente.

Me había quedado allí de pie, completamente confundida.

Ahora sostenía la nota arrugada en la mano mientras me dirigía a la parte delantera del instituto y abría las puertas dobles de la oficina principal. Una de las voluntarias de administración estaba en el mostrador, una señora mayor que llevaba el pintalabios rosa más brillante que vi en mi vida.

Me acerqué a la mesa.

—Me han dicho que viniera al despacho. Mi nombre es Lena Wise.

—Ah. —El reconocimiento destelló en sus ojos legañosos—. Quédate aquí y les haré saber que has llegado.

¿Les? Me aparté del escritorio, tensa. ¿Qué estaba pasando? La observé caminar por el estrecho pasillo que llevaba a los despachos. No tuve que esperar mucho. Un hombre alto de cabello plateado salió unos instantes después.

—¿Señorita Wise? —Se acercó a mí y me tendió la mano—. Soy el doctor Perry. Estoy en el equipo que ha venido a causa de los recientes acontecimientos.



Oh.

*Oh, maldita sea.*

—Vamos a retroceder un poco en el tiempo y a charlar un rato, ¿de acuerdo? —Se hizo a un lado, esperando. No es que yo tuviera mucha elección.

Reprimiendo un suspiro, caminé fatigosamente por el pasillo y seguí al doctor Perry a una de las salas de reuniones que generalmente se reservan para las reuniones de padres. El tipo de sala llena de estúpidos carteles motivacionales de gatitos que se aferran a madejas y hablan de trabajo en equipo.

Dejé caer mi mochila en el suelo y me acomodé en una rígida silla de plástico mientras él rodeaba el escritorio y se sentaba frente a mí. Un regalo que había recibido seguramente por el día del padre, una taza que proclamaba su excepcionalidad, reposaba en el escritorio junto a un expediente cerrado que tenía mi nombre escrito en una pestaña.

—¿Puedo llamarte Lena? —preguntó.

Asentí, colocando las manos entre las rodillas. Aquello no me vino bien para el brazo, así que lo levanté y lo puse sobre la mesa.

—Perfecto. —Sonrió débilmente—. Como te he dicho, soy el doctor Perry. Tengo mi propia consulta, pero trabajo para el distrito escolar, cuando es necesario en ciertas circunstancias en las que el personal puede sentirse abrumado por la necesidad de orientadores. —En ese momento me mostró sus credenciales, y eran impresionantes. Licenciado en la Universidad de Pensilvania. Posgrado en la Universidad de Brown. Un montón de certificaciones que eran como un idioma diferente para mí. Luego la conversación se centró en mí—. ¿Cómo te sientes volviendo al instituto?

—Bien —respondí, cruzando los tobillos—. Estoy... estoy lista.

Él apoyó su brazo en la mesa.

—Tiene que ser difícil perderse casi dos semanas y lidiar con la muerte de tus amigos.

Me sobresalté ante la inesperada brusquedad. Él era el primero que lo decía tal cual.

—Yo... ha sido... —Parpadeé—. Ha sido duro.

—Me lo puedo imaginar. La muerte de cuatro jóvenes brillantes que tenían todo su futuro por delante es algo muy difícil de entender, de comprender por completo. —Sus ojos castaños se mostraron agudos mientras hablaba—. Y es más difícil para ti. Estabas en el coche con ellos. Resultaste

gravemente herida y, según tu expediente, ¿afectarán estas lesiones al vóleibol? Han pasado muchas cosas.

Me puse tensa e hice una mueca cuando el dolor me atravesó las costillas. Eché un vistazo a la puerta, planteándome si correr hacia ella.

—No vamos a centrarnos en eso hoy —dijo en voz baja—. Puedes relajarte.

Mi mirada regresó a él con brusquedad.

—¿Hoy?

—Nos reuniremos tres veces a la semana durante el próximo mes — anunció mientras levantaba su taza al «Mejor padre del mundo»—. No sé si tu madre te lo mencionó.

Ella había olvidado mencionar esa parte. Demasiado irritada para hablar, crucé los brazos sobre el estómago.

—Normalmente, nuestras sesiones serán los lunes, miércoles y viernes. Hoy es un poco diferente, pero nos reuniremos mañana y seguiremos el horario.

¿Tres días a la semana? *Dios mío*. Solté aire bruscamente mientras miraba al techo.

—No creo que esto sea necesario.

Él tomó un sorbo de su café.

—Es necesario y no eres la única con la que se ha reunido nuestro equipo. No estás sola en esto.

Dirigí la mirada hacia él, y quise preguntar con quién más se estaba reuniendo. ¿Era Sebastian? Eso explicaría por qué era tan increíblemente certero con algunas de las cosas que había estado diciendo. No pregunté, porque pensé que no podría responderme.

—Nadie va a juzgarte por reunirte conmigo.

Yo no estaba tan segura de eso, ya que se trataba del instituto, al fin y al cabo, y todos juzgaban a todos por todo.

—Y esto es necesario, Lena. Puede que no tengas ganas, y al principio puede parecer que está haciendo más daño que otra cosa. —Su mirada era firme—. En tu interior hay cosas que necesitas exteriorizar.

Apreté la mandíbula y no dije nada.

Él me estudió durante un momento, y tuve la desconcertante sensación de que lo veía todo de mí, de que observaba todo lo que yo no quería decir en voz alta.

—La culpa por vivir cuando todos los demás han muerto es una carga muy pesada, Lena. El síndrome del superviviente no es una broma. Esa carga

nunca va a desaparecer, pero podemos reducirla. Podemos hacer que sea soportable.

Suspiré suavemente.

—¿Cómo?

—Sé que ahora no suena posible, pero vas a continuar con tu vida. Tendrás un mañana. Una próxima semana. Un próximo mes. Un próximo año. Al final, superarás todo esto.

No veía cómo sería eso posible.

—Yo... no esperaba que esto sucediera —susurré, cerrando brevemente los ojos—. Sé lo estúpido que suena, pero nunca pensé que esto pasaría.

—No es estúpido, porque nadie lo piensa nunca. Nadie piensa que le va a ocurrir algo así. —Cuando hizo una pausa, supe en ese momento que él lo sabía. Lo sabía. Mi mirada se concentró en el expediente que había frente a él, y mi corazón empezó a acelerarse. ¿Habría hablado con la policía? ¿Con mi madre? Y cuando él prosiguió, quise levantarme y salir de la habitación, pero estaba enraizada en la silla.

»Sé lo que pasó.

## Capítulo 20

—¿No vas al entrenamiento de vóleibol? —preguntó Dary.

—Hoy no. —No desarrollé más la respuesta. El entrenador me había arrinconado después de la comida, cuando estaba junto a mi taquilla. Me había preguntado si asistiría al entrenamiento, y le había respondido que todavía me cansaba con facilidad y que mi madre me quería de vuelta en casa.

En realidad, no era una mentira.

Él había respondido entonces que esperaba verme en el entrenamiento de la próxima semana, y yo había asentido. Había tenido muchas oportunidades para decirle que no iba a volver, pero lo aplacé para otro día.

En otras palabras, no había sido capaz de decirlo.

Sebastian caminaba varios pasos por delante en el pasillo que salía del gimnasio, su mochila colgándole de un hombro, la mía colgando de sus dedos.

—No es una mala vista —admitió Dary en un susurro.

Una sonrisa cansada tironeó de mis labios. No había manera de poder negarlo, pero lo que de verdad quería era meterme en la cama y echarme una siesta. Estaba exhausta.

Al otro lado de Dary, los dedos de Abbi volaban sobre la pantalla de su teléfono.

—Está siendo de mucha ayuda, ¿no?

Sorprendida, la miré. Abbi no había estado muy habladora. Ni en Química ni durante la comida. Todos los demás habían estado charlando. Como la chica de esta mañana, muchas personas se me habían acercado a lo largo del día. Había recibido muchos abrazos, muchos buenos deseos de gente que apenas conocía. Otros no se me habían acercado. Jessica y sus amigas no lo habían hecho, pero había supuesto que no lo haría, ya que ella había estado saliendo con Cody. Skylar tampoco me había mirado durante la clase anterior.

Pero tenía la clara impresión de que Abbi no estaba exactamente emocionada conmigo, y podría haber un montón de razones para ello.

—Sí, la verdad es que ha sido... de mucha ayuda.

—¿Así es como lo llaman hoy en día? —bromeó Dary—. ¿Cuando los chicos están locos por ti, son de ayuda?

—De hecho, esa parece una buena forma de expresarlo. —La mirada de Abbi estaba clavada en la espalda de Sebastian—. ¿Ha cambiado algo entre los dos?

Abrí la boca, a punto de contarles lo que Sebastian me había dicho, pero me detuve. Estaba convencida de que no querían escucharlo.

Abbi frunció los labios mientras salíamos por las puertas dobles. El cielo estaba nublado y el olor de la lluvia permanecía en el aire.

Con los ojos bien abiertos, Dary nos miró a ambas.

—He pensado que, ¿tal vez podríamos quedar para picar algo luego? Como... solíamos hacer.

Como solíamos hacer con Megan.

—No sé —dije con voz ronca—. Tengo mucho trabajo con el que ponerme al día.

La media sonrisa de Abbi era amarga y sus palabras fueron afiladas cuando entramos en el aparcamiento.

—Por supuesto.

La miré de forma repentina, con el estómago agitado, y Abbi suspiró.

—¿Quizá la próxima semana ya estarás más al día? —preguntó.

Asentí y respondí quedamente:

—Seguro.

—Os escribiré después, chicas. —Dary me dio un beso rápido en la mejilla y luego hizo lo mismo con Abbi, antes de dirigirse hacia donde había aparcado.

Más adelante, Sebastian me miró por encima de su hombro. Estaba casi al lado de su Jeep y sabía que no tenía mucho tiempo, pero necesitaba hablar con Abbi. Había una pregunta gestándose. Sabía que debía mantener la boca cerrada, pero no pude.

Me detuve, inclinando mi cuerpo hacia Abbi.

—¿Podemos hablar un segundo?

Sus cejas se alzaron mientras levantaba lentamente la vista de su móvil. Su mirada no era hostil, pero tampoco era muy amigable. Había un muro entre nosotras.

—¿Qué pasa?

Respirando hondo, pregunté:

—¿Estás... enfadada conmigo?

Abbi bajó su teléfono mientras ladeaba la cabeza. Por un momento, creí que no iba a responder.

—¿Sinceramente?

Mi corazón dio un fuerte vuelco.

—Siempre hemos sido sinceras la una con la otra.

Ella levantó la vista hacia las enormes nubes que teníamos encima y meneó la cabeza.

—Deja que te haga una pregunta.

—Está bien.

—¿Qué está pasando entre vosotros? —Señaló con la barbilla en la dirección de Sebastian.

—Nada —respondí rápidamente—. Solo me está ayudando.

—¿En serio? ¿Eso es lo que vas a decir? —Su mano estrujó con fuerza la correa de su mochila—. Porque sé que no solo te está ayudando.

—Él...

—Le dijo a Skylar que le gustabas —me interrumpió, con dureza en sus ojos oscuros.

Parpadeé.

—¿Que dijo *qué*?

—Skylar le contó a Daniela que Sebastian había admitido que le gustabas y que por eso rompieron la pasada primavera —explicó, cambiando el peso de un pie al otro—. Él le dijo que no quería volver con ella, porque no podía hacer eso cuando sentía algo por ti. Así que, ¿me estás diciendo que no tienes ni idea? Que después de todo el tiempo que has estado obsesionada con él en secreto, ¿no sabes que él siente lo mismo por ti? ¿Que no se ha sincerado contigo?

—Yo... —Retrocedí, y mi mirada buscó a Sebastian. Estaba dejando mi mochila en el asiento trasero.

—No me puedo creer que no me lo contaras, especialmente porque sé lo que sientes por él. Lo deprimida que estabas cuando lo besaste y él parecía no estar interesado —continuó ella con la voz ligeramente quebrada—. Soy una de tus mejores amigas y sigo aquí. Todavía estoy viva y no me has contado esto, algo que sé que es importante.

Cielo santo. Mi cuerpo entero sufrió una sacudida. No esperaba que la conversación fuera a tratar sobre eso.

—Sencillamente no quería hablar de ello. Es decir, sí quería. Quería llamaros a ti y a Dary en cuanto Sebastian me confesó cómo se sentía, pero no he sido realmente capaz de procesarlo. Lo que dijo surgió de la nada y ni siquiera sé si realmente se siente así o si se debe a... a todo lo ocurrido —admití con prisa—. Y después de lo que ha sucedido, no me parece correcto hablar de Sebastian como si no hubiera pasado nada.

—Ese es el tema, Lena. Lo que pasó no solo te pasó a ti. Sí, estabas en el coche, y solo Dios sabe lo que viste y por lo que pasaste. Yo no tengo ni idea. ¿Sabes por qué? Porque no me hablas de ello. No hablas con Dary...

—Acabo de volver al instituto. —Tragué con la sensación de tener navajas en la garganta—. Solo han pasado...

—Han pasado dos semanas y tres días desde el accidente. Lo sé —respondió Abbi, con el pecho subiéndole y bajándole considerablemente—. Sé exactamente cuántos días han pasado desde que Megan, Cody, Phillip y Chris murieron. Sé exactamente cuántos días han pasado desde que pensé que tú también podrías haber muerto.

Respiré de forma temblorosa.

—Abbi...

Su voz vaciló cuando dijo:

—¿Te das cuenta de eso? ¿De que todos nosotros pensamos que también habías muerto en ese coche? ¿O de que ibas a morir en el hospital, como Cody? ¿De que Dary, Sebastian y yo... —alargó el brazo en dirección a él— ... creíamos eso? ¿Y de que luego, cuando nos enteramos de que estabas viva, nos dijeron que ni siquiera querías vernos?

Las lágrimas empañaron mis ojos.

—Lo siento —susurré, sin tener ni idea de qué más decir—. Lo siento. Mi cabeza... Es solo que...

Abbi levantó la mano.

—Una parte de mí incluso puede ver más allá del hecho de que no quieras decir nada. Incluso puedo entender tu renuencia a hablar de cosas normales. Y lo siento. No intento ser mala. Entiendo que has pasado por mucho. Yo también. Y Dary, Sebastian, Keith y todos en este maldito instituto, pero lo que no... —Cerró la mano en un puño y miró hacia el cielo, contando hasta cinco en voz baja—. Lo que no entiendo es cómo te subiste a ese coche, Lena. Cómo, aun estando Cody tan borracho, te subiste al coche. Tú no estabas borracha. Estuve contigo justo antes de que te fueras y no estabas borracha, pero aun así te subiste a ese coche y dejaste que Cody condujera.

Retrocedí como si me hubiera abofeteado. Al principio no supe qué decir y luego la conmoción dio paso a la ira, una furia roja y ardiente que estalló en mi interior como un volcán.

—Tú y Megan os subisteis al coche con Chris y fuisteis a la fiesta, y eso que creíais que no estaba bien. Vosotras...

—Creíamos que iba borracho. No lo sabíamos a ciencia cierta —dijo ella, sus fosas nasales dilatadas—. Y no se salió de la carretera y mató a cuatro

personas, ¿verdad?

Entreabrí la boca. ¿Cómo podía responder a eso? Ella tenía razón, pero también estaba muy equivocada, porque ella tenía mucha suerte, mucha, de estar en su situación, pero yo estaba en la mía.

—Eh, ¿va todo bien por aquí? —Sebastian apareció a nuestro lado. Su mano aterrizó en la parte baja de mi espalda mientras su mirada se centraba en Abbi. Tenía la mandíbula apretada, la mirada firme.

—Sí. —Abbi respiró profundamente—. Todo va bien. Os veré luego, chicos.

Con los hombros tensos, observé cómo se daba la vuelta y se alejaba hacia donde había aparcado. Abbi había mentido.

Nada iba bien.



Cuando llegué a casa, mi móvil sonaba dentro de mi mochila. Me la descolgué, saqué el teléfono y vi que era mi padre.

«De ninguna manera», murmuré, y silencié la llamada. No tenía fuerza mental para eso.

Me arrastré escaleras arriba y pasé la siguiente hora haciendo los deberes a medias, lo cual significaba que no hice mucho, porque todo en lo que podía pensar era en lo que Abbi y el doctor Perry habían dicho. Cuando mi madre volvió a casa, me obligué a bajar las escaleras. Ella estaba dejando su bolso sobre la mesa cuando entré en la cocina.

—¿Cómo ha ido el instituto?

—Bien. —Me senté en la mesa—. Habría ido mejor si me hubieras puesto sobre aviso de que tenía que reunirme con un psicólogo allí.

Mi madre se quitó la chaqueta.

—No lo mencioné porque tenía la sensación de que te enfadarías y no quería que te sintieras así antes de volver. Hoy ya iba a ser un día bastante duro.

—Ojalá me lo hubieras dicho para que me preparara.

Rodeó la mesa y se sentó en la silla que quedaba a mi lado.

—El instituto se puso en contacto conmigo la semana pasada, me hablaron de los consejeros de duelo, y pensé que era una buena idea.

—Yo no estoy tan segura —musité.

Mi madre esbozó una débil sonrisa.

—Hay cosas de las que debes hablar, de las que me gustaría que hablaras conmigo, pero que podría resultarte más fácil con otra persona. —Hizo una



pausa—. Al menos eso es lo que dijo el doctor Perry.

Me masajé la frente y cerré los ojos.

—¿Le... le contaste lo que hablamos con la policía?

—Le conté todo lo que necesitaba saber —respondió ella. Sus dedos se detuvieron sobre mi mano izquierda—. Todo aquello sobre lo que necesitas hablar.

Retiré mi brazo con brusquedad y me puse de pie, aferrándome a la oleada de ira que había sentido antes, al hablar con Abbi en el instituto.

—No quiero hablar de ello. ¿Por qué nadie lo entiende? ¿O lo respeta?

Mi madre me miró.

—Porque el respeto no siempre implica hacer lo correcto.

—¿Qué? —Me di la vuelta y agarré mi bolso—. Eso ni siquiera tiene sentido. —Volví a girarme, me dirigí a las escaleras del pasillo y me preparé para pisotear con fuerza durante mi ascensión—. Realmente no tiene ningún sentido en absoluto.

—Lena.

No quería detenerme, pero lo hice al pie de las escaleras.

—¿Qué?

—No estoy enfadada contigo.

Mi columna vertebral se quedó rígida.

Mi madre se situó bajo el arco de la puerta. La fina y desgastada blusa azul se estiró sobre sus hombros mientras cruzaba los brazos. Pensé en lo que Lori había dicho sobre que a mi madre le iba bien desde que nuestro padre se había ido. Si eso fuese cierto, entonces podría permitirse una camisa nueva, aunque hubiese cuidado muy bien las que ya tenía.

—Al principio estaba enfadada. Aliviada de que estuvieras viva y de que fueras a estar bien, pero enfadada porque tomaste una mala decisión. Pero ya no estoy enfadada. Estoy disgustada por lo que ha pasado y por lo que has tenido que pasar, pero no estoy enfadada contigo.

La miré fijamente, no podía creerme que estuviera diciendo eso. ¿Cómo podía no estar enfadada?

Ella inspiró profundamente.

—Solo quiero que lo sepas. Creo que necesitas saberlo.

No sabía qué decir. Sentí que mis rodillas iban a ceder. Mi madre no estaba enfadada, pero no me parecía bien. Debería seguir enfadada conmigo.

No había *consecuencias*.

Subí los escalones antes de que ella dijera algo más. La puerta de mi habitación se cerró con un portazo tras de mí. Me encerré allí, fingiendo

concentrarme en los deberes y bajé solo para la cena porque olía a pollo frito.

No pensaba rechazar el pollo frito.

Eran poco más de las siete cuando me puse unos pantalones cortos para dormir y una vieja camiseta sin mangas. Coloqué un edredón sobre mis piernas y tenía la firme intención de ponerme de nuevo con los deberes, pero me dormí sin siquiera abrir el libro de texto de Historia. Tuve un sueño inquieto, uno del que me despertaba cada cuarto de hora aproximadamente, pero la última vez que abrí los ojos, oí que una puerta se cerraba. Giré la cabeza hacia el balcón. Una sorprendente ráfaga de frío rodó sobre mi cama. Sebastian entró en mi habitación sin decir ni una sola palabra.

Gimiendo, saqué una mano de debajo de la colcha y me froté un lado de la cara.

—¿Sabes que lo que estás haciendo se llama allanamiento?

—No, no lo creo. —Se sentó al borde de la cama—. En realidad, solo estoy siendo cortés.

Bajé la mano y fruncí el ceño.

—¿Y cómo es eso?

—No tienes que levantarte y abrir la puerta. —Me guiñó un ojo y odié que me resultara tan sexy—. Solo estoy pensando en ti.

Puse los ojos en blanco y me moví para que mis piernas apuntaran hacia él.

—Lo que tú digas. A lo mejor no quiero verte.

—Podrías haber cerrado la puerta —señaló—. Si no quieres verme, eso es lo *único* que tienes que hacer.

Podría haberlo hecho. Pero nunca lo hacía porque en realidad quería que me visitara. Quería que él estuviera allí, aunque no debería, pero no iba a admitirlo.

—Estás restringiendo mi libertad.

Sebastian echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Ruidosamente. Yo abrí los ojos de par en par.

—¡*Chist!* —Giré la cabeza hacia mi puerta cerrada—. Mi madre te va a oír.

—Estoy bastante seguro de que tu madre sabe que vengo aquí todas las noches.

Eso era más o menos lo que Lori había dicho.

—Pero dudo que sepa que te quedas, digamos, para siempre.

—Probablemente no. —Se movió y se tumbó en la cama, con la cabeza sobre las almohadas, junto a la mía.

—¿Ya estabas durmiendo? Son solo las nueve.

—Estaba cansada. Hoy ha sido... —Me detuve. ¿Cómo diablos iba a describir el día?

—¿Ha sido qué? —Cuando no respondí de inmediato, él insistió—. ¿Ha sido qué, Lena?

Solté un suspiro pesado, fuerte y molesto.

—Ha sido duro. Me siento como si tuviera noventa años. Para cuando ha llegado la tercera hora necesitaba una siesta. El dolor de las costillas ha estado presente durante todo el día y no podía tomarme las pastillas que el médico me mandó porque me habría desmayado.

—¿Y? —preguntó cuando me callé.

—Y... simplemente ha sido duro.

Sebastian no dijo nada, y yo sabía que estaba esperando a que continuara. Pasaron varios instantes y lo intenté de nuevo.

—Se suponía que tenía Escritura Creativa con Megan. Ha sido... —Tragué saliva—. No tenerla en clase o en la comida ha sido raro. Seguía esperando que se sentara a la mesa. No ir al entrenamiento me ha hecho sentir mal. Como si llevara olvidándome de algo toda la tarde.

—Lo mismo pasa con los chicos. —Sebastian cruzó ligeramente los brazos—. Espero ver a Chris haciendo pesas en el gimnasio. A Phillip haciéndoselo pasar mal a la gente. A Cody frente a mí en el entrenamiento.

Había tanta... tanta pérdida, tantas cosas que nunca volverían a ser como antes. Pasé el dedo por el borde de mi escayola mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso.

—Hoy he tenido que reunirme con uno de los psicólogos.

—Yo también tuve que hacerlo —respondió—. Creo que la mitad del último curso lo ha hecho.

Le eché un vistazo.

—Tengo que reunirme con ese tipo tres veces a la semana.

No hubo ningún destello de juicio en su rostro.

—Seguramente será bueno para ti.

Yo no estaba tan segura.

—¿Hablaste con ellos? En plan, ¿hablar de verdad?

Él se quedó inmóvil un segundo, y luego asintió.

—Sí. Me ayudó. —Su mirada se encontró con la mía—. Te ayudará —afirmó.

Excepto que Sebastian no cargaba con el tipo de culpa de la que yo necesitaba hablar.

—¿Qué ha pasado entre tú y Abbi después de clase? —preguntó, rodando de costado para quedar frente a mí.

Dejé caer los hombros. El familiar tirón de las lágrimas me subió por la garganta.

—Nada.

—Lo que he interrumpido no era «nada» —negó—. Parecía que estaba por comenzar una discusión acalorada. —Sebastian alzó el brazo y colocó los dedos bajo mi barbilla con suavidad. Volvió mi cabeza hacia la suya—. Habla conmigo, Lena.

Mi mirada descendió cuando la sensación de sus dedos me caló la piel.

—Ella está... está enfadada conmigo.

—¿Por qué? —preguntó, retirando los dedos de mi barbilla. Los hizo recorrer mi mandíbula, enviando un escalofrío a lo largo de mi espina dorsal.

—Porque... la he apartado —admití mientras cerraba los ojos. Su mano seguía moviéndose, sus dedos me acariciaban el cabello—. No he hablado con ella. —No era la única razón por la que estaba enfadada, pero era la única razón a la que podía enfrentarme, especialmente mientras él me tocaba—. No lo pretendía. Es solo que... me siento responsable.

Su mano se detuvo.

—Lena, no eres responsable. No conducías tú.

Dios, no lo sabía. No tenía ni idea. Empecé a girarme, pero su mano me retuvo. Abrí los ojos. Su mano se separó de mi cuello y cayó en el escaso espacio que quedaba entre nuestros cuerpos.

Sebastian estaba de costado junto a mí, ligeramente apoyado en su codo, de modo que su cuerpo casi se cernía sobre el mío. Había algo completamente íntimo en nuestra postura, como si lo hubiéramos hecho cientos de veces. Y lo habíamos hecho, pero lo que él había admitido el sábado por la noche había cambiado las cosas. No se trataba tan solo de dos amigos tumbados uno junto al otro. Ya no era solo el chico de al lado. No podíamos volver a eso, sin importar cómo siguiéramos adelante, y aunque era lo que había deseado durante mucho tiempo, era aterrador.

—Lena —susurró mi nombre como si fuera algún tipo de bendición.

—No quiero seguir hablando —dije—. Yo... te quiero aquí, pero no quiero hablar.

Sentí que lo comprendía. La mirada en sus ojos cambió, pasó de ser de preocupación a algo más salvaje, más intenso. Se mordió el labio inferior. Todo en la habitación cambió en un instante. Así de extremo fue. Durante un

instante había sentido que estaba a punto de perderlo y ahora me hallaba en un precipicio totalmente diferente.

Había dicho que me quería, que estaba *enamorado* de mí.

Y yo había estado enamorada de él desde... desde siempre.

Sentía que no me lo merecía. Haber ganado esa segunda oportunidad. Estar sintiendo mi respiración acelerada o el repentino calor que se extendía por mi piel e inundaba todos mis sentidos.

Y puede que él no me quisiera de esa manera preciosa e infinita sobre la que leía en los libros que adornaban mi habitación. El tipo de amor que era como una cadena que conecta dos almas, un vínculo inquebrantable que prevalece en las peores circunstancias, pese a las decisiones más horribles. Obviamente él pensaba que sí, pero la gente creía y sentía todo tipo de locuras cuando sufría una pérdida. Sin embargo, esos sentimientos se desvanecían y disminuían una vez que la vida retornaba a la normalidad y el dolor de la pérdida se disipaba.

Pero en ese momento, yo no quería aceptar nada de eso o lo que nos había llevado hasta ese punto en el que las cosas ya no eran lo mismo entre nosotros. Tan solo quería explorar el calor que se arremolinaba en mis entrañas, la falta de aliento en mi pecho, que nada tenía que ver con mis pulmones o mis costillas.

Quizá era por haber vuelto al instituto ese día. O la inesperada conversación con el doctor Perry y enterarme de que él lo sabía. Quizá era por la confrontación con Abbi y el hecho de que, de entre todas las personas, ella sabía que me había ido de aquella fiesta... de aquella fiesta lo bastante sobria como para... para haber sido más sensata, joder. Quizá era por la charla con mi madre.

Quizá era porque Sebastian había dicho que me quería.

Quizá era que todas esas cosas se habían convertido en una bola de demolición, pero ¿no podría... no podría, no sé, fingir durante un rato? Mi pulso rozó las nubes mientras mi mirada recorría el agudo ángulo de sus pómulos y bajaba hasta la cicatriz que coronaba su labio superior.

Alcé la mano, pero me detuve a centímetros de tocarlo.

Una pequeña sonrisa curvó las comisuras de sus labios hacia arriba.

—Puedes tocarme si quieres. No tienes ni que preguntar.

Quería tocarlo más que nada en el mundo, pero vacilé. Tocar no era fingir, ¿y cómo podría haber vuelta atrás de *eso*?

Su pecho se expandió en una respiración profunda.

—Me encantaría que me tocaras.

Me quedé sin aliento.

Tímidamente, le acaricié la mejilla con los dedos. Una sacudida de euforia me inundó cuando sentí el temblor que recorrió su fuerte cuerpo. Su mandíbula resultaba casi suave bajo mi palma, con tan solo un mínimo rastro de barba incipiente. Desplacé la mano, deslizando mi pulgar a lo largo de su labio inferior. Inhaló de forma tan brusca que se estremeció al instante. Cerró los ojos cuando recorrí la curva de su labio superior, sintiendo la marca de su cicatriz.

En todos aquellos años, jamás lo había tocado así. Nunca. Me perdí un poco en el momento, en el ahora, mientras deslizaba la mano por su garganta. Mis dedos rozaron su pulso y pude sentirlo latir tan salvajemente como el mío.

Seguí adelante.

Apoyé la mano plana sobre su pecho. Él emitió un sonido, un gruñido grave que era en parte un gemido, y fue como acercar una cerilla a la gasolina. Se desató un incendio. Envalentonada, descendí aún más, resiguiendo las firmes ondulaciones y las zonas lisas. Sus músculos eran duros, claramente definidos, como siempre había sabido que eran, como siempre había visto y solo tocado brevemente por accidente.

Pero aquello no fue breve.

Me tomé mi tiempo, trazando con un dedo sus abdominales, y luego con dos dedos, trazando un mapa sobre ellos, memorizándolos.

Seguí adelante.

Mis dedos se deslizaron alrededor de su ombligo y bajaron, alcanzando la cintura de los pantalones de franela que llevaba puestos. Su cuerpo sufrió un nuevo estremecimiento, lo cual provocó que se acercara más. Su muslo presionó contra el lateral del mío.

*Esto no está bien.*

No debería estar haciendo aquello, pero saberlo no me detuvo. Lentamente, levanté mi mirada hacia la suya.

Sus ojos eran azules como el mar más profundo que yo hubiera visto jamás, como los que había rodeado con un círculo en el mapa que había sobre mi escritorio. De alguna manera nuestros rostros se habían acercado más y más durante mi exploración. Nuestros alientos se entremezclaban.

Reduje la distancia.

El contacto de mi boca contra la suya fue tan impactante y electrizante como la primera vez, tal vez incluso más intenso ahora. Fue simplemente el

más dulce y suave de los roces. Tan solo mi boca moviéndose contra la suya, y entonces su mano se enroscó en mi nuca.

Dejé escapar un sonido que nunca antes me había escuchado a mí misma, abriéndole la boca, y cualquier control que Sebastian estuviera ejerciendo, lo que fuera que lo estaba reteniendo, se quebró. Sebastian me besó, me besó *de verdad*. Mi corazón amenazó con explotar. Su lengua se abrió paso. Sabía a menta y a él. Mi mano se movió hacia su cadera y le instó a acercarse más, pero no podía acercarse. No con mis costillas doloridas y el brazo roto.

Pero me besó, bebió de mis labios, de mi boca y de mis suspiros. Y se movió hacia abajo, mordiéndome el labio inferior, provocándome un gemido, y trazó un camino de besos por mi garganta cuando arqueé la cabeza hacia atrás, dándole más acceso. Lamió y succionó, prestando especial atención a ese punto justo bajo mi oreja que hizo que mis dedos de los pies se curvaran y mis caderas se movieran sin descanso. A continuación devoró mis labios una vez más, nuestras lenguas enredadas y el único sonido en la habitación era nuestro jadeo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvimos besándonos. Se alargó muchísimo, y no era falso ni fingido cada vez que nos lanzábamos de nuevo sobre el otro, ansiando y rogando silenciosamente por un poco más. Los amigos no se besaban así. No se aferraban el uno al otro como lo estábamos haciendo nosotros, mis dedos hundidos en su cadera y en su costado, su mano sosteniéndome con firmeza por el cuello, en absoluto dispuesto a dejarme ir a pesar de que no me estaba alejando.

Y seguimos besándonos y besándonos.

Cuando su boca finalmente se separó de la mía, apoyé la frente contra su hombro. Respiré pesadamente y atrapé su camiseta entre mis dedos. Durante lo que pareció una eternidad, ninguno de los dos se movió, y entonces él volvió a tumbarse de lado. Dejó la mano sobre mi cadera y la deslizó arriba y abajo por mi espalda en movimientos largos y suaves. Con su aliento bailando cálidamente sobre mi mejilla.

Y no hablamos durante el resto de la noche.

## Capítulo 21

Me quedé mirando el estúpido póster de la pared. Era una foto de unos paracaidistas tomados de la mano y debajo, en mayúsculas, unas palabras: TRABAJO EN EQUIPO.

Solo un instituto tendría un cartel de personas que saltan de aviones voluntariamente como ejemplo de trabajo en equipo. Ese no era el tipo de equipo del que me gustaría formar parte.

El doctor Perry estaba esperando. Me había hecho una pregunta. Como había hecho los pasados miércoles y viernes, y ahora era lunes, el inicio de mi segunda semana de vuelta, y nada y todo había cambiado.

La pregunta de esta semana era diferente a la de la semana pasada. Antes solo se había centrado en cómo me estaba adaptando a estar de vuelta en el instituto y cuándo planeaba empezar a ir a los entrenamientos de vóleibol, aunque no pudiera hacer nada. Había esquivado esa última pregunta, tal como había esquivado al entrenador Rogers. Me había preguntado cómo estaba sobrellevando la mórbida curiosidad de los demás estudiantes. Y cómo me iba en las clases. Había hablado del accidente. No de lo que era obvio por mi expediente, sino sobre lo difícil que era dejar ir la culpa de haber sobrevivido y la importancia de seguir adelante.

Esa semana me preguntó si había decidido cuándo visitaría las tumbas de mis amigos, y dijo que era importante hacerlo para que pudiera comenzar a cerrar el proceso de duelo. Yo no quería responder a la pregunta, pero también quería hacerlo, porque no estaba hablando con mis amigos sobre nada de aquello, especialmente con Abbi, que aparentemente pensaba que yo era un ser humano terrible, y yo pensaba más o menos lo mismo de mí misma. No me había abierto con Sebastian. Ni siquiera después de lo que había pasado entre nosotros la noche del martes anterior, cuando habíamos estado empleando nuestro tiempo en explorar los labios del otro.

Pasé la palma de la mano derecha por el borde del reposabrazos de la silla.

—No puedo pensar en ellos de esa forma —dije finalmente, mirando a los paracaidistas por encima de su hombro. Todos llevaban monos de diferentes colores, así que me recordaron a una caja de ceras—. Cuando pienso en



Megan, todavía pienso en ella sentada en mi habitación, hablando de programas de televisión. La idea de ir a un cementerio, donde están ahora, yo... —Me estremecí—. No puedo.

El doctor Perry asintió lentamente mientras levantaba su taza. La taza del «Mejor padre del mundo» había sido reemplazada por una que tenía una imagen de Elvis Presley.

—No has superado el trauma del accidente. Hasta que no lo hagas, no podrás llorarlos.

Mi mano dejó de moverse y rodeé con mis dedos el reposabrazos de la silla.

—Puedo ayudarte a superar el trauma. ¿Eso te gustaría?

Bajé la mirada y respiré hondo.

—Me gustaría, más que nada en el mundo, que las cosas volvieran a ser como eran.

—Pero no puedes volver a la forma en que solían ser las cosas, Lena. Nunca podemos volver. Tienes que aceptar eso, no importa lo que pase de aquí en adelante, tus amigos no van a volver...

—Lo sé —le corté, frustrada—. Eso no es lo que he querido decir.

—¿Qué has querido decir? —preguntó.

—Yo... solo quiero ser quien era —me obligué a decir, y entonces sentí que algo dentro de mí se desbloqueaba, y derramé un torrente de palabras—. No quiero ser más *este* yo. No quiero pensar en *esto* en todo momento, y cuando empiezo a pensar en cualquier cosa, en *cualquier* otra cosa, me siento horrible porque no debería hacerlo. No quiero seguir mirando a mi madre y ver *esa* expresión en su cara. Quiero poder volver al vóleibol, porque me... me encantaba jugar, pero no puedo ni pensar en ello, a causa de Megan. No quiero sentarme con mis amigos y preocuparme constantemente por lo que en realidad piensan de mí. No quiero que piensen que no entiendo que el accidente les haya afectado de igual modo que a mí. Quiero poder creer que Sebastian me quiere y que está bien y que puedo quererlo también —solté, sin saber si sabía de qué estaba hablando, ya que ni siquiera yo estaba segura de saberlo—. No quiero sentir nada de esto. Y sé que no se irá. Sé que cuando me acueste esta noche y cuando me levante mañana, será lo mismo, pero no quiero nada de esto.

Su mirada se agudizó.

—¿Ves un futuro para ti, Lena?

Me recosté en la silla, haciendo una mueca cuando sentí una punzada de dolor en las costillas. No era muy frecuente que las costillas siguieran

molestándome, pero tirarme en una silla no me sentaba nada bien.

—¿Qué quiere decir?

—¿Dónde te ves dentro de un año?

—No lo sé. —¿Qué importaba eso?—. En la universidad, supongo.

—¿Estudiando Historia y Antropología? —aclaró—. He hablado con tu orientador vocacional. Me ha informado de tus intereses.

—Sí, eso es lo que voy a hacer.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años?

La irritación me inundó.

—¿Qué importa eso?

—Importa porque si no empiezas a trabajar en ello, dentro de cinco años seguirás lidiando con esto.

Mis hombros se desplomaron. Cinco años estaban a años luz de ahora.

—¿Quieres superar el trauma y el duelo? ¿Quieres sentirte mejor de lo que te sientes ahora? —repitió.

Cerré los ojos y asentí a pesar de que me sentía fatal, a pesar de que parecía horrible querer sentirme mejor.

—Entonces, tenemos que superar el trauma para llegar al duelo, y te prometo que, una vez que lo hagamos, te sentirás mejor. —Hizo una pausa—. Pero tienes que trabajar conmigo y tienes que ser honesta, no importa lo incómoda que sea la verdad.

Abrí los ojos y su rostro se nubló.

—No... no sé si puedo.

—Este es un lugar seguro para ti, Lena. No se te va a juzgar —insistió en voz baja—. Y mejorar implica retroceder hasta la fiesta. Empieza hablando sobre lo que recuerdas y lo que sabes que sucedió.



—¿No tienes hambre?

Parpadeando, levanté lentamente la cabeza y miré a Sebastian. Estaba sentado junto a mí. Un brazo descansaba sobre la mesa, el otro en su regazo. Solo las puntas de sus dedos tocaron mi muslo. Mi cuerpo reaccionó de inmediato a su contacto. Una oleada de calor fluyó por mi piel, pero mi cerebro retrocedió ante la necesidad, el deseo y la anticipación disparándose por mis venas. No nos habíamos vuelto a besar desde el martes pasado, pero él había venido a mi habitación todas las noches y me llevaba a clase todas las mañanas a pesar de que ya podía conducir. Se sentaba conmigo en la comida

y me tocaba más, un poco aquí y allá. Un roce de su mano en mi brazo o en la cintura, un toque suave en la parte baja de mi espalda o en la nuca.

Y yo me alimentaba de esos pequeños momentos a pesar de que sabía que no debía.

—¿Qué? —dije, sin tener ni idea de lo que acababa de preguntar.

—No has probado tu comida. —Miró fijamente mi bandeja—. Bueno, si consideras que la ensalada es una comida.

¿Ensalada? Revisé mi plato con el ceño fruncido. Sí. El plato de hojas verdes era definitivamente una ensalada. Ni siquiera recordaba haberlo tomado cuando estaba en la cola del comedor. Sin embargo, no era algo tan sorprendente. Tras reunirme con el doctor Perry por la mañana, y sabiendo que el miércoles tendría que retroceder en el tiempo, mi cabeza no estaba donde debía estar. Tenía la mañana borrosa por haber estado haciendo una cosa tras otra.

Iba a tener que hablar de ello de verdad, y no sabía si podría. Pero el doctor Perry lo sabía. Abbi sospechaba otro tanto. Eso era lo único en lo que podía pensar cuando miraba a mis amigos. Era todo lo que oía en mi cabeza cuando Sebastian aparecía por la noche y hacía sus deberes a mi lado. Era lo que sentía cuando divisaba a Jessica por los pasillos entre clases, la chica que había vuelto con Cody. Ella nunca me veía, pero yo *sí* la veía a ella.

Dary se rio en ese momento, devolviendo mi atención al presente.

—Me preguntaba de qué iba lo de la ensalada. No recuerdo haberte visto comer una sin que la acompañara un montón de cosas fritas.

—No lo sé. —Miré a Abbi al otro lado de la mesa. Como Dary, ella tenía una porción de pizza y lo que parecía ser una ensalada de col en su plato. La pizza de Abbi estaba a medio comer. Estaba dibujando una rosa en flor en la portada de su libreta. Apenas me había hablado en clase de Química o al comienzo de la comida. No me estaba ignorando ni nada de eso. Yo ni siquiera estaba lo suficientemente presente como para sentirme ignorada, para ser sincera.

Eché un vistazo alrededor de la mesa. Ahora estaba compuesta de una mezcolanza extraña. Normalmente solo éramos nosotras: Abbi, Dary, yo y... y Megan. Había otros estudiantes que no conocíamos, pero en realidad éramos solo nosotras. Ahora éramos nosotras, Sebastian y varios jugadores de fútbol.

Y Keith.

Se encontraba sentado junto a Abbi, más tranquilo de lo que lo había visto jamás. Él también había cambiado. Ya no era ruidoso ni fastidiaba a todos

como antes. Todavía jugaba al fútbol, y había escuchado a Abbi decirle a Dary durante la comida aquella semana, antes de que Keith se sentara, que le habían echado una reprimenda durante el entrenamiento de la semana anterior por ser demasiado duro en el campo.

En ese momento, su cabeza oscura estaba cabizbaja, y de vez en cuando se inclinaba hacia Abbi y le susurraba algo, a lo que ella respondía.

¿Estaban juntos?

No lo sabía.

No había preguntado.

Sebastian se acercó más, presionando su rodilla contra la mía. Su voz era baja cuando preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. —Me aclaré la garganta yforcé una sonrisa—. Solo estoy cansada.

Sus ojos buscaron los míos, y supe que no me creía, y que probablemente hablaríamos de eso más tarde.

—¿Vas a trabajar este fin de semana en el restaurante de Joanna, ya que no tienes partido ni nada? —preguntó Dary.

Negué con la cabeza.

—Mmm, no. Normalmente no lo haría, debido al vóleibol.

—¿Así que vas a ir al partido que se juega fuera este fin de semana?

Negué con la cabeza otra vez. El entrenador me había dado espacio la semana anterior, pero sabía que aquello no duraría mucho. Él esperaba que yo apareciera hoy.

—Guau. —Dary se levantó las gafas mientras miraba por encima de la mesa—. No puedo recordar un fin de semana en el que no tuvieras partido y no trabajaras.

—Sí. —Observé a Sebastian cortar su pollo asado o al horno por la mitad. Lo estaba cortando en trozos finos—. Todos han sido muy comprensivos. Han sido realmente buenos.

—¿Quiénes? —preguntó Dary.

Me aclaré la garganta.

—El entrenador, él ha sido muy comprensivo en realidad.

Sebastian reunió los trozos que había cortado y los puso sobre mi ensalada. Mis ojos se agrandaron. ¿En serio acababa de cortarme la comida como si tuviera dos años?

—Ahí tienes —dijo él—. Ahora tu ensalada parece casi comestible.

—Todavía no hay nada frito —comentó Dary con una sonrisa—. Pero eso ha sido posiblemente lo más dulce que he presenciado en mucho tiempo.

Era tan ridículo.

Pero era dulce, porque sabía que tenía buenas intenciones.

Las comisuras de mis labios se levantaron cuando alcancé el tenedor.

—¿Ahora tenemos que darle de comer a Lena? —preguntó Abbi.

Mi cabeza se alzó mientras el rubor me quemaba las mejillas. Abbi me estaba mirando con una ceja levantada.

—¿Cómo dices? —preguntó Sebastian.

Abbi se encogió de hombros mientras desviaba la mirada hacia Sebastian.

—Me refiero a que hay que traerla al instituto. No puede ir sola a ninguna parte. Tenemos que ir con cuidado de lo que decimos a su alrededor. Así que me pregunto, ¿también tenemos que darle de comer?

Me quedé helada. Corazón. Pulmones. Cerebro. Todo.

—Pero ¿qué mierda, Abbi? —La voz de Sebastian era afilada.

Frente a mí, la dura mirada de Abbi se agrietó un poco, tan solo una fisura. Su voz era ronca.

—Creo que es una pregunta válida y no puedo ser la única que se lo cuestiona.

—Abbi —dijo Keith, hablando lo suficientemente alto como para que yo le escuchara por primera vez en toda la comida—. Tranquila.

Dary se puso rígida a mi lado.

—¿Qué? Es adulta, ¿no? —Abbi tragó. Su labio inferior tembló cuando su mirada se encontró con la mía de nuevo—. ¿No puede hablar por sí misma? ¿No puedes intervenir y detener esto?

Me estremecí como si me hubiera encajado un puñetazo; sabía exactamente a qué se refería. No estaba hablando de esa conversación. Se estaba refiriendo a *aquella* noche.

Y no lo soporté.

Me puse de pie, me agaché y recogí mi mochila. Oí que Sebastian me llamaba por mi nombre, pero no me detuve. Enderezándome, me aparté de la mesa y me di la vuelta sin dejar salir todas las palabras que me ardían en la piel.

Me apresuré a salir de la cafetería, con la boca firmemente cerrada para no perder los estribos. No tenía ni idea de si perderlos significaba gritar de rabia o sufrir un colapso total.

Llegué a la mitad del pasillo antes de que Dary me alcanzara y me sujetara del brazo bueno.

—Oye, espera —dijo, obligándome a detenerme—. ¿Estás bien?

Miré al techo.

—Estoy bien y estoy bastante segura de que la cabeza de Abbi daría una vuelta completa si te oyera preguntarme eso.

—Abbi solo está siendo...

—¿Una perra? —terminé por ella, y de inmediato me sentí mal. Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. No. Eso no es cierto. Ella solo está...

—Le está costando lidiar con todo. —Dary me apretó el brazo—. Pero no ha sido muy amable ahí dentro.

Me retiré el pelo de la cara mientras miraba hacia la entrada de la cafetería.

—¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí y aquella noche, en la fiesta de Keith.

Dary dejó caer la mano.

—Me contó lo que discutiste con Sebastian, y algo sobre ella y Keith. —Hizo una pausa—. ¿Por qué?

Obviamente, Abbi no había hablado con ella sobre mí.

—Solo me lo preguntaba.

—¿Hay algo que deba saber sobre aquella noche? —preguntó.

Ahora. Ahora podía decirle lo que Abbi sabía y así ella sabría por qué estaba tan molesta. Pero cuando abrí la boca, no pude encontrar las palabras.

Pasó un instante y Dary me rodeó los hombros con un brazo.

—Todo volverá a ir bien. Sé que en este momento no lo parece, pero lo hará. Tiene que ser así.

No respondí, porque sabía que solo por querer intensamente que algo mejorara, no significaba que fuera a hacerlo.

Dary descansó su frente contra un lado de mi cabeza.

—Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes —susurró—. No podemos recuperar a Megan, ella no va a volver, pero nosotras nos recuperaremos. Eso es lo que creo yo. Lo creo de verdad.

## Capítulo 22

El lunes fue literalmente un día horrible, de esos que parecen que no van a terminarse nunca y que solo estás deseando que acaben.

Para cuando sonó la última campana y caminé hasta mi taquilla, yo ya había dado por finalizado el día, y cuando vi al entrenador Rogers acercándose a mí, quise meterme dentro de la taquilla. Enhebrando varias palabrotas seguidas, metí mi libro de Química y deseé que no viniera a verme a mí. Que simplemente hubiera salido a dar un perezoso paseo por los pasillos, arrullado por el sonido de los portazos de las puertas de metal y las ruidosas conversaciones.

Estaba sacando mi libro de texto de Historia cuando escuché al entrenador decir mi nombre, mi nombre completo, porque, por supuesto, iba a ser uno de esos días.

—Hola —respondí mientras metía el libro en la mochila.

—¿Te diriges al entrenamiento? —preguntó, deteniéndose a mi lado.

Deseé estar lejos de allí; no estaba para nada preparada para esa conversación. Negué con la cabeza mientras cerraba la cremallera de la mochila.

—Sé que no puedes entrenar con tus lesiones, pero me gustaría que estuvieras ahí, Lena —dijo, y sin siquiera mirarlo, supe que se había cruzado de brazos—. Sería bueno para ti, para el equipo.

—Lo sé, pero... —Tragué saliva mientras cerraba la puerta de mi taquilla—. No puedo.

—¿No tienes autorización médica para sentarte en el banquillo? —respondió, y no supe distinguir si estaba siendo sarcástico o no.

Por su expresión relativamente afable, aposté que no.

—Estoy segura de que tengo permiso, pero yo... no voy a seguir con el vóleibol.

Sus cejas oscuras se levantaron.

—¿Vas a dejar el equipo?

Sintiendo que mi estómago se hundía, asentí.

—Sí. Lo siento mucho, pero con estas lesiones y ponerme al día con las clases, es lo mejor para mí.

El entrenador Rogers sacudió un poco la cabeza.

—Lena, eres un miembro valioso del equipo. Podemos...

—Gracias por decir eso. —Cambié mi peso de un pie al otro mientras un grupo de estudiantes nos rodeaba—. Y realmente aprecio todas las oportunidades que me ha brindado, pero me voy a perder muchos partidos y entrenamientos. Me quedaré completamente al margen de ello, será lo mejor.

—Si tu brazo se libra de esa escayola para finales de mes, tienes todo octubre para jugar y asistir a cualquier torneo al que consigamos llegar —razonó el entrenador—. Todavía tienes la oportunidad de llamar la atención de un reclutador. ¿Recuerdas que hablamos sobre becas?

—Megan habría obtenido una beca —dije antes de poder detenerme—. Ella no la necesitaba, pero habría conseguido una. No yo.

La sorpresa le cruzó el rostro.

—Tienes una buena oportunidad...

—Ya no es lo que quiero hacer —interrumpí, y retrocedí un paso. Por encima de su hombro, vi que Sebastian se acercaba. Respiré hondo—. Lo siento. —Pasé por su lado—. Tengo que volver a casa.

El entrenador Rogers se giró.

—Creo que estás cometiendo un error.

Si ese era el caso, entonces simplemente tenía que colocarlo justo al lado del último que había cometido.

—Si cambias de opinión, ven a verme —dijo—. Podemos arreglarlo.

No iba a cambiar de opinión, pero asentí y me encaminé hacia donde Sebastian me esperaba.

Él miró por el pasillo, su mirada se detuvo donde había estado el entrenador.

—¿Todo bien?

—Sí. Por supuesto —dije, dejando que me quitara la mochila—. Estoy lista para irme.

Su mirada se encontró con la mía y por un momento pensé que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Mientras caminábamos por el pasillo en silencio, no podía sacudirme de encima lo que el entrenador Rogers había dicho.

La sensación de mis tripas retorciéndose aumentó. ¿Había hecho lo correcto? Tenía que ser así, porque en caso contrario ya era demasiado tarde.



Aquella noche me senté a la mesa de la cocina y empujé los guisantes de mi plato con el tenedor. No me podía creer que mi madre todavía me los sirviera



con la comida como si tuviera cinco años y pensara que realmente me los iba a comer.

Me había preguntado por mi sesión con el doctor Perry, y yo le había hecho un resumen general de lo que estaba pasando. A continuación preguntó por Abbi y Dary, ya que hacía mucho tiempo que no veía a Abbi. Yo mentí, alegando que ella estaba ocupada. No preguntó por Sebastian, lo que por alguna razón me hizo pensar que sabía muy bien lo de sus visitas nocturnas, pero por algún motivo no decía nada al respecto.

—Lori está pensando en volver a casa este fin de semana —comentó, cortando una porción del pastel de carne que había tenido a fuego lento todo el día.

—¿De verdad? —Apuñalé la carne con mi tenedor. Tenía hambre, pero aún me costaba comer—. Es mucho viaje para ella.

—Sí, pero quiere verte. —Me miró desde el otro lado de la mesa—. Se preocupa por ti.

El trozo de carne que acababa de ingerir se convirtió en polvo en mi garganta.

—¿Sigue papá por aquí cerca?

Mi madre se puso levemente rígida.

—Tenía que volver a Seattle. Creo que intentó llamarte para verte antes de irse.

Me encogí de hombros. ¿Lo gracioso sobre mi padre? Nada le impedía verme si de verdad quería. Sí, no había respondido a sus llamadas, pero él podría haber venido. Mi madre le habría dejado. Así que podría haber venido a verme. También me daba cuenta de lo contradictorio que resultaba estar enfadada porque no se hubiera esforzado lo suficiente por verme cuando yo no quería verlo a él.

Mi cabeza era un desastre.

—Volverá. —Mi madre dejó el vaso sobre la mesa—. Por Acción de Gracias. Cenaremos...

—¿Como si fuéramos una gran familia feliz? —le contesté, verdaderamente repelente.

—Lena —suspiró mi madre, dejando el tenedor en el plato—. Es tu padre. Es un buen hombre, y entiendo que tienes... problemas sin resolver con él, pero al fin y al cabo, es tu padre.

—¿Un buen hombre? —No podía creer que mi madre lo estuviera defendiendo—. Te dejó, nos dejó, porque no podía afrontar nada. En serio, *nada*.

—Cariño. —Mi madre meneó la cabeza mientras ponía el brazo sobre la mesa—. Fue más que el fracaso de su negocio y nuestros problemas económicos. Mucho más que eso. Yo quería a tu padre. Una parte de mí aún lo hace y probablemente siempre lo hará.

Apreté los labios y dirigí la mirada al techo. Saber lo que siempre había sospechado, que mi madre todavía seguía enamorada de él, solo me enfurecía más.

—Hay algo que debes entender sobre tu padre y yo —dijo ella, respirando hondo—. Alan simplemente nunca me quiso tanto como yo lo quise a él —añadió, dejando caer la bomba como si hubiera dicho cualquier cosa.

La miré boquiabierta.

Ella se concentró en su plato, exhalando pesadamente.

—Creo que... no, *lo sé*, siempre lo he sabido. Todos esos años, él me quería. Se preocupaba por mí genuinamente, pero no era suficiente. Alan lo intentó, realmente lo hizo, y no estoy disculpándolo, pero lo que él sentía no era suficiente.

La miré fijamente, sin saber qué decir, porque yo... nunca había oído nada de aquello antes.

—Nos casamos jóvenes, tan pronto como descubrimos que estaba embarazada de Lori. Eso es lo que hacía la gente en aquel entonces. —A continuación soltó otra bomba—. Tu padre no quería irse, Lena. Él me veía, *nos* veía, como su responsabilidad, y aunque vosotras dos lo erais, yo no. Quería ser su igual y su compañera, no su responsabilidad.

—¿Qué? —susurré.

—Le pedí que se fuera. Fui yo quien inició la separación. —Su sonrisa era triste, un poco amarga—. Pensé que enfrentarme a lo que siempre había sabido, que lo que él sentía no era suficiente, y pedirle que se fuera podría hacer que se sintiera como yo. —Su risa era como cristal roto—. Puede que sea una mujer adulta, Lena, pero de vez en cuando, también nosotras creemos en cuentos de hadas. Pedirle que se fuera fue como una especie de última oportunidad. De ese modo tal vez él...

—¿Despertaría y se enamoraría de ti? —pregunté con voz aguda. ¿De verdad había creído eso? Cerré brevemente los ojos. ¿Había pensado que al pedirle que se fuera, lograría su propio «felices para siempre» cómo en un libro?

Mi madre asintió.

—Sí. Y, echando la vista atrás, había una diminuta parte de mí que sabía que no puedes asustar a alguien para que te quiera más. No es así como

funcionan las cosas.

Todo lo que pude hacer fue quedarme allí sentada.

—Yo lo quería, incondicionalmente. Pero cuando ya no pude mentirme más y no le permití que se siguiera mintiendo a sí mismo, supe que el matrimonio había acabado.

Me recosté en la silla, las manos caídas sobre mi regazo.

—¿Por qué... por qué no nos contaste nada de esto?

Esa débil y triste sonrisa se desvaneció.

—¿Por orgullo? ¿Vergüenza? Cuando nos divorciamos, todavía eras demasiado joven para mantener una conversación de ese tipo. Igual que Lori, aunque ella era una adolescente. No es algo fácil de hablar, admitir ante tus hijas pequeñas que te quedaste con un hombre que no te quería como debería haberlo hecho.

—Pero yo... —Yo siempre había creído que papá se había marchado—. ¿Hiciste que se fuera?

—Era lo correcto, y sé que deberíamos haber sido más honestos con las dos, pero... —Se detuvo, mirando por la ventana que daba al patio trasero. Sus dedos se plegaron sobre su boca y parpadeó rápidamente—. Pero no siempre tomamos las decisiones correctas. Ni siquiera cuando eres un adulto y se supone que tienes que saber qué hacer.



Como un reloj, la puerta del balcón se abrió poco después de las ocho. No estaba acostada. Solo miraba fijamente a un punto cualquiera de mi libro de texto, releyendo el mismo párrafo por quinta vez. Desde la cena, nada se me quedaba en la cabeza.

Sebastian sonrió al verme.

—Bonita camiseta —dijo cuando cerró la puerta tras él.

—Es increíble. —Se trataba de una camiseta negra enorme con un bebé Deadpool estampado.

Él se acercó a la cama, merodeando con sus largas piernas, y mi estómago dio un vuelco de locos.

—Sí, pero cuando te pones mi vieja camiseta es mejor.

Ruborizada como un tomate, jugueteé con un mechón de cabello suelto que me caía sobre la cara.

—La tiré.

—Claro que sí. —Se dejó caer en la silla del ordenador, tal como hacía Abbi cuando yo aún le caía bien—. ¿Qué estás haciendo?

—No mucho. —Le observé levantar las piernas y colocar sus pies junto a mi cadera. Iba descalzo, siempre descalzo. Dejé caer el bolígrafo sobre mi libreta—. ¿Y tú?

—Lo normal. Entrenamiento. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. También me he dado una ducha.

Esboqué una sonrisa.

—Bien por ti.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio entre dientes.

—Tengo una vida emocionante.

Mi mirada se detuvo sobre él, nuestros ojos se encontraron y nos sostuvimos la mirada. Un calor líquido se deslizó por mi garganta y por mi pecho, y luego se extendió hasta mucho, mucho más abajo. Apartando la mirada, inhalé de forma profunda y regular.

—Pues... mi madre me ha soltado una bomba esta noche.

—¿Sobre qué?

—Me ha contado por qué se fue mi padre. —Sacudí el bolígrafo—. ¿Sabes que siempre he creído que era porque no podía con todo?

—Sí. —Dejó caer los pies al suelo y se inclinó hacia delante, totalmente enfrascado—. Es por eso, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Resulta que es porque en realidad él no sentía lo mismo que mi madre. O sea, la quería, pero no estaba *enamorado* de ella. —Le conté lo que mi madre había dicho mientras movía el bolígrafo de un lado al otro—. Es una locura, ¿verdad?

—Mierda. —Alzó las cejas—. ¿Cómo te sientes con todo esto, ya que tú y tu padre...?

No necesitaba acabar la frase. Obviamente, yo había guardado un gran rencor después de que él se marchara.

—No tengo ni idea. Todavía creo que estoy demasiado anonadada para enfadarme, ¿sabes? ¿Por qué nos lo ha ocultado tanto tiempo? Pero al mismo tiempo me siento muy mal por ella, porque una parte de mí puede entender que no quisiera decírselo a nadie.

Y, simplemente, no querer hablar de ello. Eso lo podía entender perfectamente.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —admití—. Como si me fuera a explotar. Básicamente, mi madre nos ha dejado pensar a mí e incluso a Lori que nuestro padre era un pedazo de mierda. Es decir, sigue siéndolo, supongo, por casarse con alguien a quien no quería realmente, pero... no sé.

—Es hora de despejar tu cabeza. —Se puso de pie y se acercó. Levantó mi libro de texto, lo cerró y lo dejó sobre mi mesa.

—Eh —dije—. Estaba haciendo los deberes.

—Claro. —La libreta y el bolígrafo se unieron a mi libro de texto. Luego se sentó en la cama, frente a mí, con una rodilla hacia arriba y doblada presionando contra mi pantorrilla—. Es lunes por la noche.

—Sí. —Dejé caer las manos en el regazo—. Gracias por la aclaración. Estaba muy confundida.

Una de sus comisuras salió disparada hacia arriba.

—¿Sabes lo que significa?

—¿Que quedaría una semana entera antes del próximo episodio de *The Walking Dead* si estuviera en antena?

—No —respondió secamente.

Vi cómo colocaba su mano derecha junto a mi rodilla izquierda.

—Mmm. ¿Solo quedan cuatro días lectivos más esta semana?

—Bueno, sí. Eso es cierto. —Se inclinó un poco y mi ritmo cardíaco se aceleró en respuesta. Los malos momentos del día se desvanecieron—. Pero el lunes por la noche significa algo más, algo mucho más importante.

—¿Y qué es? —Mi mirada se detuvo fugazmente en su boca y sentí un tirón en la parte baja del estómago.

Él ladeó levemente la cabeza.

—Ahora toca no hablar más.

—¿No hablar más? —repetí tontamente mientras en lo más profundo de mi pecho se iniciaba un revoloteo y luego se dirigía hacia abajo. ¿Intentaba decir lo que yo creía que quería decir?

—Sí. —Acercó más la parte superior de su cuerpo y sentí su aliento bailar en mi mejilla—. A partir de ahora, catalogo oficialmente el lunes por la noche como «el lunes de no hablar», al igual que el martes de la semana anterior. ¿Y sabes lo que eso significa?

Mi mano derecha se cerró en un puño suelto.

—¿Qué?

—Que encontraremos mejores usos para nuestros labios y nuestras lenguas.

Con los ojos como platos, tosí a carcajadas.

—¿De verdad acabas de decir eso en voz alta?

—Sí. Sí, lo he hecho, y no lo retiro. —Se inclinó hacia delante, y yo me estremecí cuando descansó su frente contra la mía—. No me avergüenzo de mi táctica.

—No creo que tengas ninguna táctica.

—Oh, tengo una —respondió con soltura—. Y es tan buena que no sabrías qué hacer al respeto.

Se me escapó una risa queda.

—Sebastian...

—Esta noche va a ser diferente. —Su mano izquierda encontró mi derecha. Tan solo las puntas de sus dedos rozaron mi mano—. ¿Puedo enseñarte cómo? —preguntó, pasando sus dedos por mi brazo desnudo, provocándome un estremecimiento intenso y deteniéndose al llegar a la manga de mi camiseta—. ¿Te parecería bien?

Me parecería *increíble*, pero... pensé en lo que mi madre me había explicado en la cena. Sebastian y yo habíamos sido amigos desde siempre. Literalmente. Yo sabía que él se preocupaba de verdad por mí, que probablemente me quisiera, pero ¿me quería de verdad? Pensé en cómo me llevaba al instituto, lo preocupado que estaba por lo que comía y cómo de repente me colmaba de todo tipo de atenciones. No era exactamente como lo de mis padres. No estaba embarazada. Pero casi había muerto.

—¿Soy tu responsabilidad?

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Te sientes responsable de mí?

—¿De qué manera?

¿Qué le estaba preguntando?

—Olvidalo.

—No. Siento curiosidad. ¿Qué has querido decir con eso?

Mierda. Debería haber mantenido la boca cerrada.

—Lo que quiero decir es que, ¿haces cosas por mí porque sientes que debes hacerlo por lo que pasó?

—¿Qué? No. Lo hago porque *quiero* hacerlo.

Esa... esa era la respuesta correcta, pero no cambiaba nada más. Su frente se movió contra la mía y pude sentir su aliento sobre mis labios. Tenía muchas ganas de abandonarme a ello, de perderme y enfrentarme a las posibles consecuencias más tarde.

—¿Es una buena idea?

—Creo que es una idea brillante. —Sus dedos rozaron la manga suelta de mi camiseta de dormir—. Creo que lo último que debes hacer en este momento es pensar.

Yo dudaba seriamente de que el doctor Perry estuviera de acuerdo con aquello, pero por otro lado, puede que sí lo estuviera. Él había hablado de

vivir, avanzar y enfrentarse al trauma, al dolor, y nadie me hacía sentir tan profundamente viva como Sebastian.

Aunque no estaba segura de que el doctor Perry considerara que besarse con un chico fuera seguir adelante.

Retrocedí y vi cómo se le tensaba un músculo de la mejilla. Sus ojos buscaron los míos.

—Sabes lo que siento por ti.

El corazón casi se me salió del pecho.

—Seb...

—Te quiero —continuó, acercando su mano a mi nuca, y yo perdí el aliento y mi corazón se contrajo ante aquellas palabras—. Llevo años enamorado de ti.

—Sebastian —supliqué, al borde de las lágrimas.

—Y sé que estás hecha un lío ahora mismo y que lo único que yo puedo hacer es estar aquí, justo a tu lado, mientras consigues ponerlo todo de nuevo en orden, durante el tiempo que te lleve. —Sus dedos se deslizaron a través de los mechones de mi cabello—. Pero hay algo que voy a aclararte en este preciso instante. Lo que siento por ti es real, ha sido real...

Mi corazón latía tan rápido que dolía.

—Necesito decirte algo.

—No necesitas decirme nada.

Las lágrimas obstruyeron mi garganta.

—No lo entiendes.

—No tengo que hacerlo. —Su pulgar se deslizó a lo largo de mi cuello, reconfortante y vigorizante al mismo tiempo.

Sacudí la cabeza tanto como pude.

—¿Por qué ahora? —pregunté de nuevo—. ¿Por qué...?

—Porque éramos demasiado estúpidos para hacerlo antes y porque estamos vivos *ahora*.

No sé quién se movió primero, si fue él o fui yo o ambos, pero nuestras bocas colisionaron. Sus labios. Los míos. Probé su sabor, mis dedos se detuvieron sobre su pecho y mi mano se deslizó hasta su hombro. Y me besó de una manera que me consumió, encendió un fuego que me quemó la piel, convirtió mis músculos en lava y mis huesos en cenizas. Hubo lengua y dientes, y Andre jamás me había besado así. Ningún chico lo había hecho nunca, y era aterrador y estimulante al mismo tiempo.

Sebastian repartió besos como si dispusiera de un suministro interminable y yo demandara una cantidad ingente de ellos, y de alguna manera, sin saber

cómo, me encontré recostada sobre mi espalda, él me había tumbado con mucha suavidad, con mucho cuidado.

—Es mi turno —murmuró contra mi boca.

No quise detenerlo.

Sebastian imitó mis exploraciones de la semana anterior. Cuando sus labios trazaron la curva de los míos, su mano se deslizó por el centro de mi pecho y bajó hasta mi estómago. El aleteo regresó a mi pecho, un batir de alas que hizo que se me descontrolara el pulso. Sus dedos se deslizaron bajo mi camiseta, extendidos sobre mi estómago.

Él levantó la cabeza, una pregunta en sus ojos, y cuando asentí, una promesa los llenó, una promesa que apenas podía contemplar porque era... era casi demasiado.

Lo agarré, tirando de los mechones más largos de su cabello, y él levantó la mano, su toque como una pluma sobre mis costillas en proceso de curación, y sus dedos siguieron moviéndose. Jadeé contra su boca, y él dejó escapar un ruidito que hizo que mi espalda se arqueara a pesar de la presión en mis costillas.

Sebastian dejó escapar una risa ronca cuando retiró la mano y yo tiré de su pelo con más fuerza.

—No he terminado.

Oh, señor.

Su boca se movió sobre la mía cuando esos inteligentes dedos suyos se desplazaron hacia abajo, hasta la cintura de mis pantalones para dormir, deteniéndose solo durante un instante que hizo que se me parara el corazón. Mi cuerpo entero se tensó por la anticipación, y luego su mano se deslizó entre mis piernas. Una sensación salvaje me invadió cada poro. Era una locura, absolutamente demencial, pero no me importaba. Los pantalones eran finos, y era como si no hubiera nada entre su mano y yo. Cada parte de mi cuerpo se concentró en esa mano y en sus dedos. La electricidad deambuló por mis venas y...

Una puerta se cerró en el pasillo. Mis ojos se abrieron de golpe. Sebastian paró en seco, con sus labios sobre los míos, la mano aún entre mis piernas mientras su cabeza giraba hacia la puerta. Esperé a que se abriera y que mi madre o bien nos felicitara, o bien nos matara. Cuando ninguna de las dos cosas sucedió y la puerta permaneció cerrada, me relajé un poco.

—Madre mía —susurré, el corazón ahora me palpitaba por una razón completamente diferente.



Sonriendo como un loco, su mirada se desvió hacia la mía y levantó las cejas.

—Eso habría sido incómodo.

—¿Tú crees? —Empujé su pecho con mi mano derecha a pesar de que quería acercarlo de nuevo a mí—. Probablemente deberías irte.

—Sí. —Sebastian se rio entre dientes mientras rodaba de costado—. Pero primero, quiero pedirte algo.

—¿El qué?

—¿Sabes que no tenemos entrenamiento hasta tarde los jueves antes de un partido? —preguntó, y yo asentí—. Pues estaré en casa temprano, y a mis padres les gustaría cenar con mi nueva novia.

Me quedé helada. ¿Le había oído bien? No podía ser. Pero cuando volví la cabeza hacia él y vi la sonrisa, esa sonrisa sexy y desgarradora, supe que lo había oído bien. Una oleada de pensamientos y sentimientos conflictivos me abrumó. La euforia era como un globo que me elevaba hasta el techo, pero me quedé sin aire antes de alcanzarlo. La culpa hundió en mí sus garras heladas, incrustándolas profundamente en mi pecho.

—¿Novia? —susurré, y me senté tan rápido que el dolor me atravesó las costillas.

Él se incorporó sobre un codo, sonriendo.

—Sí, estoy bastante seguro de que así es como los chicos llaman a las chicas con las que se besan y con las que quieren hacer otras cosas... —Su mirada se llenó de una intensidad profunda—. Novia.

Ay, Dios mío.

¿Cómo... cómo podía estar yo haciendo aquello, tumbada en la cama con él, tratando de entenderlo todo, cuando acababan de enterrar a Megan y estaba muerta porque no... no había hecho lo suficiente para impedir lo que sucedió?

Quería arrancarme la piel, porque nunca en toda mi vida me había sentido tan repugnante, tan egoísta como en aquel momento.

—No.

La sonrisa juguetona desapareció de su llamativo y casi demasiado hermoso rostro.

—¿Qué?

Levantándome de la cama, me puse de pie y retrocedí.

—No puedo... No puedo ser tu novia.

## Capítulo 23

Sebastian me miró como si hubiera hablado en chino.

—Está bien —dijo finalmente—. Tal vez debería haberte preguntado primero. Puede que me haya adelantado un poco...

—Sí, estoy bastante segura de que se supone que debes preguntarle a alguien si quiere ser tu novia.

Una de las comisuras de sus labios se curvó hacia arriba.

—¿Quieres ser mi novia, Lena? —preguntó de manera dulce y burlona.

Mi corazón se movió en mi pecho como si estuviera saltando en un trampolín. ¿Cuánto tiempo llevaba esperando oír esa pregunta? Años. Lo juro por Dios, años. ¿Y me lo preguntaba ahora, después de todo lo que había pasado?

Negué con la cabeza.

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—No puedo ser tu novia.

Por un momento, Sebastian se quedó quieto y luego se incorporó en un movimiento rápido y fluido.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Caminé alrededor de la cama mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara. Abrí la puerta del balcón y salí, dando la bienvenida a la brisa fresca. Me acerqué a la barandilla y cerré los ojos con fuerza cuando escuché sus pasos detrás de mí.

—Cielos —dijo él—. Ahora mismo estoy muy confundido. ¿No puedes ser mi novia? —Al no contestarle, él se movió para colocarse a mi lado—. ¿Hay alguien más?

—¿Qué? —Casi tuve que reírme—. No. No hay nadie más.

—¿Estás planeando irte mañana y no volver a verme nunca más?

—No —dije frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿por qué no podemos estar juntos? —Acercó su cuerpo al mío—. Lo que acaba de pasar ahí dentro me dice que estás interesada, que tú sientes lo mismo. La forma en la que me tocaste la semana pasada... Lo mucho que te enfadaste cuando pensaste que te iba a besar y te tiré a la

piscina... Uno no se siente así a menos que quiera a esa persona. —Su mano tocó la parte baja de mi espalda. Yo resistí el impulso de apoyarme en él—. A menos que... a menos que solo se trate de sentirse bien. ¿Eso es todo lo que quieres de esto?

Podía haber dicho que sí, ya que eso habría puesto punto final a la conversación, pero no lo hice.

—No. No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Pasé la mano por la escayola, no podía creerme que de verdad tuviera que explicarlo.

—Simplemente no me parece bien. ¿Podemos seguir adelante y ser felices? ¿Tan pronto?

Sebastian se quedó callado un instante.

—Pero eso es... eso es la vida, Lena.

—Guau —murmuré, pasmada.

—¿Qué? Sí, eso ha sonado muy cortante, pero es la verdad. No puedes dejar de vivir solo porque otros... hayan muerto.

Eso lo comprendía, pero la cosa era que él no lo entendía. Lo que yo sentía no era solo la culpa del superviviente. Me sentía más rancia. Más amarga.

—No es tan fácil.

—Sí. —Me sostuvo la barbilla con su mano, obligándome a mirarlo—. Sí que lo es, Lena.

Me aparté y di un paso atrás con una exhalación brusca.

—Tú no lo entiendes.

—No paras de decir eso. —La frustración estalló en su voz mientras me miraba—. Y estoy intentando hacerlo. Entenderlo. Ser paciente. Estar ahí para ti. Pero no me hablas de lo que está pasando en tu cabeza. No de verdad. Y sigues olvidando que yo estoy pasando por todo esto a tu lado. Sé cómo te sientes.

Cerré la boca con fuerza y me crucé de brazos.

—Lo que les pasó a nuestros amigos fue un gran toque de atención para mí. Aunque suene cursi, no existe garantía de un mañana o de un próximo año...

—¡Me estás diciendo que necesito seguir adelante! Que solo necesito aceptar que...

—¡Eso no es lo que estoy diciendo! En absoluto.

—Puede que no lo digas con esas palabras exactas, pero el significado es el mismo.

—Lena...

—Dios mío, ¿me estás tomando el pelo? —Mi voz se acercaba al estridente nivel de código rojo—. Estás aquí conmigo como si ahora hicieras todo lo que quieres hacer porque tienes una nueva perspectiva de la vida, y eso es una estupidez. Sabes que es una *estupidez*.

—No es una estupidez. —Su voz sonó baja.

—Ya no quieres jugar al fútbol, Sebastian. ¿Verdad? Me dijiste que no querías hacerlo.

Se enderezó, con la espalda totalmente recta.

—¿Qué pasa con eso? —Cerré la mano en un puño—. No quieres jugar al fútbol, pero apuesto a que dentro de un año jugarás en la universidad solo porque no quieres enfrentarte a tu padre. Así que no vengas aquí y actúes como si hubieras cambiado mucho desde el accidente o como si hubieras madurado y ahora afrontaras tus problemas seriamente.

Él levantó la cabeza y dejó pasar unos instantes, como si intentara recuperarse.

—Esto no es sobre el fútbol. Es sobre nosotros.

—¿Cómo puedes estar pensando en *nosotros* en estos momentos? —le exigí—. Nuestros amigos están muertos. *Acaban* de morir. No van a volver, y todo lo que a ti te importa es tener sexo... —Respiré entrecortadamente.

Quise retirarlo en el mismo momento en que lo dije. Había ido demasiado lejos.

Los ojos de Sebastian brillaron por la sorpresa, y a continuación cuadró la mandíbula.

—No puedo creer que me hayas dicho eso. De verdad que no puedo creerlo.

Tragué saliva a pesar del nudo en mi garganta e intenté que mi corazón disminuyera la velocidad.

—Sebastian, yo solo...

—No. —Alzó la mano—. Voy a rebatirte esa declaración muy rápido. Y vas a quedarte ahí y escuchar.

Cerré la boca y me quedé allí. Y escuché.

—Nuestros amigos están muertos. Sí. Gracias por recordarme que perdí a tres de mis amigos más cercanos y casi perdí a mi mejor amiga, la chica de la que estoy jodidamente enamorado. No intento pasar cada momento despierto pensando en ello como tú... ¿y sabes qué? Eso no me hace mala persona.

Ninguno de ellos hubiera querido eso de nosotros. Ni siquiera Cody, con todo su ego. —Dio un paso hacia mí—. Sus muertes no significan que yo tenga que morir con ellos, o que deje en espera toda mi vida. Sí, solo ha pasado un mes y nadie, *nadie*, espera que alguien lo supere. Pero seguir adelante con mi vida y estar enamorado de alguien no es superarlo. No significa que nadie los esté olvidando. Puedo vivir mi vida y seguir llorándolos.

Abrí la boca para hablar, pero él no había terminado.

—¿Y cómo te atreves a insinuar que no me importan o que no pienso en ellos cada día? Lo que estábamos haciendo ahí —señaló la puerta— no es una falta de respeto hacia ellos. ¿Y sabes qué? En parte soy culpable de todo esto. Es obvio que no estás preparada para esto. No estás en el estado mental adecuado y pensaba que... ya ni lo sé, pero me disculpo sinceramente por eso. Lo siento. —Su voz se tornó ronca cuando se pasó una mano por el pelo—. Lo que siento por ti, lo que estábamos haciendo ahí, lo que quiero hacerte no va sobre tener sexo, y yo... no me puedo creer siquiera que pienses eso de mí.

Cerré los ojos con fuerza para combatir las lágrimas.

—No estoy seguro de poder culpar al dolor de eso —dijo, y yo sentí que el corazón se me rompía—. Porque no importa lo que haya sucedido, no importa lo que suceda en nuestras vidas, deberías conocerme mejor que eso.

Las lágrimas ardieron y, sin importar mis intentos, se derramaron. Levanté la mano para limpiármelas. Dejé pasar varios instantes antes de abrir los ojos.

Sebastian ya no estaba.

Ni siquiera le había oído marcharse.

Era casi como si ni siquiera hubiera estado ahí.



El martes no fui al instituto.

Por la mañana le dije a mi madre que no me encontraba bien. Ella no preguntó por qué, lo cual era bueno, porque había multitud de razones. No tenía ni idea de si Sebastian se había presentado para llevarme al instituto. Había apagado mi teléfono, no quería tratar con el mundo. Solo quería esconderme.

Si Sebastian decidiera no volver a hablarme nunca más, no lo culparía.

Contemplando el mapa sobre mi escritorio, supe que había creado un montón de cosas con él. No estaba siendo honesta ni abierta al no decirle lo que realmente sentía o por qué mi culpa difería de la suya. No estaba siendo sincera ni justa con nadie, y eso me convertía en una cobarde.

Era como mi padre.

Pero no quería serlo, así que me quedé allí tumbada durante horas pensando en *todo*.

Era un poco más de la una cuando oí a mi madre subir las escaleras.

—Quería comprobar cómo estabas —dijo ella mientras entraba—. Es evidente que tienes el móvil apagado y quería asegurarme de que estás bien.

—Lo siento —murmuré desde mi patética posición boca abajo en la cama.

—¿Dónde está tu teléfono?

Señalé mi escritorio con una mano inerte y observé a mi madre acercarse a él y levantarlo. Lo encendió y lo arrojó sobre la cama, al lado de mis piernas.

—Cuando no te encuentres bien y te quedes en casa, nunca más apagarás tu teléfono. Tengo que poder contactar contigo. —Su voz era severa y sus ojos, mordaces—. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Sus hombros se tensaron mientras se cruzaba de brazos.

—Lena, sé por qué no has ido hoy a clase.

—Mamá —gemí, frotándome la cara con la mano. Probablemente pensaba que estaba molesta por todo lo de mi padre, aunque aún no estaba segura de qué pensar al respecto.

Ella se sentó al borde de la cama.

—Sebastian se ha pasado esta mañana para llevarte al instituto. Tenía aspecto de haber dormido muy poco anoche y no le ha sorprendido que le dijera que no te encontrabas bien.

Mi estúpido corazón se hinchó. A pesar de todo, se había presentado para llevarme al instituto, incluso después de haberlo insultado tanto.

—¿Crees que no sé que Sebastian viene todas las noches?

Me tapé los ojos con la mano.

—Intentáis no hacer ruido, pero a veces puedo oírlos hablar. No te he dicho nada porque creo que necesitas a tus amigos en estos momentos, especialmente porque no he visto mucho a Dary ni a Abbi —explicó—. Y porque confío en Sebastian.

Yo quería esconderme debajo de la cama.

—También confío en que tomes decisiones inteligentes en lo que a él se refiere —agregó, y yo no estaba segura de creerle, porque, a decir verdad, obviamente se me daba fatal tomar buenas decisiones—. Pero anoche escuché un poco de vuestra conversación.

*Oh, Dios.*

Me estremecí.

—Lena —dijo con un suspiro—. Ese chico se ha preocupado por ti desde el primer día que vino aquí a preguntarte si querías ir a montar en bici.

—Lo sé, mamá. —Bajé mi mano a la cama y la miré. Había estado pensando mucho tumbada en la cama toda la mañana—. Creo... creo que me quiere —susurré, con los labios temblando—. Que me quiere *de verdad*, y yo... no sé si estoy preparada para eso ahora mismo. Es decir, sí que lo estoy. He estado esperando esto desde siempre... pero ahora no parece lo correcto.

—Cariño. —Su respiración era temblorosa cuando se inclinó sobre mí y me tomó de la mano—. Estás pasando por mucho en estos momentos. Y sé que no es solo lo de Sebastian. El entrenador Rogers me ha llamado esta mañana. Me ha dicho que has dejado el equipo.

—Simplemente... ya no es lo que quiero.

—¿También te sientes así sobre Sebastian?

—No es eso. Lo cierto es que no. Yo solo... no me lo merezco... no me merezco *esto*.

—¿Por qué dices eso?

Miré el mapa antes de volver a mirarla a ella.

—Sabes por qué.

Ella abrió mucho los ojos y estos brillaron con lágrimas.

—Ay, cielo, no digas eso. Te mereces ser feliz y un futuro y todo lo que siempre has deseado. Esa única noche no va a definir toda tu vida.

—Pero definió la de Megan y los demás —discutí—. Cuando la gente hable de Cody, siempre quedará eclipsado por lo que hizo. Lo mismo pasará con Chris y con Phillip. —Y conmigo, si todos lo supieran.

Mi madre me apretó la mano, y pude ver por la expresión herida en su rostro que no tenía ni idea de qué decirme.

Yo me liberé de su agarre y me incorporé un poco.

—Solo quiero volver a esa noche y hacer las cosas de manera diferente. Fui una estúpida, obsesionada con cosas estúpidas. Todo lo que antes me preocupaba parece no tener sentido ahora.

—Cariño, no es que lo que antes te preocupaba no tuviera sentido. —Mi madre volvió a apretarme la mano—. Es solo que ahora ves las cosas de manera diferente.



El miércoles por la mañana, Sebastian me llevó al instituto. El trayecto fue silencioso e incómodo, y no podría volver a soportarlo. Tendría que intentar

volver con Dary después de las clases, y el jueves, decidí, tendría que hacerlo yo misma. Tendría que ponerme al volante de mi propio coche.

Para conducir yo misma.

Para tener cuidado por mí misma.

Pero mientras iba de mi taquilla a los despachos, no pensaba en Sebastian o en nuestra pelea o en lo que mi madre había admitido. Sabía lo que se esperaba de mí en los próximos treinta minutos.

Hoy tendría que hablar *de verdad*. Tenía que hacerlo, porque necesitaba sacármelo del pecho. Necesitaba decirlo todo, y no sabía si cambiaría algo, lo mejoraría o empeoraría las cosas cuando estuviera dicho y hecho, pero sencillamente necesitaba contárselo a alguien con mis propias palabras.

Me temblaban las manos cuando entré en la pequeña habitación. Los estúpidos carteles eran como un borrón. El doctor Perry estaba esperándome en la mesa, con una nueva taza de café frente a él, pero yo estaba demasiado nerviosa para leer la inscripción. Solo supe que era nueva porque era naranja, a diferencia de las otras.

—Buenos días, Lena. —Se recostó en su silla, sonriendo mientras yo arrastraba los pies hasta la silla que había colocada enfrente de él—. Me han dicho que ayer no viniste a clase. ¿No te encuentras bien?

Después de dejar caer mi mochila al suelo, me senté en la silla, rígida como una tabla.

—Tan solo fue un mal día.

—¿Te importa darme más detalles?

Mi primer instinto fue decir que no, pero aquellas sesiones no trataban de eso. Así que le conté lo que había pasado con Sebastian. No todos los detalles porque, en serio, eso sería demasiado incómodo. Cuando terminé, ya me sentía exhausta y emocionalmente agotada, pero aquello no había hecho más que empezar.

—¿Crees que Sebastian está equivocado por querer seguir adelante?

—Sí. No. —Quise golpearme la cabeza contra la mesa—. No lo sé. Es decir, no. No está equivocado. Él puede seguir adelante. Él puede...

—¿Y tú no puedes seguir adelante? —interrumpió el doctor Perry.

Sacudiendo la cabeza, abrí la boca, pero me costó decir lo que él ya sabía.

—¿Por qué debería seguir adelante?

Él dejó su taza en la mesa.

—¿Por qué no deberías?

—Porque es culpa mía —confesé, e hizo que me sintiera enferma.



—Creo que lo que realmente tenemos que hacer ahora es que me guíes por todo lo que pasó aquella noche —dijo con suavidad—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sí —respondí—. Necesito hacerlo. Hablar sobre aquella noche. —Las lágrimas me anegaron los ojos y el corazón me palpitó violentamente en el pecho—. Yo sabía que Cody estaba borracho y... podría haberlo detenido. Yo no había bebido.

Y a continuación le relaté todos los acontecimientos de aquella noche.



Me encontraba en el camino de entrada con Megan. Ya me había cansado de aquella fiesta. Tenía un dolor de cabeza que me apuñalaba detrás de los ojos, y la música, los gritos y las risas no ayudaban.

Tan solo quería irme a casa, y no pensaba buscar a Sebastian para decírselo. No después de nuestra conversación/discusión y el hecho de que no lo hubiera vuelto a ver desde que apareció Skylar. Lo último que necesitaba era interrumpirlos en mitad de una sesión de comerse la boca el uno al otro.

Un gran peso se instaló en mi estómago.

Dios, ojalá no le hubiera dicho nada a Sebastian. Ahora todo iba a ser diferente, y no había vuelta atrás. No se podría fingir que todo sería como siempre.

Tenía muchas ganas de volver a casa.

—¿Dónde está Chris? —pregunté.

Apoyándose como un peso muerto sobre mí, Megan señaló con la cabeza hacia donde Cody estaba inclinado, con un brazo colgando de la puerta abierta del coche mientras hablaba con alguien. Su primo Chris estaba de pie a su lado.

—Uno de ellos va a llevarnos a casa —dijo lentamente—. Es todo lo que sé.

¿Cody se iba con nosotros?

—Estoy un poco hecha mierda —agregó Megan con dificultad al cabo de un momento.

—No me digas —respondí secamente, casi deseando estar en su lugar en aquel momento.

—Solo un poco. —Suspirando, me rodeó la cintura con el brazo—. Te quiero, Lena.

Sonreí mientras me apartaba el pelo húmedo de la cara.

—Yo también te quiero.

—¿Me quieres lo suficiente para entrar en mi casa llevándome en brazos, pasar por delante de mi madre y meterme en la cama? —preguntó ella, alejándose de mí. Se distrajo momentáneamente con el zumbido de los grillos —. Pero solo después de que paremos en el McDonald's para que compre *nuggets* de pollo.

Me reí.

—Tal vez pueda ayudarte a conseguir los *nuggets*, pero no estoy segura de lo de tu madre.

Ella se rio mientras miraba alrededor, balanceándose ligeramente.

—Espera... ¿le has dicho a Sebastian que te marchas?

—No tengo ni idea de dónde está —respondí, observando a Cody y a Chris dirigirse hacia nosotras.

Ella aplaudió, meciéndose hacia atrás.

—Vamos a buscarlo.

—¿Buscar a quién? —preguntó Cody.

—¡A Sebastian! —gritó Megan, y yo hice una mueca.

Cody dejó caer el brazo sobre mis hombros.

—Estoy bastante seguro de que está con Skylar. Seguramente en la casa de la piscina. —Me estrujó con su brazo—. Me ha parecido verlos entrar ahí.

El agujero en mi pecho se hizo el triple de grande. Cody podía estar inventárselo, pero también podía ser verdad, y... tampoco importaba.

Megan se encogió.

—De acuerdo entonces, no lo buscaremos.

—Parece un buen plan —le dije, saliendo de debajo del brazo de Cody.

Chris soltó un bostezo, se dio la vuelta y le lanzó las llaves a Cody. Le golpearon en el pecho y aterrizaron en el suelo.

—¿Puedes conducir? —preguntó—. Estoy molido.

—Sí. Claro. —Cody se agachó y recogió las llaves—. La próxima vez avísame.

—Esa es la razón por la que eres pasador y no receptor —se burló Chris—. Ninguna cantidad de avisos cambiará eso.

—Vete a la mierda —le replicó Cody.

Iba a ser un largo trayecto de vuelta a casa.

—¡Eh, un momento! —Phillip se acercó corriendo desde un lateral de la casa, sujetando la parte de atrás de su bañador—. Me voy con vosotros.

Megan suspiró a mi lado.

—Y yo que creía que me había escabullido.

Supuse que su conversación de antes no había terminado bien.

—Todos a bordo —dijo Cody, mientras intentaba abrir la puerta del conductor y fallaba. La manilla volvió a su sitio.

—Oye —comentó Chris desde el asiento del copiloto—. Cuidado, hombre. Algunos de nosotros respetamos nuestros coches.

—Si respetas tu coche, ¿por qué le dejas conducir? —Phillip se chocó contra la espalda de Megan al pasar a nuestro lado.

Ella trastabilló y por poco se cae, pero la agarré del brazo mientras observaba a Cody abrir la puerta, sus movimientos extraños y bruscos. Su cara parecía enrojecida bajo la luz del interior del coche.

—¿Estás bien? ¿Para conducir? —pregunté.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Empezó a sentarse tras el volante.

Me detuve en la puerta.

—Pareces un poco borracho.

Él entrecerró los ojos.

—Dios. ¿*En serio*? Me he tomado una copa.

Retrocedí, sorprendida por su tono.

—Solo preguntaba.

—Está bien. Vamos. —Megan me tomó de la mano y se acercó, susurrándome al oído—: Quiero *nuggets* de pollo y salsa agridulce.

—*Puaj* —murmuré, distraída. Mordiéndome el interior de la mejilla, intenté recordar cuántas veces había visto a Cody con una bebida. Sabía que lo había visto con una botella. ¿O era un vaso? Lo cierto es que no le había estado prestando atención.

—¿Tal vez debería conducir yo? —me ofrecí.

Chris gimió desde el asiento del copiloto.

—Si quieres irte ya, simplemente sube al coche, Lena.

Phillip estaba montándose por el otro lado cuando Megan me empujó desde detrás.

—No quiero sentarme a su lado —susurró ella en un grito.

—Puedo oírte. —Phillip dio un golpecito en el asiento del medio—. Y prefiero sentarme al lado de Lena, de todas formas. Es más simpática.

—«Es más simpática» —imitó Megan con el tono más estridente que yo hubiera escuchado, sus manos en mis caderas—. Date prisa, Lena. Tengo hambre.

—Estoy bien. —Cody se subió a la parte delantera del todoterreno. Me miró, con los ojos brillantes bajo la luz—. En serio. Estoy bien. He conducido por esta carretera un millón de veces.

Yo no estaba tan segura de si él estaba bien o no, pero los chicos me miraban y Megan me empujaba y seguía hablando de los diez *nuggets* que iba a devorar.

—Está bien —dijo Megan, y luego se rio—. Tengo tanta hambre.

—Vamos —Cody dio un golpe con la mano en el volante—. Estás siendo estúpida. Móntate en el coche.

Sentí el rubor subiéndome por la cara. Él tenía razón. Estaba siendo una estúpida. Me monté en el coche, apretujada entre Megan y Phillip. Me llevé unos instantes sacar mi cinturón de seguridad de debajo de Phillip y abrochármelo. A mi alrededor, las ventanillas bajaron, y yo saqué mi móvil del bolso y vi varios mensajes sin leer de Dary. Megan se inclinó sobre mí y extendió la mano para luego hundir el dedo en la mejilla de Phillip.

—Eh, ¿me compras *nuggets*?

Recostándome hacia atrás, revisé los mensajes de Dary. Me había enviado una foto de un cuadro que parecía que podía haber pintado un niño de dos años. Debajo había escrito: «¿Esto es arte? ¿Qué me estoy perdiendo?».

—Nena, te compraré dos menús de *nuggets* —le contestó Phillip—. Y toda la salsa agridulce que quieras.

Qué romántico.

Megan suspiró.

—Me conoces. Me conoces lo bastante bien para saber que la salsa agridulce es la manera de llegarme al corazón. ¿Por qué rompimos?

Le hice una mueca a mi teléfono.

Alguien encendió la radio, y al levantar la vista, la cabeza de Chris ya colgaba hacia un lado. Cody estaba jugando con las emisoras, pasándolas tan rápido que yo no tenía ni idea de qué canciones sonaban.

Haciendo caso omiso de Megan y Phillip, rogué que no intentaran empezar a besarse mientras yo repasaba los mensajes de Dary. Otra de las fotos era de un vestido, y Dary decía que estaba pensando en hacerse uno igual. Leí todos sus mensajes y le escribí uno en respuesta.

Estarás increíble con ese vestido. Yo estoy volviendo a casa de la fiesta de Keith. Mañana te llamo.

El aire fresco entraba por las ventanillas y me levantaba las puntas del pelo. Alcé la mirada. Me daba la sensación de que íbamos muy rápido, pero la verdad es que no podía ver nada fuera del coche. Envié el mensaje y luego empecé a escribirle uno a Abbi para que no se preocupara al darse cuenta de que ya no estaba allí.

Me he ido con Megan. No quería molestar.

—Santo... —Las palabras de Cody se cortaron cuando el todoterreno giró repentinamente a la derecha, el movimiento fue tan brusco que el móvil se me escapó de entre las manos.

Alguien —¿Megan?— gritó, y nos desplazamos hacia un lado muy rápido. Demasiado rápido. La confusión me inundó. No podía respirar porque un nudo de miedo y desorientación me ahogaba.

El tiempo... el tiempo se ralentizó y se aceleró, todo al mismo tiempo.

Mis brazos volaron hacia arriba. Intenté sujetarme al asiento delantero, pero de repente me encontré por los aires. Luego volvimos a bajar. El impacto me sacudió todos los huesos del cuerpo. Un estruendo ensordecedor envolvió el coche. Oí cómo se rompían los cristales, como si se tratara de frágiles carámbanos. Un dolor punzante explotó en mi cara cuando algo me golpeó en la cabeza: un brazo, no, una *pierna*.

Estábamos *volando*, flotando en el aire, y mi cabeza salió despedida hacia atrás cuando el cinturón de seguridad me retuvo, clavándose en mi estómago y en mi pecho. Un fuego ardió a través de mí, y la garganta me picaba.

Un crujido de metal: el techo. Oh, Dios mío, el *techo* cedió y nos encontramos boca abajo y luego derechos y boca abajo de nuevo; y yo me sentía como si me estuvieran lanzando de un lado a otro. Todo lo que alcanzaba a escuchar era algo... algo que se comía el coche, lo destrozaba, pieza por pieza. Un dolor candente estalló, cegadoramente blanco, y eso era todo lo que existía. Dolor. Terror. Volar. Gritar.

Y luego ya no hubo nada.

*MAÑANA*

## Capítulo 24

Sentada en mi cama, contemplé mi teléfono móvil, como ya había hecho cientos de veces desde el accidente. Era pequeño y negro. La pantalla tan suave y perfecta como el día en que lo compré, mientras que cada parte de mí parecía agrietada y destrozada.

Cerré los ojos y respiré, a pesar de que me quemaba la parte posterior de la garganta. La sesión con el doctor Perry me había hecho pedazos. Aparte de la ocasión en la que la policía había venido a mi habitación del hospital, había sido la primera vez que hablaba de lo sucedido y que realmente daba voz a esos recuerdos.

De alguna manera, había creído que hablar de ello serviría de epifanía. Que las cosas cambiarían. Que sentiría algún tipo de liberación. Pero hablar abiertamente sobre el accidente, sobre todo lo que había conducido a él, solo me había hecho querer pasar un cepillo de alambre por mis recuerdos.

Yo sabía que Cody no debería haberse puesto al volante. Debería haber escuchado a esa vocecita en mi cabeza y a esa sensación en la boca del estómago, pero no lo había hecho. Si lo hubiera hecho, hoy habría sido diferente. Mañana sería como los mejores días pasados.

Sencillamente no había pensado que pasaría algo.

Al abrir los ojos, vi mi móvil y la presión en mi pecho aumentó, recordándome cómo me había sentido al despertar por primera vez después del accidente. Había usado mi teléfono, por supuesto, había mandado mensajes y hecho llamadas, pero...

Pero todavía había mensajes de texto que no había leído, mensajes de voz que no había escuchado. Permanecían en mi teléfono, sin olvidar, pero sin abrir.

Tomé mi móvil y abrí los mensajes de texto. Me desplazé por ellos hasta llegar a la docena, más o menos, que no había leído. Todos ellos habían llegado después del accidente y leí los «Dios mío, ¡espero que estés bien!». Luego abrí los «Me alegro mucho de que estés bien. Mándame un mensaje». Los leí todos, mi cerebro completamente vacío mientras salía de uno e iba al siguiente, hasta que mi dedo se cernió sobre el nombre de Abbi y la ridícula foto de ella con un sombrero de panda.

Ni siquiera sabía de dónde había sacado aquel sombrero.

Abrí sus mensajes y lentamente subí por ellos. El último que me había mandado era del miércoles después del accidente.

¿Por qué no quieres vernos? Te echamos de menos y estamos preocupadas por ti.

El aire que inhalé me chamuscó la garganta. ¿Sabía Abbi que no había tenido mi móvil durante mi estancia en el hospital? ¿Importaba acaso? No había querido ver a mis amigos y ni siquiera había comprobado sus mensajes en más de un mes. A esas alturas ya no importaba si lo sabía.

Seguí leyendo y vi los mensajes de aquel sábado por la noche. Solo había dos.

¿Dónde estás?

Y:

POR FAVOR RESPÓNDEME YA.

El mensaje anterior a esos era uno de antes de que me fuera de la fiesta. Era un selfie que nos habíamos tomado y me había mandado. Nuestras mejillas estaban juntas y las dos sonreíamos. Sobre nuestras cabezas se distinguía parte de la cara de Keith.

Como una tonta, salí de sus mensajes y a continuación busqué los de Sebastian. Tragando saliva, entré en su chat privado y me dirigí a los que no había leído. Los suyos empezaban como los de Abbi.

¿Dónde estás?

Había varios mensajes más, y podía imaginármelo fácilmente escribiéndolos, uno tras otro.

¿No te habrás ido sin venir a buscarme, no?

Vamos. Por favor respóndeme a los mensajes. Estoy empezando a volverme loco. Alguien ha dicho que ha habido un accidente muy grave no muy lejos de aquí.

En serio. Contesta al teléfono. Por favor.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Sabía que su mensaje de voz era uno de los muchos que permanecían sin escuchar en mi móvil. Cerré sus mensajes y volví para atrás. Mi pulgar se quedó encima de los mensajes de Megan. Pude ver que el último que me había enviado era un archivo adjunto. Ya sabía lo que era. Una foto de una pelota de vóleybol en la que había



dibujado una cara. Lo había hecho un día después del entrenamiento. No tenía ni idea de por qué, pero así era Megan. Ella simplemente hacía las cosas.

Una gran parte de mí quería leer sus mensajes, pero no podía soportarlo, leer sus palabras, ver lo que solía ser y lo que ahora ya no era. Salí de la carpeta de mensajes de texto y me fui a los de voz.

Los escuché.

La llamada perdida de Lori debía de ser luego de que mi madre la llamara. En su mensaje, me decía que venía y que me quería. Sonaba bien, incluso calmada, mientras hablaba. No se parecía en nada al mensaje que Abbi me había mandado el sábado por la noche mientras me estaba buscando, ni al mensaje de Dary del domingo siguiente. Apenas podía desentrañar lo que Dary había dicho.

Había más mensajes de amigas que veía todos los días en los entrenamientos de vóleybol, y otros mensajes de personas con las que no había hablado desde que había compartido clase con ellas el año anterior. Eran voces extrañas para mí, pero sus mensajes eran todos iguales.

Apenas podía ver el botón de eliminar cuando cada mensaje llegaba a su fin. Las lágrimas llenaban mis ojos y mi mano temblaba cuando llegué al que me había saltado. Era un mensaje de Sebastian, de aquel sábado por la noche.

Todos los músculos de mi espalda se contrajeron cuando presioné el botón para reproducirlo. Hubo tan solo unos segundos de silencio y luego escuché su voz.

«Contesta al teléfono. Vamos, Lena. Por favor, contesta al puto teléfono».

Su voz era ronca y tenía un tono de pánico después de una pausa.

«No estás en el coche. Dios, por favor dime que no estás en ese maldito coche. Llámame y dime que no estás en ese coche».

El mensaje finalizó. Dejé caer el teléfono y me presioné los ojos con las manos. Sebastian sonaba igual que cuando me había despertado por primera vez en el hospital y lo había visto.

Sonaba destrozado.

Porque sabía, cuando hizo aquella llamada, a esas alturas tenía que haberlo sabido en su fuero interno, que yo no iba a devolverle la llamada. Que estaba en aquel coche con Cody, Phillip, Chris y Megan.

Sentí las manos húmedas mientras me las restregaba por la cara. Dentro de mí, todo parecía en carne viva y amoratado. Una sola noche había cambiado irrevocablemente todas nuestras vidas. Una elección había alterado el curso de aquello en lo que se suponía que todos debíamos convertirnos.

¿Qué habría hecho diferente aquella noche si hubiera sabido que no habría un mañana? *Todo*. Lo habría hecho todo diferente.

## Capítulo 25

En los porches delanteros había calabazas. El árbol del patio se había tornado naranja y rojo como el fuego, igual que los arcos dispuestos en filas en las calles y los alrededores del instituto. Las decoraciones de Halloween cubrían las ventanas de las tiendas de la ciudad.

Pancartas sobre el baile de bienvenida llenaban los pasillos del instituto. La emoción zumbaba en las aulas y en la cafetería a medida que las charlas sobre baile, fiestas y vestidos consumían a los alumnos de último año.

El aire se había vuelto más frío. Mangas largas y chaquetas de punto reemplazaron a las camisetas de tirantes, pero yo todavía usaba chanclas. Y lo seguiría haciendo hasta que la nieve besara el suelo.

Estaba preparando mi solicitud para la preadmisión de la Universidad de Virginia.

Hacía ya dos semanas que la escayola había desaparecido de mi brazo. Solo sentía una punzada de dolor en las costillas de vez en cuando, y ya podía dormir de costado. Respiraba con normalidad. Tan solo un poco más de dos meses después del accidente y...

La gente ya estaba olvidando.

La vida seguía adelante.

Hablar con el doctor Perry acerca de lo que había sucedido la noche del accidente, sobre mis sospechas de que Cody había bebido demasiado, pero que aun así me había subido al coche, había disminuido parte del asfixiante peso que llevaba, pero no todo.

Cuando le conté que por fin había escuchado y leído los mensajes, me dijo que era un progreso. Estaba dando algunos pasos en la dirección correcta, pero a pesar de haber revivido la noche del accidente y haberme enfrentado de verdad a las decisiones que había tomado, todavía me sentía culpable.

Había tenido dos opciones aquella noche.

Y había elegido la equivocada.

En la sesión del miércoles, el doctor Perry había dicho:

—Algunas personas pueden intentar decir o incluso creer que no se puede culpar a nadie más que a Cody por lo que sucedió esa noche de agosto,

porque él iba al volante. Incluso pueden decir que todo esto no tiene nada que ver con la culpa, pero esa no es la verdad. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —había preguntado yo.

—La culpa no va sobre hacer que alguien se sienta mal por sus acciones, y no va de herir los sentimientos de alguien. Las acciones y las inacciones tienen consecuencias. Si no aceptáramos la responsabilidad o la culpa por ellas, correríamos el riesgo de repetir esas acciones —me había explicado—. Todos los que estuvieron allí, los que os vieron marcharos, los que sabían que habían estado bebiendo, incluso los padres que permitieron el alcohol en la fiesta, todos fueron en parte responsables. Pero también es, en parte, culpa tuya.

En parte.

No completamente.

Pero *en parte*.

El *en parte* no me hacía sentir muy diferente del *completamente*, pero lo que había dicho al final de la sesión, lo que había reiterado el viernes en la siguiente, era que yo no era la única en parte responsable. Y se me quedó grabado.

No era como si las cosas hubieran cambiado. Como si hubiera accionado un interruptor mágico y de repente me encontrara conforme con todo. En todo caso, las cosas eran más reales, los recuerdos eran más nítidos y claros.

Pero entonces, después de esa sesión del miércoles, empezaron las pesadillas.

Volvía a estar en el coche, zarandeada de lado a lado. A veces soñaba que estaba en el camino de entrada y no me había subido al coche, pero sabía lo que les iba a pasar a mis amigos. Sentía como si mis pies hubieran sido enterrados en cemento en el suelo, y me decía a mí misma que tenía que ir a buscar a alguien, advertir a todos los que estaban a punto de morir, pero no podía moverme. Me quedaba congelada hasta que despertaba, jadeando en busca de aire. Muchas noches me despertaba con la garganta en carne viva, mi madre sujetándome por los hombros. Solo entonces me daba cuenta de que había estado gritando.

El doctor Perry tenía razón. Supongo que esos sofisticados títulos a su nombre tenían mucho que ver. Todavía estaba traumatizada por el accidente, por los recuerdos que me guardaba, y hablar de ello había empujado el accidente al primer plano de mis pensamientos.

Y había hablado mucho.

Las sesiones del viernes y el lunes siguiente habían sido básicamente lecciones sobre la terapia de exposición. Rebobinar. Revivir. Cada vez era más fácil decir las palabras que necesitaba decir, pero para cuando llegó el viernes siguiente, algo encajó finalmente en su lugar.

Mis amigos estaban muertos.

Estaban muertos de verdad, y el hecho de que yo me sintiera más o menos culpable no los traería de vuelta. Nada haría que volvieran y nada haría que la gente cambiara lo que ahora pensaba de ellos. Nada impediría que se presentaran demandas contra la familia de Keith o las causas judiciales pendientes. Nada impediría que los abogados se pusieran en contacto conmigo y con mi madre cada dos semanas.

Al final de aquella sesión, me dolía la cara por las lágrimas que había intentado evitar derramar, pero que había sido incapaz de frenar. Mantuve el rostro escondido durante el resto de la tarde porque era terriblemente obvio que me había pasado la mañana llorando.

El doctor Perry había tenido mucha razón en cuanto al duelo.

Había estado tan cegada por el trauma del accidente y la culpa que no había comenzado en realidad el proceso de duelo. No había dejado que ninguno de ellos se fuera. Ni siquiera había empezado a hacerlo de verdad.

Aquellos días, aquellas semanas, fueron duros. Centrarme en las clases fue complicado por una razón completamente diferente. Los echaba de menos, echaba de menos a Megan y su hiperactividad, echaba de menos a Cody y su arrogancia, a Phillip y su sarcasmo, a Chis y su locura.

Y echaba de menos a las amigas que todavía estaban allí. Las echaba muchísimo de menos.

Dary todavía intentaba desesperadamente que todo fuera normal, y Abbi apenas me dirigía la palabra.

Ver a mis amigas empezar a seguir adelante mientras yo continuaba atrapada al borde del precipicio, a punto de caer, me desgastaba. Corrían por delante, mientras que yo aún me encontraba en la primera etapa. Dary y Abbi hablaban sobre los vestidos para el baile de bienvenida que habían comprado durante el fin de semana; me habían invitado a ir con ellas, pero les había puesto una excusa para no ir. Eran tan... normales, tan cotidianas, y yo no, porque me encontraba atrapada en el dolor que estaba experimentando.

Y, por Dios, echaba muchísimo de menos a Sebastian.

Las cosas se habían complicado entre nosotros. Él estaba cerca, pero las cosas ya no eran como antes. Todavía se sentaba en nuestra mesa a la hora de la comida y hablaba conmigo. No me ignoraba y fingía que no existía, pero

cualquier interacción con él se había vuelto superficial. Había construido una muralla a su alrededor, y las paredes permanecían intactas.

Nada era igual.

Le había hecho daño.

Me había hecho daño a mí misma.

Y él ni siquiera lo sabía todo.

Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho cuando Skylar apareció en nuestra mesa el lunes. Sebastian estaba sentado con Griffith y Keith, quien, como era habitual aquellos días, se sentaba al lado de Abbi. En una ocasión había intentado preguntarle si estaban saliendo, y ella solo había sacudido la cabeza como si fuera algo que yo ya debería saber.

Pero en aquel momento no estaba pensando en eso, porque podía escuchar la risa de Skylar y las risitas más profundas de Sebastian, y eso me había llamado la atención.

*Ahí fue cuando me enamoré de ti.*

Sebastian asintió a algo que ella dijo, y luego, lentamente, giró la cabeza en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron, la suya ensombrecida, y luego miró hacia otro lado, apretando la mandíbula con fuerza. Skylar se rio de nuevo.

Había dicho que me quería, pero parecía que él también estaba siguiendo adelante. Volviendo a fijarse en Skylar, en sus bonitas sonrisas y su conciencia impoluta.



El martes después del instituto, me arrastré a través del aparcamiento hasta mi coche. Aquella misma mañana había llegado tarde, de modo que mi coche estaba al fondo, cerca del campo de fútbol. El sol brillaba en el cielo, calentando lo que normalmente habría sido un día de otoño algo más fresco, y yo iba pensando en que era el clima perfecto para entrenar. Al entrenador Rogers le gustaba que corriéramos por la pista al final, y era mucho más fácil cuando no había un sol abrasador, como en verano.

Pero no me iba a unir a ellas después de las clases para esa carrera. No me había perdido los entrenamientos, pero sí me había perdido el partido. Era curioso cómo solía autoconvencerme de que la única razón por la que jugaba era Megan. Ahora sabía que no era cierto.

Suspiré y aceleré el paso. Iba por la mitad del aparcamiento cuando oí que me llamaban, la brisa transportó la voz de Sebastian. Me di la vuelta y lo vi

corriendo hacia mí. Se había cambiado pronto para el entrenamiento, con calcetines y pantalones cortos de nylon por encima.

Mi corazón se aceleró cuando lo miré con ojos entrecerrados.

—Hola —murmuré.

—Hola. —Sus brazos colgaban a los lados—. Tengo una pregunta. Iba a preguntártelo en la comida, pero se me ha olvidado.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a ir al baile de bienvenida? —preguntó.

Me encontró con la guardia baja, así que me quedé mirándolo boquiabierto. ¿En serio iba a invitarme al baile? ¿Después de lo que le había dicho? ¿Después de no haber hablado en serio durante casi un mes? Pero si me lo pedía, sin importar lo inesperado que fuera, no podía decir que no. No lo haría, aunque no debería ir a bailar cuando...

Tragándome la culpa, negué con la cabeza.

—No. No tenía pensado ir.

Sus ojos azules se entrecerraron ligeramente.

—Es el baile de bienvenida del último curso. El último.

—Lo sé. —Lo cierto es que *sentía* que era mi último año para jugar al vóleybol y asistir al baile de bienvenida. Pero no lo era. No para mí. Pero para Megan y los demás lo había sido.

—¿Así que simplemente te vas a quedar en casa? —Miró por encima de su hombro brevemente, y luego su mirada se concentró de nuevo en mí.

En aquel momento supe que no me estaba invitando al baile y el sonrojo me inundó las mejillas. Por supuesto que no lo estaba haciendo. ¿Por qué iba a hacerlo? Me aclaré la garganta:

—Sí, me quedaré en casa.

Sebastian me miró fijamente.

—¿Eso era todo lo que querías preguntarme? —inquirí, apartando la mirada de sus ojos y centrándome en su hombro.

—Sí. —Sebastian comenzó a retroceder hacia el instituto—. Solo tenía curiosidad. —Empezó a darse la vuelta y luego me miró. Pasó un momento antes de que él dijera—: Te veo luego, Lena.

—Adiós —susurré mientras observaba cómo se daba la vuelta y volvía trotando. Esa había sido nuestra conversación más larga en semanas.

*Estoy enamorado de ti.*

De pie en medio del aparcamiento, cerré los ojos con fuerza. Un coche pitó muy cerca.

Él me había querido, y yo... yo había dañado nuestra amistad y acabado con un posible futuro para nosotros... antes de que siquiera hubiera empezado.



Dary se apoyó en la taquilla adyacente a la mía. Su corbata de moño a moño a lunares hacía juego con los tirantes azules y blancos que llevaba.

—¿Hoy tienes cita con el doctor Perry?

—Sí. —Saqué mi libro de Historia—. Solo me reuniré con él los lunes y viernes de esta semana y la que viene. Creo que para noviembre ya habremos terminado.

—Entonces, ¿es una buena noticia, no?

Asentí y cerré la puerta de mi taquilla.

Supuse que sí eran buenas noticias. Es decir, o el doctor Perry pensaba que para entonces ya estaría mejor, o simplemente se había acabado el tiempo que podía dedicarme. Sabía que en una de las llamadas de seguimiento con mi madre había mencionado que podría irme bien una terapia externa y continua, pero yo estaba bastante segura de que el seguro de mi madre no cubría algo así y realmente no teníamos dinero para gastarlo en aquello.

Con suerte, para entonces ya estaría mejor.

Pero ese era un puente que todavía no iba a cruzar.

—¿Puedo preguntarte algo? —Cuando asentí, ella dijo—: ¿Qué pasa contigo y Sebastian? Me lo he estado preguntando desde hace semanas, pero siempre te pones rara cuando lo mencionamos, así que no he dicho nada.

Me pasé la correa de la mochila por el hombro.

—No pasa nada.

—¿De verdad? Porque para él solo existía Lena, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y luego, de repente, ya no se sienta a tu lado y no os he vuelto a ver hablando realmente.

—Es solo que está ocupado. Y yo también —mentí mientras me daba la vuelta.

Dary caminó a mi lado y nos dirigimos a la entrada del instituto.

—Pues he oído un rumor —dijo ella, pronunciando con cuidado cada palabra—. He estado pensando mucho si debía contártelo, porque no quería disgustarte, pero tampoco quiero que te tome por sorpresa si resulta ser cierto.

Los músculos de mi espalda se pusieron todos tensos. No tenía ni idea de a lo que se refería, podría ser cualquier cosa.



—¿Qué? —Nos detuvimos al final del pasillo, junto a la pared de proyectos de arte que eran realmente horribles y que no tenía ni idea de por qué alguien exhibiría—. ¿Qué pasa?

Dary se mordió el labio mientras cambiaba el peso de un pie al otro.

—He oído... Bueno, Abbi ha oído una cosa, y luego me la ha contado, así que...

—Espera. Abbi ha oído un rumor y te lo ha contado a ti, pero ¿no a mí?

—La exasperación hizo que alzara la voz.

—Sí. —Suspiró Dary.

—¿No podía simplemente habérmelo dicho ella?

—Podría haberlo hecho, pero vosotras dos no sois precisamente ahora mismo las mejores amigas del mundo, y creo que ella sabía que yo te lo contaría —razonó Dary, y luego señaló—: Y tú tampoco te estás esforzando mucho para arreglar vuestra situación.

Abrí la boca para disentir, pero ella tenía razón. No estaba haciendo mucho respecto a nada.

—Está bien. ¿Y qué ha oído?

—Ella estaba con Keith después del entrenamiento...

—¿Esos dos están saliendo? —pregunté.

Dary se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Creo que sí, pero Abbi no quiere que nadie lo sepa, porque, bueno, ya sabes cómo es ella, pero van a ir al baile como pareja a pesar de que se vendrá en coche conmigo. Tú eres una perdedora que no quiere ir, pero sé que Keith se lo pidió. —Tomó aire y siguió hablando—. Pues ella salía del entrenamiento con Keith, y Sebastian estaba con ellos. Skylar también estaba allí. No *con ellos* con ellos, pero estaba allí.

Se me abrió una grieta en el corazón.

—Abbi escuchó a Skylar y Sebastian hablar del baile de bienvenida. Ha dicho que sonaba como si fueran a ir juntos. —Dary parecía incómoda—. Me dijo que no estaba segura de lo que había oído, pero que eso parecía. Y la última vez que hablaste de él, dijiste que te había dicho que te quería. Así que he creído que debías saberlo.

Abrí la boca, pero no me salió ninguna palabra, porque aquello no debería ser una sorpresa para mí. A pesar de que parecía que me acababan de pisotear el pecho con botas militares, había sido yo quien había apartado a Sebastian de mi vida.

No era extraño que me hubiera preguntado si iba a ir. Ahora podría ir con Skylar sin preocuparse de que los viera, bien arreglados y perfectos los dos

juntos.

—Eso está bien —murmuré, parpadeando rápidamente.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Asentí, aturdida.

—Sí, creo que es bueno para él, para ellos —mentí. Eso fue lo mejor que pude hacer en ese momento.

Era todo lo que podía hacer.

## Capítulo 26

—¿Cómo te has sentido al volver a trabajar este fin de semana? —preguntó el doctor Perry el lunes por la mañana, tal como hacía todos los lunes por la mañana.

Era la última semana de octubre. El baile de bienvenida era ese fin de semana. El gran juego. El gran baile. Normalmente, no habría empezado a trabajar en el restaurante de Joanna hasta mediados o finales de noviembre, pero ya que no estaba jugando al vóleybol, había decidido que al menos podía empezar a ganar algo de dinero otra vez.

—Estuvo bien. —Mis brazos envolvían mis rodillas—. Estar de vuelta ha sido un poco raro. Felicia, otra de las camareras, me había hecho un pastel. Fue agradable.

—Pastel de chocolate, espero —dijo, y sonrió cuando asentí. Aquel día no había taza. Solo un termo plateado—. ¿Has hecho este fin de semana lo que te pedí que hicieras?

Apreté los labios y sacudí la cabeza.

Su expresión se llenó de una paciencia infinita. No entendía cómo lo hacía.

—¿Cómo van las cosas con tus amigos?

Me hacía esa pregunta todos los lunes, porque cada viernes una de mis «tareas» era abrirme a mis amigos, y ningún fin de semana encontraba el valor para hacerlo.

Dejé de sujetarme las rodillas con tanta fuerza.

—Dary sigue igual. Solo quiere que las cosas sean normales, ¿sabe? Solo quiere que todos seamos amigos. No es que quiera olvidarse de Megan o de cualquiera de los chicos, pero yo... creo que no quiere pensar más en ello. Así que es difícil pensar en arrastrarla de nuevo a esto.

—Hablar de lo que estás pasando no es arrastrarla —dijo, pero yo no estaba segura de estar de acuerdo—. ¿Y Abbi?

—No ha vuelto a decir nada sobre el hecho de que yo no estaba borracha aquella noche, pero apenas me habla. —Mi tristeza se desbordó como un aguacero torrencial, porque echaba de menos a Abbi tanto como a Megan. Había una amiga a la que no podía traer de vuelta, y no tenía ni idea de cómo

arreglar las cosas con la otra—. No sé si ya le había contado esto, pero... saqué el tema de que ella fue a la fiesta en el coche con Chris y que pensaba que él ya había estado bebiendo. —Me removí, incómoda—. Ella dijo que no era lo mismo porque nadie había muerto mientras ella iba en el coche.

—Bueno, a menudo es duro para las personas admitir que ellas también han tomado decisiones que podrían cambiar sus vidas cuando estas no han tenido consecuencias. Es incluso más difícil para las personas mirarse a sí mismas y reconocer que no son perfectas, que a veces en su vida también han sido *esa* persona. Que han tomado decisiones que podrían haber desencadenado una tragedia.

El doctor Perry cruzó una pierna sobre la otra.

—Algunas personas tienen suerte, y otras no. Pero algunas aprenden, incluso si no sufrieron. Ven situaciones como la tuya, y les sirve como un doloroso toque de atención, porque podrían haber estado en tu lugar, lo cual crea una gran cantidad de conflictos internos. Eso es difícil de reconocer. Siempre es más fácil señalar las faltas de los demás e ignorar las propias. —Tamborileó suavemente con el extremo de su bolígrafo en la mesa—. Luego están los que nunca en toda su vida aprenden una lección, pero son los primeros en juzgar.

Me mordí la uña.

—Pero tienen razón al juzgar. Podría haberme alejado. Podría haber intentado quitarle las llaves a Cody. Podría haber vuelto a la fiesta y buscar a Keith o a Sebastian o...

—Sí, podrías haber hecho eso. Podrías *no* haber cedido a la presión de tus amigos y decidir que no te ibas a subir al coche si él conducía. Podrías haber convencido a Megan de que tampoco se fuera con él. Puede que no la hubieras convencido, y el accidente habría tenido lugar de todas maneras. Puede que hubieras conseguido quitarle las llaves o puede que te hubiera ignorado y hubiera seguido poniéndose al volante. —Hizo una pausa, suspirando profundamente—. Cody era más grande que tú. No puedes saber si habrías podido quitarle las llaves, o si él habría dado vueltas por ahí después de que te marcharas y otra persona hubiese acabado ocupando tu lugar.

—Pero podría haberlo intentado —susurré, dejando caer los pies al suelo.

—Podrías, Lena, pero no lo hiciste. Lo que hiciste fue preguntarle si estaba bien. No escuchaste esa vocecita dentro de ti que te dijo lo contrario cuando él respondió, pero... —Suspiró—. Ahora voy a ser totalmente sincero contigo. ¿Te parece bien?

Arrugué la nariz.

—¿No ha sido sincero todo este tiempo?

Una breve sonrisa apareció en su cara.

—Tomaste algunas malas decisiones aquella noche. Eso lo entiendes y lo aceptas. No te estás engañando. No has creado una versión revisada de los hechos. Podrías haberte autoconvencido de que no había nada que pudieras haber hecho, pero no ha sido así. Sabes lo que sucedió y lo que podría haber sucedido, pero no sucedió. Eso no va a cambiar. Tendrás que aprender a vivir con las decisiones que tomaste, aceptarlas, aprender de ellas, crecer a partir de ellas y convertirte en mejor persona gracias a ellas.

Me froté los ojos con la mano y me alegré de no haberme molestado en ponerme rímel esa mañana, porque ya lo tendría por toda la cara.

—Pero ¿cómo llego a la parte en la que acepto la decisión que tomé? ¿Que me convierte mágicamente en una persona mejor? ¿Cuándo dejo de sentirme como el peor ser humano del planeta?

—No eres el peor ser humano del planeta.

Le lancé una mirada chistosa.

Él arqueó una ceja mientras levantaba una mano.

—La mayoría de los grandes cambios ocurren lentamente... y, también, todos de golpe.

—Eso no tiene sentido.

—Un día te darás cuenta de que has superado esa parte de tu vida y que has aceptado lo que no se puede cambiar. Eso sucede cuando sigues adelante. Sentirás que sucede de repente, pero en realidad habrá sido un proceso.

Entrecerré los ojos.

—Eso no es exactamente útil.

El doctor Perry sonrió de una manera que parecía decir que algún día cambiaría de opinión.

—Un buen lugar por donde empezar es abrirte con las personas que te importan.

Un estallido de pánico me incendió el estómago.

—Tienes que elegir. O continúas como hasta ahora con ellos, siempre preocupada por lo que harán si se enteran. Sabemos que eso es agotador y ya está perjudicando a tus amistades. —Tenía razón—. O puedes abrirte a ellos.

—Pero ¿y... si me odian? —pregunté.

—Entonces, nunca han sido en realidad tus amigos para empezar —respondió—. Puede que al principio se enfaden, o incluso se sientan decepcionados, pero cuando alguien es tu amigo de verdad, cuando realmente se preocupa por ti, te acepta con todos tus defectos.

Empecé a mordisquearme la uña otra vez. No estaba convencida de que lo que había hecho pudiera considerarse un defecto.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Sebastian? —preguntó.

Una pesada tristeza me golpeó en las venas. Pensé en cómo lo había visto con Skylar el otro día, el rumor que Dary había oído, y negué con la cabeza, porque eso no era importante. Él había venido a desayunar al restaurante el sábado, después del entrenamiento, como solía hacer antes... antes de todo. Había pedido tarta y leche, pero no había sido como solía ser.

—No muy bien —dije finalmente—. Quiero contárselo, pero pienso: ¿y si después me odia? Sé que usted dice que, si me odia, nunca ha sido mi amigo, pero lo ha sido. Era mi mejor amigo, y lo que hice...

La firme mirada del doctor Perry se encontró con la mía.

—Hay algo que quiero que entiendas. No mataste a tus amigos, Lena. Tomaste una mala decisión aquella noche. Ellos también tomaron malas decisiones aquella noche. No los mataste tú.



Después de las clases, cerré la puerta de mi taquilla y me colgué la mochila al hombro. Un dolor sordo estalló en mi brazo, pero apenas hice una mueca cuando me di la vuelta y empecé a recorrer el pasillo. Las caras eran un borrón. Habían estado borrosas todo el día mientras mi sesión con el doctor Perry se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Como ya sabía que técnicamente no había matado a mis amigos, lo cierto es que las palabras de despedida del doctor Perry no me habían tranquilizado. No había bebido ni conducido aquella noche, pero no había hecho todo lo que estaba a mi alcance para detener a Cody. De modo que no era legalmente responsable. *Técnicamente*, yo no tenía la culpa.

Sin embargo, era moralmente responsable.

Lo que estaba descubriendo era una carga pesada que llevar, porque, ¿cómo te deshaces de esa clase de culpabilidad? No estaba segura de que se pudiera.

Pero estaba dispuesta a intentarlo.

No había ido a comer, mi estómago estaba demasiado retorcido por los ansiosos nudos que me provocaba lo que planeaba hacer. Dary me había enviado varios mensajes mientras estaba escondida en la biblioteca, y le había dicho que estaba bien, que solo tenía que estudiar para un examen.

Sabía lo que tenía que hacer cuando llegara a casa, y el mero pensamiento me hizo querer vomitar sobre mis zapatos. Tal vez por eso, cuando bajé por la

escalera y me dirigí al vestíbulo principal y salí al aparcamiento, pasé por delante de las puertas dobles cerradas del pequeño gimnasio. Puede que lo estuviera retrasando. Puede que fuera algo más.

Eché un vistazo a través de las pequeñas ventanas y sentí que los músculos de mi estómago se tensaban al ver a las chicas correr por la cancha. El entrenador Rogers estaba junto a la red, gritando órdenes. El grosor de las puertas y las paredes silenciaba en gran medida su profunda voz. Solo quedaban unas pocas semanas más para que se acabara la temporada. Me había mantenido al tanto. El equipo había tenido un buen año y lo más probable era que llegara a semifinales.

*Debería estar allí dentro.*

En cuanto lo pensé, cerré los ojos con fuerza ante la repentina oleada de arrepentimiento. Podría haber jugado el último par de semanas desde que salieron las alineaciones. Podría... podría haber hecho muchas cosas. Pero ya era demasiado tarde para eso. Había elegido dejar el equipo y no podía retractarme, incluso si echaba de menos jugar. Cuando estaba en la cancha, mi cerebro desconectaba. No me obsesionaba con Sebastian. No me estresaba por mi madre ni me preocupaba por mi padre ausente. Simplemente estaba allí, centrada en la pelota, en mi equipo.

«Puedo volver a jugar», susurré, y mi cuerpo se estremeció. Sorprendida, abrí los ojos. El equipo estaba en las gradas. *Podía* volver a jugar. Intentar entrar en un equipo en la universidad. Puede que no lo lograra, pero podía intentarlo. Podía...

El sonido de unos pasos me arrancó de mis pensamientos. Agarrando con fuerza la correa de mi mochila, retrocedí y eché una ojeada por el pasillo.

Era Keith.

No lo había visto en todo el día. Iba vestido como si volviera de un banquete, con pantalones oscuros y una camisa blanca con botones. Su bolsa de deporte reposaba sobre su hombro, su calzado de fútbol le colgaba de una mano.

Nuestras miradas se encontraron y ralentizó su paso.

—Hola —dijo, mirando las puertas junto a las que me encontraba—. ¿Qué estás haciendo?

Al no tener ni idea de cómo explicar lo que estaba haciendo, me encogí de hombros.

—¿Vas al entrenamiento?

—Sí. —Se detuvo frente a mí, y no había manera de que pudiera pasar por alto el ligero enrojecimiento de sus ojos—. He tenido una reunión con mis

padres y... y con los abogados. Ha durado la mayor parte de la tarde.

Mi estómago se desplomó al recordar que Keith estaba lidiando con un conjunto de consecuencias completamente diferentes a las mías a raíz de aquella noche. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—¿Cómo... cómo va todo eso?

Levantó su mano libre y se pasó los dedos por el pelo.

—No va... No va bien. Nuestro abogado aconseja aceptar un trato con la fiscalía. Ya sabes, servicios en favor de la comunidad para evitar la cárcel. —Respiró hondo y dejó caer la mano—. Además están las demandas civiles, ¿sabes?

Asentí, sin saber qué decir.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —le contesté.

Un músculo se tensó a lo largo de su mandíbula mientras miraba hacia otro lado, y luego su mirada se encontró con la mía una vez más.

—¿Por qué no te has unido a las demandas? Te hiciste mucho daño. Estabas en aquel coche.

Como no esperaba aquella pregunta, me quedé sin palabras.

—Yo... simplemente no creí que fuera lo que debía hacer. —Y no lo era. No había bebido aquella noche. Debería haberme demandado a mí misma—. Sencillamente no quiero formar parte de todo eso.

Él asintió lentamente y dejó pasar un momento.

—Mis padres no son malas personas. Nos dejaron beber en casa porque pensaban que era más seguro. Que no estaríamos por ahí, conduciendo... —Yo ya sabía todo eso—. Cody podría haberse quedado conmigo. Él sabía que teníamos una política de puertas abiertas y sofás libres. Todos podrían haberse quedado. Ese era el trato. Diviértete, pero no conduzcas si has bebido. —Keith maldijo en voz baja—. Cody lo sabía.

Mi pecho se contrajo. Sus padres no eran malas personas. Eran personas que, suponía, simplemente no pensaban bien las cosas. Eran buenas personas que habían tomado una serie de malas decisiones en lo que se refería a dejar que todos se divirtieran en su casa.

—Lo sé.

—No sé... no sé qué va a pasar. —Se encogió de hombros—. Es decir, van a perder la granja, los huertos, todo. —Miró por encima de mi hombro, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera sé por qué voy a entrenar. Es decir, ¿qué maldito sentido tiene? Mierda.

—Lo siento —solté de sopetón.



Una chispa de sorpresa atravesó la cara de Keith, y luego fue sustituida por la incredulidad. Su boca se movió como si estuviera a punto de decir algo, pero no lo hizo. Fue entonces cuando lo supe. En ese momento supe que no podía entender cómo o por qué me estaba disculpando, y me impactó con la fuerza de un camión a alta velocidad.

Keith era exactamente como yo.

Culpaba a su familia.

Se culpaba a sí mismo.

No le veía el sentido a hacer las mismas cosas que antes.

Él sentía todo aquello a pesar de que, a la vez, también quería defender a su familia y defenderse a sí mismo. No era justo, porque Keith no había hecho nada. No se merecía aquello, pero él...

*Él era exactamente como yo.*

Hasta ese momento nunca lo había visto. Sabía que Abbi ya se había dado cuenta, pero como yo estaba tan atrapada en mi propia culpa, en mi propio dolor, nunca vi a Keith. Nunca vi a Abbi ni a Dary. Nunca vi a Sebastian. Nunca vi el duelo por el que había pasado todo el instituto. Solo me veía a mí misma.

Keith bajó la barbilla.

—Tengo... tengo que irme. —Me dejó atrás—. Nos vemos, Lena.

—Adiós —susurré, dándome la vuelta mientras él se alejaba. Lo vi irse y me quedé allí durante mucho tiempo después de que desapareciera de mi vista. Un centenar de pensamientos diferentes me corrían a la vez por la cabeza cuando empecé a andar por el pasillo, pero una pregunta destacaba entre todas las demás.

¿Era yo una buena persona que simplemente había tomado una mala decisión?



En mi balcón, caminé de un lado a otro mientras esperaba a que Sebastian volviera a casa del entrenamiento. No me había mandado ningún mensaje, pero yo le había escrito al sentarme en el coche después de clase y le había preguntado si vendría. Mi corazón había estado latiendo con fuerza durante todo el trayecto de vuelta a casa. Él no había vuelto a mi habitación desde aquella noche.

Eran poco más de las cuatro cuando me contestó al mensaje y me dijo que iría, y aunque pude respirar con algo más de facilidad, ahora estaba hecha un manojo de nervios.

Tirando de los extremos de mi chaqueta de punto, caminé hasta un extremo del balcón y eché un vistazo a la parte delantera de la casa, con el aliento atrapado en mi garganta. Su Jeep ya estaba allí. Levanté la vista y vi una luz encendida en su habitación. ¿Cuándo había llegado a casa? No tenía ni idea. El entrenamiento podía durar horas.

Mientras estaba allí de pie, deseé no haberme comido todo el plato de espaguetis para cenar, porque ahora tenía ganas de vomitar.

Había pensado que primero hablaría con Sebastian, porque lo conocía desde hacía más tiempo. Y, bueno, él me había dicho que me quería. Lo más seguro es que lo hubiera arruinado con las idioteces que había dicho, pero se merecía saber lo que había pasado.

Y también Abbi y Dary.

Ellas serían las siguientes.

Solo tenía que superar esta conversación.

La luz se apagó, y yo solté un pequeño chillido, pero no pude moverme. Me quedé al borde de las escaleras que conducían al patio trasero hasta que vi que se abría la puerta trasera y Sebastian salía al patio de ladrillos.

Incluso desde donde me encontraba, con la escasa luz, pude distinguir que se había duchado. Su pelo estaba mojado, retirado hacia atrás de un modo que hacía resaltar sus pómulos altos y afilados. Llevaba unos pantalones para correr, de los que caían bajos en la cintura, y una camiseta térmica.

Dios, estaba impresionante, y me habría gustado que no hubiera pasado por casa para bañarse, que siguiera oliendo a sudor y que la suciedad y la hierba mancharan su piel.

*¿A quién intentaba engañar?* De todas formas lo habría encontrado impresionante.

Sebastian cruzó su patio, se detuvo en el límite y miró hacia arriba. Pareció quedarse completamente helado por un segundo, probablemente se había dado cuenta de que lo estaba esperando.

Luego caminó por el lateral de la casa y cruzó las puertas, y mi pulso se descontroló totalmente. Giró en la esquina y empezó a subir los peldaños de la escalera.

Solo entonces me moví.

Echándome hacia atrás, entrelacé las manos. Su cabeza apareció en los últimos escalones y luego se detuvo justo frente a mí, mirándome desde arriba, con sus ojos azules como el mar, como lo había hecho la última vez que había estado allí.

Me sostuvo la mirada.

—Ya estoy aquí.

—¿Podemos... entrar? —le pedí.

Sebastian dirigió la mirada hacia la puerta y vaciló, y eso me dolió, porque jamás había dudado, pero luego asintió bruscamente.

Caminé hacia la puerta y la abrí, dejando que entrara antes de que cambiara de opinión. Luego me dirigí hacia la cama y me senté en el borde. Sebastian eligió la silla del ordenador.

—Keith ha dicho que te había visto justo antes del entrenamiento —dijo.

—Nosotros... hemos hablado un poco.

Sebastian esperó, y cuando no dije nada más, un músculo se tensó en su mandíbula. Con la boca seca, me concentré en el mapa mientras soltaba la mayor estupidez que hubiera salido nunca de mi boca, lo cual ya era decir mucho.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Skylar?

Se hizo el silencio, y luego:

—¿De eso me querías hablar esta noche? ¿De ella?

—No —repliqué de inmediato—. Ignora eso. Ni siquiera sé por qué lo he preguntado.

—Claro que no —murmuró él.

Me estremecí.

—Necesito contarte algo. Bueno, primero quiero decirte que lamento mucho lo que te dije, mmm, la última vez que estuviste aquí. No estuvo bien.

—No —respondió—. No lo estuvo.

Hice una mueca, pero seguí adelante.

—Sé que lo que estábamos haciendo no iba de... no iba de tener sexo. —Las mejillas me ardieron—. Y sé que echas de menos a tus amigos tanto como yo, y no debería haber insinuado lo contrario.

Sebastian no respondió, así que lo miré. Él me observaba atentamente con esos ojos suyos, la cabeza ligeramente ladeada. Luego me contestó.

—¿Te ha llevado un mes disculparte?

—No debería haber tardado tanto. Quería hacerlo antes, pero... —Tragué saliva—. No tengo una buena excusa, excepto que he estado trabajando con el doctor Perry para aclarar mis ideas, y solo necesito contarte la verdad. Y no sé cómo te sentirás después. Puede que esta vez te marches y no vuelvas nunca más. Puede que acabes odiándome. —Las lágrimas me obstruyeron la garganta—. Pero necesito contarte algo.

Algo cambió en Sebastian. Lo conocía tan bien que pude verlo. Una pared se derrumbó, y él se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las

rodillas.

—Yo nunca podría odiarte, Lena.

Mi corazón estalló en un montón de pedazos ante la enorme dulzura de sus palabras. Él no tenía ni idea. Ni la más mínima. Podría llegar a odiarme. Era la verdad. Pero de todos modos respiré profundamente y dije:

—Cuando me monté en el coche aquella noche con Cody y los demás, yo... no estaba borracha. Pude haberlo detenido. No lo hice.

## Capítulo 27

Sebastian no se movió. No habló durante bastante tiempo. Su mirada fija no abandonó mi rostro cuando finalmente dijo:

—Lo que pasó aquella noche no fue culpa tuya, Lena.

—Soy culpable en parte —dije, parafraseando al doctor Perry—. Por eso no he hablado de lo que pasó en todo este tiempo. Pude haber parado a Cody. Debí haberlo hecho. Pero no lo hice.

Él se enderezó, ese músculo a lo largo de su mandíbula se tensó de nuevo. Otra pausa embarazosa que me puso de los nervios.

—Cuéntame lo que necesitas decir, Lena.

Mis labios se movieron sin emitir sonido alguno al principio, y me llevó un par de segundos que las palabras salieran de la forma correcta. Yo quería hacer lo que el doctor Perry me había dicho que hiciera: retroceder y comenzar desde el principio, sin importar lo difícil que fuera.

—Después de que tú y yo... Después de que habláramos en la fiesta, me quedé con Abbi y Keith. Estaban manteniendo una conversación intensa. No sé sobre qué. Era un poco como si estuvieran discutiendo y coqueteando a la vez. Me senté con ellos un rato, pero no bebí nada. Solo agua y creo... no, estoy segura de haberme bebido una Coca-Cola. Luego se empezó a hacer tarde, y lo único que quería era irme.

Aquella noche, sentada en la silla junto a Abbi, había estado pensando solo en Sebastian, en que había desaparecido con Skylar, sin tener ni idea de que, en cuestión de horas, nada de aquello importaría.

Tomé otra bocanada de aire y evité mirarlo, porque él sabía por qué no había ido a buscarle como le había prometido que haría.

—Megan también quería irse a casa. Tenía hambre y quería *nuggets* de pollo. Ni siquiera sé por qué Cody también quería irse. Megan y yo estábamos caminando con Chris y luego Cody simplemente estaba allí. Chris estaba hecho un asco. Alguien dijo que había estado bebiendo desde aquella tarde, y él dijo que estaba demasiado cansado para conducir. Cody tomó las llaves, y al principio parecía estar bien. Lo juro. Pero recuerdo que lo vi intentar alcanzar la manilla de la puerta del conductor y fallar.

Cerré los ojos y hablé a pesar de la crudeza.

—Le pregunté si estaba bien para conducir y contestó que sí. En realidad, la pregunta pareció molestarle. Yo no quería subir al coche. Fue el instinto, supongo. Estaba allí parada, y a continuación Chris me dijo que montara en el coche, y Megan me empujó y Phillip bromeó, como siempre hacía, y Cody dijo que solo había bebido una copa aquella noche, pero yo sabía... sabía... que no era verdad. Sin embargo, dijo que estaba bien y yo... yo no quería ser *esa* persona, ¿sabes? La que monta una escena por nada.

Las lágrimas agujonearon mis párpados.

—Pero supongo que me convertí en un tipo de persona diferente, porque debería haber intentado frenar aquella situación. Sabía que había bebido más de lo que decía. Tenía la cara enrojecida. No debería haberme subido al coche, porque él no estaba como para conducir, y Dios... sucedió muy rápido. Le envié un mensaje a Dary y estaba a punto de enviarle uno a Abbi para decirle dónde estaba. La radio estaba encendida. Sonaba música. Recuerdo el viento colándose por las ventanillas. Recuerdo que pensé que íbamos muy rápido y luego escuché a Cody y a Megan gritar. Y eso... eso fue todo. —Dejé escapar un tembloroso suspiro—. Así que, como ves, podría haber hecho algo. Detenerlo. Quedarme atrás. Conducir yo misma el coche. Sencillamente, no hice lo correcto, y estoy...

No sabía qué más decir.

Había acabado, y quería bajarme de la cama y esconderme debajo de ella, pero lo único que pude hacer fue sentarme a esperar la ira y la decepción. Una parte de contárselo era enfrentarme a lo que él sintiera después.

Lentamente, abrí los ojos y miré a Sebastian.

Su cara estaba pálida y tensa. Sus manos estaban sobre sus rodillas, los nudillos blancos.

—Tú... ¿recuerdas el accidente?

Asentí.

—Hasta que perdí la conciencia. Algo me golpeó en la cabeza, pero recuerdo que el coche chocó contra el árbol y voló por los aires. Recuerdo que dio vueltas sobre sí mismo. Fue... lo más aterrador que he experimentado. Pensé... —Me detuve, porque Sebastian ya debía de saber lo que había pensado.

Había pensado que iba a morir.

—Cielos. —Él cerró los ojos con fuerza. Luego dijo—: Lo sabía.

—¿Qué? —Me quedé sin aliento.

Se inclinó hacia delante de nuevo, la silla crujió bajo su peso.

—Siempre he sabido que no estabas borracha aquella noche.

—No lo entiendo.

Retiró las manos de las rodillas.

—Creo que solo te he visto borracha una vez, y no fue en una fiesta. Fue cuando Megan te animó a beberte una botella de vino del armario de la que tu madre se había olvidado. Estabas demasiado destrozada para subir las escaleras y Megan tuvo que venir a buscarme para que te llevara a la cama.

Una sonrisa llorosa tiró de mis labios. Maldita Megan. Ya me había olvidado de aquel desagradable espectáculo de horror inducido por el vino.

—Me mareé muchísimo.

—Sí, lo hiciste. —Él ladeó la cabeza, con su propia sonrisa triste—. Y tan pronto como te subí a la habitación, tuve que llevarte al baño, donde no paraste de vomitar.

¡Por Dios!

Sebastian me había sujetado con un brazo alrededor de mi cintura, y Megan me había retirado el pelo de la cara. De aquello hacía ya dos años.

También había sido la primera y la única vez que me había emborrachado. Por alguna razón, nunca creí que Sebastian lo recordaría.

—Sé que no sueles beber mucho y, a menos que decidieras cambiar eso aquella noche, yo sabía que no podías haber estado borracha —dijo.

—De modo que... —Me humedecí los labios, aturdida—. ¿De modo que has sospechado todo este tiempo que estaba sobria y aun así me subí al coche?

Sebastian asintió.

—No sabía si realmente recordabas el accidente o no. Dijiste que no, y como no hablabas del tema, pensé que no tenías recuerdos sólidos de lo que había pasado. Aunque, ¿saber que los tienes? Joder, eso...

Yo estaba atónita.

Él me sostuvo la mirada.

—Seguramente yo me habría subido al coche.

—¿Cómo? —Mi cuerpo entero sufrió una sacudida, y empecé a ponerme de pie, pero me fallaron las rodillas.

—Seguramente habría hecho lo mismo —dijo—. Mierda. Sé que lo habría hecho. Le habría creído a Cody y me habría montado en el coche, igual que tú. Ni siquiera sé si me lo habría pensado tanto como tú lo hiciste.

—No. No te habrías subido. Sebastian, habrías frenado aquello. Tú...

—Yo bebí aquella noche y planeaba llevarte a casa —me interrumpió, para luego desplomarse en la silla—. Ya te lo he dicho. Pude haber sido Cody. Sé que podría haberlo sido. Me bebí un par de cervezas, creí que estaba

bien y tenía intención de ponerme al volante. Ni siquiera puedo contar las veces que lo he hecho.

Empecé a decir que no era lo mismo, pero lo era, y no sabía qué decir o hacer. Esperaba que él estuviera furioso y decepcionado conmigo, pero su expresión no mostraba nada de eso, y tampoco sus palabras o acciones.

Él se levantó, se acercó a la cama y se sentó a mi lado. No dijo nada. No necesitaba hacerlo en ese momento.

Me di cuenta mientras me miraba de que él había sabido la verdad todo aquel tiempo. Sabía que podría haberlo hecho mejor, que debería haberlo hecho, pero también había sido honesto consigo mismo. Sabía que él mismo había estado en esa situación y había tomado malas decisiones, pero, como había dicho el doctor Perry, había tenido suerte. Nunca había tenido que pagar las consecuencias de esas decisiones.

Eso no significaba que lo que él había hecho estuviera bien.

Eso no significaba que lo que había hecho yo fuera correcto.

Pero no me estaba juzgando, y nunca me había juzgado. Todo este tiempo había tenido mucho miedo de lo que pensaría de mí, y él ya lo sabía. Lo *sabía* y seguía allí para mí. Lo sabía y *seguía* diciendo que me quería.

Mis hombros se desplomaron centímetro a centímetro.

—¿No me odias? No estás enfadado ni decep...

—Para. Yo nunca podría pensar esas cosas, Lena. No de ti.

Una oleada de alivio se alzó, teñida de una profunda pena que comenzó a aflojar sus garras. Mi voz era espesa cuando hablé.

—Pero ¿cómo es posible? Yo estoy enfadada conmigo misma. Me odio a mí misma.

—Cometiste un error, Lena. —Se inclinó hasta estar más cerca—. Eso es lo que pasó. No los mataste. Cometiste un *error*.

Un error que les costó la vida.

Me estremecí, y me llevé las manos a la cara. Coloqué las palmas sobre mis mejillas, deseé que la humedad que se acumulaba en ellas desapareciera, porque estaba cansada de llorar.

—Lena —dijo en voz baja y áspera—. Ven aquí.

Sebastian extendió la mano.

Me moví antes de pensar qué estaba haciendo. Coloqué mi mano sobre la suya, y cuando me condujo hasta su regazo, con las rodillas a cada lado de sus caderas, mis brazos rodearon su cintura.

Tomó mi rostro entre sus manos y, sin decir palabra, besó mi mejilla una vez, y luego dos veces, y así fue eliminando las lágrimas que derramaba con



sus besos.

Me rompí. Me desgarré y quedé al descubierto.

Él emitió un sonido desde el fondo de la garganta y luego acercó mi cara a su pecho. Las lágrimas fluyeron por mi rostro, humedeciendo la tela de su camisa en cuestión de segundos. Sus brazos me rodearon y me abrazó con fuerza, me sostuvo cerca mientras lloraba por Megan, por los chicos, por Abbi y Dary, y por mí.



Nos tumbamos en la cama uno al lado del otro, nuestras caras separadas por unos pocos centímetros. Era tarde, bien pasada la medianoche, y el alba llegaría pronto, pero ninguno de los dos podía dormir. Nos habíamos estado susurrando el uno al otro después de que mis lágrimas cesaran. Le hablé de la culpa, de cómo me pesaba, de cómo solo quería regresar a aquella noche y tomar decisiones diferentes. Le hablé de las pesadillas y de que mi madre sabía la verdad, lo decepcionada que sospechaba que en realidad estaba, pero que no me lo decía. Admití que deseaba no haber dejado el vóleibol. Le conté lo que había hablado con Keith y de lo que me había dado cuenta. Incluso le hablé de Abbi.

Sebastian escuchó.

—¿Vas a hablar con ellas? —preguntó—. ¿Con Abbi y Dary?

—Necesito hacerlo. —Mis brazos estaban cruzados contra mi pecho—. No va a ser fácil, pero necesito hacerlo. —Moví las piernas—. ¿Te ha dicho algo Abbi sobre el accidente?

—No. Nada más allá de lo que todos los demás han dicho. Nada sobre ti. —Se acercó un poco más—. Abbi se ha hecho muy amiga de Keith, y creo que lo está ayudando a lidiar con su parte. —Recorrió la pequeña distancia y enredó los dedos alrededor de un mechón de pelo que había caído sobre mi mejilla—. Lo que le pasa a Keith es muy diferente. Nadie te culpa a ti ni a tu familia. No saben lo que me has dicho, e incluso si lo hicieran, creo que la mayoría entendería que cometiste un error.

Un error mortal.

—Pero en el caso de Keith, todos saben que su familia proporcionó el alcohol. Eran adultos, y la verdad es que todo esto los está destrozando —explicó Sebastian en voz baja—. La verdad es que nadie le dice nada a Keith, pero está pasando por un mal momento. No quiero sonar como un idiota, pero está dejando que sus amigos lo ayuden y...

—Y yo no —terminé, sintiéndome fatal. Lo cierto es que ni siquiera me había parado a pensar por lo que estaba pasando Keith.

Sebastian pasó un dedo por mi pómulo, lo que provocó que volviera a mirarlo. Algo, no estaba segura de qué exactamente, había cambiado entre nosotros. Era casi tangible, y creo que pasó cuando él besó mis lágrimas y me abrazó durante la peor parte.

—¿De verdad no vas a ir al baile de bienvenida este fin de semana? —preguntó.

El cambio de tema me hizo pensar en Skylar.

—¿Qué hay de ti?

—Iba a ir con algunos de los chicos.

—¿No con Skylar?

Alzó las cejas.

—No. —Se rio—. ¿Por qué piensas eso?

Sentí que mis mejillas se sonrojaban.

—Habéis estado hablando mucho últimamente.

—Siempre hemos hablado —replicó con tono alegre—. Lo cierto es que ella va a ir con alguien de Wood.

—¿En serio? —La sorpresa me recorrió entera—. Había oído que habías estado hablando del baile de bienvenida.

Él levantó una ceja.

—Hablamos de eso, pero no iremos juntos. —Su mirada buscó la mía—. Ella sabe que no voy a volver con ella, y tú también deberías saberlo. Solo porque las cosas... no salieran como yo esperaba no significa que vaya a jugar con otra persona.

Lo que no había salido como esperaba tenía que ver conmigo. Eso lo sabía.

Sebastian me acarició la mandíbula con el pulgar.

—Siempre queda la graduación.

Me gustó la forma en que lo dijo.

—Queda la graduación.

Permaneció en silencio por unos momentos y luego dijo:

—Gracias por esta noche.

Fruncí el ceño.

—¿Tú me estás dando las gracias?

—Sí. —Su mano se deslizó hasta mi hombro y apretó—. Has estado cargando con esto y ya no lo estás haciendo sola. Me lo has contado a mí. Vas a hablar con Abbi y Dary. Lo cierto es que ya no estás sola en esto.

Una sonrisa cansada tironeó de mis labios.

—Entonces, ¿no debería agradecértelo yo a ti?

—No. No he hecho nada. Solo te he escuchado.

Pero eso tenía en realidad muchísimo valor para mí.

—Lo has hecho todo tú —añadió.

Sebastian estaba en lo cierto. Yo había hecho una gran parte.

Mi sonrisa somnolienta se ensanchó. Esa noche... Haber hablado con Sebastian era algo importante, porque podía dejar que lo que había hecho me destrozara o podía aprender a vivir con ello.

Aquella era la única elección que estaba a mi alcance en ese momento, y esta vez tenía que tomar la decisión correcta.

Iba a hacerlo.

## Capítulo 28

El doctor Perry estaba tan eufórico con mi progreso el miércoles por la mañana que me puso un trabajo. Dos, en realidad, sin contar la charla que necesitaba tener con Abbi y Dary.

—Hay dos cosas que quiero que hagas —dijo—. Ambas son igual de importantes para afrontar el proceso de duelo. En primer lugar, quiero que dediques un día a la semana a llorar a tus amigos.

Junté las cejas.

—En plan, ¿todo el día?

—No todo el día, a menos que sientas que lo necesitas —aclaró—. Puede ser solo una hora, o varias. Lo que quiero que hagas ese día es pasar el tiempo recordando a tus amigos. Mira fotos antiguas, visita sus perfiles en redes sociales, si es que siguen disponibles, escribe sobre ellos. Quiero que pienses en ellos, que los recuerdes y proceses esos sentimientos. ¿Crees que podrás hacerlo?

Podía. Sería duro, sobre todo mirar sus fotos y ver sus últimas publicaciones, pero podía hacerlo.

—Llorarlos no es algo fácil de hacer, especialmente para ti. Principalmente porque te sientes responsable de lo sucedido. Y nunca es fácil llorar la muerte de quienes, en el fondo, jugaron un papel en su propia muerte. —Apoyó los brazos sobre la mesa—. Veo mucha ira e incertidumbre cuando trabajo con familiares de personas que han sufrido una sobredosis. Lo que debes recordar, al final del día, es que esas personas eran tus amigos. No importa lo que pasara, te preocupabas por ellos y se te permite llorar su muerte.

Asintiendo lentamente, dije:

—Puedo hacerlo.

—¿Qué día? —preguntó él inmediatamente.

—Mmm. —Arrugué la nariz—. ¿Los domingos por la tarde? —De todos modos, los domingos por la tarde ya me parecían un poco deprimentes.

—Suena bien. Lo segundo que quiero que hagas es en realidad una obligación.

Levanté una ceja.

—Antes de que acabe el año, quiero que visites el cementerio.

El estómago me dio un vuelco inmediatamente al pensarlo.

Una mirada compasiva se hizo eco en sus ojos.

—Lo sé. Cuando veas sus lápidas, todo será muy definitivo, pero creo que lo necesitas. No pudiste asistir a sus funerales. Visitar su lugar de descanso puede hacer más por ti que simplemente ayudarte a cerrar el tema.

La presión me contrajo el pecho, pero asentí.

—Puedo hacerlo.

Porque tenía que hacerlo.

Porque había tomado la decisión de no dejar que las elecciones que había hecho el 19 de agosto definieran mi vida, o la destruyeran.



Durante la comida apenas lograba contener mis nervios, pero me obligué a comerme el trozo de queso con carne de hamburguesa que parecía ser lasaña. Sebastian había vuelto a sentarse a mi lado, pero estaba de espaldas. Estaba manteniendo una intensa conversación con uno de los chicos sobre la mejor bebida isotónica o algo así. Keith estaba escuchándolos.

Era la oportunidad perfecta.

—Pues, mmm, me preguntaba si querríais ir a comer algo después del instituto —les pregunté a Abbi y a Dary, y soné tan incómoda como si estuviera proponiéndoles una cita.

Los ojos de Dary se iluminaron de inmediato tras sus gafas.

—Creo que estaría genial. —Miró a Abbi—. Yo no tengo planes.

—No sé. —Abbi estaba desmenuzando su lasaña con el tenedor—. No creo que vaya a tener hambre.

Los hombros de Dary se hundieron.

Yo estaba preparada para aquello.

—Podríamos ir a ese sitio donde sirven batidos de frutas —sugerí, sabiendo que Abbi nunca podría rechazar un batido recién hecho—. No tenemos que ir a un restaurante ni nada de eso.

El rostro de Abbi mostraba una expresión dura, pero levantó la mirada para encontrarse con la mía. Mi labio inferior tembló cuando me incliné hacia delante y susurré:

—Por favor. Tengo muchas ganas de hablar con vosotras.

Su mandíbula se destensó y yo contuve la respiración, porque por un momento pensé que iba a rechazarme, pero luego asintió.

—Está bien.

El alivio casi me barrió de la silla mientras Dary aplaudía como una foca demasiado entusiasmada.

—Gracias —le susurré.

Abbi no respondió, pero asintió, y eso ya era algo. Era suficiente por ahora.



Batidos en mano, encontramos vacía una de las mesas del fondo del pequeño local. Abbi se sentó frente a mí y Dary. Me había decidido por un Viejo Fiel, un batido simple de fresa. Dary había sido más creativa y había optado por uno que contenía mantequilla de cacahuete. Abbi había pedido uno de mango.

Si Megan estuviera allí, habría pasado del batido y habría pedido tortitas directamente, afirmando que lo hacía por las proteínas.

Dary no había parado de hablar desde que nos habíamos sentado, pero en cuanto se calló, Abbi preguntó:

—¿Por qué querías que viniéramos aquí?

Me detuve con la pajita a medio camino de la boca.

—¿Tiene que haber una razón?

—No —respondió Dary.

Al mismo tiempo, Abbi dijo:

—Sí.

Desarrolló su respuesta un segundo después:

—No has querido hacer nada con nosotras durante meses, así que imagino que habrá una razón.

—Eso no es del todo cierto —dijo Dary con suavidad.

—Tal vez para ti, pero yo apenas la he visto. —Abbi sorbió un trago de batido.

—Está bien. —Levanté una mano—. Me lo merezco. No he sido una buena amiga en los últimos meses. Lo sé. Por eso quería hablar hoy con las dos. Yo... quería hablar sobre el accidente. Sobre lo que pasó aquella noche.

Dary dejó caer el brazo sobre la mesa.

—No tienes que hacerlo. —Se giró hacia mí, sus ojos ya brillaban a causa de la emoción—. No tenemos que hacerlo.

—Yo sí. —Mi mirada encontró la de Abbi—. Necesito quitarme esto del pecho.

Y a continuación lo hice.

Les conté lo que le había dicho a Sebastian, y fue más fácil simplemente porque ya era la tercera vez que rememoraba aquella noche, y fue menos

doloroso regresar a ella. Pero no fue más fácil mirar a Abbi o a Dary a los ojos. Me obligué a hacerlo, porque Abbi ya sabía la verdad y Dary también la sospechaba, pero levanté el peso amargo del silencio y derribé el muro que había creado entre nosotras, esperando que comprendieran dónde había estado mi cabeza desde el accidente, pero sin esperar perdón ni aceptación.

Mientras hablaba, Dary se había subido las gafas a la cabeza y se había tapado la cara, y yo sentía que sus hombros temblaban de vez en cuando. Proseguir cuando sabía que le estaba haciendo daño era como caminar sobre cristales rotos al rojo vivo.

—He estado intentando superarlo todo —acabé, sintiendo mis energías agotadas—. Y sé que lidiar con la culpa no justifica haberos excluido, y yo... ni siquiera espero que os parezca bien. Solo necesitaba ser sincera.

Abbi no me estaba mirando. Había dejado de hacerlo al llegar a la parte en la que le preguntaba a Cody si estaba bien para conducir. Ella estaba jugueteando con la pajita y apretaba los labios.

Me ardía la garganta.

—Lo siento mucho. Es todo lo que puedo decir. Sé que no cambia nada, no reescribe lo que ha sucedido, pero lo siento mucho.

Dary bajó los brazos. Sus ojos brillaban.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —dije, sintiendo cómo me temblaba todo.

Ella se secó las mejillas.

—¿Sabes? Ya lo sospechaba. Es decir, sé que no bebes mucho y siempre me he preguntado por qué no condujiste tú, pero yo... es horrible estar en esa situación. No querer molestar a nadie, pero hacer lo correcto.

Abbi permaneció callada.

—Debería haber hecho lo correcto —dije.

Dary respiró entrecortadamente.

—Sí, deberías haberlo hecho.

Recostándome hacia atrás, dejé caer las manos en el regazo. ¿Qué podía decir más allá de eso? ¿Más allá de la verdad? Sabía que podría perder a Dary, tal como estaba segura de haber perdido a Abbi.

Entonces, Abbi habló por fin.

—Cometiste... un error. Un gran error —dijo, todavía mirando la bebida de color amarillo brillante—. Pero eso fue *todo* lo que hiciste. Cometiste un error.

Me quedé sin aliento. No podría describir lo que sentí. No era exactamente una absolución, pero era algo bueno.

Dary me miró con las mejillas húmedas. No dijo nada, pero al cabo de un momento, se inclinó y apoyó la cabeza en mi hombro. Un temblor me sacudió entera, amenazando con tomar el control de mi cuerpo.

—Bueno —dijo Dary con voz ronca—. Todo bien. Así que ahora mismo me gustaría comerme unas patatas fritas, y en este sitio no las hacen.

Se me escapó una risa temblorosa.

—Unas patatas fritas suenan genial.

Abbi negó con la cabeza, haciendo que sus dos gruesas trenzas se balancearan a los lados de su cuello.

—¿Acabas de beberte un batido entero y quieres patatas fritas?

—En estos momentos necesito sal. Necesito toneladas de sal.

Abbi puso los ojos en blanco.

—¿Sabes? —dijo Dary, levantando la cabeza de mi hombro—. Te sigo queriendo. Solo quiero que lo sepas.

Las lágrimas me corrieron garganta arriba y las reprimí con fuerza, pero no confiaba en mí misma para hablar, así que lo único que pude hacer fue asentir.

El tema de conversación de la mesa cambió, y para cuando salimos del local de batidos, era casi normal. Casi como era antes.

Pero aún necesitaba hablar con Abbi cara a cara antes de que fueran por las patatas fritas.

Me detuve junto a mi coche.

—Abbi, ¿puedes esperar un segundo?

Saludando con la mano a Dary, se dio la vuelta y me miró. Como cuando estábamos dentro, parte de su muralla había desaparecido. No mucho. Pero un poco.

—Sé que las cosas siguen siendo raras entre nosotras, pero quería preguntarte por tus padres. ¿Cómo va todo con ellos?

Abbi abrió la boca y yo me preparé para una respuesta mordaz o sarcástica, pero dijo:

—Mi madre ha dejado de trabajar hasta tan tarde. Y ya no discuten tanto. No sé si ella ha confesado algo o no, pero supongo que están intentando que funcione.

Me recosté contra mi coche.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí. Supongo que sí. Al menos ahora ya no tenemos que escucharlos intentando matarse el uno al otro. —Se colocó una trenza por encima del hombro.



—Me alegra oír eso. De verdad.

Ella asintió de nuevo y luego respiró hondo.

—Tengo algo que decirte. ¿De acuerdo?

Me puse tensa.

—Está bien.

—Lamento lo que te dije sobre haberme montado en el coche con Chris cuando había estado bebiendo y lo de que no era lo mismo. Sé que lo era, y tenías razón... tuve suerte. —Tragó saliva—. Y de verdad que siento mucho haberte dicho aquello. No debería haberlo hecho.

Cerré los ojos con fuerza por un momento.

—Está bien —le dije, porque lo estaba.

—Yo... no estaba enfadada porque te hubieras subido a aquel coche. Es decir, sí que estaba enfadada. Creo que cualquiera se enfadaría al principio. Pero lo que me molestó fue el hecho de me apartaras. Nos apartaste a todos.

—Lo sé —susurré—. Sí que lo hice.

—¿Tienes la más mínima idea de cómo nos hizo sentir eso? No sabía cómo ayudarte. No dejaste a nadie acercarse a ti lo suficiente como para intentar averiguarlo, y eso fue lo que provocó que me enfadara de verdad. Perdí a Megan, y sentí que te había perdido a ti también.

—Lo siento. No era mi intención. Yo solo...

—Lo entiendo. Tu cabeza no estaba en el lugar correcto, y yo... debería haber hecho lo que hizo Dary. Darte espacio. Darte tiempo. —Bajó la barbilla—. Así que perdón por eso.

—No tienes que disculparte. —Di un paso hacia ella—. No quiero más disculpas. Solo quiero que las cosas estén... que estén bien entre nosotras.

—Yo también. —Abbi se adelantó y me abrazó. Fue rápido, no como antes, pero era mejor que nada y era un comienzo. Ella dio un paso atrás—. Tengo que irme, pero más tarde te mandaré un mensaje y tú responderás, ¿cierto?

—Cierto.

Me dedicó una sonrisa rápida y luego se alejó, y casi quise llorar. Pero esas lágrimas habrían sido muy diferentes de las anteriores.

Muy diferentes.



El miércoles por la noche, Sebastian estaba sentado en mi cama, escuchándome mientras le contaba lo que había pasado por la tarde con Abbi y Dary, y luego le conté lo que el doctor Perry quería que hiciera.

—Ha sido una semana importante para ti —dijo cuando terminó.

Yo estaba sentada a su lado, con las piernas cruzadas y una almohada en mi regazo.

—Pues sí.

—¿Cómo te sientes después de hablar con ellas?

Me encogí de hombros y apreté la almohada con fuerza.

—Mejor. Aliviada. Al menos ahora lo saben todo. Sé que no cambia nada, y sé que ambas se sienten decepcionadas, pero ahora están las cartas sobre la mesa, y es un alivio —repetí.

—Entiendo lo que dices. —Ladeó al cabeza—. A veces la decepción merece la pena si es por decir la verdad. —Mientras ahuecaba la almohada, una pequeña sonrisa apareció en su rostro—. ¿Sabes? La noche que montamos aquella escena, dijiste algo que era cierto.

Alcé las cejas.

—No creo haber dicho nada que fuera cierto.

—No. Sí que lo hiciste. —Me quitó la almohada del regazo y la puso detrás de él—. Tenías razón cuando dijiste que no le había contado a mi padre lo del fútbol.

Ah. Mierda.

Se me había olvidado la manera en la que le había echado eso en cara. Seguramente lo había bloqueado.

—Hablé con mi padre.

Me sobresalté.

—¿En serio?

—Sí. —Me miró a través de sus gruesas pestañas—. No fue precisamente bien.

Me puse de rodillas y me acerqué a él.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo todo.

Una breve sonrisa adornó su rostro cuando me dejé caer justo delante de él.

—Hablamos hace un par de fines de semana, en realidad. Lo cierto es que no hay mucho que contar. Simplemente fui sincero.

—¿Y me lo cuentas ahora? —Le di un golpe en el brazo—. ¡Sebastian!

—¡Oye! —Sujetó mi mano, riendo—. No es que estuviéramos muy conversadores el uno con el otro, y tú tenías otras cosas a las que enfrentarte.

—Cierto. —Pero me sentí mal, porque debería haber dejado de centrarme en mí misma lo suficiente como para haber estado ahí para él. No podía cambiar eso, pero podía apoyarlo ahora—. ¿Y qué hizo él?

—Se puso como loco. Me dijo que no estaba pensando con claridad y que el accidente me había dejado hecho un lío. Pero le dije la verdad: ya no estoy interesado en jugar al fútbol. —Dejó caer nuestras manos entrelazadas a su rodilla—. Le expliqué que llevaba ya algún tiempo sintiéndome así.

—Guau.

—No me dirigió la palabra durante toda una semana. —Él se rio mientras que yo me encogí—. Pero parece que está intentando aceptarlo. Al menos ya me habla, y creo que mi madre lo ha estado convenciendo.

Le apreté la mano.

—Es un gran paso.

—Sí —murmuró, mordiéndose el labio inferior—. Parece que mi padre no va a entrar en una espiral destructiva a causa de esto, y eso es bueno.

Sonriendo, le pregunté:

—Ahora que ya has decidido oficialmente no practicar deporte en la universidad, ¿a dónde piensas ir?

—Dios, ahora hay muchas más opciones —dijo, y su mirada se desvió por encima del hombro hacia el mapa sobre mi escritorio—. Puedo quedarme y hacer un año de formación superior o puede que solicite plaza en el Instituto Politécnico de Virginia o... —Sus ojos azules se encontraron con los míos—. O en la Universidad de Virginia. —Sus mejillas adquirieron un tono rosado cuando lo miré—. O en otro sitio. ¿Quién sabe? Todavía tengo algo de tiempo. En fin —dijo, tumbándose en la cama. Tiró de mi mano—. ¿Quieres ver una peli?

Estudié su perfil durante un momento y luego asentí.

—Lo que más te apetezca.

La sonrisa que me dedicó en respuesta me llenó de calidez, y dejé que jalara de mí hacia abajo, de manera que quedé tumbada a su lado. Me estiré, levanté el mando de la mesita de noche y se lo entregué a Sebastian. Él empezó a echar un vistazo a la sección de películas gratis.

—Eh —le dije.

Él volvió sus hermosos ojos hacia mí.

—Estoy orgullosa de ti. Solo quería decir eso. Estoy realmente orgullosa de ti.

Su sonrisa se ensanchó hasta resultar cegadora y permaneció en su cara el resto de la noche.

## Capítulo 29

El restaurante de Joanna estaba muerto la noche del baile de bienvenida, tanto que Felicia casi me empujó para que saliera por la puerta a las nueve de la noche. Después de colgar mi delantal, salí y me subí a mi coche. El viaje de vuelta a casa fue rápido, y una vez que llegué al camino de la entrada, comprobé mi teléfono y vi un mensaje de Dary en el que ella y Abbi llevaban unos vestidos preciosos y posaban bajo un toldo floreado. Estaban imitando a la perfección la pose incómoda de una pareja, con los brazos de Abbi envueltos alrededor de la cintura de Dary desde detrás. Yo les había enviado a primera hora de la tarde un mensaje a ambas, y les había dicho que se lo pasaran bien. Dary me había contestado inmediatamente con un corazón y una carita sonriente. Y media hora después de ese último mensaje, Abbi me había contestado con un mensaje que había hecho desaparecer la pesadez instalada en mis venas:

Ojalá estuvieras aquí.

Era un comienzo, un *gran* comienzo, para reparar nuestra amistad. Y deseé estar allí porque me habría divertido con ellas, pero esa noche tenía planeado algo que no había hecho en mucho tiempo.

Leer un libro.

Y no podía esperar.

Iba a leer mientras me comía al menos media bolsa de aros de cebolla fritos. Puede que incluso una bolsa entera. No me iba a autocastigar por no asistir aquella noche al baile. Y no iba a pensar en que Sebastian estaría allí, probablemente rodeado de chicas.

Él se había pasado la noche anterior, después del partido. No nos habíamos besado ni habíamos hablado sobre el accidente ni sobre su padre. Tan solo habíamos hecho juntos los deberes.

No tenía ni idea de hacia dónde iban las cosas para nosotros o dónde acabaríamos, o si estábamos juntos o no. Seguramente siempre habría una parte de mí que querría más, pero estaba encantada de haber recuperado a mi mejor amigo. Eso ya era... Eso ya era suficientemente bueno.

Me bajé del coche, caminé hasta la entrada de la casa y alcancé la puerta, pero esta se abrió antes de que la tocara.

Mi madre estaba en la puerta, haciéndome señas para que entrara.

—Ven. Date prisa.

Frunciendo el ceño, me apresuré a entrar y me quedé boquiabierta mientras mi madre me quitaba el bolso.

—¿Qué está pasando? —Miré a mi alrededor, casi esperando ver a mi padre merodeando en el pasillo con poca luz.

—Nada. —Mi madre sonrió, me tomó de la mano y me llevó a la sala de estar. Luego levantó una pila de ropa y prácticamente me la dio con un empujón.

—Sube al baño y ponte esto.

—¿Qué? —Miré hacia abajo para ver lo que estaba sosteniendo. Parecía mi camiseta térmica extragrande y un par de *leggings* negros que estaba bastante convencida de que mi madre había lavado mientras yo estaba en el trabajo, porque la última vez que los había visto estaban sucios y tirados en el suelo—. Estoy muy confundida.

—No hagas preguntas. Solo ve y hazlo. —Me llevó hasta las escaleras y yo dejé que prácticamente me empujara escalones arriba—. Te estaré esperando en el pasillo. Tienes quince minutos.

Me detuve fuera del baño y solté una carcajada sorprendida.

—¿Por qué? Esto es raro y tú estás...

—Entra al baño —me ordenó mi madre con una sonrisa—. O estás castigada.

—¿Qué? —Dejé escapar otra carcajada—. ¿Has perdido la cabeza?

Mi madre se cruzó de brazos.

—Te arrastraré allí dentro y te cambiaré yo misma.

—Madre mía. Está bien, está bien.

Con el montón de ropa en brazos, entré en el baño, sin tener ni idea de lo que estaba haciendo o por qué tenía que cambiarme con tanta urgencia. ¿Tanto apestaba a pollo frito? Apenas había sudado en la cafetería, pero me di una ducha rápida, como siempre hacía cuando llegaba a casa. Me dejé el pelo recogido en un moño, así que no tuve que entretenerme en secarlo. Me cambié de ropa y descubrí que entre las prendas había un par de calcetines gruesos. Me los puse y me los subí hasta las pantorrillas.

Mi madre me estaba esperando en el pasillo.

—¿Vas a decirme qué está pasando? —pregunté, remangándome la camiseta térmica.

—No. —Dio media vuelta—. Sígueme.

Muerta de curiosidad, la seguí escaleras abajo y hasta la cocina.

—Ponte estas deportivas. —Mi madre señaló el par que había junto a la puerta—. Y luego sal.

—Ahora mismo estoy un poco asustada. —Me puse las zapatillas—. Como si estuviera a punto de caer en una trampa.

—Qué dices. ¿Por qué iba a hacerle eso a mi hija?

La miré por encima del hombro, pero aun así abrí la puerta y me paré en seco.

Sebastian estaba esperando fuera, en el patio que mi madre ya nunca usaba, vestido como yo, a excepción de los *leggings*. Llevaba unos pantalones de deporte y un gorro de punto gris holgado. Por encima de su hombro alcancé a ver que su patio trasero parecía más brillante de lo normal, pero luego vi lo que sostenía entre las manos.

Un ramillete: pétalos de rosa de un rojo vibrante, cubiertos de rocío y plenamente florecidos, salpicados con velo de novia y hojas frescas.

Lentamente, dirigí mi mirada hacia la suya.

Una sonrisa tímida asomó en sus labios.

—Como no ibas a ir al baile de bienvenida, he pensado que podíamos hacer algo mejor.

Cualquier pensamiento que pudiera haber pasado por mi cabeza, en aquel momento se desvaneció.

—Pórtate bien. —Mi madre nos dedicó a los dos una larga mirada—. Diviértete.

Con los ojos como platos, me volví hacia Sebastian cuando mi madre cerró la puerta a nuestras espaldas.

—Creía que tú sí ibas al baile.

Meneó la cabeza mientras caminaba hacia mí.

—No. Siempre podemos ir al baile de graduación, ¿no?

*Podemos*. La forma en que lo dijo...

—Claro —susurré.

—¿Puedo? —preguntó, y, atontada, levanté el brazo. Él deslizó el ramillete sobre mi mano izquierda y lo aseguró a mi muñeca—. Te queda bien.

Parpadeando rápidamente, le hice un gesto con la cabeza.

—Gracias.

—Todavía no puedes darme las gracias. —Tomándome de la mano, me condujo a través del cemento agrietado hasta la puerta que conectaba nuestros

patios—. Se me ha ocurrido algo que he considerado que sería mucho mejor que un baile.

Con un nudo en la garganta, lo seguí, completamente aturdida.

—En realidad hace tiempo que quería hacer esto, y he creído que esta era la oportunidad perfecta. —Abrió la puerta y tiró de mí para que la cruzara—. ¿Qué te parece?

Me quedé boquiabierta mientras contemplaba lo que había ante mis ojos. Lucecitas centelleantes colgaban desde el cobertizo hasta los árboles, proyectando un suave resplandor sobre el estrecho patio. En el centro, donde no había cemento, había una tienda de campaña. Una luz parpadeaba en el interior.

—¿Una acampada? —susurré.

Sebastian soltó mi mano y se metió las suyas en los bolsillos mientras asentía.

—¿Recuerdas que hacíamos esto cuando éramos pequeños?

—Sí. —Por supuesto que sí—. Todos los sábados por la noche. Tu padre o el mío venían aquí y nos lo montaban.

—Asábamos malvaviscos. —Me dio un suave codazo en el hombro—. Hasta aquella vez que le prendiste fuego a tu pelo.

—¡No le prendí fuego a mi pelo! —Me reí, y fue una risa real y profunda que me sorprendió y me dejó en silencio. ¿Cuándo había sido la última vez que me había reído así?

—Rectifico. Fueron solo unos pocos mechones. Pero es lo mismo. —Esta vez se acercó más a mí, y yo me giré ligeramente, de manera que mi cabeza quedó apoyada contra su brazo—. Esta noche no asaremos malvaviscos, pero te voy a ofrecer una opción mucho mejor.

—¿Cuál? —Mi voz sonaba ronca.

—Tendrás que esperar para verlo —respondió—. Es una sorpresa.

—¿Otra?

—Otra.

Ay, Dios.

Levanté la mano derecha y me froté los ojos con la palma. Una leve humedad se aferraba a mis pestañas.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. —Me recompuse mientras me alejaba y miraba hacia la puerta trasera—. ¿Dónde están tus padres?

—Hoy es noche de cita. Volverán más tarde.

—¿Y saben esto?

Él se rio.

—Sí. Mi madre quería quedarse y sacarnos fotos frente a la tienda, ya que siente que le hemos robado las fotos del último baile de bienvenida.

Otra risa brotó de mí, estremeciendo todo mi cuerpo, y cuando la risa se desvaneció como cenizas en el viento, vi a Sebastian mirarme fijamente bajo las brillantes lucecitas.

—He echado de menos ese sonido —dijo, inclinando su cuerpo hacia mí—. Tu risa. No me había dado cuenta de cuánto la he echado de menos.

Sintiéndome un poco sin aliento, llevé la mirada hasta la suya.

—Yo también.

—Bien. —Sus ojos buscaron en los míos y luego dejó escapar el aire pesadamente—. ¿Lista para ver la tienda de cerca?

Jugando con el velo de novia del ramillete, empecé a seguirlo cuando de repente tuve una sospecha y me detuve para mirarlo.

—¿Has hablado con Felicia?

Sonrió, con las manos todavía metidas en los bolsillos y visiblemente complacido consigo mismo.

—Tal vez.

—¡Lo has hecho! —Abrí los ojos como platos—. Por eso me ha dejado irme a casa dos horas antes. ¿Cuándo has hablado con ella?

—Me pasé por allí el jueves por la noche y le pregunté —respondió, con los ojos brillantes bajo la luz tenue.

—Y, obviamente, has hablado con mi madre.

Él asintió una vez más.

—Hace un par de días. Me dijo, y cito literalmente: «Eres un chico muy dulce». Aunque no es que yo necesite que me lo digan.

—Sí que eres un chico dulce.

Riéndose, retiró la solapa de la tienda.

—Tú primera.

Me quité las deportivas, me metí dentro de la tienda y vi que podía quedarme de pie. Sebastian no pudo hacerlo una vez que entró, así que se arrodilló a mi lado mientras yo inhalaba el olor a humedad, e inmediatamente me vi inundada por los recuerdos de las largas noches de verano en una tienda mucho más pequeña.

Había un colchón inflable en el suelo, así como también un par de sacos de dormir y un edredón que reconocí vagamente de la casa de Sebastian. Había almohadas apiladas junto al colchón. Una pequeña linterna led descansaba sobre una mesa plegable de plástico. Una pila de comida esperaba



en una esquina: patatas fritas, refrescos, *tuppers* e incluso una bolsa de aros de cebolla fritos.

Ese fue más o menos el instante en que supe que estaría enamorada de Sebastian para siempre.

Se acercó al montón de comida, tomó una fiambarrera y levantó la tapa.

—Mi madre ha hecho *brownies* de malvavisco.

Se me hizo agua la boca.

—¿*Brownies* de malvavisco? Eso suena increíble.

—Están deliciosos. —Volvió a poner la tapa y tomó otra fiambarrera—. La última vez que los hizo comí tantos que creí que iba a vomitar.

Me reí mientras lo veía abrir otra tapa. Aquella contenía fresas y trozos de sandía.

—Lo he cortado todo yo —dijo mientras se sentaba al borde del colchón—. Creo que me merezco una palmadita en la cabeza solo por eso.

Sonreí y le di una palmadita en el gorro de punto, y luego volví a echar una ojeada a la tienda. La emoción que me embargó me cerró la garganta. Aquello era asombroso, perfecto e increíblemente considerado.

Me entraron ganas de llorar un poco.

—Esto es...

—¿Qué? —Sebastian me observó.

—Gracias. —Me dejé caer junto a él en el colchón. Me incliné hacia su cuerpo y tomé su cara entre mis manos—. Muchas gracias. Nunca esperé que hicieras algo así, y sé que yo no...

—No lo digas. —Me asió por las muñecas con sus manos. Nuestros ojos se encontraron—. No habrá nada de eso esta noche. En absoluto. Solo estamos tú y yo y la tonelada de calorías que vamos a ingerir. Nada más. Nada sobre el pasado. Nada.

Dejé de pensar. En ese preciso instante. En ese preciso lugar.

Y simplemente *actué*.

Recorrí la distancia entre nosotros y besé a Sebastian en los labios, imprimiendo en mi beso no solo la gratitud que me brotaba de dentro, sino también todo lo que sentía por él. No hubo ni un instante de vacilación por su parte. Una de sus manos se enredó en mi nuca y él se levantó del colchón y se puso de rodillas frente a mí. Su boca era suave y dura al mismo tiempo, y cuando mis labios se entreabrieron, él hizo el beso más profundo.

Al final, fue él quien se apartó y, cuando habló, su voz sonó deliciosamente áspera.

—Probablemente deberíamos empezar a comer.

—De acuerdo. —En ese momento habría estado de acuerdo con casi cualquier cosa.

Nos separamos y empezamos a picotear de las bolsas de patatas y las fiambreras. Mientras comíamos, no hablamos de nada importante, y fue glorioso, porque había pasado mucho tiempo desde que yo había podido simplemente... estar. Desde que había podido hablar sobre mi programa favorito de la tele o los libros que me esperaban en mi habitación, aún sin leer, o escuchar a Sebastian parlotear sobre qué le gustaría estudiar en la universidad sin que mi mente estuviera atrapada en el pasado.

Una vez que estuve llena y él cerró las bolsas, pregunté:

—¿De verdad vamos a dormir aquí?

Sebastian se rio.

—Claro que sí. —Giró la cabeza hacia mí y levantó las cejas—. A no ser que no estés cómoda.

—Estoy cómoda —le dije. Lo estaba y no lo estaba al mismo tiempo, porque pasar allí fuera toda la noche con él no era como cuando éramos niños.

Él bajó las pestañas.

—¿Estás segura?

—Sí. —Me acomodé—. Tengo curiosidad por saber cómo es que nuestros padres están de acuerdo con esto.

—Confían en nosotros.

Resoplé.

Sebastian se arrastró por el colchón y se tumbó de lado.

—Quiero que sepas que no espero que te quedes aquí toda la noche —dijo—. Puedes quedarte el tiempo que quieras e irte cuando te apetezca.

Me tumbé a su lado; no había imaginado, desde hacía mucho tiempo, que pasaría la noche en una tienda de campaña. Cuando éramos pequeños, no me lo imaginaba sin camiseta ni pensaba en algunas de las cosas que ahora se me pasaban por la cabeza. Me puse de lado, frente a él. No tenía ni idea de cuánto tiempo me quedaría, pero en el fondo sabía que no importaba lo que decidiera sobre aquella noche, a Sebastian le parecería bien.

No había expectativas.

Salvo una.

Sentí mis mejillas enrojecer incluso antes de que la pregunta saliera de mi boca.

—¿Te... te parece bien si digo que soy tu novia?

La sonrisa que recorrió su rostro por poco me robó el aliento.

—Llevo intentando decir que eres mi novia desde que me di cuenta de que me gustaban las chicas.

La felicidad burbujeó en mi interior, y no dejé que nada la reprimiera. Nada. Estiré el brazo a través de la pequeña distancia que nos separaba y puse la mano en su pecho, encima de su corazón. Él colocó su mano sobre la mía. Mi coraje aumentó, empujándome a dar un gran paso, a permitirme darlo.

Mantuve los ojos abiertos mientras decía lo que durante tantos años había querido decir. Palabras que, durante un tiempo, había llegado a pensar que no merecía.

—Te quiero —le confesé—. He estado enamorada de ti desde que tengo memoria.

Sebastian se movió al instante.

Ahucó una mano sobre mi mejilla, y acto seguido su boca estaba sobre la mía y nos estábamos besando. No había nada artificial en esos besos. Nuestros labios y bocas se estrellaron unos contra otros. Él sabía a chocolate y a sal, y cuando el beso se hizo más profundo, se acercó más a mí.

Deslizó un brazo por debajo de mi cuerpo y nos fusionamos, pecho contra pecho, cadera contra cadera. Cuando me hizo rodar sobre mi espalda, su cuerpo siguió al mío, y nuestras manos parecían desesperadas, colándose bajo la ropa, piel contra piel en una carrera embriagadora.

Mis manos vagaron a lo largo de su espalda y por sus costados. Su mano bajó hasta mi cadera, por encima de mi muslo. Me hizo colocar la pierna alrededor de su cintura, acercándonos aún más, aunque yo no habría creído que fuera posible. Su camiseta desapareció, luego la mía. Y entonces sí que estuvimos realmente piel contra piel, de un modo que nunca antes habíamos experimentado.

Un fuerte escalofrío recorrió mi piel mientras los pequeños y ásperos pelos de su pecho me rozaban el cuerpo. Una sensación de desenfreno hizo palpar mis sentidos.

—Esta no es la razón de que haya preparado todo esto para esta noche —dijo, su voz como nunca antes la había escuchado—. No tenemos que hacer nada. No...

—Lo sé. —Acomodé la mano en su nuca y abrí los ojos—. Lo sé.

Jalé de su boca hacia la mía de nuevo, y esta vez hubo algo diferente cuando nos besamos. Fue más desinhibido y más... más *deliberado*, y me sentí salvaje de la manera más maravillosa. No tenía ni idea de hacia dónde nos llevaría esa noche, de dónde acabaríamos, pero confiaba en él. Él confiaba en mí.

—Te quiero —susurré contra su boca.

Sebastian emitió un sonido, un sonido rudo y profundo contra mi boca, mientras sus caderas se acomodaban entre mis piernas y su pecho se apretaba una vez más contra el mío. Él se movió, y yo me encontré cayendo, nadando, ahogándome en todas esas sensaciones.

Y viví.

Amé.

Y estaba bien. Más que bien.

Era hermoso.

Estaba *viviendo*.

## Capítulo 30

Las hojas color café bajaban flotando de las ramas casi desnudas y caían al suelo en silencio. Era el miércoles anterior a Acción de Gracias, y el lunes tendría mi última sesión con el doctor Perry.

Tenía mis deberes.

Los había estado haciendo debidamente.

Me había tomado los domingos por la noche para recordar de verdad a mis amigos y, Dios, al principio no había sido nada divertido. Desde el accidente, había evitado mirar sus cuentas de Facebook e Instagram. O cualquiera de las fotos que tenía de ellos. No había leído sus antiguos mensajes en mi teléfono ni sus correos electrónicos.

El primer domingo había aguantado solo media hora antes de tirar el viejo álbum de fotos a un lado. No había llorado. No tenía ni idea de por qué, especialmente dado que mis ojos eran, a aquellas alturas, un parque acuático. El segundo domingo por la noche, al abrir sus cuentas en redes sociales, había perdido el control. Ver sus últimas publicaciones me había matado.

Megan había publicado algo sobre *Dance Moms* aquel sábado por la tarde. Eso era en lo que había estado pensando, sin tener ni idea de que moriría aquella noche, y creo que eso fue lo que más me desestabilizó. Ninguno de nosotros tenía la más mínima idea de que nuestras vidas estaban a punto de cambiar irrevocablemente.

Cody había colgado una foto en Instagram aquella misma noche, foto en la que aparecía él sosteniendo un vaso rojo, sonriéndole a la cámara. Estaba con Chris. Ambos muy radiantes y muy felices. Me concentré en sus sonrisas, porque eran lo que necesitaba recordar.

Phillip había compartido un vídeo de bromas pesadas con el título *Me parto el trasero*. Aquellas habían sido sus últimas palabras en Internet. Me parto el trasero.

La peor parte de visitar sus cuentas fue leer todos los mensajes que la gente había ido dejando en sus perfiles después del accidente. Todos contenían palabras de luto y tristeza, #QEPD y la conmoción que sembraron con sus muertes.

Volví a romperme en pedazos.

Me había pasado la mayor parte de la noche sentada en el sofá comiendo chocolate, envuelta en los brazos de mi madre y hablando de ellos. Me había despertado a la mañana siguiente esperando sentirme como una mierda, pero me sentía un poco mejor.

Un poco más ligera.

Sin embargo, aún no había ido al cementerio.

Al salir de la habitación donde colgaban los carteles motivacionales más sosos del mundo, la sonrisa que el doctor Perry me había regalado había sido tan real como cualquiera de las anteriores, pero había resultado un poco diferente.

Había confianza en aquella sonrisa.

No esperanza ni aprobación, sino *confianza*. En mí.

Confianza en que encontraría la manera de cerrar aquello y algo de paz. Tal vez ya había encontrado un poco de esta última. En aquel momento me encontraba más tranquila de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Sebastian estaba sentado en la silla Adirondack, con los pies apoyados en la barandilla. Yo estaba sentada de lado en su regazo, mis piernas colgaban por encima del reposabrazos de la silla. Una suave manta de felpa nos envolvía.

Estábamos leyendo.

Juntos.

Y había algo tan perfectamente nerd en lo que estábamos haciendo que sentí que volvía a enamorarme.

Cerré el libro paranormal que estaba leyendo, lo dejé en mi regazo y contemplé a Sebastian. Tenía puesta su cara de concentración. Sus cejas casi se tocaban. Los labios estaban apretados en una fina línea. Estaba muy lindo. Más que lindo. Estaba leyendo una novela gráfica, y la mantenía abierta con una mano. Su otro brazo se enroscaba alrededor de mi cintura, por debajo de la manta. Sus dedos se movían continuamente contra mi cadera, a la deriva en un lento círculo, como si me estuviera diciendo que, a pesar de estar concentrado en su lectura, era completamente consciente de que me encontraba en su regazo.

Pese a ello, yo quería más atención.

Presioné mis labios contra la suavidad de su mejilla, y sonreí al oír que cerraba la novela gráfica. Su brazo me estrechó con más fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada. —Besé el firme contorno de su mandíbula.

Él giró la cabeza hacia la mía.

—En ese caso, me gusta este concepto de «nada».

Esta vez le di un beso en los labios y él me devolvió el beso de una manera que me hizo desear que mi madre no estuviera en casa.

Deslizándolo la mano por su mejilla, me aparté lo suficiente como para apoyar mi frente en la suya.

—¿A qué hora tienes la cena mañana?

—A las seis. ¿Estás segura de que no quieres venir? —Su familia iba a casa de sus abuelos para la cena de Acción de Gracias—. Eres más que bienvenida. Les encantaría verte.

—Lo sé. —Le acaricié la mandíbula con el pulgar—. Me gustaría, pero mi padre llegará mañana. A mi madre le daría un ataque si yo intentara estar en otro lado.

Besó la comisura de mi boca.

—Cierto. —Depositó un beso en el otro extremo de mi boca—. Me sorprende un poco que tu hermana no esté aquí, mirándonos, dibujando corazones en el aire con los dedos.

Me reí.

—Es solo porque mi madre la tiene en la cocina haciendo pasteles.

—Creo que deberíamos visitar esa cocina —dijo él tras una ligera pausa.

—Y yo creo que cambiarás de opinión una vez hayas probado lo que cocina mi hermana. —Le rodeé el cuello con un brazo y apoyé la mejilla en su hombro mientras él se reía—. No tengo claro por qué mi madre está dejando que haga los postres. Parece más bien un castigo.

Otra risa retumbó en su pecho.

—Te traeré un trozo del pastel de mi abuela.

—¿De calabaza?

—De calabaza y nueces.

—*Ñam*. —Mi estómago gruñó—. Suena estupendo. ¿Me traerás crema Cool Whip? Mi madre compra cualquier marca, y no es...

La puerta del balcón se abrió, y levanté la cabeza sorprendida, medio esperando ver a mi hermana o a mi madre. Pero era mi padre.

*Mi padre.*

Era mi padre, que salía al balcón desde mi habitación mientras yo estaba sentada en el regazo de Sebastian.

Santo Dios.

Todo mi cuerpo sufrió una sacudida mientras me revolvía para ponerme de pie. No me caí por poco, y casi me di con la cara contra el suelo cuando mis piernas se enredaron con la manta. Lo último que quería era que mi

padre, incluso si sobresalía en lo de ser un padre ausente, me encontrara despatarrada en el regazo de mi novio.

Sebastian bajó la barbilla mientras me ayudaba a desenredar mis piernas de la manta, y supe que estaba ocultando una sonrisa, por lo que pensaba darle un buen golpe en cuanto estuviéramos a solas.

Los ojos color avellana de mi padre se movieron desde donde yo estaba hasta donde Sebastian se estaba levantando.

—Tu madre mencionó que estabais saliendo.

Así fue cómo me saludó, cómo nos saludó.

No lo había visto ni había hablado con él desde su visita al hospital, y eso fue lo primero que salió de su boca.

No es que me sorprendiera exactamente.

Sebastian rodeó la silla y extendió la mano hacia mi padre.

—Hola, señor Wise.

Mi padre le estrechó la mano con una leve sonrisa.

—Sebastian, muchacho, me alegro de verte.

—Lo mismo digo —respondió él, que al soltar la mano de mi padre buscó la mía. Nuestros dedos se entrelazaron y me dio un suave apretón.

El calor me subió de golpe a las mejillas.

—No sabía que estabas aquí. Creía que no vendrías hasta mañana.

—Acabo de llegar, hace un rato —explicó—. Tenía la esperanza de que pudiéramos pasar un rato a solas mientras tu madre y tu hermana están ocupadas destruyendo la cocina.

Como no estaba completamente segura de querer pasar tiempo a solas con él, dudé un instante. Luego asentí, porque sería mejor acabar con aquello. Mi padre no iba a irse a ninguna parte, al menos no durante un día más.

—Está bien. —Miré a Sebastian—. ¿Te parece si te escribo luego un mensaje?

Sus ojos buscaron los míos mientras aún sostenía mi mano. La preocupación salpicaba sus rasgos.

—¿Estás segura?

—Sí —le dije en voz baja—. No pasa nada.

Él parecía reacio, y no es que pudiera culparlo. Sabía que la palabra *tensa* ni siquiera empezaba a describir la relación que tenía con mi padre, pero bajó la cabeza y me dejó un beso en la mejilla.

—De acuerdo. Estaré esperando.

Se despidió de él y bajó las escaleras, por lo que me quedé a solas con él en el balcón. Sin saber qué decir o hacer, me incliné y recogí la manta para



doblarla.

Dado que mi cabeza había estado centrada en el accidente y todo lo relacionado con él, la verdad es que no me había permitido mucho espacio para reflexionar sobre lo que mi madre había admitido y todo lo que significaba.

—¿Cómo estás? —preguntó, apoyando una cadera contra la barandilla.

—Bien.

—¿De verdad estás saliendo con Sebastian? —Se rio tan pronto como acabó de decirlo—. Bueno, espero que ese sea el caso, considerando la manera en que acabo de encontraros a los dos.

Mis mejillas se sonrojaron, y luché contra las ganas de señalar que mi madre ya se lo había dicho, pero ya había acabado con lo de estar tan enfadada, tan rota. Aunque el doctor Perry y yo nunca habíamos hablado de mi padre, sabía lo suficiente como para entender que si tenía que superar el accidente del pasado agosto, tenía que superar... bueno, todo lo relacionado con mi padre.

—Sí, hemos empezado, digamos que a salir oficialmente, hace no mucho —acabé por decir mientras miraba el desgastado calzado que llevaba mi padre—. Me hace... realmente feliz. —Un destello de culpa me atravesó como una flecha. Admitir la felicidad seguía siendo difícil. Probablemente sería difícil durante un período muy, muy largo.

—Es un buen chico. No puedo decir que me sorprenda. Siempre he creído que acabaríais juntos.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—¿En serio?

—Bueno, *esperaba* que sucediera —aclaró—. Como he dicho, es un buen chico. Será un buen hombre.

Cambié el peso de un pie al otro.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo, cambiando rápidamente de tema—. No hay escayola ni hematomas. Estás de pie y te mueves. Es un alivio verte así.

Sostuve la mano contra mi pecho y miré a mi padre, lo miré *en serio*. Tenía el mismo aspecto que cuando había entrado en el hospital en agosto. Un poco más mayor y un poco más cansado, pero mantenía la misma postura rígida. La conversación seguía siendo forzada.

Para ser sincera, siempre había sido así. Mientras crecíamos, Lori era la niña de papá. Yo era la niña de mamá. Lori y yo siempre tomábamos partido: al elegir restaurantes o si íbamos al zoo o al parque de atracciones. Ella se

ponía de parte de mi padre. Yo siempre iba a favor de mi madre. Mi padre y yo nunca llegamos a conectar de verdad, y no era todo culpa suya. Yo podría haber contestado al teléfono cuando llamaba, especialmente después de que mi madre me contara por qué se había marchado. Y seguramente él podría haber sido un mejor padre para mí y no haberse rendido cuando me comportaba como una mocosa.

Sus ojos, idénticos a los míos, me sostuvieron la mirada.

—He estado preocupado por ti.

—Estoy mejor. No estoy... al cien por cien, pero estoy mejor.

Él sonrió levemente, pero la tristeza permanecía en sus ojos.

—Sé que lo estás. Eres muy fuerte y no creo que te reconozcas el mérito suficiente.

—No estoy segura de eso. —Me senté en la silla y coloqué la manta en mi regazo—. Si fuera más fuerte, seguramente no habría terminado en la situación en la que me vi.

Pareció considerar aquello.

—Puede que eso sea cierto, pero hay que ser fuerte para superar algo así.

Apreté los labios en una fina línea y asentí.

—Eres más fuerte que yo —dijo, y me removí en mi asiento, sorprendida. Mi padre no me estaba mirando. Tenía las manos en la barandilla y contemplaba el patio—. ¿Sabes lo que tu abuelo solía decir que yo odiaba? Siempre decía: «Mañana será mejor». Cada vez que se enfadaba por algo o que pasaba algo malo, decía eso. «Mañana será mejor». Al principio, yo no lo odiaba. En absoluto. Viví así durante mucho tiempo. —Se dio la vuelta lentamente y me miró—. ¿Entiendes lo que pretendo decir con eso?

Volví a mirar su calzado, en silencio.

—Cada vez que las cosas se ponían difíciles o algo se rompía o no salía como yo quería, me decía a mí mismo: «Mañana será mejor». Pero no hizo que nada fuera más fácil. No solucionó lo que estaba roto. Si me sentía incómodo con algo, o si simplemente no quería hacerlo, siempre llegaba el día siguiente y seguía sin hacerlo.

Cerré los ojos ante el repentino escozor y dejé escapar el aire bruscamente.

—Sin embargo, es un buen sentimiento, ¿no? Vivir la vida diciéndote que el mañana será mejor cada vez que sucede algo malo. Cada vez que sufrimos una gran decepción. Pero el mañana nunca está garantizado. —Se detuvo para inspirar profundamente—. Pequeña, has aprendido esa lección demasiado joven.

*Nosotras cuatro siempre seremos nosotras cuatro.*

*Pase lo que pase.*

Ya no seríamos siempre nosotras cuatro. Nunca más. Mi padre tenía razón. Yo sabía que el mañana nunca estaba garantizado.

—No siempre conseguimos un mañana. A veces por culpa de la muerte. A veces por las decisiones que nosotros mismos tomamos. —Alzó la mano y se frotó la cara, un hábito que me di cuenta en ese preciso momento que había heredado de él—. Odio ese dicho porque así es cómo he manejado mi relación contigo. Siempre dejaba para «mañana» arreglar lo que estaba roto entre nosotros. Pero cuando llegaba ese «mañana», nunca lo hacía.

Me empezaron a picar los ojos.

—Yo... creo que no te he puesto las cosas fáciles exactamente.

—No importa. —Con un tono brusco, continuó diciendo—: Soy tu padre. Es culpa mía. No tuya. Así que quiero... quiero que hoy sea el mañana que he estado posponiendo. ¿Qué me dices a eso?

Mi padre extendió una mano y durante un largo momento lo único que pude hacer fue quedarme mirándola, pero luego solté la manta y entrelacé mi mano con la suya.

## Capítulo 31

Sentada en mi habitación, sostuve mi móvil contra el pecho mientras contemplaba el mapa situado sobre mi escritorio. Los círculos que Sebastian y yo habíamos dibujado por todas partes me resultaban borrosos y cada una de mis respiraciones era temblorosa y me dejaba una herida abierta.

Por fin lo había hecho.

Había leído los mensajes de Megan.

Eran muchos, porque mi teléfono estaba programado para guardar todos los mensajes hasta que yo me viera forzada a eliminarlos manualmente.

Las lágrimas que habían brotado y caído de mis ojos se habían entremezclado con algunas risas a medida que leía algunos de sus mensajes más ridículos y absurdos. Me hubiese gustado poder entrar dentro del teléfono para poder verla una última vez. A la *verdadera* ella. No una foto. No un conjunto de letras y frases.

Pero sabía que no podía.

Los recuerdos tendrían que ser suficientes.

Suspiré con fuerza, dejé mi móvil sobre el escritorio y lo conecté al cargador. Retrocedí haciendo girar la silla hacia la puerta de mi armario. Estaba abierto y estaba a rebosar de libros y ropa.

Al salir del instituto el día anterior había dado un gran paso. Uno que no formaba parte de los ejercicios del doctor Perry, pero que sentí que era una de las mejores maneras de honrar la memoria de Megan, o al menos de hacer lo correcto para con ella.

Y de hacer lo correcto para conmigo.

Dejé la silla y me acerqué al armario, mis gruesos calcetines susurrando contra el suelo. Abrí la puerta del todo y me arrodillé para apartar los pantalones vaqueros arrugados. Con sumo cuidado, empujé la pila de libros contra la pared y luego me incliné hacia delante. Busqué a ciegas, sabiendo que había encontrado lo que buscaba en cuanto mis dedos lo rozaron. Con mi premio en la mano, retrocedí, me senté y miré hacia abajo.

Mis rodilleras estaban desgastadas de tanto deslizarse por el suelo del gimnasio, pero me habían durado casi cuatro años de jugar al vóleybol. Durarían al menos un año más.

Había ido a ver al entrenador Rogers tras las clases del día anterior.

La temporada había terminado, pero él conocía diferentes ligas regionales que jugaban en el condado durante todo el año. Una iba a dar comienzo en febrero, y había planeado presentarme a las pruebas, lo cual significaba que necesitaba empezar a ejercitarme, y el entrenador me había preparado un plan de entrenamientos con ese fin.

No conseguiría una beca, pero tenía la intención de hacer las pruebas para el equipo de cualquier universidad en la que me aceptaran. Todavía esperaba poder ir a la Universidad de Virginia, pero aún tendría que esperar un poco antes de saber si me habían admitido en la primera convocatoria.

Al día siguiente iría al gimnasio del instituto y correría por las gradas con esas rodilleras. Y lo haría pensando que Megan estaría... estaría *orgullosa* de mí.

Pero el día de hoy todavía no había acabado.

El día de hoy apenas había empezado.



Me encontraba sentada en el Jeep mientras contemplaba las colinas, las lápidas y las alas de piedra. Árboles desnudos salpicaban el paisaje. Una ligera nieve en polvo cubría el suelo como una alfombra.

El invierno había llegado rápido y estaba siendo duro, esparcía escarcha sobre la hierba y congelaba las carreteras. Estábamos a 19 de diciembre, exactamente cuatro meses desde el día en que todo había cambiado.

No lo había planeado de esa manera. Haber ido al cementerio había sido más bien un accidente. Pero ahora, mientras me encontraba sentada en la calidez del Jeep mirando por la ventana, supuse que era algo apropiado haber acabado allí en esa fecha.

Tragué saliva mientras contemplaba el sitio.

—Hoy he encontrado mis rodilleras.

—No puedo creer que seas capaz de encontrar algo en ese armario — bromeó Sebastian, y una pequeña sonrisa asomó en mis labios—. Mañana iré contigo.

Cuando lo miré, mi mirada conectó de inmediato con sus brillantes ojos azules.

—No tienes que hacerlo. Estoy segura de que sentarte en el gimnasio o subir y bajar gradas corriendo es lo último que te apetece hacer.

—Si no quisiera hacerlo, no me ofrecería —respondió—. Además, no estaré allí solo para darte apoyo moral. Es muy posible que te caigas y te

hagas daño.

—Como quieras. —Puse los ojos en blanco, mi sonrisa se ensanchó unos centímetros y luego se desvaneció de nuevo mientras me concentraba en las silenciosas lápidas. Me seguía costando aceptar una oferta de ayuda, porque eso era lo que Sebastian estaba haciendo. Se ofrecía a estar allí conmigo, *para* mí, dado que sabía que resultaría duro, tanto física como emocionalmente. De la misma manera que sabía que lo que estaba haciendo en ese preciso instante no sería fácil.

Y no iba a excluirlo. Una de las cosas que había aprendido era que cuando alguien te ofrecía una mano, debías tomarla. Y a veces era difícil ver esa oferta o aceptarla, pero la vida era más fácil cuando lo hacías.

—De acuerdo —susurré. El silencio cayó entre nosotros.

Sebastian colocó la mano sobre la curva de mi rodilla.

—¿Estás lista para hacer esto? Podemos volver...

—No. Si no hago esto hoy, seguiré posponiéndolo y nunca lo haré. —Pensé en mi padre, en las llamadas telefónicas que nos hacíamos ahora una vez a la semana y a las que nos aferrábamos, incluso cuando ninguno de nosotros tenía algo que decirle al otro. Aún estábamos construyendo nuestra relación—. Tengo que hacer esto.

—De acuerdo. —Se inclinó, deslizó su mano alrededor de mi nuca y llevó mi boca a la suya. El beso fue dulce y breve. Luego se echó hacia atrás—. Te queda bien mi gorro.

Riendo, toqué el gorro de punto gris que había tomado de su habitación. Él llevaba uno negro.

—¿De verdad?

—Por supuesto. —Tiró de los lados hacia abajo, poniéndomelo bien.

Mi sonrisa se desvaneció cuando mi mirada se desvió hacia el parabrisas. Inspiré profundamente. Un escalofrío me recorrió y me volví hacia Sebastian.

—No estás sola en esto —susurró, con los ojos atentos y el cuerpo inmóvil—. Estoy aquí. Abbi y Dary están aquí.

Y lo estaban. Iban en el coche que estaba detrás de nosotros, esperando a que yo abriera la puerta y saliera. Las cosas habían mejorado entre Abbi y yo. Estábamos volviendo a salir seguido y hablábamos la una con la otra como si fuéramos amigas de verdad, y sabía que al final las cosas volverían a ser como antes. Lo sabía con cada fibra de mi ser. Solo necesitaba un poco más de tiempo, porque al dejar de lado a Abbi, realmente la había herido. Definitivamente, repararlo llevaría tiempo.

Igual que enfrentarme a todo lo sucedido me había llevado tiempo.

Vivir cuando otros habían muerto no era algo con lo que te levantabas un día y simplemente superabas, aunque a veces eso era lo que parecía. Incluso cuando me di cuenta de que había pasado un día entero, o tal vez dos, sin pensar en Megan o en los chicos. Y a veces todavía me sentía culpable por eso. Y a veces todavía lloraba cuando pensaba en todo lo que les quedaba por vivir y en todas las oportunidades que habían desaparecido en cuestión de segundos.

Simplemente llevaba tiempo, familia, amigos y amor aceptar el hecho de que la vida seguía adelante. La vida continuaba y no podías quedarte atrás, viviendo en un pasado que ya no existía.

Pero ¿la otra culpa con la que cargaba muy dentro de mí? En esa seguía trabajando, era mucho más difícil de desenredar y mucho más caótica. Afrontar mis acciones aquella noche era lo único que iba a seguir doliéndome durante mucho tiempo. Era lo único que tendría que hacer yo sola. Y me iba a dejar algunas cicatrices más. Pero estaba aprendiendo a vivir con el papel que me había tocado vivir aquella noche, mi *silencio*, y estaba aprendiendo a vivir con el hecho de que era una lección, no solo para mí, sino para otros.

Los pasados y futuros de mis amigos habían sido borrados en cuestión de segundos. También podría haber sucedido con los míos, y todos esos comentarios en los artículos de prensa podrían haber tratado sobre mí y, de alguna manera, así era. Sabía que nunca podría volver atrás y cambiar nada de aquella noche. Solo podía *mejorar*. Estaba viva, todavía estaba allí.

Sabía que no podía volver atrás y comenzar de nuevo. No podía reescribir lo que había sucedido. Lo único que podía hacer era cambiar el mañana, siempre y cuando tuviera uno.

Tragué saliva y envolví con mis dedos enguantados la manilla de la puerta. El aire frío se coló en el interior cuando abrí la puerta y salí fuera, la grava crujiendo bajo mis pies.

Miré hacia el cementerio, y dejé que el aire fresco y con olor a nieve llenara mis pulmones. Las puertas de los coches se abrieron y cerraron a mi alrededor. Por el rabillo del ojo, vi que Abbi y Dary se me acercaban. Un segundo después, los dedos de Sebastian encontraron los míos, y supe mientras daba el primer paso que, si bien el mañana no estaba garantizado, si bien no estaba prometido, aún tenía muchas posibilidades.

## *Agradecimientos*

Escribir un libro nunca es fácil. Escribir *Si no hay un mañana* está lejos de haber sido sencillo. La historia de Lena es demasiado común, y muchos de nosotros hemos estado en sus zapatos. Algunos de nosotros tomamos mejores decisiones. Otros tuvimos suerte y no tuvimos que enfrentarnos a las consecuencias de nuestras elecciones. Espero que la historia de Lena ayude a prevenir más historias como la suya.

Este libro no habría sido posible sin mi increíble agente Kevan Lyon. Muchísimas gracias a mi editor Michael Strother (¿por qué conozco a tantos Michaels?), al equipo editorial de Harlequin Teen, a mi publicista Siena, y a todo aquel en Harlequin que tocó este libro y echó una mano para darle vida. Gracias a Taryn Fagerness, que es responsable de que este libro se haya traducido a muchos idiomas diferentes. Gracias a Steph por ser una increíble asistente y amiga.

Sarah J. Maas, te quiero. Gracias, Erin Watt. Chicas, sois increíbles. Gracias, Brigid Kemmerer, gracias y no sé por qué no nos vemos más a menudo. Un rápido saludo a Jen, Hannah, Val, Jessica, Lesa, Stacey, Cora, Jay, Laura K. y Liz Berry, Jillian Stein, Andrea Joan y a todo el equipo de JLAanders. Sois estupendos.

Es posible que hayáis reconocido un nombre en este libro. Darynda Jones: la increíble creadora de la serie *Charley Davidson* y otros tantos. Gracias por permitirme robar tu nombre y por apoyar una maravillosa causa en el proceso.

Nada de esto sería posible sin ti, lector. Gracias.





JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.